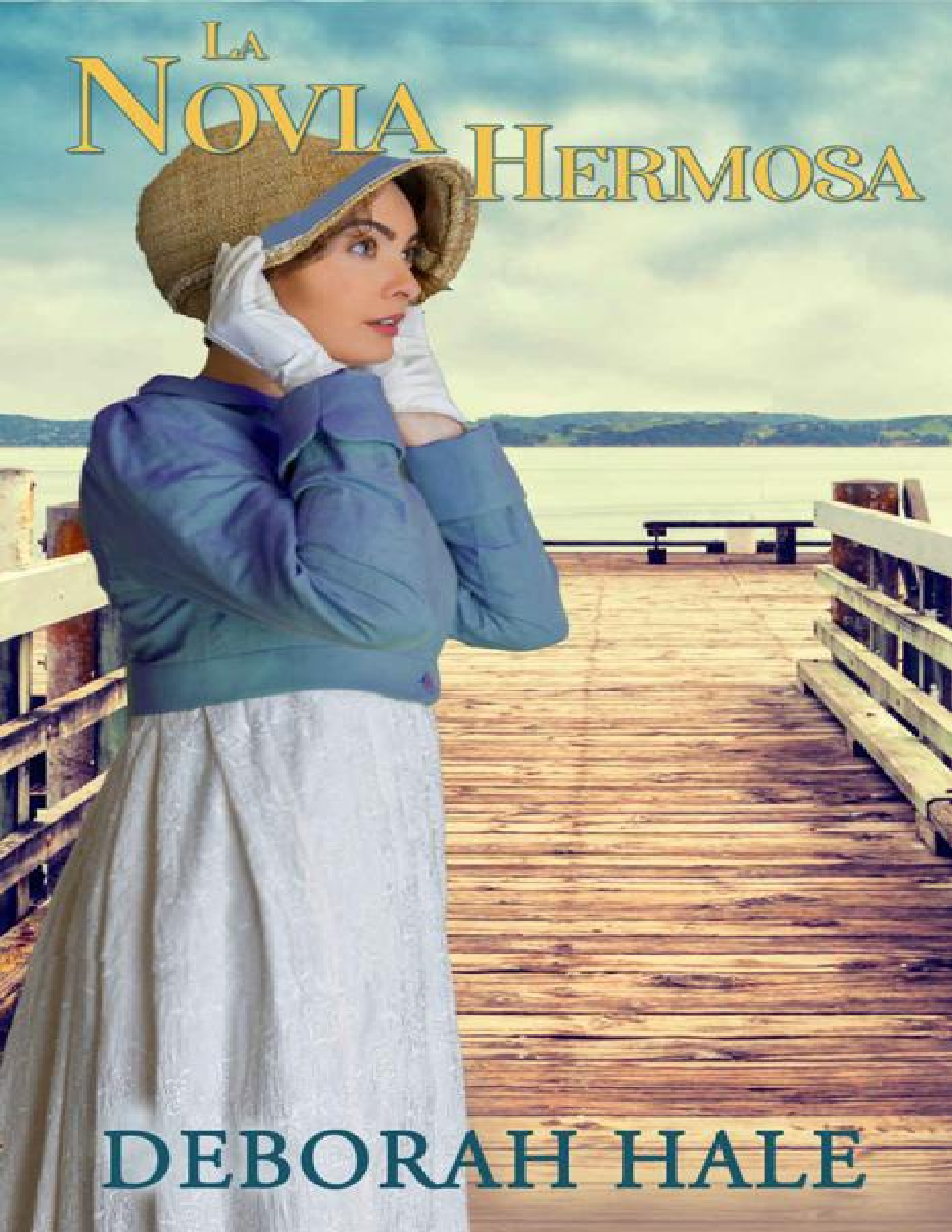


A woman with brown hair, wearing a light blue jacket over a long white skirt and a tan straw hat with a blue band, stands on a wooden pier. She is looking off to the side with her hands near her face. The pier has wooden railings and benches, and a body of water with hills in the background under a cloudy sky.

LA NOVIA HERMOSA

DEBORAH HALE

La Novia Hermosa

Deborah Hale

Derechos de autor © 2000 Deborah Hale

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o retransmitida sin el permiso por escrito del autor. Esta es una obra de ficción. Cualquier referencia a eventos históricos, personas reales o lugares reales se usa de forma ficticia. Otros nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, y cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Contenido

[La Novia Hermosa](#)
[Derechos de autor](#)
[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tercero](#)
[Capítulo Cuarto](#)
[Capítulo Quinto](#)
[Capítulo Sexto](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo veintitrés](#)
[Capítulo veinticuatro](#)
[Epílogo](#)

Capítulo Uno

"¿Dónde estarán? Ya deberían estar aquí para éstas horas." Por décima vez en media hora, Jenny Lennox se volvió desde el muelle del pequeño puerto de Kirkcudbright. Su mirada ansiosa recorrió los edificios de techos de pizarra de la ciudad, buscando algún signo de sus compañeros de viaje.

"Espera un poco." Jenny intentó calmarse. "Estarán aquí pronto. El señor Walker nunca creyó en llegar a ningún lado demasiado temprano, y su esposa tampoco es una estafadora cualquiera."

En efecto, era una broma común en Dalbeattie que la familia debería cambiar su apellido de Walker (caminante) a Plodder (paso lento). Aun así, ¿en este de todos los días, no podrían haber llegado unos minutos antes?

"Ya deberían estar aquí", murmuró una vez más, como si sus palabras fueran un conjuro para hacer aparecer a los tardíos Walkers de la nada. "La marea está subiendo rápido. Tendremos que embarcar pronto".

Las saladas aguas del Atlántico fluían hacia la desembocadura del río Nith, cubriendo los fangosos bancos de arena de Kirkcudbright. Ciento cincuenta años antes, chicas Covenanters no más grandes que Jenny habían sido atadas a estacas y ahogadas por las implacables mareas de Solway como castigo por sus creencias religiosas. Hasta el día de hoy, las gaviotas parecían lamentar esas almas mártires, revoloteando y zambulléndose en el cielo claro de junio. Su agudo resonaba en una melancólica armonía con el bajo lamento del mar. chillido

"No yo", juró Jenny mientras observaba una viga de madera flotando a tierra desde uno de los barcos anclados en el canal. *"No seré martirizada, atada a algún inhóspito caserío montañoso y ahogada lentamente por una vida de servidumbre"*.

Desde que pudo sostener una escoba, Jenny asumió el trabajo de una mujer adulta. Trabajando codo a codo con su madre, había cocinado, limpiado, hilado, batido, lavado y remendado. Sin mencionar el cuidado de la creciente tribu de niños que sus padres habían engendrado en su alta cama. Desde la muerte de su madre, la responsabilidad total del hogar Lennox había recaído en los hombros de Jenny. Hoy podría ser su única oportunidad de escapar.

Las barcasas más ligeras comenzaban a transportar carga hacia la barca *St. Bride*. Había llegado la noticia de que su capitán planeaba levantar el ancla cuando cambiara la marea, aproximadamente dentro de dos horas. En dos horas, Jenny estaría en camino hacia la colonia de New Brunswick y una nueva y mejor vida. ¡Si tan solo los Walker se dieran prisa y llegaran aquí!

Volvió a mirar la calle. ¿Dónde podrían estar? Un enorme nudo se apretó en el estómago de Jenny, tan indigerible como la pasta de avena de su madrastra. Hacía muchas horas que no podía tragar un tazón de eso y despedirse llorando de sus hermanos. Los mayores habían ocultado sus ojos húmedos con gruñidos varoniles. Advirtiéndole que no cayera al océano durante la travesía, le rogaron que les escribiera, olvidando que ella no sabía cómo.

Wee Malcolm se había aferrado a sus faldas, llorando con fuerza, hasta que su madrastra lo llevó a la casa a la fuerza. Si tan solo pudiera haberlo llevado con ella, al bebé al que había cuidado como una madre desde la muerte de su madre. Hundiendo su trasero en su nuevo baúl con bordes de latón, Jenny se mordió los labios con fuerza entre los dientes. Si los Walker no llegaban pronto, temía que podría comenzar a sollozar, rogando a su padre que la llevara a casa

de nuevo.

Las lágrimas no deseadas comenzaron a formarse en los ojos de Jenny cuando vio una figura familiar entre los habitantes de Kirkcudbright. No era Mag Walker, una mujer robusta que superaba a su esposo por casi dos piedras. En cambio, era una chica delgada, con un alegre sombrero y un atuendo de viaje de moda.

"¡Kirstie!" Jenny saludó a su amiga mientras esquivaba a través de la multitud en el muelle. "Eres un alivio para mis ojos cansados. ¿No me digas que has venido desde Dalbeattie solo para despedirme?"

Kirsten Robertson era la amiga más cercana que Jenny había hecho durante su juventud trabajadora y restringida. Aunque su padre era dueño de la cantera de granito de Dalbeattie, Kirstie no era de las que se hacían las importantes. Hacía algunos años, la ama de llaves del señor Robertson había llevado a la niña en una visita rutinaria para comprar huevos a la madre de Jenny. Después de que las dos niñas entablaron una amistad, Kirstie insistió en venir cada vez que podía. Cuando creció, se hizo cargo de la tarea de comprar huevos. Jenny siempre había esperado con ansias las visitas de Kirstie. Eran prácticamente su única oportunidad de enterarse de la escuela, la ciudad y el vasto mundo más allá de la granja Lennox.

"¡Jenny! ¿Es hoy cuando te vas?" Kirstie parecía agradablemente sorprendida de encontrarse con su amiga tan lejos de casa y tan bien vestida. "He estado quince días con mi tía en Dumfries. No creía que te fueras por un tiempo todavía. Qué suerte haber llegado aquí para despedirte".

"¿Qué haces en Kirkcudbright?" Jenny preguntó.

Los claros ojos azules de Kirstie Robertson brillaban con alegría. "Papá llevó a Harris Chisholm para que tomara su barco, y me obligó a venir. Preocupaba mucho a papá cuando el señor Chisholm decidió emigrar. No supone que vuelva a encontrar un gerente tan bueno".

Al escuchar el nombre de Harris Chisholm, la boca de Jenny se frunció como si acabara de morder una manzana agria. A menudo se había encontrado con el más notorio cascarrabias de Dalbeattie en la iglesia. En esas ocasiones, él la había saludado con una inclinación helada y un desprecio apenas disimulado.

"Quizás tu padre esperaba que hicieras pareja con el señor Chisholm para que no se fuera", bromeó Jenny con su amiga. Como hija de un hombre rico y muy bonita, Kirstie tenía su elección de pretendientes. Sin embargo, no mostraba interés en asentarse pronto.

"¡Harris Chisholm!" Kirstie soltó una risa exasperada. "Oh, no sería tan malo si no me mirara siempre con esa mirada de señorío suya. Es evidente que piensa que soy una tonta voluble".

Jenny se unió a la risa de su amiga. Se sintió extrañamente aliviada por saber que Harris Chisholm era igualmente descortés con las chicas mucho más ricas y mejor educadas que ella.

"¿Por casualidad te encontraste con Lowell y Mag Walker en el camino?" Jenny preguntó. "Tengo que viajar con ellos y estoy empezando a preocuparme de que no lleguen a tiempo".

La alegre carita de Kirstie se volvió más seria. "¿Los Lowell Walker? ¿No has oído? Mister Walker estaba enganchando a su caballo malhumorado esta mañana cuando la maldita bestia le dio un puntapié. Le rompió la pierna en tres lugares, oí decir. La pobre Mag está preocupada de que pueda perderla. No navegarán hoy, si es que lo hacen".

"Oh". Jenny sintió cómo la sangre abandonaba su rostro. No habría esperanza de persuadir a su padre para que la dejara cruzar el Atlántico sola. Su hermano Ross era segundo oficial en el brick Bunessan. En su última licencia, había contado historias escalofriantes sobre los desocupados degenerados que formaban su tripulación. Antes de que Alexander Lennox

permitiera que su hija abordara el *St. Bride*, sin chaperón, se vendería como siervo para pagar el pasaje.

Debería haber sabido que esto era demasiado bueno para ser verdad, se reprendió Jenny. Todo había funcionado demasiado fácil y suavemente, hasta ahora. Cuando Roderick Douglas había escrito a casa buscando una esposa, las demás muchachas elegibles en Dalbeattie habían sido reacias a aceptar. Algunas se sentían nerviosas por cruzar el frío y vasto océano. Otros no podían soportar la idea de separarse de sus familias. Jenny había saltado ante la oportunidad de casarse con un hombre al que una vez había admirado desde lejos. Un hombre que ahora era un próspero constructor naval, capaz de darle la vida refinada y acomodada que ansiaba. ¿Por qué se había permitido esperar algo tan milagroso, solo para ver cómo su sueño naufragaba en los bajos de la realidad?

Apretando los labios con resolución, Jenny enderezó los hombros. ¡Tomaría más que el caballo malhumorado de Lowell Walker y la estricta decencia presbiteriana de su padre para evitar que alcanzara su brillante destino! Encontraría la manera de llegar a Roderick Douglas incluso si significaba nadar en el Atlántico Norte.

Kirstie pasó un brazo reconfortante alrededor del hombro de Jenny. "Debe haber alguien más que pueda cuidarte. La gente es terriblemente amable con ese tipo de cosas. Vamos a encontrar al agente que reservó tu pasaje y preguntarle quiénes son los otros pasajeros. Podría haber una familia que esté contenta de recibir ayuda con sus pequeños".

Dejando que Kirstie la guiara hacia el agente, Jenny apenas escuchó la charla optimista de su amiga. El hombre negó con la cabeza con pesar cuando Kirstie preguntó sobre otras pasajeras mujeres. Mag Walker y Jenny Lennox eran las únicas mujeres reservadas a bordo del *St. Bride*.

El agente leyó los nombres de los otros seis pasajeros. "Gregor McKinnon, Donald Beattie, Lowell Walker, George Irving, Gavin Tweedie y Harris Chisholm".

Prácticamente bailando junto a Jenny, Kirstie agradeció al hombre por su tiempo.

"Es una bendición", susurró. "Por un momento temí que no tuviéramos suerte. Le pediré al señor Chisholm que te vigile durante la travesía. Luego podemos presentárselo a tu papá como si todo estuviera resuelto. El señor Chisholm puede ser un hombre y puede que tenga una forma peculiar de ser. Aun así, cuando todo está dicho y hecho, es de Dalbeattie y va a la iglesia todos los domingos. Supongo que es lo mejor que puedes conseguir con tan poco tiempo".

Como si las críticas de la hija de su empleador lo hubieran convocado, Harris Chisholm apareció de repente, con la cabeza y los hombros que se alzaban sobre la multitud del puerto. Jenny lo habría reconocido en cualquier lugar por su mechón de pelo castaño rojizo. Su rostro largo y delgado, podría haber sido guapo si no fuera por las cicatrices a lo largo de su mandíbula y su expresión perpetua de desdén fresco. Evidentemente, en busca de Kirsten, se dirigió hacia las chicas.

Dándole un apretón reconfortante a la mano de su amiga, Kirstie murmuró por lo bajo: "Déjame preguntar a mí. Aún no he conocido a un hombre al que no pudiera convencer".

"Gracias, Kirstie, pero hablaré con el señor Chisholm yo misma". Jenny mantuvo la cabeza alta e intentó tragar el nudo de consternación en su garganta. ¿No era típico de la vida, jugar esta especie de cruel broma? Poner el poder sobre todo su futuro en manos de un hombre que la despreciaba.

* * *

A Harris Chisholm le llevó un momento reconocer a la joven bien vestida que estaba junto a la hija de su empleador. Ojalá el viejo señor Robertson no hubiera insistido en traer a Kirsten.

Harris tenía la incómoda sensación de que detrás de sus centelleantes ojos azules, la criatura indomable se estaba riendo de él.

Mientras se armaba de valor para hablar con las damas, la compañera de la señorita Robertson lo miró. Fue una mirada de singular escrutinio, como si él fuera el único hombre de importancia en el mundo. Nunca había visto ni imaginado a una mujer tan encantadora como Jenny Lennox en ese momento.

Solo la había visto con un vestido de trabajo y un delantal o en su severo mejor traje presbiteriano de los domingos. Hoy llevaba un traje de viaje y una chaqueta ajustada corta de color azul verdoso. Adornado con cintas azules a juego, su sombrero de paja de ala ancha servía para centrar su mirada en su rostro.

La simetría clásica de sus rasgos lo hizo recordar varias esculturas de mármol que había visto en Edimburgo. Cuánto más cautivadora se veía una fisonomía así en colores vivos. Su piel tenía una cualidad luminosa compuesta de rosas y crema. La delicadeza impertinente de su labio superior contrastaba de manera embrujadora con su labio inferior completo, casi mohíno. El rojo cálido de fresas maduras, juntos formaban una combinación encantadora. Sin embargo, eran sus ojos los que tenían cautivo a Harris. Alguna feliz reflexión del cielo azul le daba a sus amplios ojos grises un sorprendente tono violeta.

"¿Podría tener una palabra usted, Sr. Chisholm?" Su voz tenía más que un indicio de impaciencia.

Harris se dio cuenta de que, mientras la había estado mirando con tan evidente admiración, Jenny Lennox le había estado hablando.

"¿Qué?" Luchó por componer su expresión en una gravedad adecuada. "Está lejos de casa hoy, señorita Lennox".

"Lo estoy", respondió, "y pienso ir más lejos. Pero primero tengo un gran favor que pedirle, Sr. Chisholm".

Así que era eso. Ella quería algo. ¿Por qué si no una muchacha tan bonita lo miraría con algo menos que aversión? Debería estar acostumbrado a ello a estas alturas. Las mujeres siempre sacaban lo peor de él. Las jóvenes bonitas como Jenny Lennox en particular. Había crecido en una granja pequeña y solitaria en una colina al norte de Dalbeattie, sin nadie más que su padre y su abuelo como compañía. Las mujeres le eran tan extrañas como criaturas de otra estrella. Las únicas mujeres de su estrecho conocimiento vivían en las páginas de las novelas de Walter Scott: Flora MacIvor, Diana Vernon y Rowena de Ivanhoe.

En sueños alimentados por esas epopeyas románticas, Harris a menudo imaginaba lo dulce que sería tener a una mujer que lo mirara con ternura, que le hablara amorosamente. Cuando, en cambio, las muchachas retrocedían asustadas, o peor aún, con lástima, lo avergonzaba. Desesperado por ocultar esa vergüenza, hablaba bruscamente o no hablaba en absoluto.

Eso solo empeoraba las cosas. Estaría mucho mejor viviendo en un lugar con la menor cantidad posible de mujeres, y esas pocas casadas seguramente con otros hombres. New Brunswick, una colonia fronteriza al norte a través del Atlántico, sería perfecta para eso. Sin la distracción de chicas bonitas para alimentar sus fantasías sin esperanza, podría canalizar toda su energía en buscar hacer algo de sí mismo.

Harris sintió que sus cejas se juntaban y su rostro se endurecía en una máscara severa e inflexible.

Jenny Lennox pareció percibir su antagonismo. Mirándolo fijamente a los ojos, lo instó a mirarla, a escucharla y a conceder cualquier favor que pudiera pedir. "Es así, Sr. Chisholm, voy a Miramichi, New Brunswick, en el *St. Bride*, igual que usted. ¿Ha oído que me voy a casar con

Roderick Douglas?"

Negándose a dejar que lo atrajera a una conversación bilateral, Harris asintió con frialdad.

"Pensé viajar con los Lowell Walker. Ahora escucho que el Sr. Walker ha sufrido un accidente y no navegarán con nosotros después de todo. Mi padre nunca me permitirá abordar ese barco si no tengo a alguien en quien confíe que me cuide. No hay otras mujeres pasajeras en el *St. Bride* y usted es el único hombre a bordo con el que tengo alguna relación. Necesito que le prometa a mi papá que me hará llegar sana y salva a Miramichi".

Hizo una pausa para tomar aliento. Harris detectó un ligero temblor en las cintas de su sombrero.

"Yo..." La palabra salió en un chillido adolescente. Aclarándose la garganta, Harris intentó nuevamente, bajando conscientemente su voz a su habitual barítono profundo. "No sería apropiado".

En privado, se sintió herido por el insulto. ¿Qué era él, algún tipo de eunuco al que se le confiaba proteger a una mujer de las atenciones lascivas de los verdaderos hombres a bordo del *St. Bride*? Solo porque la señorita Lennox quisiera tener lo menos posible que ver con él, no lo hacía inmune a sus encantos. "¿Por qué no esperar y tomar un barco más tarde?"

"Porque..." Un tono ronco en su voz amenazaba con lágrimas.

Harris quería echar la cabeza hacia atrás y aullar de irritación. ¡Como si las mujeres no tuvieran suficientes ventajas en la eterna lucha entre los sexos! Las criaturas podían disolverse en lágrimas con solo un sombrero, reduciendo a la mayoría de los hombres a una masa temblorosa.

"He pagado mi pasaje", dijo. "No creo que el agente quiera devolverlo solo porque papá se oponga a que viaje sola".

"Seguramente su... prometido, el Sr. Douglas, podría pagar otro pasaje." Un tono algo menos positivo se filtró en la voz de Harris.

"Incluso si pagara de nuevo, para cuando envíe el aviso, habré perdido meses. Supongo que el Sr. Douglas quiere una esposa pronto. Sería menos problema encontrar a otra muchacha".

Harris se mantuvo firme y en silencio. Roderick Douglas sería un tonto si no esperara a una novia rara como esta.

"Así que así están las cosas, Sr. Chisholm." Jenny Lennox resumió su caso. "O bien zarpo en el *St. Bride* hoy para ser la esposa de un hombre rico, o me voy a Londres a ser una fregona en la cocina de algún hombre rico".

Habiendo pronunciado una amenaza tan grave, sus labios se curvaron en una sonrisa burlona. "¿Alguna vez se ha imaginado como un hada madrina?"

Parte de Harris quería complacerla, pero otra parte protestaba. Jenny Lennox encarnaba todo lo que él había esperado dejar atrás. No tenía sentido llevarlo consigo. "Bueno..."

Quizás sintiendo su indecisión, ella puso en juego todos sus poderes de persuasión. "Roderick Douglas es un hombre influyente en Miramichi. Estoy segura de que le estará agradecido por ayudarme. Lo que sea que quiera, dinero, un puesto... cualquier cosa, solo tendrá que pedirlo y juro que haré todo lo que esté a mi alcance para devolverle el favor".

Le lanzó una mirada de desesperada sinceridad, como si estuviera haciendo un pacto con el diablo. Picado por la comparación implícita, Harris abrió la boca para rechazar de una vez por todas.

Entonces Jenny Lennox extendió la mano y tomó la suya. "¿Por favor?"

Su tacto era suave y cálido. Harris no pudo encontrar en su corazón negarle a Roderick Douglas la oportunidad de sentirlo. Tal vez debería seguir el ejemplo de Douglas: hacer fortuna en las colonias y luego enviar a casa por una novia.

"Muy bien, lo haré", accedió finalmente, con evidente renuencia. "La llevaré sana y salva a Miramichi".

Jenny vaciló ligeramente en sus pies. Por un momento, Harris temió que pudiera desmayarse de sorpresa y alivio. Agarró su mano para estabilizarla.

Devolviendo su firme sujeción, ella apretó su mano en un vigoroso apretón para sellar su acuerdo. "Es un trato, entonces. Juro que no será una molestia para usted".

Por un instante, Harris sí se imaginó en el papel de hada madrina. ¿Con qué frecuencia en la vida se le daba el poder de conceder el deseo más querido de otra persona? Había algo gratificante en esa perspectiva.

"Si llego a vivir cien años, nunca podré agradecerle lo suficiente". Con esas palabras, Jenny Lennox lo colmó con una sonrisa de tan dulce estima que Harris se sintió completamente recompensado por lo que pudiera costarle la empresa.

Un rato después, el *St. Bride* salió de la bahía de Kirkcudbright con la marea baja. Sus pasajeros se agruparon en la toldilla para echar un último vistazo a la patria que nunca esperaban volver a ver. Apartándose de Harris y los otros pasajeros masculinos, Jenny Lennox agitó su pañuelo en un último adiós a su padre y Kirstie Robertson.

Las maderas de la barca crujían. Las poleas chirriaban mientras los marineros ajustaban el aparejo. Cuando el viento comenzó a llenar las velas, estas ondeaban como sábanas gigantes en un tendedero. Sobre todos esos ruidos se alzaba la voz profunda del primer oficial. Gritó instrucciones a su tripulación para la disposición de varios baos, mástiles y velas. Varios marineros inexpertos parecían desconcertados por ese lenguaje náutico. Otros podrían haber entendido las órdenes, pero estaban demasiado afectados por los efectos secundarios de la bebida como para lograr mucho.

Recordando las miradas audaces y especulativas que habían recibido a la llegada de Jenny al *St. Bride*, Harris entendió la preocupación de su padre por su seguridad. Ella también lo había hecho, pues se acercó más a él. Cuando uno de los marineros le sonrió de manera familiar, Harris lo fulminó con una mirada oscura.

La sonrisa del joven marinero desapareció. Retrocedió.

No era la primera vez que Harris estaba casi agradecido por las cicatrices que le daban un aire de peligro. Podían hacerlo menos atractivo para las chicas, pero también hacían que otros hombres pensaran dos veces antes de meterse con él. Con él como su escolta, Jenny Lennox estaría a salvo de algo peor que unas cuantas miradas impertinentes.

Después de que la barca rodeó Little Ross, la mayoría de los pasajeros abandonaron la cubierta superior para disfrutar de los vientos frescos del Solway Firth. Harris y Jenny se quedaron en la toldilla después de que los demás se hubieran ido a las cubiertas inferiores.

"¿Le gustaría haber esperado otro barco, después de todo?" Harris entornó los ojos en dirección al horizonte occidental.

Jenny dio un ligero sobresalto, como si su pregunta llegara un poco demasiado cerca de leer su mente. "Esa no era una opción, si recuerda. Estoy feliz de estar en camino a New Brunswick, y le agradezco nuevamente por hacerlo posible. Confío en que podrá cuidar de mí".

Sus palabras recordaron a Harris la grave responsabilidad que había asumido.

"Quiero asegurarme de que estemos claros en los términos", gruñó. "No saldrá de su camarote por ningún motivo a menos que esté con usted. Y no permitirá que nadie entre. ¿Entendido?"

Jenny asintió fácilmente.

"Bien". Se dirigió hacia la escotilla que llevaba a las cubiertas inferiores. "Deberíamos

encontrar nuestros camarotes, instalarnos y comer algo. No me gusta el aspecto de ese cielo. A menos que me equivoque, nos espera mal tiempo antes de que pasemos Irlanda".

"Solo deme un minuto, ¿quiere?" Jenny suplicó. "Antes de hoy, nunca había estado a más de cinco millas de casa. Esta es mi primera vez en un barco".

"Muy bien." Harris reprimió un suspiro impaciente. "Un minuto".

Alguna intuición le advirtió que mantuviera los ojos alejados de ella, pero se negaron a obedecer.

Desatando las cintas de su sombrero, Jenny se lo quitó. Hábilmente extrajo varios pasadores de su cabello. Este cayó hasta su cintura en ondas castañas, mientras mechones más cortos se enroscaban suavemente alrededor de su rostro. Girando hacia el viento, cerró los ojos mientras la brisa fresca hacía que su cabello se arremolinara detrás de ella. Parecía la figura tallada de *St. Bride* en la proa de la barcaza, mágicamente, gloriosa, cobrando vida.

Harris no dudaba de su capacidad para proteger a Jenny Lennox de cualquier otro hombre a bordo de este barco. Pero, ¿era capaz de proteger su propio corazón de ser dolorosamente arrebatado por ella?

Capítulo Dos

"¡Señorita Lennox!" llamó Harris. Al no obtener respuesta, golpeó con más insistencia la puerta de su camarote. "¡Jenny!"

Como había predicho, una violenta tormenta se había desatado cuando el *St. Bride* dobló la peligrosa costa norte de Ulster. Si hubiera estado cruzando el Atlántico en la dirección opuesta, con bodegas llenas de pesada madera de Nueva Brunswick, no habría sido tan malo. Como estaba, navegando contra el viento, ligero de carga con mercancías comerciales, la barcaza se balanceaba impotente en el mar agitado.

Debajo de los pies de Harris, la cubierta dio un repentino y violento giro, enviándolo estrellándose contra la puerta del camarote de Jenny. Las tablas de pino endebles cedieron. Se tambaleó hacia su camarote, golpeándose la espinilla contra algo afilado y sólido antes de caer al suelo. Detrás de él, la puerta del camarote golpeaba abierta y cerraba al ritmo del balanceo del barco, admitiendo fugaces destellos de luz de las lámparas del pasillo. Entre esos destellos, la pequeña cámara estaba impenetrablemente oscura.

¿Dónde podría estar Jenny Lennox? se preguntó Harris mientras se frotaba la espinilla adolorida. Había acordado no salir de su camarote sin él. Mujeres, gruñó entre dientes, hacían todo tipo de promesas para salirse con la suya. Luego seguían y hacían lo que querían, sin siquiera pedir permiso.

Un gemido bajo y angustiado sonó cerca del oído derecho de Harris. Extendiendo la mano en dirección al sonido, su mano entró en contacto sólido con la carne húmeda de la cara de Jenny.

"Señorita Lennox, ¿qué está haciendo acostada aquí en la oscuridad?"

"Muriendo", fue la débil y ronca respuesta.

Bajo los olores predominantes de agua salada y madera mojada, Harris percibió un olor acre. Disimulado por la oscuridad, se permitió una sonrisa irónica a costa de Jenny. Aparentemente, la belleza no era suficiente para resistir los rigores mundanos del mareo.

Dejó que su mano se posara en la mejilla de Jenny. "No va a morir".

"Quiero". Las palabras salieron mientras se le subía el vómito.

Harris se apartó cuando Jenny se inclinó sobre el borde de su litera. Durante varios segundos, gimió agonizantemente, pero con poco resultado. Cuando volvió a hundirse en su lugar, Harris se inclinó sobre ella. Tuvo que acercarse mucho para hacerse oír por encima del estruendo de las olas golpeando contra el casco y el silbido alto e intermitente del viento.

"Si se siente tan mal y aún así hace chistes, espero que se recupere", dijo suavemente. "Descanse ahora. Iré a buscar la cura del doctor Chisholm para el malestar del mar".

"No me importa", gimoteó Jenny. "Haga lo que quiera conmigo".

Harris casi se rio. Claramente, la muchacha no tenía idea de lo que le gustaría hacer con ella. Si lo supiera, nunca le habría hecho una oferta tan tentadora, por mucho que se sintiera mal. Inclínándose tan cerca de Jenny, podía sentir el calor emanando de su cuerpo.

¡Debo estar loco para entretenerme con tales fantasías! se reprendió Harris mientras se alejaba de ella con resistencia. Consciente de su espinilla dolorida, buscó el camino hacia la puerta con pasos vacilantes. Una vez que amainara la tormenta, tendría que hacer algo con ese pestillo roto. Mientras tanto, el aire húmedo bajo cubierta había hinchado la madera lo suficiente como para que la puerta se atascara cuando la cerró.

Un rato después, Harris regresó al pasillo con una linterna en la mano y un libro bajo el brazo. Un empujón firme de su hombro fue suficiente para abrir de nuevo la puerta de Jenny. Harris sostuvo la lámpara en alto mientras entraba en el camarote. No estaba ansioso por lastimarse más, ni por caer de cara al suelo resbaladizo.

Jenny se encogió ante la luz, cubriéndose la cabeza con una manta. "¡Apáguela! No es tan malo cuando no veo todo el camarote balanceándose y moviéndose".

Harris se orientó. De alguna manera, el baúl de latón de Jenny se había salido de debajo de su litera. Debió de haber sido el culpable, el responsable de su espinilla magullada. Dirigió al baúl una mirada furibunda y lo empujó hasta el lado de la cabeza de la litera.

"Necesito la luz por un minuto", dijo. "Luego la apagaré".

Jenny, aún con la cabeza cubierta por la manta, no respondió. Harris colgó la lámpara de un gancho clavado en una de las vigas del techo. Encontró una pesada jarra de gres y echó un chorrito de agua en su pañuelo. Asegurando un lavabo de esmalte para futuras necesidades, apagó la lámpara. Luego buscó su camino de regreso al baúl de Jenny y se sentó en él.

"¿Por qué no se va y me deja morir en paz?" gimoteó Jenny. Debió haber tirado la manta, porque sus palabras ya no estaban amortiguadas.

"Todo es parte del trato", encontró el rostro de ella y pasó su pañuelo húmedo por él. "Prometí a su padre que la llevaría sana y salva a Miramichi".

Hurgando en el bolsillo de su abrigo, sacó un pequeño frasco. Sosteniendo los hombros de Jenny con un brazo, se lo llevó a los labios. "Tome un sorbo de esto. Si puede retener un poco, podría ayudarla a dormir. Creo que eso es todo lo que puedo hacer por usted esta noche: ayudarla a dormir hasta que pase la tormenta".

Ella se incorporó de golpe, escupiendo una fina neblina de whisky en su rostro. "¿Qué es esta cosa? ¡Tiene un sabor horrible!"

"Peor que lo que ya tiene en la boca, ¿verdad?" gruñó Harris, secándose la cara con el pañuelo. "Para su información, este es el mejor whisky de malta único, bueno para una variedad de propósitos medicinales, incluido el tratamiento del mareo en alta mar. ¡Ahora bébalo!"

De mala gana, Jenny obedeció. Harris casi pudo escuchar su mueca al probar el licor.

"Recuéstese y deje que se asiente un minuto antes de intentar otro trago".

"Nunca lo podré retener. ¡Quema todo el camino!"

"Aja", respondió secamente. "También encenderá un fuego en su vientre, así que relájese. Ahora, mientras esperamos que el whisky haga su efecto, necesita algo que la distraiga de lo miserable que se siente. Si me permite encender la lámpara de nuevo, traje un libro que podría leerle".

"¿Qué libro es?" preguntó ella.

Harris creyó escuchar un tono de anhelo en su voz.

"Uno de mis favoritos. *Rob Roy* de Walter Scott".

"Oh".

Nunca había escuchado un sonido tan melancólico como esa breve palabra.

"No sirve de nada", dijo Jenny finalmente. "No soportaría la luz. Pero suena como una historia valiente. ¿De qué trata?"

"Tome otro trago del whisky primero".

Ella se sometió con un suspiro de resignación. Aunque jadeó mientras el whisky bajaba, no lo vomitó. Harris lo tomó como una señal de que su prescripción podría estar funcionando.

Encorvándose hacia adelante, acercó su boca al oído de Jenny para no tener que gritar sobre la tormenta. Harris comenzó a contarle la historia de Frank Osbaldistone y sus aventuras con el

forajido Rob Roy McGregor. De vez en cuando, caía en la prosa dramática de Scott, recitando pasajes enteros de memoria. A intervalos regulares, se detenía para levantar a Jenny y administrarle otra dosis de whisky.

"¿Se siente mejor?" preguntó después de que hubiera pasado una hora sin más episodios de náuseas.

"Me siento extraña", respondió ella con voz gruesa y adormilada, "pero no tan mal como antes".

"Iré y la dejaré dormir entonces".

Ella buscó su mano. "Quédese... por favor. Su historia mantiene mi mente ocupada. Debe ser grandioso poder leer libros como ese".

"Estaré encantado de prestarle cualquier cosa que tenga", ofreció Harris. "Supongo que no ha tenido mucho dinero para libros".

Hundiéndose de nuevo en su litera, Jenny Lennox soltó una risa extrañamente amarga. "Sin dinero. Sin tiempo. Sin aprendizaje". Ella sollozó. "Temo decepcionar a Roderick Douglas: una campesina ignorante que no puede leer ni escribir su propio nombre". Sus palabras se desvanecieron en sollozos silenciosos.

Ese sería el whisky haciendo su trabajo, decidió Harris. A menudo tenía el lamentable efecto secundario de hacer que el bebedor se volviera melancólico.

"Tranquilícese ahora". Limpió su rostro con su pañuelo de nuevo. "Se va a preocupar y terminará enfermándose de nuevo. Es un tonto el que se quejaría de una novia bonita como usted, Jenny Lennox".

"¿Qué está haciendo aquí de todos modos, Harris Chisholm?" Ella apartó su pañuelo. "Sé que piensa que soy estúpida y vulgar. Lo he visto mirándome con desdén lo suficiente. Váyase, ahora. ¡No necesito su bebida, ni sus historias, ni su compasión, tampoco!"

Harris pudo escucharla moviéndose en la litera estrecha, dándole la espalda probablemente. Por un momento se quedó, sin saber qué decir o hacer. Siempre había pensado en las chicas bonitas como criaturas despiadadas e impasibles. Nunca se le había ocurrido que también podrían tener sentimientos fácilmente heridos, o que podrían experimentar la misma clase de duda en si mismo que lo atormentaba a él. Fue una revelación desagradable que su actitud hosca, destinada únicamente como medida defensiva, pudiera haber herido a una de ellas.

Si la luz hubiera estado encendida y Jenny no estuviera confundida y medio dormida por el whisky, nunca habría dicho lo que dijo a continuación. "No pienso nada de eso. De todos modos, no debería preocuparse por mí. Sé muy bien que ninguna chica querrá tener nada que ver conmigo. Me ahorra mi orgullo fingir que no me importa. Nunca tuve la intención de ofenderla y le pido perdón si lo hice".

Sintió la necesidad repentina de hacer las paces. "Nos quedan cinco o seis semanas más en el mar..."

Jenny gimió ante la idea.

"No todo será tan malo como esto, espero", continuó Harris. "Una vez que pase este chaparrón y encuentre sus piernas en el mar, podría enseñarle a leer si quiere aprender".

Las sábanas crujieron nuevamente cuando ella se giró hacia él. "¡Me encantaría! Es algo que siempre he querido. Solía envidiar a mis hermanos cuando se iban a la escuela. Como yo era la única niña, mamá no podía prescindir de mí. Un invierno molesté a Ian para que me enseñara, pero no avanzamos mucho. Siempre estaba tan cansada por la noche que me dormía sobre mis libros antes de poder aprender algo".

Harris se preguntó si ella se daba cuenta de que él todavía estaba escuchando, o si había

caído en la nostalgia en voz alta. Escuchó el tono lastimero y ansioso en su voz.

Aparentemente ella no lo había olvidado, porque de repente preguntó: "¿Por qué se molestaría tanto?"

"A las hadas madrinas como yo nos gusta hacer un trabajo completo", se rio Harris. "Es un punto de orgullo profesional. ¿Hay algún otro deseo que le gustaría que concediera mientras tanto? ¿Paja convertida en oro hilado? ¿Calabaza convertida en un buen carruaje?"

"Si puede enseñarme a leer y verme casada con seguridad con Roderick Douglas, me hará la chica más feliz del mundo. Solo espero que no planee pedir mi primer hijo como pago".

"¿Sería eso un problema, entonces?" preguntó Harris en tono jocoso. "Recuerdo que me prometió cualquier cosa en su poder de conceder, sin ninguna disposición que excluyera a su primogénito. Puedo modificar el contrato, pero significará cobrar una penalización adicional".

Jenny no respondió de inmediato. Harris se preguntó si había entrado en un territorio incómodo con su broma sobre su futuro vástago. Notó que el viento había disminuido en ese momento de silencio. El balanceo y el cabeceo del bergantín también habían disminuido hasta una ondulación más suave.

"Pagaré su penalización con un pequeño hechizo propio", dijo Jenny al fin. "Lo convertiré en el tipo de caballero encantador que puede elegir entre las damas".

Harris se rio abiertamente. "Si puede hacer ese tipo de magia, mejor cuídese de que no la quemem por bruja, señorita".

"Le daré su primera lección ahora mismo", murmuró ella. "La próxima vez que hable con una mujer, finja que está en la oscuridad y que ella está un poco mareada con su primer sorbo de bebida fuerte. Luego háblele exactamente como me ha hablado esta noche, suave y amablemente. Después de cinco minutos, supongo que ni siquiera notará esas cicatrices en su cara".

* * *

Jenny se despertó con el sonido de pasos y voces en la escalera. Finos rayos de sol se colaban en el camarote a través de las rendijas de la luz muerta. Había amanecido y el vendaval había pasado. Su estómago todavía se sentía mareado, pero infinitamente mejor que la noche anterior. Este alivio fue compensado por el dolor sordo que palpitaba en su frente.

Muy cerca, escuchó los ronquidos de un hombre. Las paredes entre los camarotes deben ser tan delgadas como el papel, refunfuñó para sí misma. Revolcándose en los estrechos espacios de su litera, se encontró cara a cara con Harris Chisholm, roncando serenamente con la cabeza apoyada en la almohada.

"Señor Chisholm, ¿qué sigue haciendo aquí?" Jenny se encogió en la esquina de la litera, recogiendo las mantas protectoramente sobre su pecho.

Harris se sentó en su baúl y apartó la cabeza y el torso de su lugar de descanso en la litera. "¿Dónde? ¿Qué?"

Miró alrededor del camarote con los ojos entrecerrados. Cuando se centraron en Jenny, él dio un sobresalto visible.

"Debo haberme quedado dormido contándole lo último de *Rob Roy*". Bostezó y estiró sus largos brazos.

"¿Sabe lo que esto significa?" preguntó Jenny. "Si se corre la voz de que lo he estado entreteniéndome en mi camarote toda la noche, mi reputación estará arruinada. ¡Roderick Douglas nunca me tomará como esposa entonces! ¿Cómo pudo permitir que esto sucediera?"

"¿Yo?" Harris se enderezó indignado. "Usted fue quien me rogó que me quedara. 'Haga lo

que quiera conmigo', dijo. 'Quédese y cuénteme más de la historia', dijo. Pensaba que iba a morir de mareos por el mar, pero la cuidé durante ello. Y así es como me lo agradece. ¡Reprendiéndome como una pescadera! ¡Haciendo parecer como si me hubiera colado en su camarote y la hubiera atacado en la noche!"

"¡Usted derribó mi puerta!" lo acusó Jenny.

"Eso fue un accidente, y bien lo sabe. Ahora baje la voz, o tendrá a toda la tripulación encima de nosotros. Ambos sabemos que nada sucedió la noche pasada para manchar su justa reputación, a menos que cuente vomitar en mis zapatos y escupir whisky en mi cara", comenzó a reírse Harris ante la idea.

A pesar de sí misma, Jenny también se rio.

"Guardaré silencio sobre mi presencia aquí si usted hace lo mismo, y nadie se enterará", le aseguró Harris. "Además, si la noticia llega a Roderick Douglas y él la abandona por eso, le prometo hacerla una mujer honrada".

Jenny agarró su almohada y le dio a Harris un fuerte golpe en la oreja. "¡Si hace algo para arruinar mi boda con Roderick Douglas, no me casaré con usted aunque sea la última criatura masculina en Norteamérica!"

* * *

Afortunadamente, Harris pudo salir sigilosamente del camarote de Jenny esa mañana sin ser descubierto. La tripulación estaba demasiado ocupada evaluando los daños causados por la tormenta, mientras que los otros pasajeros estaban lidiando con su propio mareo en diversos grados. Más tarde ese día, en un gesto de inocente preocupación, ayudó al carpintero del barco a reparar el cerrojo roto de la puerta de Jenny.

Jenny se mantuvo en su camarote todo el día con la excusa de recuperarse de su ataque de bilis. Cuando finalmente emergió a la mañana siguiente, trató a Harris con la cortesía gélida que usualmente se reserva para los desconocidos odiosos. Para su sorpresa y diversión, Harris se encontró incapaz de ofenderse. Cuando uno ha cuidado a una mujer durante un episodio de mareo, se dio cuenta, la dama en cuestión, por muy atractiva que sea, pierde permanentemente su capacidad para intimidar a un hombre.

También podría haber sido en parte debido a la admisión de Jenny de sus propias deficiencias. Quizás se debió a su estatus como su protector. Sea cual fuera la razón, Jenny Lennox se había caído de su pedestal, de cabeza. Harris encontró una experiencia extraña y bastante embriagadora estar en igualdad de condiciones con una mujer. Dado que podría no disfrutar de tal novedad nuevamente, decidió aprovechar al máximo mientras durara.

Le dio a Jenny cuarenta y ocho horas para que se cansara de su propia compañía. Luego hizo su avance.

"¿Planea dejar de ignorarme antes de que lleguemos a Miramichi?" preguntó con desinterés jovial mientras la acompañaba de regreso del desayuno.

Ella parecía tener dificultades para mantener una expresión seria. "¿Supone que ignorarlo durante dos días compensa el hecho de que usted me ignoró todos esos años?"

Su ceja se arqueó en una expresión de arrogancia encantadora.

"No." Su boca se retorció en el esfuerzo por contener una sonrisa. "Pero supongo que alimentarla con todo mi buen whisky y resistir las ganas de jactarme de pasar la noche con usted pesa mucho en la balanza."

"¡Baje la voz!" Jenny miró nerviosamente a su alrededor para ver si alguien había escuchado. Debió haber decidido que no había nadie cerca para escuchar, porque su expresión se suavizó.

"Supongo que hay algo de verdad en lo que dice." Extendió la mano. "Estoy dispuesta a hacer las paces si usted también lo está."

Harris sonrió. "Es un trato."

Estrechó su mano. No era suave ni delicada, sino áspera por años de trabajo. Más elocuentemente que cualquier súplica hablada, le dijo a Harris de la vida que ella ansiaba dejar atrás.

"Será bueno tener a alguien con quien hablar." Parecía genuinamente aliviada. "Quién lo diría después de veinte años de trabajar desde el amanecer hasta el anochecer, me aburriría de la ociosidad después de solo dos días. El tiempo cuelga pesado en tus manos cuando no tienes nada que hacer."

"Mantengo mi oferta de enseñarle a leer", dijo Harris. "Un buen libro es el mejor antídoto para el aburrimiento que puedo recomendar. Mientras estemos en eso, usted puedes instruirme en el arte delicado de encantar a las damas, como prometió."

"Será mejor que empecemos." Un destello amatista brillaba en los ojos grises de Jenny. "¡Si tengo que enseñarle algunos modales antes de que desembarquemos en Miramichi, no hay un momento que perder!"

Capítulo Tercero

“La... con-di-ción...” Jenny deletreó el arreglo de letras desconocido.

“Condición”, Harris la animó.

“Oh, sí.” Sus cejas se juntaron en una mueca de intensa concentración mientras atacaba el pasaje una vez más. “La condición de la nación inglesa era en este momento... su-fi... suf...”

“Suficientemente miserable”, Harris suministró útilmente las últimas dos palabras de la oración.

“No sirve de nada.” Jenny soltó un suspiro exasperado, que movió un mechón de cabello que rizaba sobre su frente. “Nunca podré leer como usted, Harris. Temo ser una ignorante espantosa.”

“Tonterías”, protestó él. “Me llevó años leer tan bien como usted puede después de solo quince días. Es una chica inteligente, Jenny.”

El cumplido la alegró más de lo que le gustaría admitir. Pretendió desecharlo con un gesto despectivo de su mano. “¡Váyase de aquí!”

Tutor y alumno se acomodaron en su lugar habitual, una corta escalera de peldaños anchos y poco profundos que llevaba a la cubierta de popa. Estos escalones laterales poco usados proporcionaban un refugio conveniente para las lecciones de lectura de Jenny, fuera del alcance de la tripulación. Tenían la ventaja adicional de recibir sombra del foque por la mañana y de la mayor durante el resto del día.

Últimamente, la sombra se había convertido en una rareza en el *St. Bride*. Desde aquella horrible borrasca al comienzo de su viaje, el clima del Atlántico Norte se había vuelto inusualmente bueno. El viento había disminuido a una brisa ligera e intermitente, mientras las olas perezosas mecían la barcaza tan suavemente como la cuna de un bebé. Día tras día, el sol brillaba desde un dosel de azul tranquilo y profundo. Nubes vaporosas flotaban alto en lo que el capitán del *St. Bride* llamaba un cielo de caballa.

“Probablemente habría aprendido más rápido con un libro más fácil”, se recostó Harris en su asiento dos escalones debajo de Jenny. Dirigió una mirada de disculpa al volumen grueso de *Ivanhoe* que reposaba abierto en su regazo. “Aparte de la Biblia, los libros de Walter Scott son todo lo que pude permitirme traer”.

“No se preocupe”, Jenny sintió que su optimismo natural resurgía. “Ya conozco suficiente la Biblia. Me gustan estas historias. Preferiría mucho más leer un libro que sea difícil pero interesante que uno que sea fácil pero aburrido”.

Harris sonrió. “Sí, tiene sentido”.

Habían terminado *Rob Roy* hace unos días. Primero, Jenny había luchado con las primeras páginas de cada capítulo y luego Harris recompensaba sus esfuerzos leyendo el resto en voz alta para ella. Entre capítulos, discutían la historia y los personajes. Harris explicaba cualquier antecedente histórico pertinente.

Las aventuras épicas y el romance heroico de las historias intrigaban a Jenny sin fin. Por la noche, aparecían en sus sueños, los héroes todos parecían y sonaban extrañamente como Harris.

Cada mañana, Jenny se vestía apresuradamente y devoraba su desayuno, ansiosa por abordar otro capítulo. Gracias a Walter Scott y Harris Chisholm, se estaban abriendo ante ella nuevos horizontes de pensamiento y experiencia. Nunca en su vida se había sentido tan completamente viva.

Harris echó un vistazo a la página que ella había comenzado a leer. “Hay varias palabras difíciles aquí. Podría ayudar si se las señalo de antemano”.

Mientras su dedo se deslizaba por las líneas de impresión, Jenny se encontró admirando sus manos. Aunque ágiles y expresivas, poseían una fuerza evidente que iba más allá del mero poder físico.

Señaló una larga cadena de letras. “Eso es ‘perfidioso’”.

“Per-fi-dio-so”, repitió Jenny. “¿Qué significa, entonces?”

Harris pensó un momento. “Supongo que significa un tipo que rompería su juramento, un traidor”.

“Mira”, dijo Jenny. “Ahí está de nuevo cerca del final de la página... ‘el pérfido John’”.

“¡Bien!” Harris le sonrió. “A Walter Scott parece gustarle esa palabra para describir a sus villanos”.

“¡Hola!” llamó una voz desde lo alto. “¿Cómo van las lecciones, señorita Lennox?”

Jenny saludó con la mano a Thomas Nicholson, el aprendiz que escalaba ágilmente las jarcias en el palo mesana.

“Va avanzando, Thomas”, comentó ella. “No rápido, pero va”.

“No le haga caso, Thomas”, contraatacó Harris. “La señorita Lennox tiene cerebro para igualar su belleza. ¡Podría convertirla en una abogada de Edimburgo en seis meses!”

Con un saludo alegre, el chico regresó a su trabajo. El capitán Glendenning mantenía a los hombres en las alturas a todas horas del día, ajustando las velas continuamente para atrapar los débiles y caprichosos vientos. A medida que el clima había mejorado desde los primeros días de su viaje, también lo había hecho la tripulación del *St. Bride*.

Un riguroso defensor de la disciplina, el capitán tomaba una línea dura con los holgazanes e insubordinados. Cualquier marinero que no cumpliera con su parte pronto se encontraba limpiando la cubierta con agua salada y piedra pómez bajo el sol ardiente. Los marineros diligentes encontraban en el *St. Bride* un buen destino. Comían mejor que la dieta habitual del castillo de proa de galletas duras y carne de res salada, y el capitán usaba una mano liberal repartiendo su ración de ron.

Descubriendo que Jenny tenía un defensor en la alta y amenazante figura de Harris Chisholm, los marineros rápidamente comenzaron a tratarla con respetuosa deferencia. Además, ayudó el hecho de que se supiera que ella estaba camino de casarse con un rico constructor naval en el puerto de destino. Cualquier marinero que planeaba desertar y buscar trabajo en Miramichi podría esperar una buena referencia de la señorita Lennox.

Volviendo al texto de la novela, Harris buscó más palabras oscuras que podrían presentar un problema para las habilidades de lectura novatas de Jenny.

“¿Cerebro para igualar mi belleza?” ella se burló.

Aunque Harris seguía mirando el libro, sus oídos se sonrojaron. “¿Debería practicar mis lecciones también?” preguntó inocentemente.

“¿Lecciones? Sí, sus lecciones de encanto”. Estuvo a punto de decirle a Harris que ya era bastante encantador para su propio bien, o el suyo. En lugar de eso, habló lentamente. “La lección más importante que puedo enseñarle sobre el halago es que no lo aplique demasiado pronto.”

* * *

“Vivió larga y felizmente con Rowena”, leyó Jenny sobre Wilfredo de Ivanhoe, “porque estaban unidos el uno al otro por lazos de afecto temprano y se amaban más por el recuerdo de los

obstáculos que habían impedido su unión".

La luz del atardecer se estaba desvaneciendo rápidamente y Jenny quería terminar el libro antes de irse a la cama. Harris había prometido que podrían comenzar *Waverley* al día siguiente.

"Sin embargo, sería demasiado curioso preguntar si el recuerdo de la belleza y la magna de Rebeca... magnan..."

"Magnanimidad".

"Magna-nimidad", repitió Jenny, "no se repitió en su mente con más frecuencia de lo que el bello des-cendiente de Alfred podría haber aprobado en conjunto".

Leyó el último párrafo sin que Harris le hiciera más preguntas. Entonces Jenny cerró la portada del libro con un golpe sordo de triunfo.

"Fue una historia increíble", dijo. Excepto que Ivanhoe debería haberse casado con Rebecca.

Harris la miró de reojo, arqueando expresivamente una ceja.

"Debería", insistió ella. "Había algo más entre Sir Wilfrid y Rebecca. ¿Se acuerda de cómo lo cuidó después de Ashby y cómo luchó contra los templarios para salvarla de ser quemada en la hoguera?"

La cadencia de la música y las risas se alejaban de la cubierta de proa. Fuera de la guardia, los tripulantes a menudo se reunían allí por las noches para contar historias, cantar y beber su ron aguada.

Harris asintió con la cabeza en dirección al castillo de proa. "¿Le apetece subir y unirse a las festividades?"

Enrojecida por la euforia de terminar su segundo libro, Jenny aceptó su invitación con entusiasmo. Ella y Harris avanzaron y se mantuvieron al margen de la reunión. Los marineros estaban sentados o parados en un círculo tosco, algunos descansando contra las barandillas, otros encaramados en el aparejo.

El aire palpitaba con un ritmo contagioso y alegre. Las palmas callosas aplaudían. Los pies descalzos golpeaban contra los tablones de la cubierta. Las cucharas de madera hacían un tatuaje en las tapas de los barriles de sentina. Por encima del coro de profundas voces masculinas se oía el trino vivaz de un silbato de hojalata. Jenny reconoció la melodía, pero no las palabras, que relataban los encantos de las mujeres en varios puertos de escala. Pronto se encontró aplaudiendo al ritmo de la música. El canto terminó con un fuerte y alegre grito.

"¡Chisholm! ¡Señorita Lennox! Vengan y únense a nosotros" gritó el fornido contraмаestre. Con un movimiento de su pulgar, le indicó a un joven marinero que desocupara su asiento en un barril recortado para que Jenny pudiera sentarse. "Cuidaremos nuestro lenguaje", le aseguró.

"No me importa". Hizo caso omiso de todas las preocupaciones sobre el decoro. "Tengo siete hermanos, así que estoy acostumbrada a la forma en que los hombres se comportan".

Como si tomara la respuesta de Jenny como su señal, Tom Nicholson levantó el silbato de hojalata a sus labios y comenzó a tocar otra melodía conmovedora. Una de las muchas canciones de lucha irlandesas, poco a poco fue adquiriendo un estribillo lujurioso. Le siguieron varias canciones similares. Entonces alguien pidió un brinco. El aprendiz obedeció con aire vivaz. Dos jóvenes tripulantes fueron empujados al centro del círculo. Después de un comienzo incómodo, pronto cogieron el ritmo y se pusieron manos a la obra.

Uno de los bailarines se agachó y agarró a Jenny de la mano. Poniéndola en pie, comenzó a hacerla girar por la cubierta al compás de la exuberante música. Solo había bailado una vez antes, unos pasos tentativos en la boda de un primo. Esto era completamente diferente. Sus pies se movían sobre la cubierta que se balanceaba suavemente con una impetuosa facilidad propia.

La música dulce y vibrante palpitaba en sus venas. Su compañero la hizo girar en otro par de brazos.

Un rubor agitado se extendió por las mejillas de Jenny. Se volvió hacia un tercer compañero y un cuarto. Hebras de su cabello escapaban de sus alfileres confinantes, como si estuvieran ansiosas por participar en la juerga. Solo podía sacudir sus rizos desordenados y reír, deleitándose en la alegría desenfrenada del momento mientras la música construía hacia su clímax febril. Los tripulantes recibieron su actuación con aprobación ruidosa, aplaudiendo y silbando.

Riendo con el poco aliento que le quedaba, Jenny se desplomó mareada contra su compañero.

"Roderick Douglas no se preocupará por lo bien que lea, cuando puede bailar así, muchacha." Cálido de admiración, con la voz profunda de Harris murmuró en su oído.

Algo le dijo a Jenny que debería apartarse con una reprimenda aguda hacia Harris Chisholm por sostenerla de manera tan familiar. Pero no se atrevió a soltarse. Estaba fuera de balance. Sería demasiado fácil caer. Así que se quedó en sus brazos más tiempo del que era correcto, anclada por su fuerza. Aferrándose a él durante los pocos pasos que la llevaron a su asiento, y se derrumbó sobre su taburete improvisado.

Algún remanente de alegría residual de la danza debió haberse apoderado de ella, porque se deslizó hacia un lado, acariciando la tapa del barril. "Hay lugar para dos", dijo en un susurro sin aliento.

Sin decir una palabra, Harris se dejó caer junto a ella.

Con el espíritu elevado exhausto, la música de la tripulación se desaceleró y suavizó. Tom Nicholson dio un descanso a su flauta de lata. Uno de los hombres cantó una balada melancólica y errante sobre un raid ganadero desafortunado. Luego tres de los muchachos se unieron en armonía cercana en *Annie Laurie*. Hasta esa noche, Harris había tenido una recepción bastante cínica de las extravagantes protestas de amor de Robert Burns. El agradable recuerdo de las horas pasadas con Jenny, y la inquietante conciencia de su cadera presionando contra la suya, le dieron una nueva perspectiva.

"Por la bonita *Annie Laurie*, me acostaré y moriré." De repente, Harris pudo imaginar cómo debía sentirse amar así a una mujer. No estaba seguro de que le gustara la idea, sin embargo. Era equivalente a ponerle una carabina cargada en las manos a una mujer y ofrecerle su corazón como blanco. ¿Y si la criatura voluble y pérfida apretaba el gatillo?

"¿Nos dará una canción, señorita Lennox?" preguntó uno de los hombres al concluir *Annie Laurie*. "Algunas simplemente no suenan bien a menos que las cante una mujer."

"Sí, como *Barbrie Allen*", añadió otro tripulante.

"No, no esa." El contramaestre fingió sollozar en su pañuelo. "Siempre me hace llorar. ¡Bu-hu-hu!"

"Iré suave con su corazón tierno", aseguró Jenny al contramaestre. La risa burbujeaba musicalmente bajo sus palabras. "¿Qué tal Lizzie Lindsay? Esa termina lo suficientemente feliz."

"Sí, es una dulce melodía", estuvo de acuerdo Tom Nicholson. Levantó su flauta de lata y comenzó a tocar.

Harris tuvo que estar de acuerdo con la evaluación del muchacho. La música flotaba en la brisa nocturna, suavemente melódica. Tenía una cualidad inquietante que advertía a Harris que la escucharía en sus sueños y la tararearía durante días. A su lado, Jenny comenzó a cantar.

"¿*Irás a las tierras altas, Lizzie Lindsay?*

¿*Irás a las tierras altas conmigo?*

*¿Irás a las tierras altas, Lizzie Lindsay,
Mi novia y mi querida serás?"*

En los versos siguientes, la madre y la hermana de Lizzie contaron cómo se escaparían ansiosamente con el apuesto desconocido, si tan solo tuvieran la edad adecuada. La señorita Lizzie demostró ser una muchacha de naturaleza más práctica. No tenía intención de ser arrastrada por un hombre del que no sabía nada.

Harris se sentó allí bebiendo la música de la voz alta y clara de Jenny. Cada nota resonaba con una dulzura pura, como si fuera liberada por una campana dorada. Cada una hacía que los ecos resonaran en su corazón.

En el penúltimo verso, el pretendiente de Lizzie se reveló como el poderoso laird de las Highlands, Ranald MacDonald. Descubrir su identidad tuvo un efecto marcado en los escrúpulos de la joven.

*"Lizzie levantó sus faldas de satén verde,
Las levantó hasta la rodilla.
Ahora se va con Lord Ranald MacDonald,
Su querida y su novia será."*

A medida que la última nota dulce se desvanecía, la tripulación estalló en un cálido aplauso, pidiendo que Jenny cantara de nuevo.

"Otra vez será, caballeros." Se puso de pie y ejecutó una graciosa reverencia. "Por ahora, debo pedirles que me disculpen. Si no voy pronto a mi cama, temo que me quedaré dormida aquí sentada."

Cuando Harris se levantó para acompañarla, Jenny le hizo un gesto de despedida con buen humor. "No necesita irse por mi culpa. Quédese y diviértase. Ya puedo encontrar mi camarote lo suficientemente bien ahora."

De todos modos, la siguió después de despedirse de los marineros del *St. Bride*. Cuando alcanzó a Jenny, Harris la encontró apoyada en la barandilla de popa. Recortada por la brillante luz de la luna, sus sueltos mechones de cabello se mecían en el viento marino de una manera encantadora. Se quedó mudo, observándola comunicarse con el océano, con la noche y con su futuro.

Finalmente habló. "Su canto sonó bonito". No pudo evitar tararear parte de la melodía.

Aunque no había dado señales de saber que él estaba allí, Jenny no se sobresaltó por sus palabras. Respondió con naturalidad. "Kirstie me enseñó esa canción."

Su voz adquirió una nota de recuerdo privado. "Solíamos discutir por eso todo el tiempo."

"¿Discutir por una canción?"

"Sí. Kirstie decía que no era muy romántico para Lizzie interrogar a su novio sobre sus perspectivas. Decía que la chica debería haber aceptado a Lord Ranald antes de descubrir quién era."

Quizás Kirsten Robertson tenía un grano de sensatez en su cabeza dorada mimada, después de todo. "¿Estaba en desacuerdo?"

Jenny dio un resoplido despectivo. "Debería decirlo. Lizzie Lindsay era una chica sabia. Es tan fácil amar a un hombre rico como a uno pobre, y mucho más fácil seguir amándolo después del noviazgo y la boda."

"¿Escucho la voz de la experiencia?" Harris preguntó en voz baja. Tenía la sensación de que Jenny estaba hablando más consigo misma que con él.

"Sí." Era una palabra pequeña para contener tanta amargura. "No hay nada romántico en trabajar hasta la muerte para llegar a fin de mes. Preocuparse por cómo juntar unos pocos

peniques para pagar la factura del médico. Los sueños floridos son suficientes, pero se marchitan rápido en un viento frío."

"Pero ama a Roderick Douglas, ¿verdad? ¿No es solo por su dinero?"

"Solía sentarme en la iglesia y mirarlo", murmuró Jenny. "Era tan guapo, con su cabello y sus ojos oscuros. Tenía una forma tan fina y segura de moverse y hablar. Sabía que llegaría lejos y haría grandes cosas. Casarme con él será mi sueño de toda la vida hecho realidad."

Harris escuchó mientras Jenny enumeraba los méritos de su futuro esposo. Con un pellizco de arrepentimiento, se dio cuenta de que nunca podría estar a la altura de su ideal.

"Debería dormir un poco". No quería, pero las palabras salieron como un comando brusco.

"Sí." Su respuesta flotó en el viento como un suspiro. Girándose desde la barandilla, Jenny eligió un camino cauteloso hacia la escalera de acceso. Harris siguió sus pasos como una sombra melancólica.

En la puerta de su camarote, ella se volvió hacia él. "Empezaremos a leer *Waverley*, mañana. Buenas noches, Harris. Me lo pasé muy bien esta noche."

Antes de que pudiera apartarse, ella se levantó sobre las puntas de los pies y le plantó un beso impulsivo en la mejilla. Aterrizó un poco bajo del objetivo, rozando las cicatrices de su mandíbula. Harris abrió la boca para decir algo. Antes de que pudiera decir algo, Jenny se precipitó hacia su camarote y cerró firmemente la puerta en su rostro.

Capítulo Cuarto

"¿Dónde estamos ahora?" Jenny miró alrededor de Harris, hacia una mancha distante de tierra en el horizonte.

Después de seis semanas en el mar, sentía como si siempre hubiera vivido en un barco, ajustando instintivamente su caminar al balanceo y la inclinación de la cubierta. Durante mucho tiempo no hubo evidencia tangible de que se acercaran a su destino. El capitán Glendenning tenía su cronómetro, por supuesto, y algo que llamaba "navegación a ojo". Por lo que Jenny podía decir, podrían haber estado navegando en círculos alrededor del Atlántico.

Entonces, de repente, ahí estaba. Tierra. Atraía a Jenny con la promesa de su nueva vida.

"Me ha hecho esa misma pregunta cada hora desde ayer cuando nos encontramos con ese ballenero de Nantucket", Harris gruñó, sin siquiera molestarse en mirarla. "Estamos una hora más cerca que la última vez que lo preguntó."

De repente, se apartó abruptamente del pasamanos de proa y se marchó sin decir una palabra más. Jenny había estado apoyada en él. Su partida repentina la hizo tambalear hacia adelante, golpeándose la espinilla en el proceso.

"¿Ahora qué le pasa?" murmuró ella, frotándose la pierna herida. "De nada sirvió intentar enseñarle algunos modales."

En las últimas veinticuatro horas, Harris Chisholm había vuelto a su antiguo y hosco yo. Brusco, inaccesible... grosero en ocasiones, Jenny habría estado encantada de dejar a ese Harris Chisholm en casa en Escocia. Harris, el paciente maestro. Harris, el narrador cautivante. Harris, el compañero inagotablemente estimulante. ¿Dónde se había ido?

"Estamos frente a la costa de Nueva Escocia, señorita Lennox." El capitán del *St. Bride* apareció junto a Jenny. Señaló hacia el oeste, a una ligera depresión en la irregular franja de costa. "Nos dirigimos hacia un pequeño canal que atraviesa entre el continente y la Isla de Cabo Bretón. Nos ahorrará un día o más de viaje al no tener que navegar todo el camino alrededor de la isla."

"¿Todos los barcos de Miramichi van por ahí?" preguntó Jenny, olvidando temporalmente a Harris Chisholm. Estaba ansiosa por aprender tanto como fuera posible sobre la construcción de barcos y la navegación, para poder discutir esos temas con conocimiento con su prometido.

El capitán Glendenning negó con la cabeza. "Canso es un paso traicionero en mal tiempo o con una tripulación inexperta. Sin embargo, pasaremos bien hoy. Puedo oler una tormenta que se avecina en el suroeste, pero estaremos bien antes de que llegue a Canso. Con suerte, se mantendrá alejada hasta que lleguemos al puerto en Richibucto. Los bajíos y bancos de arena en la boca del río son lo suficientemente peligrosos en buen tiempo. Más de un barco he perdido..."

"¿Richibucto?" preguntó Jenny, con una mezcla de molestia y alarma. "Pensé que nos dirigíamos hacia Miramichi."

"Así es, señorita. Así es", la tranquilizó el capitán. "Solo haremos una parada en Richibucto uno o dos días, lamentablemente."

Jenny le lanzó una mirada inquisitiva.

"Es mi puerto de origen", explicó el capitán Glendenning. "Tengo una pequeña granja cerca de allí, donde viven mi esposa y mi familia. No tendré muchas oportunidades de visitarlos esta vez. Aunque podría ayudar a mi cuñado a recolectar un poco de heno."

"Debe ser difícil para su esposa tenerlo fuera de casa tanto tiempo", dijo Jenny.

El capitán encogió los hombros, pero ella detectó un ligero gesto de dolor en sus rasgos rugosos y curtidos por el clima. "Cuesta dinero establecer una buena granja. La semilla, las herramientas y el ganado son caros. Un hombre puede ganar buen dinero con sus papeles de capitán. Además," admitió, algo avergonzado, "soy uno de esos inútiles con agua salada en las venas. Cada invierno digo que ya no lo haré, que me estableceré en la granja para siempre. Luego llega la primavera, cuando todos los astilleros del río lanzan su nueva cosecha de barcos y bergantines, y vuelvo a ser picado por el bicho del mar, y me voy."

Jenny tuvo que admitir los atractivos de la vida que describía el capitán Glendenning. En seis cortas semanas, había llegado a sentirse bastante en casa en el *St. Bride*. Le encantaba el aire limpio y salado del océano, y el golpeteo rítmico de las olas contra el casco que la arrullaba para dormir cada noche. Cuando un extraño viento del este llenaba las velas de la barca y la enviaba navegando con sus aparejos tensos y tirantes, algo en el alma de Jenny se agitaba con un sentido de expectativa y aventura.

"Si me disculpa, señorita Lennox", el capitán tocó el pico de su gorra, "hay algunas cosas que debo atender antes de llegar a Canso."

Jenny excusó al capitán Glendenning con una sonrisa alegre. En ese momento, su corazón rebotaba de buena voluntad hacia toda la raza humana. Al caer la noche, atravesarían el Estrecho de Canso, se dirigirían a una breve escala en Richibucto y luego a Miramichi. Por imposible que una vez hubiera parecido, su sueño se estaba haciendo realidad. Pensar en su sueño recordó a Jenny al hombre que lo había hecho posible.

"Thomas", llamó al joven aprendiz que escalaba el aparejo. "¿Hay señales del Sr. Chisholm?" Si Harris estaba en cubierta, Thomas Nicholson podía detectarlo fácilmente desde lo alto.

"Está en el castillo de popa, señorita Lennox", gritó el muchacho desde arriba.

Entonces Harris la estaba esperando en su escuela al aire libre. Eso era, decidió Jenny en un destello de comprensión. La preocupación por el final de su viaje la había hecho olvidar sus lecciones de lectura. Eso debía ser por qué Harris le había hablado tan impacientemente. Había sentido su disfrute de los estudios juntos. Debe ser una sensación maravillosa abrir la mente de otra persona al mundo de los libros y el aprendizaje. Algún día pasaría adelante el precioso regalo que Harris le había dado, enseñando a otros a leer.

Debería concentrarse en sus estudios, se reprendió Jenny mientras iba en busca de Harris. Por una parte, ayudaría a que estos últimos días de ansiedad pasaran más rápido. Además, debería disfrutarlo mientras tuviera la oportunidad. Pronto no habría más lecciones. No más discusiones estimulantes. No más argumentos de buen humor. De alguna manera, ese pensamiento arrojó una nube oscura sobre el sueño de un futuro soleado de Jenny.

* * *

Harris estaba tirado en los escalones del puente de popa, mirando ciegamente las páginas de *"El Corazón de Midlothian"* de Scott, abiertas frente a él. Sabía lo suficiente de anatomía como para darse cuenta de que el corazón humano era simplemente un músculo bombeando sangre por el cuerpo. Sin embargo, podía entender por qué la gente alguna vez había creído que era el asiento de las emociones. El amor, en particular. Cuando el amor salía mal, como inevitablemente sucedía, dejaba un peso pesado presionando el pecho. Con cada latido, venía un dolor punzante.

Harris soltó un suspiro que comenzó en algún lugar de sus dedos de los pies. Había estado en lo correcto, de regreso en Dalbeattie, al evitar a las mujeres. Las criaturas no eran más que

problemas. Sin saber qué podría estar perdiendo, había sentido un vago sentido de descontento. Ahora, su anhelo tenía un enfoque. Ese enfoque servía para concentrar y afilar el sentimiento, hasta que fuera lo suficientemente pesado y agudo como para lacerar su corazón.

Día tras día, había estado junto a ella, a veces con las manos rozándose o sus ojos encontrándose sobre las páginas de un libro. Ella tenía una forma de mirarlo con esos inmensos ojos color brezo que hacía que Harris sintiera que era la fuente de toda sabiduría recibida. Un sabio. Un héroe, capaz de cualquier hazaña atrevida. Su voz suave y musical se había envuelto alrededor de su corazón e invadido sus sueños.

Jenny Lennox era todo lo que una mujer debería ser, una amalgama de lo mejor de las heroínas románticas de Scott. Tan hermosa como Rowena, tan tierna como Rebecca, tan espiritual como Flora MacIvor. Y Harris había prometido entregarla a otro hombre. Con la fecha de entrega acercándose rápidamente, Jenny estaba ansiosa por que llegara. Solo una vez en su vida, Harris se había sentido tan miserable.

No tenía a nadie más a quien culpar que a sí mismo. Debería haber sabido que no debía involucrarse en el plan de Jenny. Seis semanas pasadas con *cualquier* mujer en los estrechos confines de este barco, incluso si fuera la mitad de hermosa que Jenny y una décima parte de buena naturaleza, un hombre probablemente habría desarrollado sentimientos por ella. ¿Cómo pudo haber sido tan tonto?

Bueno, había llegado el momento de minimizar las pérdidas. Venderse su pobre corazón magullado y protegerlo contra cualquier abuso peor en las diestras y mortales manos de Jenny Lennox. Harris sintió que sus rasgos se congelaban en su antigua máscara inflexible.

* * *

"Harris?" Jenny le ofreció una sonrisa conciliadora. Estaba dispuesta a pasar por alto su reciente comportamiento grosero. "¿Llegué tarde a mi lección?"

Él no se apartó para ofrecerle su asiento habitual. Mirando distraído, Harris parecía como si estuviera pensando en algo más y apenas la hubiera escuchado.

"El capitán Glendenning dice que estaremos pasando el Estrecho de Canso al anochecer", informó Jenny. "Si prometo concentrarme y no salir corriendo al pasamanos cada cinco minutos, ¿cree que tenemos oportunidad de terminar este próximo libro antes de llegar al Miramichi?"

"No hay nada más que pueda enseñarle", le lanzó el libro. "Todo lo que necesita ahora es práctica. Es más rápido leerlo sola que en voz alta. Si sigue así, no tengo dudas de que lo terminará a tiempo."

Jenny simplemente se quedó mirándolo. No podría haberse sentido más sorprendida si Harris le hubiera arrojado el pesado volumen a la cabeza.

"Yo... Yo... Probablemente tenga razón", logró decir finalmente. "Es solo que, disfruto hablar sobre la historia con usted, Harris. Es muy bueno explicando todas las partes que no entiendo."

"Sí, bueno..." Sus cejas expresivas se fruncieron y su labio se curvó en un ceño de disgusto. "Temo que no tendré tiempo, señorita Lennox. Como ha señalado con bastante frecuencia en las últimas veinticuatro horas, pronto estaremos llegando a nuestro destino. Tengo planes, cosas que hacer." Agitó una mano al aire.

¿Señorita Lennox, ahora? Era un milagro que no se congelara por la educada pero gélida cortesía del señor Chisholm. Jenny compuso su rostro imitando su expresión altiva. Sintió un pequeño hormigueo enfermizo en el estómago. Maldita sea, estas aguas agitadas. Sus ojos comenzaban a arder también. ¡Maldito viento salobre!

"Odiaría ser responsable de ocupar su valioso tiempo, señor. No cuando tienes grandes planes que hacer y decisiones importantes que considerar." Arrebató el libro de su mano. "Le recordaré, sin embargo... este asunto de enseñarme a leer fue su idea, no la mía. Así que puede dejar de actuar como si le hubiera causado algún problema."

Harris se negó a enfrentar su desafiante mirada. "Solo pensé que era hora de que se acostumbrara a leer por su cuenta. Pronto no me tendrá aquí para leer con usted."

Contemplar esa perspectiva hizo temblar las rodillas de Jenny. Todo este alboroto, esta repentina hostilidad inexplicable entre ellos, provocó una serie de extrañas y desagradables emociones en ella. ¡Maldito Harris Chisholm por hacerla enojar tanto!

"Sin duda está deseando que me quite de encima", habló fríamente.

"No, Jenny, no quise decir eso."

"¿De verdad no lo hizo? Estoy segura de que es demasiado educado para decirlo directamente. Aun así, debe estar aliviado de que pronto ya no lo molestaré más."

"A ver, escuche..."

"Estoy dispuesta a absolverlo de toda responsabilidad aquí y ahora", Jenny continuó, orgullosa de haber podido reunir un par de palabras impresionantes de su creciente vocabulario. "No tengo nada que temer de ningún hombre en este barco. Mi padre está a mil millas de distancia. Nunca notará la diferencia. Considere su deber honorablemente cumplido y podemos seguir cada uno nuestro camino."

Un batallón de gaviotas se lanzó en el cielo sobre el mástil principal del barco, chillándose entre sí estridentemente. Antes de que Harris tuviera la oportunidad de responder, Jenny giró sobre sus talones y se marchó. Apoyó el pesado volumen de la novela de Walter Scott contra su pecho como un escudo protector.

En su pequeño y oscuro camarote, Jenny hizo un esfuerzo obstinado por leer con el haz de luz de su lámpara oscilante. Sus labios se movían mientras escaneaba cada línea de impresión, apretándose enojada cuando se topaba con una palabra desconocida.

¡Maldita sea Harris Chisholm directo al infierno! Los dedos fuertes y esbeltos de Jenny se apretaron alrededor de las páginas del libro. Había sentido una conexión con él, una amistad incluso más dulce que la que había disfrutado con Kirstie Robertson. Dolió descubrir que él solo había sufrido su compañía, apretando los dientes, esperando pacientemente hasta que llegaran a América del Norte. Luego, pretendía dejarla a los pies de Roderick Douglas, como si fuera un paquete odioso del que estaba encantado de deshacerse.

De repente, notó el ritmo de los pasos acelerándose en la cubierta de arriba. ¿Cuánto tiempo había estado encerrada en su camarote, se preguntó Jenny? Tal vez ya habían llegado a ese lugar llamado Canso. Cerrando el grueso libro, Jenny lo colocó en su litera. Alisó sus faldas y sujetó un mechón rebelde de su cabello severamente en su lugar.

Iba a subir y echar un vistazo más de cerca a América del Norte mientras el *St. Bride* navegaba por el estrecho. Le mostraría a *cierta persona* que era perfectamente capaz de cuidarse por sí misma y que no le importaba un ápice su consideración.

Cuando emergió en la cubierta, entrecerrando los ojos contra el brillante sol de la tarde, Jenny chocó con el alto y robusto marco de Harris Chisholm.

"Jenny." Él la sujetó por los hombros. "¡Debe ir abajo de inmediato!"

Alejándose de él, Jenny fijó a Harris con una mirada de severidad fría. "Le agradecería que se apartara de mi camino, señor".

A pesar de su respuesta rígida, el corazón de Jenny dio un salto traidor, porque Harris la había llamado por su nombre en un tono que había perdido su fría y cortante dureza.

"No tengo tiempo para estar aquí discutiendo, Jenny. Tiene que ir abajo". Con eso, la agarró alrededor de la cintura y la alzó sin esfuerzo sobre su hombro.

"¡Suélteme, Harris Chisholm!" Jenny agitó sus pies y golpeó en vano su espalda. Sus gritos llenaron la angosta escalera. "¡Déjeme ir ahora mismo, gran rufián!"

Para contener su retorcimiento, Harris ajustó su agarre en Jenny, subiendo una mano para descansar sobre la curva de su trasero. La presión de su mano provocó una sensación apretada y hormigueante que temblaba profundamente en el fondo de su vientre. Alimentó su ira e indignación. "¡Déjeme ir, o haré que el capitán Glendenning lo eche al calabozo!"

Empujando la puerta de su camarote, Harris lanzó a Jenny sin ceremonias sobre su litera. "El capitán tiene rufianes peores que yo con quienes lidiar en este momento."

"¿De qué tonterías está hablando?", preguntó.

"No es una tontería. Hay piratas en el estrecho y quieren abordarnos. Tengo que ir más allá y hacer lo que pueda para apoyar al capitán".

"¿Piratas?" Jenny sintió que su interior se retorció como nudos de arrecife.

"Cuando cierre su puerta", ordenó Harris, "empuje un baúl contra ella y apague tu luz. No haga ruido y no salga hasta que le diga que es seguro".

Estaba a punto de cerrar la puerta cuando Jenny gritó. "¡Harris, por amor de Dios, tenga cuidado!"

Volviéndose por un momento, la miró con intensidad. "La protegeré con hasta la última gota de mi sangre, Jenny". Las tablas de la débil puerta se cerraron detrás de él de golpe.

Con manos temblorosas, Jenny empujó su baúl contra la puerta de la cabina. Dudaba que eso impidiera a alguien realmente decidido a entrar. Siguiendo las instrucciones de Harris, apagó la luz del camarote y volvió a su litera. Agazapada allí en la oscuridad, se concentró en los ruidos que llegaban desde la cubierta superior, tratando de reconstruir lo que podría estar sucediendo.

Escuchó gritos de ira, pero no pudo distinguir las palabras. Luego sonó un disparo de mosquete. Jenny gimió una oración desesperada por Harris y la tripulación del *St. Bride*. Algo pesado rodó por la cubierta. Más disparos de mosquete. Alguien gritó de dolor. De repente, un ruido como cien truenos estalló sobre la cabeza de Jenny. Con un grito, se cubrió con las sábanas. Su imaginación hervía con imágenes sórdidas de lo que los piratas podrían hacerle a una mujer joven e indefensa.

"No puedo dejar que me acorralen aquí", murmuró para sí misma. Sería mejor enfrentar su destino al aire libre, donde podría correr o lanzarse al mar si fuera necesario. Nada podría ser peor que acurrucarse en las entrañas del barco, atrapada.

Jenny ya había bajado bastante por la escalera cuando escuchó un fuerte grito de alegría desde la cubierta. Emergió justo a tiempo para ver un par de pequeños bergantines dirigiéndose hacia la costa norte. Piratas bastante patéticos. Jenny soltó una risa desdeñosa, eufórica de alivio. Luego vio a varios marineros, apiñados. Le llevó un momento darse cuenta de que estaban atendiendo a un camarada herido. La única parte visible de la víctima era un pie con bota.

"¡Harris!" gritó Jenny, abriéndose paso entre la multitud de marineros de manera muy poco femenina.

Su amigo yacía inmóvil en la cubierta. Tenía los ojos cerrados. La boca le colgaba abierta. La sangre empapaba una manga de su camisa.

Lanzándose al suelo junto a él, Jenny le sostuvo la cabeza en el regazo. Con dedos temblorosos, acarició su rostro.

"Puedes despertar ahora, Harris", lo instó. "Los piratas se han ido. Todos estamos a salvo. Ábrame los ojos, como un buen amigo. Me estás asustando mucho".

Desesperadamente, Jenny buscó entre las caras apiñadas hasta encontrar la del capitán Glendenning.

"¿Qué le pasó? No está muerto", su voz se quebró, "¿verdad?"

Capítulo Quinto

"¿Muerto?" El capitán soltó una risa ronca. "¿Qué le hizo pensar una tontería así, mocosa?"

Sospechar que un hombre inconsciente y cubierto de sangre estuviera muerto difícilmente calificaba como una tontería, quería replicar Jenny. Demasiado abrumada por el alivio para sacar las palabras, se conformó con lanzarle al capitán Glendenning una mirada oscura. Siguió acariciando el rostro de Harris con la esperanza de revivirlo. Su piel se sentía fresca bajo sus dedos. El frío se extendió al corazón de Jenny.

"¿Qué pasó?" finalmente dominó su voz para preguntar.

"Fueron esos asquerosos inmundos, hijos de perra". El primer oficial señaló con la cabeza en dirección a los bergantines piratas que se alejaban rápidamente. "Tuvieron el descaro de dispararnos cuando el capitán no les dio permiso para abordar".

El capitán Glendenning presionó un trozo de lona ensangrentada contra el brazo superior de Harris. "Una bala le rozó el brazo al joven Chisholm aquí. Sangra mucho, pero no es grave. Solo rozó la carne así que no tendremos que sacar la bala. Cauterizarlo con brea caliente y..."

Jenny hizo una mueca. "¿Es necesario?"

"Sí, señorita". El primer oficial se remangó un antebrazo musculoso para revelar una cicatriz de aspecto malvado. "La brea duele un poco, pero es mejor que dejar que la herida se pudra".

"Ya es suficiente, amigo", ladró el capitán. "¿No ves que la señorita Lennox está poniéndose verde?"

"Si la herida no es grave, ¿por qué está tendido inconsciente en la cubierta?" demandó Jenny.

"Oh, eso..."

"¿Esto ayudará, señorita Lennox?" Thomas Nicholson apareció con un cubo pequeño de agua y un paño.

"Gracias, Thomas". Jenny le ofreció su sonrisa de gratitud más cálida. "¿Podría conseguirme un poco de licor, también? Podría ayudar a que el Sr. Chisholm se recupere".

El muchacho miró dubitativamente al capitán Glendenning.

"No te quedes parado ahí, muchacho". El capitán rebuscó en su bolsillo y lanzó al muchacho un pesado anillo de llaves. "Haz lo que dice la señorita".

"Pensé que la guarnición de Halifax había desalojado este nido de víboras", gruñó el maestro cuando el joven Nicholson se había escabullido. "O hicieron un desastre del trabajo, o hay una nueva banda que se ha mudado. Por suerte para nosotros, traje una pequeña sorpresa para nuestros amigos".

Asintió hacia un pequeño cañón atado al barandal de babor. "Lo conseguí barato en una fundición en Glasgow. Solo un pequeño cañón de cuatro libras, pero lo suficientemente útil contra los bastardos como esos".

Chisholm estaba ayudando a colocarlo en su lugar cuando fue alcanzado por el fuego de mosquete. Se golpeó en la cabeza cuando cayó".

Jenny presionó el paño mojado contra la cara de Harris. Su palidez grisácea la alarmó. "¿No debería estar despertando ahora?" preguntó a nadie en particular.

"Despertará cuando despierte". El capitán se encogió de hombros con demasiada casualidad para el gusto de Jenny. "Este puede ser un buen momento como cualquier otro para aplicar la

brea", añadió "mientras no pueda sentirlo. Eso lo despertará, si algo lo hace".

Pareció tomar una eternidad para que el cocinero, de todas las personas, preparara la brea caliente. Mientras tanto, el capitán Glendenning ordenó a sus hombres que se movieran rápidamente y llevaran el bergantín a salvo a través de Canso antes de la puesta del sol. Jenny se quedó sola para mantener su vigilia solitaria sobre Harris, arrodillada en la dura cubierta con su cabeza apoyada en su regazo. Thomas Nicholson había traído un pequeño jarro de ron, pero Jenny no podía decidirse a usarlo. Por mucho que quisiera asegurarse de que Harris estuviera bien viéndolo consciente, se encogía ante la perspectiva de despertarlo a tiempo para que el capitán Glendenning le cauterizara la herida.

¿No tenía ya suficientes cicatrices el pobre hombre? Jenny reflexionaba mientras pasaba sus suaves dedos sobre las marcas rosadas y arrugadas en su firme mandíbula. Se preguntaba cómo las habría adquirido. Desde su primer recuerdo de él, Harris las había llevado. Solo recientemente se había dado cuenta de que habían marcado su carácter tanto como su apariencia. Una lágrima cálida subió a su ojo y cayó sobre su mejilla. Harris dio un ligero espasmo, pero no despertó.

Navegando hacia el sol poniente, el *St. Bride* salió del estrecho paso de Canso hacia un curso de agua más amplio. Jenny se dio cuenta de repente de que había estado demasiado ocupada para echar un buen vistazo a su nuevo hogar.

Un gemido bajo escapó de los labios de Harris, pero sus ojos nunca parpadearon.

"Hemos llegado al Northumberland". El capitán Glendenning se frotó las manos en un gesto de satisfacción. "Nueva Escocia detrás de nosotros, la Isla del Príncipe Eduardo al nordeste y Nuevo Brunswick al suroeste. Con vientos favorables, llegaremos al puerto de Richibucto al amanecer de mañana".

"Eso está bien, capitán", murmuró Jenny.

Esta mañana habría estado emocionada con la noticia de su cercanía al Miramichi. En este momento, no podía pensar más allá de Harris. Había sido herido intentando protegerla y sentiría más dolor antes de que el capitán terminara de atenderlo. Lo último que quería era causarle dolor a Harris.

"¿Podemos terminar con esto?" preguntó entre dientes.

"Podríamos hacerlo ahora, mientras tengamos un poco de luz", estuvo de acuerdo el capitán. "Amigo, sujeta su mal brazo. Contramaestre, toma el otro y Blair sus piernas. Thomas, sujeta su cabeza".

"Yo sostendré su cabeza", la voz de Jenny no admitía negativas.

"Tiene razón, mocosa". El capitán se encogió de hombros. "Podría retorcerse cuando aplique la brea".

"Soy fuerte. Puedo sostenerlo".

El capitán levantó el vendaje improvisado del brazo de Harris. Con una delgada tablilla de madera, sacó un generoso montón de resina espesa y negra de la caldera del cocinero. Tentáculos ominosos de vapor se levantaban de ella. Jenny no pudo mirar. Volvió la cabeza y apretó los ojos con fuerza.

Harris volvió a la vida con un grito loco de dolor. Levantó la cabeza, atrapando a Jenny en el pecho y quitándole el aliento.

"¿Qué...?" Un torrente de maldiciones salió de sus labios, cuyo resumen era qué había pasado, dónde estaba él y por qué consideraron necesario torturarlo.

Bajo el olor acre de la brea, Jenny percibió el olor a carne quemada de Harris. Su estómago bullía.

"Calle, ahora". Se inclinó sobre él, acercando su mejilla a la suya como si esperara aliviar algo de su dolor. "Lo golpeó una bala de mosquete de las armas piratas. Cayó y se golpeó la cabeza. Ha estado fuera durante mucho tiempo, Harris. Me preocupé por usted. El capitán dijo que tenía que curar su herida con brea caliente para evitar que empeorara".

Su explicación pareció satisfacerlo un poco, porque Harris dejó de maldecir. Apretó los labios en una línea tensa y rígida. Un brillo de sudor brotó en su frente. Entonces Jenny recordó el jarro de ron.

"Tome un trago de esto", lo alentó. "Podría aliviar el dolor".

Él tragó la modesta cantidad que Jenny le echó en la boca, jadeando por la potencia del licor crudo. Antes de que pudiera objetar, ella le sirvió más ron. Asintiendo sobre su trabajo con aprobación, el capitán Glendenning vendó el brazo de Harris con una tira fresca de lona. Una vez que Jenny había dispensado varias dosis más de ron, el capitán señaló a sus hombres que soltaran los miembros del paciente. Harris luchó para ponerse de pie. Con la mano de su brazo no lesionado, arrebató el jarro de ron de Jenny.

Haciendo una torpe reverencia que casi lo hace caer de nuevo en la cubierta, Harris se dirigió al capitán. "Gracias por la atención médica, señor. Si me disculpa, me retiraré a mi camarote para recuperarme de las aventuras del día".

Jenny detectó un tic en los labios del capitán. Una rápida mirada a los marineros le dijo que también estaban escondiendo sonrisas. Podría haberlos estrangulado a todos.

"Lo ayudaré a bajar por la escalera, Harris". Les lanzó a los hombres una mirada furiosa que los desafió a hacer algo al respecto. Esa mirada a menudo había acallado a sus hermanos y funcionaba igual de bien con la tripulación del *St. Bride*. Algunos comenzaron a hablar ruidosamente entre ellos, mientras que otros se pusieron repentinamente ocupados con cualquier pequeña tarea que los alejara de la presencia de Jenny.

Ya sea aún mareado por el golpe en la cabeza o sintiendo ya los efectos del ron, Harris se balanceaba y tambaleaba peligrosamente mientras se alejaba. Jenny lo alcanzó fácilmente, deslizándolo su buen brazo alrededor de su hombro para apoyarse.

"Se siente un poco mareado por toda la emoción, yo también". Habló en voz alta para que la tripulación y los demás pasajeros pudieran escuchar. "Dado que va a bajar, quizás podría acompañarme a mi camarote, Sr. Chisholm".

"Oh, sí", murmuró Harris. El tenso gesto de sus labios sugería que se mantenía en pie por voluntad propia.

Lograron tambalearse hasta su camarote, donde Harris se desplomó enseguida en su litera. Jenny comenzó a luchar con el nudo de su corbata.

Él apartó sus manos. "¿Qué está tratando de hacer, asfixiarme?"

"Estoy tratando de desvestirlo para la cama, para que descanse más cómodamente", le espetó Jenny. En verdad, sus nervios estaban más que un poco deshilachados por los eventos de esta tarde. Medio deseaba haber tomado un trago del jarro de ron del capitán Glendenning. "Si simplemente coopera, será más fácil para ambos".

"Puede deshacer mi pañuelo de cuello y quitarme las botas", estuvo de acuerdo. "Deje el resto, ¿oyó?"

"Está bien". Jenny estaba dispuesta a complacerlo. La eliminación de su pañuelo de cuello y botas ayudaría a que Harris estuviera más cómodo. No estaba ansiosa por maniobrarlo fuera de su camisa mientras intentaba evitar lastimar su brazo herido. En cuanto a sus pantalones, no tenía intención de meterse con ellos.

Con cierta dificultad, logró quitarle las botas. Colocándolas ordenadamente al pie de su

litera, tiró de las mantas sobre él. Al ver un taburete corto de tres patas en la esquina, lo acercó más a la cama, desplomándose en el asiento con un profundo suspiro.

Harris abrió los ojos un poco. "¿Qué está haciendo ahora?"

"¿Qué parece que estoy haciendo? Me estoy acomodando para quedarme y atenderlo si necesita algo".

"¿Qué hay de su reputación?" La voz de Harris estaba cargada de sarcasmo. "¿Cómo se lo explicará a su prometido cuando se entere de que pasó la noche en mi camarote?"

¿Arrojándome eso después de todas estas semanas, eh?

"Iré y le diré la verdad, por supuesto. Que estaba herido y yo estaba cuidándolo", Jenny pudo sentir cómo sus mejillas ardían con un rubor de enfado. "También le diré que no estaba en condiciones de hacer avances".

"¿Y usted, Jenny Lennox?" preguntó Harris. "¿Está a salvo mi virtud de sus avances?"

"Haré todo lo posible por contenerme", intentó igualar su tono burlón.

Harris soltó una risa árida y sin alegría. "Eso era lo que me temía".

¿Qué demonios quería decir con eso? Se preguntó Jenny.

Volvió a cerrar los ojos. "Vaya, Jenny. Déjeme en paz".

Si Harris Chisholm pensaba que se iba a ir a algún lado, tenía otro pensamiento en mente. "¿No es eso lo que se supone que debe decir en su lápida, *Descansa en Paz*?"

"No tengo ninguna intención de morir, muchacha. Puede que no lo parezca, pero estoy hecho de algo más resistente que eso. Solo quiero estar solo".

"¿Por qué?"

Harris luchó por sentarse. "¿Por qué?", repitió su pregunta. "Porque mi brazo me duele como el infierno y mi cabeza me duele como el infierno, y me siento extraño, como si no supiera qué podría decir o hacer a continuación. Quiero descansar, sin que me mire fijamente y se preocupe cada vez que sienta un dolorcito".

¡Hombre necio y obstinado! Jenny podía sentir cómo temblaba de esfuerzo por contener su exasperación. Nadie la había hecho sentir lo que Harris Chisholm le hacía sentir. Ya sea rabia, piedad o... cualquier otra cosa, siempre provocaba emociones explosivas en ella. Lo odiaba.

"Es demasiado orgulloso para ceder ante su dolor delante de una mujer, ¿es eso?", preguntó ella. "Bueno, adelante, porque a mí no me importa. Gima. Llore. Llore como un bebé si quiere. Le aseguro que no pensaré menos de usted por ello".

"¿Porque no podría pensar menos de mí de lo que ya lo hace?"

Jenny dudó un momento antes de responder. Las palabras que salieron la sorprendieron. "No", dijo suavemente. "Porque pienso mucho de usted, y nada cambiará eso. Primero hizo posible mis sueños, permitiéndome venir en el *St. Bride*".

Aunque sabía que debería hablar de Roderick Douglas en este punto, los labios de Jenny se negaron a formar su nombre. "Luego me enseñó a leer. No tiene idea de lo que eso ha significado para mí. Le debo tanto. Déjeme hacer esta pequeña cosa sentándome con usted esta noche".

Él se derrumbó de nuevo sobre su almohada tan abruptamente que Jenny se alarmó y se acercó a él. "¿Qué pasa, Harris? ¿Está bien?"

Se inclinó sobre él, aliviada al escuchar su respiración rápida pero regular. Entonces, antes de que supiera lo que estaba sucediendo, Jenny se encontró abrazada por el brazo sano de Harris y siendo atraída hacia él. No luchó, por miedo a que volviera a abrirse su herida. Al menos eso fue lo que se dijo a sí misma. Sus labios tropezaron sobre su rostro inferior hasta que encontraron los suyos.

Su primer beso verdadero de un hombre.

Jenny y Kirstie habían discutido este tema vital a menudo en los últimos años. En esas raras ocasiones en las que había permanecido despierta un momento antes de caer en un sueño agotado, se había imaginado a sí misma siendo besada por Roderick Douglas. Esto no tenía nada que ver con el saludo galante y tentativo que había soñado. Harris la besó profundamente, vorazmente, como lo haría un hombre sediento que consume agua fresca.

Su boca sabía a ron. Se sentía caliente. Tan caliente, que cuando sus labios tocaron los suyos, Jenny medio esperaba escucharlos chisporrotear. Su beso, su brazo apretado alrededor de ella y la extraña y placentera sensación de su pecho apretado contra el suyo, hizo que su cuerpo se estremeciera con extrañas y embriagadoras sensaciones.

Luego, tan inesperadamente como había comenzado, terminó. Harris apartó sus labios de los suyos y empujó a Jenny. Ella retrocedió de su litera, sin aliento y desorientada. Afortunadamente, logró aterrizar en el taburete. Su cuerpo latía de frustración y del despertar de un hambre adormecida.

Todo estaba tranquilo en el camarote, salvo por su respiración entrecortada.

Finalmente, Harris habló, con una voz apenas por encima de un susurro, cruda, amarga y muy cansada. "Esa es la única compensación que quiero de usted, Jenny. Sé que nunca me la daría así que he seguido adelante y la he tomado. Su deuda está saldada ahora. No es necesario que se quede aquí más tiempo sofocándome con su lástima".

"¿Lástima?" Jenny casi gritó. La ira era la única salida segura para la mezcla combustible de emociones que apenas comprendía. "De todas las cosas que siento por usted en este momento, Harris Chisholm, y ni siquiera reconozco la mitad de ellas, puedo asegurarle que no hay ni un ápice de lástima en ninguna de ellas".

"¿Oh?" Sonaba sorprendido, y más que un poco curioso. "¿Qué más siente por mí, en este momento? Las partes que reconoce, quiero decir".

"Rabia", escupió Jenny, "e in-dig-na-ción, para empezar".

"¿Eso es todo?" preguntó él, su tono sombrío y hueco.

No. Había más, mucho más, y Jenny anhelaba decírselo. Después de ese beso, no se atrevió. No importaba cuáles fueran sus sentimientos intensos y confusos por Harris Chisholm, no había diferencia. Tenía la intención de casarse con Roderick Douglas y nada se interpondría en su camino. Sería cruel animar a Harris a pensar lo contrario.

"Se lo agradezco, por supuesto". Seguramente era seguro admitirlo. Sería una desgraciada de corazón duro si se sintiera menos. Y tal vez eso es lo que era, después de todo, un profundo sentido de gratitud y el hábito de pasar día tras día en estrecha compañía. Jenny casi podía creerlo.

"Gratitud". Harris suspiró. "Esa es una costra casi tan seca como la lástima". Su voz se endureció. "Quédese entonces, si no se va, Jenny Lennox. Pero tenga en cuenta que me deja en paz o no seré responsable de mis actos. Si vuelve a acercarse a esta cama, como si no, la besaré de nuevo. Y puede que no me detenga ahí".

Obstinadamente, Jenny mantuvo su lugar. Estaba segura de que lo único que pretendía era asustarla con esas palabras. Aun así, la idea de que él la besara de nuevo, y lo siguiera con libertades aún más íntimas, hizo que sus mejillas se pusieran de colores.

Su corazón se aceleró al ritmo del rápido rebote de la nave. Era evidente que el viento sudoeste que el capitán olía en la brisa de la mañana había estallado.

Pasó el tiempo. Jenny no sabía cuánto.

El viento chirriaba a través de un centenar de pequeñas grietas en la parte superior del casco. Las vigas crujían a coro, como si cada una tratara de separarse violentamente de las

demás. En la cubierta sobre la cabeza de Jenny, los pasos cayeron en un ritmo pesado y tambaleante. La llevó de vuelta a su primera noche a bordo del *St. Bride*, cuando se había acurrucado en su litera, segura de que nunca sobreviviría a la tormenta.

Tal vez no lo habría hecho sin Harris. Recordó el suave despacho de su toque, el timbre tranquilizador de su voz tan cerca de su oído y el hecho reconfortante de su presencia.

"Lo siento, Harris" murmuró para sí misma. "Nunca quise engañarlo, te lo juro. No le haría daño por nada del mundo".

"No se preocupe".

Jenny casi saltó de pie cuando sus palabras de tranquilidad atravesaron el estruendo de la tormenta. Había asumido que estaba dormido.

"Tengo un corazón de cuero de zapato", continuó. "Como si no, solo me engañé a mí mismo sobre cómo me siento. Es la primera muchacha que ha sido más que cortés conmigo. ¿Qué pasa con toda la charla de amor en los libros del Sr. Scott y usted siendo tan bonita?"

"Sí, eso es probablemente todo lo que es", Jenny se apresuró a estar de acuerdo. "La próxima chica que pase el tiempo del día con usted hará que se olvide de mí".

De alguna manera, ese pensamiento no le sentaba bien, aunque no podía comprender por qué.

Justo cuando Jenny había decidido sacar todo el asunto de su mente, el barco que se movía rápidamente se detuvo abrupta y estremecedoramente.

La arrojó a través del estrecho camarote y la arrojó a la litera con Harris. Él soltó un agudo silbido de dolor cuando ella aterrizó encima de él. La lámpara se estrelló contra el suelo, donde chisporroteó por un momento antes de apagarse.

"¡Maldita sea!" exclamó Harris. "Hemos encallado".

Empujando a Jenny fuera de él, buscó a tientas el suelo. "¿Dónde ha puesto mis botas?"

Con un chillido ahogado de madera rasgada, la barca se tambaleó de nuevo hacia adelante.

Llegando a la oscuridad, Jenny recuperó una de las botas de Harris.

"Yo tengo la otra". Lo oyó llamar como si viniera de lejos.

Sintió sus contorsiones, tratando de ponerse las botas ajustadas con un brazo herido.

"¡Tenemos que subir a cubierta!" exclamó Harris.

Antes de que pudieran salir de la litera, el *St. Bride* se topó una vez más con algo sólido. Esta vez Harris cayó sobre Jenny. Cuando el aliento brotó de sus pulmones, sintió el suave rasguño de su mejilla sin afeitar contra su frente. Una de sus rodillas le separó las piernas. Cuando levantó la mano, rozó la carne caliente de su pecho a través de la parte delantera abierta de su camisa. Algún impulso lunático en su interior deseó tener horas para revolcarse en esta estrecha litera.

Mientras la barca se tensaba entre la fuerza del vendaval en sus velas y la presión del fondo del mar contra su casco, Harris trepó y levantó a Jenny para que se pusiera de pie. Jadeó al sentir el agua empapando sus zapatos. Deben de haber unos buenos ocho centímetros ya filtrados a través de las tablas del suelo y subiendo rápidamente.

"Por aquí". Harris le agarró la mano derecha y se la enganchó a la cintura de los pantalones. "No lo suelte, ¿oye? Pase lo que pase".

Se dirigieron tambaleándose hacia la puerta de la cabina. Jenny esperaba que fuera hacia donde se dirigían, en cualquier caso. Era imposible distinguir nada en la densa oscuridad de la bodega de la barca. Luchó por dominar su creciente pánico ante la idea de quedar atrapada bajo cubierta. Al menos esta vez tenía a Harris con ella. Ella le confiaría su vida.

Cuando Harris abrió la puerta del camarote, alguien cayó desde el pasillo de

acompañamiento.

"¡Tenga cuidado con lo que está haciendo!" reconoció Jenny el gruñido áspero del Sr. Tweedie, el zapatero de Wigtown. Con un chapoteo, el hombre se recuperó sobre sus pies y luchó por salir nuevamente al pasillo.

Harris lo siguió, arrastrando a Jenny detrás de él.

El estrecho pasillo de acompañamiento bullía con gritos frenéticos, gruñidos y la presión de cuerpos ansiosos por escapar del agua de mar que inundaba los camarotes inferiores. Jenny se aferró a Harris con todas sus fuerzas mientras él avanzaba. Tropezaron por las empinadas escaleras, saliendo a cubierta finalmente.

Después del sofocante apretón del pasillo de acompañamiento, Jenny inhaló profundos tragos del viento salado, agradecida de estar finalmente al aire libre.

"¡Debemos llegar a uno de los botes!" gritó Harris. Sus palabras apenas se oyeron por encima del aullido del viento y el bullicio frenético de voces a su alrededor.

Después de unos pasos titubeantes, Jenny sintió el volumen sólido de la barandilla del barco. Aferrándose a Harris con su mano derecha, agarró la barandilla con la izquierda y lo siguió.

"¡Está justo aquí adelante!" Harris le habló mientras una gran ola golpeaba al barco y los empapaba a ambos con agua de mar.

Tosiendo y escupiendo para recuperar el aliento, Jenny perdió el agarre en la barandilla.

Otra ola siguió, empujando al *St. Bride* contra otro banco de arena traicionero. Los pies de Jenny resbalaron sobre las tablas resbaladizas de la cubierta. Se sintió inclinarse contra la barandilla y caer al vacío negro.

En el último instante, soltó a Harris.

Le debía algo mejor que una tumba acuática junto a ella.

Capítulo Sexto

“¡Jenny!”

Harris sintió que su agarre en él cesaba abruptamente. Escuchó el sonido distante de su grito mientras caía por la borda.

Sabía que no tenía un segundo que perder. El *St. Bride* podría liberarse del banco de arena en cualquier momento y ser llevado lejos de donde Jenny había caído. Alguna chispa de razón le rogaba que era inútil ir tras ella. En una tormenta como esta, Jenny seguramente estaba perdida.

Incluso cuando su corazón reconocía la futilidad de ello, Harris se lanzó al mar.

Chocó contra las olas turbulentas. El agua salada y turbia se abrió paso hacia su nariz y boca. Le picaban los ojos. Tosiendo el agua de mar de sus pulmones, luchó por llegar a la superficie, dejando que las olas lo llevaran donde quisieran. Luchando por cada precioso aliento, vagamente sintió la sombra del *St. Bride* alejándose de él.

"¡Jenny!" gritó de nuevo, esforzándose por escuchar su respuesta, aunque fuera débil. "¡Jenny, ¿dónde está, niña?!"

Llamó y llamó, apenas consciente de las olas que lo envolvían. Incluso después de que supo que debía abandonar la esperanza, continuó gritando su nombre como un último lamento plañidero.

"¿Harris?"

Apenas fue más que un suspiro en el viento. Se preguntó si su mente ahogada le estaba jugando una mala pasada. O tal vez su alma partiendo lo incitaba a emprender un último viaje con ella.

No le importaba.

Ella había llamado su nombre y él debía responder.

"¡Aquí, Jenny! Estoy aquí. ¿Puede venir hacia mí, niña?"

"¡Harris!" Esta vez fue más fuerte y definitivamente más cerca. Una voz humana, sofocada por el miedo y el agotamiento. No un ángel volador o un eco en su mente, sino una muchacha de carne y hueso luchando por mantenerse a flote.

Luchando contra las olas opuestas, se dirigió hacia el sonido, gritando desesperadamente su nombre siempre que podía tomar suficiente aliento.

Entonces, de repente, ella estaba allí, la única otra criatura viva en una noche interminable de tormenta. Olvidando la necesidad de mantenerse a flote, olvidando sus heridas y todo lo demás en el alivio vertiginoso de encontrarla de nuevo, Harris abrazó a Jenny. Ella ni siquiera luchó mientras se sumergían bajo las olas y hacia la relativa tranquilidad debajo.

Y así podrían haber terminado si Harris no hubiera sentido que su pie golpeaba algo sólido debajo. Seguramente, no podía ser...

Con el último aliento de su fuerza, plantó los pies en la arena y se enderezó. Para su asombro, su cabeza y hombros despejaron la superficie del agua, al menos en los valles entre las olas. Su brazo herido, afortunadamente entumecido, tiró de la cabeza de Jenny fuera del agua también.

Juntos, escupieron y se esforzaron por respirar hasta que Harris pudo jadear: "Puedo tocar el fondo, Jenny. Debe haber tierra cerca."

"¿Tierra? ¡Entonces estamos salvados!" Aferrándose a él como si nunca quisiera soltarlo, Jenny comenzó a reír. Y sollozar.

Harris la abrazó con fuerza, maravillado de lo natural que se sentía tenerla en sus brazos, deseando que el momento nunca terminara.

Pero como todas las cosas dulces, su tiempo era finito.

A medida que los sollozos de Jenny se calmaban, Harris sintió que temblaba. Hasta entonces, había estado demasiado preocupado por mantenerse a flote para notar la temperatura del agua. Sorprendentemente, estaba tibia. Más cálida que la lluvia que continuaba azotándolos. A pesar de todo, era más fría que sus cuerpos y lentamente les estaba quitando la vida. Necesitaban llegar a tierra y encontrar refugio.

"Tenemos que salir del agua antes de que se enfríe más", dijo Harris dando un paso tentativo en cada dirección, tratando de averiguar qué camino conducía a las aguas más someras.

"Lo que daría por un poco de luz", murmuró mientras sus dientes comenzaban a castañetear.

Con precaución avanzó, alentado al sentir cada vez más de su pecho y espalda expuestos al aire. Desnudo ante el viento aullador, las partes de él sobre la superficie se sentían más frías que las que estaban debajo.

"Allí, yo también puedo tocar el fondo", gritó Jenny. "Vamos, Harris, la costa no puede estar mucho más lejos."

Se movieron varios pasos más antes de que Harris se diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

"Espere, Jenny. Vuelva por este lado. El agua se está haciendo más profunda de nuevo."

"No, no lo está", protestó. "No puede ser." Una nota lastimosa de agotamiento en su voz le dijo a Harris que ella reconocía la verdad incluso mientras la negaba.

"Este debe ser uno de esos bancos de arena en los que encalló el barco", dijo él. "Dios sabe cuánto falta para llegar a tierra, o en qué dirección."

"¿Qué podemos hacer?" lloriqueó Jenny. "Tenemos que encontrar tierra."

"Así lo haremos", respondió Harris con más seguridad de la que sentía. "Solo tenemos que aguantar aquí hasta que tengamos suficiente luz para ver el camino hacia la costa."

"¿Cuánto cree que tomará eso?"

"No lo sé, niña. Se siente como si esta noche hubiera durado mil años ya. Hay dos cosas que debemos hacer si queremos durar hasta el amanecer. Tenemos que mantenernos lo más calientes posible y tenemos que permanecer despiertos."

"¿Cómo *p-podemos* m-mantenernos calientes? No es como si pudiéramos encender un fuego o abrigarnos con una manta."

Harris la atrajo hacia él, envolviendo sus brazos alrededor de ella una vez más. "Esta es la única calidez que tenemos, Jenny. Ahora frote sus manos en mi espalda, como yo hago con usted. En cuanto a mantenernos despiertos, tendremos que ayudarnos mutuamente también. Hablaremos. ¿Se acuerda lo rápido que pasaron las horas cuando nos pusimos a discutir sobre algo en uno de los libros de Walter Scott?"

"Sí", Jenny no sonaba completamente convencida. "Tiene razón sobre mantenernos calientes, sin embargo. Ya me siento un poco más cálida."

También lo sintió Harris.

No solo caliente, sino positivamente caliente... en una parte de su anatomía al menos. Sintió una oleada de exasperación con su naturaleza carnal, casi tan intensa como la oleada de placer tenso en su entrepierna. Aquí estaba, al borde de la perdición, sin embargo, su cuerpo anhelaba perversamente procrear.

"¿De qué hablaremos, entonces?" Su pregunta hizo que Harris volviera en sí de golpe.

¿De qué hablarían? No de la situación en la que se encontraban, seguramente. No de sus

escasas posibilidades de sobrevivir la noche. No de este abrazo incómodo pero necesario y las sensaciones que provocaba... al menos en él. Necesitaban ocupar sus pensamientos con algo alejado de esta playa barrida por la tormenta. Preferiblemente algo cálido.

"No lo sé", admitió, "pero estoy dispuesto a escuchar sugerencias."

Jenny no respondió de inmediato.

Harris buscó desesperadamente algo para llenar el silencio y, con suerte, preparar la bomba conversacional. Parecía absurdo hacer conversación trivial cuando, en cualquier momento, podrían morir en los brazos del otro.

"Creo que la lluvia ha disminuido." Movi6 la cabeza para apartar el mech6n de pelo empapado que se le pegaba a la frente. Al mismo tiempo, se reprendió a sí mismo por ser la criatura más poco original del planeta, comentando sobre el clima en un momento así.

"Me pregunto si esto es como se sintieron las personas en el Antiguo Testamento cuando Dios envi6 el Diluvio", reflexion6 Jenny. "Recuerdo a papá leyéndonos la historia de Noé. Todos en cuyas narices estaba el aliento de vida, de todo lo que había en tierra seca, murieron."

Se estremeci6, y Harris supo que no era completamente debido al frío.

"Supongo que Dios debe haber tenido compasi6n de aquellos pecadores que se ahogaban al final", ańadi6 Jenny. "¿No le prometió a Noé que nunca volvería a destruir a la humanidad por medio de un diluvio?"

"Mejor diluvio que fuego." Las palabras salieron de su boca antes de que Harris pudiera recordarlas.

Por un instante, esper6 que Jenny no hubiera reconocido el significado de lo que había dicho. Luego sintió el dorso de sus dedos deslizarse a lo largo de su mandíbula en la caricia más tentativa.

"¿Así es como obtuvo sus cicatrices? ¿En un incendio?"

"Sí, cuando era un chiquillo."

"¿Recuerda cómo sucedió?"

Harris vacil6. Nunca había hablado del incendio ni de sus consecuencias a otra persona. En otras circunstancias, tal vez no le habría contado a Jenny tampoco. Pero este segundo encuentro con la mortalidad había sacado a la superficie recuerdos enterrados desde hacía mucho tiempo de su primer encuentro. Además, había algo en el contacto físico ciego entre ellos que inspiraba confesi6n.

"No recuerdo mucho al respecto", admitió, "al menos no cuando estoy despierto. Sin embargo, tengo sueños, del humo y el fuego. Despierto empapado en sudor con el corazón latiendo como si hubiera corrido una milla."

"¿Su madre murió en el incendio?"

De alguna manera, Harris sintió que ella no había querido hacer esa pregunta imposiblemente dolorosa. Sin embargo, por razones que no podía entender, se sintió obligado a responder.

"¿Morir? No. Por lo que sé, puede que aún esté viva."

"No entiendo, Harris. ¿Cómo puede no saber si su propia madre está muerta o viva? ¿D6nde está?"

"No lo sé. Se fue después del incendio, eso dijo papá. Nunca volvimos a saber de ella, ni volvimos a hablar de ella."

"Lo siento, Harris."

Ella también lo lamentaba. Él podía sentirlo emanando de sus dedos y empapándolo. Podía sentir cómo giraba su rostro y presionaba su mejilla sobre su corazón. Podía sentirlo en la forma

sutilmente diferente en que lo abrazaba, casi como si quisiera acunar su esquelética figura en sus brazos.

"¿Recuerda algo de ella en absoluto?"

"No." Eso no era del todo cierto. Aunque no podía pensar por qué, de repente era muy importante para él que Jenny conociera la verdad. "Al menos, nunca he intentado recordar. Sin embargo, hay uno o dos recuerdos que me vienen de vez en cuando, cuando menos lo espero."

"¿Sí?" Era una pregunta y un estímulo para que él continuara.

"Apenas puedo recordar cómo era. Sin embargo, a veces tengo un destello de la forma en que su mentón se inclinaba cuando se reía. Y a veces, cuando estoy medio dormido, puedo oler su aroma y sentir el roce de su beso en mi frente..."

Su voz se ahogó. Levantando su rostro hacia el cielo nocturno, dejó que la lluvia lo limpiara como un torrente de lágrimas.

"¿Harris?" Había frío miedo en la voz de Jenny. "El agua se está haciendo más profunda de nuevo, ¿verdad?"

Tenía razón. Incluso en los valles entre las olas, el nivel del agua era más alto de lo que había sido.

"La marea debe estar subiendo." Se esforzó por mantener la ansiedad fuera de su voz, sin éxito.

"No puedo morir ahora, Harris. Nunca he vivido hasta estas últimas seis semanas."

Luchó por sofocar el destello de esperanza que sus palabras generaban. Ella debía referirse a su anticipación por casarse con Roderick Douglas. "No va a morir, Jenny. Tiene demasiado coraje. Piense en el señor Douglas. Él la está esperando en Miramichi y no me parece que sea la clase de muchacha que decepcionaría a su prometido."

Esperaba que lanzara una letanía de virtudes de Douglas. Harris se preparó para soportarlo. Al menos la distraería del peligro de su situación.

"¿Qué hizo que su madre se marchara, Harris?" en lugar de eso, preguntó, con una gravedad tranquila. Su pregunta lo tomó tanto por sorpresa que casi se tambaleó.

"Eso es lo único que recuerdo de ella, Jenny. Sus ojos cada vez que me miraba después del incendio. Se fue porque no podía soportar verme."

¿Qué le hizo pensar que algo había cambiado? Todavía llevaba las marcas del fuego, y una vez más una mujer por la que sentía cariño estaba a punto de salir de su vida sin mirar atrás. Dejando atrás nada más que recuerdos dulcemente burlones y heridas en su corazón que lo cicatrizarían de nuevo por completo. Le hacía anhelar rendirse a la lucha y dejarse llevar bajo las olas con Jenny en sus brazos.

"No lo creo." Sus palabras sacaron a Harris de sus reflexiones dolorosas. Luchó por comprender lo que ella quería decir.

"Ninguna madre haría algo así. Puede haber tenido otras razones que un niño nunca podría entender."

"¿Como...?"

* * *

Jenny luchó por ponerlo en palabras. ¿Cómo podría un hombre entender el interminable trabajo duro y el aislamiento que consume el alma? ¿Quizás el incendio que había dejado cicatrices en Harris también había destruido la granja familiar, haciendo que la situación de su madre fuera aún más difícil? Pero ¿suficiente para abandonar a su hijo? Jenny encontró difícil creerlo.

"No sabe cómo es para una mujer, Harris. Yo sí sé lo que es anhelar algo diferente, algo mejor. Tal vez su madre también se sintiera así".

Sus palabras al principio se encontraron con silencio.

Luego vino un murmullo bajo y pensativo. "Sí, muchacha. Supongo que podría ser".

No soportaba la idea de que Harris se sumiera en esos amargos recuerdos en lo que bien podrían ser sus últimas horas. Jenny se reprendió a sí misma por haber sacado el tema en primer lugar. Desesperadamente buscó cualquier distracción.

"¿Sabe qué deseo, Harris?"

"Sí, muchacha." Suspiró. "Soy su hada madrina, después de todo. Desea casarse con el señor Douglas y vivir prósperamente para siempre".

"Además de eso".

"¿No está siendo codiciosa al desear más además de eso?"

"No es ese tipo de deseo, de todos modos. Más bien un... arrepentimiento".

"Ah, arrepentimiento". Su voz se detuvo en la palabra. "Es algo que conozco. ¿De qué se arrepiente, Jenny, además de poner un pie a bordo de un barco tan desafortunado como el *St. Bride*?"

"Me arrepiento..." Toda su conciencia de repente se fijó en los dos lugares cálidos de su cuerpo. Su pecho, que se acurrucaba contra su vientre y los espirales cambiantes en su espalda hechos por la caricia de sus manos. "Me arrepiento de no haberlo conocido mejor mientras vivíamos en Dalbeattie. ¿Quién sabe si podríamos haber hecho una pareja?"

Sintió el temblor en su vientre antes de escuchar su risa. Fue el sonido más extraño en este momento y en este lugar.

"¿Puede imaginarlo, muchacha? Si alguna vieja bruja con la segunda vista nos hubiera abordado afuera de la iglesia y nos hubiera dicho que terminaríamos así. ¿Cree que nos hubiéramos marchado indignados o nos hubiéramos reído hasta no poder más?"

"Usted se habría marchado. Yo me habría reído".

Su broma hizo que Harris se riera aún más. Era un sonido tan irresistible que Jenny no pudo evitar unirse. Por un tiempo, el calor de esa risa compartida y el contacto entre ellos mantuvieron a raya el frío, el viento y la oscuridad.

Como una vela ardiendo intermitentemente en su último charco de cera, este pequeño bolsillo de luz también se apagó y falló. De alguna manera, el frío vacío negro oprimió aún más a Jenny después de ese dulce momento de alivio. Empezó a temblar de nuevo y un profundo cansancio amenazó con envolverla.

"No creo que pueda durar mucho más, Harris".

"No debe rendirte, muchacha. Piense en el señor Douglas y su boda".

Esta era la segunda vez que la instaba a pensar en Roderick Douglas, y por alguna razón molestó a Jenny. Sabía perfectamente que debería estar pensando en su futuro esposo y la vida que le esperaba en Miramichi si tan solo pudiera aguantar hasta el amanecer. Si no eran su mayor motivo para vivir, ¿qué más podía ser?

Por mucho que intentara concentrarse en pensamientos sobre su boda, cada idea en su cabeza se volvía obstinadamente hacia Harris Chisholm. Por todo lo que había aprendido de él en las últimas seis semanas, Jenny sabía con absoluta certeza que su muerte lo atormentaría. Sentimientos de responsabilidad y culpa injustificados lo consumirían. Esa no era manera de pagar la enorme deuda que tenía con él.

"Haré mi mejor esfuerzo por aguantar, Harris", murmuró adormilada. "Por usted".

* * *

Luchando contra la fatiga mortal que se hacía más pesada y fuerte con cada momento que pasaba, Harris abrazó a Jenny más cerca. En un esfuerzo inútil por contener el reflujo de su energía, le frotó la espalda y los brazos con un vigor cada vez mayor. Mientras tanto, dos breves palabras susurradas resonaban en sus pensamientos y disparaban su esfuerzo desesperado por salvarla.

“*Por usted*”.

No era el sueño del guapo, rico y poderoso Roderick Douglas lo que conmovió a Jenny y despertó su voluntad fallida de vivir. Eran sus sentimientos por él. Lleno de cicatrices, pobre e insignificante, todavía tenía el poder de atraerla de vuelta del canto de sirena del olvido pacífico.

"Por mí, Jenny. Así es. Agárrese a mí. No puedo perderla, Jenny. Ahora no. Llevo toda la vida esperándola, aunque nunca lo supe. Quédese conmigo, muchacha. ¿Jenny? ¡Jenny!"

La atracción de la muerte era demasiado fuerte. Harris casi podía sentir que le succionaba la vida. Como un remolino gigante, arrastrándola a las profundidades de la eternidad. Aferrándose impotente a cualquier cosa que pudiera despertarla, levantó a Jenny tan alto como su fuerza menguante se lo permitió.

Y la besó.

No de la forma en que la había besado en su camarote en el *St. Bride*, toda una vida atrás. Entonces le había arrebatado un beso, arrebatándole por la fuerza lo que sabía que ella nunca se rendiría voluntariamente. Sacando una satisfacción perversa de su renuencia, porque lo convertía en el amo.

Esta vez le *dio* un beso a Jenny, animado por la improbable esperanza de que ella podría quererlo después de todo. Al principio, sus labios se sentían fríos y flojos al tacto, pero Harris no le prestó atención. Moldeó su boca a la de ella, convirtiéndola en un instrumento de súplica y seducción. Acariciándola, rozándola, saciándola, usó sus labios y su lengua para suplicarle y seducirla para que volviera a la vida.

Qué efecto tuvo en Jenny, Harris no pudo decirlo al principio. Pero las brasas de *su* fuerza se reavivaron. Su corazón latía más rápido, enviando sangre febril a través de sus venas con renovada potencia.

Entonces lo sintió.

El más suave aleteo de su lengua. Un sutil movimiento de sus labios. La presión de su beso, oh, tan delicadamente correspondido. De alguna manera, había cambiado los papeles de hada madrina a príncipe, con perspectivas de *felices para siempre* que se abrían ante él.

Tan concentrado estaba en Jenny y cuidando este destello de vida dentro de ella, que Harris apenas escuchó remos golpeando rítmicamente el agua. Sin embargo, el sonido apagado de las voces lo despertó, aunque no podía entender las palabras.

Arrancando su atención de Jenny, miró a su alrededor para descubrir que el amanecer se había apoderado de ellos. La lluvia había amainado hasta convertirse en poco más que una llovizna y el viento había comenzado a ceder. Aunque todavía no había luz del todo, Harris pudo distinguir la costa, a no más de cien metros de distancia. Entonces vio el bote, una larga canoa, que se acercaba desde la lejana orilla opuesta.

Reuniendo las últimas migajas de su fuerza, sostuvo a Jenny con su brazo bueno y levantó a su brazo herido en el aire.

"¡Aquí! ¡Socorro!", gritó con una voz tan débil y ronca que apenas la reconoció.

Una voz se oyó desde el bote, pero Harris no pudo distinguir las palabras. Confiado en que habían sido descubiertos, dejó caer el brazo.

A medida que la canoa se acercaba, Harris vio a dos hombres robustos que empuñaban los

remos.

"Señor, misericordia", exclamó uno. "Estas deben ser las personas que fueron arrastradas por la borda del naufragio".

Con la poca comprensión de la conciencia que aún poseía, Harris se preguntó cómo podrían llevarlo a él y a Jenny a bordo sin alterar su nave precariamente equilibrada. No resultó una hazaña fácil, sus esfuerzos se vieron obstaculizados por la fuerza menguante de Harris y el peso muerto de Jenny. Era obvio que los hombres eran los amos de su extraña nave, pues con el tiempo prevalecieron.

"Acuéstee con su esposa y agárrese a ella" aconsejó el mayor de los dos hombres.

Estaba demasiado cansado para explicar que Jenny no era su esposa, Harris siguió la orden. Los barqueros se quitaron los abrigos y los colocaron sobre la pareja supina. Tomando de nuevo sus remos, se dirigieron a la otra orilla con urgente velocidad.

Ahorrraron aliento para hablar una sola vez.

El bote había estado avanzando rápidamente durante algún tiempo cuando Harris escuchó a uno de los hombres jadear: "¿Crees que lo lograrán?"

Debieron pensar que había caído en un estado de estupor. En realidad, Harris estaba perdiendo su tenue control sobre la conciencia.

El último sonido que escuchó fue la lacónica respuesta. "Él, tal vez".

Capítulo Siete

Lo último que Jenny recordaba era el sabor del beso de Harris. ¿O había sido solo un sueño? No. Perduraba en su boca cuando finalmente recobró la conciencia, horas después.

No despertó de golpe, sino que ascendió a la plena conciencia por etapas, como si estuviera saliendo de un profundo pozo. Su cuerpo se sentía helado hasta la médula. A veces, un temblor incontrolable la sacudía. Sin embargo, de alguna manera vaga, Jenny sabía que ya no estaba en el agua. Estaba envuelta en un extraño capullo que era suave y cálido. Respiraba aire ligeramente punzante a ovejas y heno recién cortado. Escuchaba los sonidos amortiguados pero familiares de la vida en la granja, el chapoteo del agua de lavar, las vacas mugiendo a lo lejos, el tintineo de la loza, voces jóvenes y viejas.

No podía adivinar cuántas horas había permanecido allí Jenny. Podría haber estado contenta de quedarse varias más, con la mente vagando somnolienta, excepto por el pensamiento de Harris.

Durante la larga y fría noche, él la había sostenido, de pie como un ángel guardián entre ella y la muerte. Mucho después de que ella estuviera dispuesta a rendirse, él había luchado por ella. Estaba segura de que Harris habría luchado por su alma con el diablo mismo. Ahora él se había ido, y Jenny anhelaba por él.

Sus párpados se sentían más pesados que dos cubos de leche rebosantes, pero logró abrirlos. Al principio entrecerró los ojos contra la luz brillante del día, pero gradualmente se acostumbraron y pudo observar su entorno. Se encontraba acostada sobre un montón de paja en una pequeña estructura de madera ásperamente tallada. Aplastada entre un par de mantas rudimentarias hechas de lana cruda, Jenny de repente se dio cuenta de que estaba completamente desnuda.

El sonido de una risa sofocada atrajo su mirada hacia la entrada del cobertizo. La mitad superior de la cabeza de un niño asomaba por la puerta, desapareciendo rápidamente cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

"¿Hola?" Jenny se esforzó por articular la palabra. Una vez que brotó de su garganta reseca, el resto llegó un poco más fácil. "Está bien. Estoy despierta."

Al principio, su única respuesta fue un reacio barboteo justo fuera de la puerta. Luego, la cabeza rubia volvió a aparecer.

Jenny sonrió alentadoramente. Dado que no tenía fuerzas para levantarse, este niño era su única fuente posible de noticias sobre Harris. "Puedes entrar", llamó suavemente. "No muerdo."

La risa estalló de nuevo y pronto una niña entera se arrastró adentro. Con los ojos como platos, dio un paso cauteloso hacia Jenny. "¿Eres la señora que se ahogó?"

La pregunta inesperada hizo que Jenny riera. Sin embargo, también las lágrimas brotaron en sus ojos.

"Sí", respondió. "Al menos, estuve cerca de hacerlo. Lo último que recuerdo, es que aún estaba en el agua. No sé cómo llegué aquí ni dónde estoy. ¿Puedes decirme?"

La niña sonrió ampliamente, orgullosamente desprovista de un diente frontal. Era una niña flacucha, con sus pies descalzos, su rostro y antebrazos profundamente bronceados por el sol. Debajo de su vestido y delantal, reparados en muchas ocasiones, sus pantorrillas estaban cruzadas con arañosos rojos que hacían que Jenny se retorciera.

"Esto es Richibucto", anunció la niña entusiasmada. "O cerca, es Jardine's Yard. El barco

de papá se quedó varado anoche en la tormenta."

"Eres la hija del Capitán Glendenning", dijo Jenny. Dudó sobre la pregunta que inmediatamente le vino a la mente. "¿Él está...? Es decir, ¿lo...?"

"Sí, soy Nellie. Papá está bien, solo molesto por su barco destrozado. Todos los demás llegaron a la costa a salvo en los botes salvavidas, pero nadie sabía qué había pasado contigo y ese hombre."

"Nos caímos por la borda", dijo Jenny. "Al menos yo lo hice". Harris no había caído. Se había lanzado después de ella. "¿Sabes qué ha sido del hombre que estaba conmigo?"

Su corazón se apretó en su pecho mientras esperaba la respuesta de Nellie Glendenning.

"Lo llevaron a algún otro lugar. Tal vez a Jardine".

"¿Estaba... vivo?"

"Sí, pero mal, como tú".

La tensión abandonó el cuerpo de Jenny. Si ella había sobrevivido, seguramente Harris también.

"¿Debería ir corriendo y averiguar si murió?" preguntó Nellie. Antes de que Jenny pudiera encontrar el coraje para responder, un susurro fuerte llegó desde afuera del cobertizo. "Sal de ahí, Nellie. Despertarás a la chica con tus chismes".

La niña se dio la vuelta. "No la desperté", llamó. "Tenía los ojos abiertos y me dijo que entrara. Pregúntaselo tú misma".

Pasos rápidos se acercaron. Agachándose para pasar por el agujero serrado que servía de puerta, entró una mujer. Era una criatura menuda, tan mal alimentada como su hija. Su rostro tenía un aspecto afligido y cansado que Jenny conocía demasiado bien. Surcos de preocupación estaban grabados profundamente en su frente y el agotamiento había dejado manchas oscuras bajo sus ojos. Jenny sintió un pellizco de culpa por agregar otra carga a la obvio peso de esta mujer.

"Así que vas a vivir, muchacha". La Sra. Glendenning sonaba sorprendida, pero su rostro delgado se iluminó con una cálida sonrisa. Al igual que su hija, estaba marcada por la ausencia de varios dientes. "Me alegra. Mi Angus lo habría pasado mal si no lo hubieras hecho."

"Gracias por acogerme, señora." Jenny anhelaba preguntarle a la mujer sobre Harris. La Sra. Glendenning podría saber más que su hija.

Antes de que pudiera formular las palabras, sin embargo, todo en el cobertizo comenzó a dar vueltas. Dejando que sus ojos se cerraran, Jenny gimió.

"Ve con calma ahora, muchacha. Te llevará unos días recuperar tus fuerzas. Nellie, ven conmigo y le llevaremos un poco de caldo caliente a la señorita Lennox. Descansa, muchacha, habrá tiempo suficiente para hablar más tarde. Si fuera tú, rezaría mis oraciones, y agradecería al buen Señor por haberte perdonado."

Jenny murmuró su acuerdo. Ni siquiera podía abrir los ojos para ver cómo la mujer y la niña se iban. Atendiendo el consejo de la Sra. Glendenning, se rindió al ineludible tirón del sueño. Mientras se hundía nuevamente en las pacíficas profundidades de la inconsciencia, Jenny elevó una oración sin palabras.

No era una de agradecimiento que dirigía al cielo, sino una urgente súplica. *Por favor, Dios, que Harris esté bien.*

* * *

Sorprendido por su propia resistencia, Harris había recuperado la fuerza suficiente esa noche para dar un corto paseo con su anfitrión. Hubiera preferido ir a Glendenning para ver cómo

estaba Jenny. El capitán le había asegurado que estaba bien encaminada hacia la recuperación y pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo.

En cambio, Harris se quedó en el muelle de Jardine's Yard, viendo cómo el maltrecho *St. Bride* entraba cojeando en el puerto. Un equipo de trabajadores colocó la barca en dique seco para repararla.

“Tiene algunas grietas en el casco”, dijo el hombre serio y tranquilo a su lado. “Apuesto a que la quilla está sólida, sin embargo. Parcheada, será suficiente para viajes costeros.”

Harris miró a Robert Jardine, constructor del *St. Bride*. “¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que esté lista para navegar de nuevo?”

Jardine pasó una mano por su cabeza calva, reflexionando sobre la pregunta. “Si tuviéramos una tripulación completa para trabajar, podríamos tenerla lista para navegar en poco tiempo. El problema es que es la temporada de heno. Apenas hay un par de manos libres en todo el condado. La gente de Miramichi tendrá que esperar este cargamento de mercancías, al menos lo que no esté empapado. No puedo ver al *St. Bride* apto para hacer ese viaje durante unas buenas seis semanas o más.”

“Seis semanas.” Harris intentó mantener la impaciencia fuera de su voz. Falló miserablemente.

Robert Jardine le lanzó una mirada de lado, cuestionadora. “Entonces, ¿no tiene prisa por irse? Pensé que querías llegar a donde va y establecerse antes del invierno.”

Harris encogió los hombros. “No tenía un destino especial en mente, así que cualquier lugar es igual de bueno.” Alguna parte donde no fuera un extraño, como lo había sido en Dalbeattie. Había disfrutado de la camaradería forzada del viaje en el mar. Si tan solo pudiera encontrar un sentido similar de pertenencia en algún lugar del Nuevo Mundo.

Saboreó la idea de seis semanas más con Jenny. Seis semanas de finales de verano. Ya no confinado a bordo del barco, sino libre de vagar por esta extraña tierra nueva. Por lo que había visto, Harris sabía que era lo suficientemente expansiva como para permitirles momentos de privacidad robados.

Justo entonces, fue tentado a bendecir todas las tormentas y bancos de arena, pues habían conspirado para otorgarle el regalo del tiempo. Tiempo para ganar el corazón de Jenny.

“Si no tiene otro lugar en mente”, dijo el constructor de barcos, “podría haber sido peor que quedarse aquí un tiempo. Es una tierra de oportunidades para un hombre como usted. En este momento, solo hay dos tipos de personas en la colonia. Los que son como yo y mi hermano, que tienen un poco de capital y la idea de hacer nuestras fortunas.”

Hizo un gesto hacia la tripulación que tiraba de las cuerdas para sacar el barco del agua. “Luego están los tipos con lomos fuertes, poca educación y ni un centavo en sus bolsillos. Solo quieren un pedazo de tierra para cultivar y llamarla suya.”

“¿Ah, sí?” Harris no veía exactamente hacia dónde iba esta conversación.

“Lo que no tenemos en Richibucto son hombres como usted, que tienen algún conocimiento y experiencia en negocios. Si este asentamiento va a prosperar, vamos a necesitar gerentes y jueces de paz.” Hizo una mueca. “Incluso algún político o dos.”

“No me veo en la política”, se rio Harris. “Pero dirigir un negocio, sí, puedo hacerlo.”

“Si lo quiere puede tener un lugar con los Hermanos Jardine.”

“Es una oferta tentadora.” Harris estrechó la mano de su futuro empleador. “Pensaré en ello y se lo haré saber en uno o dos días.”

“No pensará que soy tan generoso cuando vea el estado de nuestros libros de contabilidad”, bromeó Robert Jardine.

Mientras los dos hombres se reían por esto, Harris sacudió la cabeza asombrado. Claramente, esta era una tierra donde las oportunidades florecían como la infinita extensión del bosque. Inhaló profundamente el aire en el que se mezclaban el sabor salado del mar y el resinoso picante de los pinos y abetos.

Olía a optimismo.

* * *

El cálido aroma de la leche fresca se elevaba del tambor mientras Jenny bombeaba el agitador. Como el penetrante aroma del jabón de lejía y el aroma fermentado de la masa de pan, era uno de los muchos olores de la monotonía. Sus brazos le dolían y oleadas de mareo aún la abrumaban de vez en cuando, pero no podía quedarse sin hacer nada esperando ser atendida. No mientras había tanto trabajo por hacer y la Sra. Glendenning ya estaba consumida tratando de hacerlo.

Un par de cerdos negros escarbaban bajo un roble cercano en busca de bellotas caídas. A lo lejos, Jenny podía oír a los niños gritando con alegría mientras cosechaban frambuesas. Desde la casa llegaba el débil llanto del bebé. Un bebé frágil e inquieto, Jenny temía que no sobreviviera el invierno.

Con un escalofrío de aprensión, se preguntó si había cometido un grave error al venir a esta tierra salvaje y extranjera. En tales condiciones primitivas, la situación de una mujer se volvía más difícil que nunca.

Jenny miró a su alrededor en la propiedad Glendenning. Era una de las más prósperas de la comunidad, ya que el Capitán Glendenning ejercía un comercio rentable como capitán de barco durante la mitad del año. Sin embargo, hacía que el modesto cobertizo de su padre en las tierras altas pareciera lujoso en comparación.

La vivienda familiar era una cabaña de proporciones modestas construida con troncos superpuestos. Las grietas entre los troncos estaban rellenas de musgo para evitar el viento. Algunas construcciones rústicas como en la que había dormido Jenny albergaban el ganado en invierno. Por ahora, las bestias deambulaban a su antojo, los bueyes y las vacas lecheras pastaban en un pequeño humedal en la orilla del arroyo.

Por lo que Jenny pudo ver, la ropa de diario de los Glendenning estaba confeccionada con pesado lienzo de vela que hacía que su propio y sencillo vestido de algodón pareciera positivamente decadente. Había mucha comida: pescado, caza y verduras recién maduras. Los productos alimenticios importados, como la harina y el azúcar, estaban más estrictamente racionados. Jenny sospechaba que la primavera temprana debía ser una temporada de hambre, cuando las cosechas almacenadas de raíces comenzaban a escasear y los barcos del extranjero aún no habían llegado.

¿Y qué pasaría en el invierno?

Se estremeció al pensarlo. Días largos, fríos y oscuros sin un ápice de sociedad o alegría, el bosque impenetrable que lo rodeaba, vigilante y hambriento.

“¿Ya has terminado de hacer la mantequilla, muchacha?” La Sra. Glendenning apareció, llevando dos cubos pesados de agua del arroyo. “Los hombres la querrán para su almuerzo.”

“Sí, creo que está lista.” Jenny sintió un rubor que había subido a sus mejillas. Había desquitado sus preocupaciones con el infortunado recipiente de crema, agitándolo con vigor frenético.

“Puedes verter la crema en la bandeja de los cerdos.” La Sra. Glendenning descansó un momento, con el pecho delgado jadeante.

“El bebé estaba llorando.” Jenny luchó por mantener el equilibrio mientras los cerdos se abrían camino hacia la bandeja.

Después de alzar de nuevo sus cubos, la Sra. Glendenning se dirigió hacia la cabaña. “¿Cuándo dejará de llorar?” murmuró, más para sí misma que para Jenny. “Supongo que tiene hambre, pero tendrá que esperar hasta que haga la comida.”

“Siéntate y aliméntalo”, dijo Jenny. “Yo me encargaré de la comida, o al menos la empezaré.”

“El estofado está hecho y el pan está horneado.” La Sra. Glendenning se dirigió hacia la cabaña sin ventanas, con Jenny pisándole los talones. “Puedes cortar el pan y poner las verduras a hervir. Ojalá los niños volvieran de recolectar bayas. Le prometí a Angus un pudín mientras está en casa.”

Se desplomó en una silla baja que obviamente había emigrado de Escocia con la familia. Aunque no era una pieza de mobiliario elegante o costosa en modo alguno, destacaba entre los otros artículos toscos de la cabaña. Claramente, lo que era común, e incluso pobre según los estándares de Galloway, pasaba por elegancia en este asentamiento pionero.

Mientras ponía la mesa, Jenny miró hacia la puerta abierta de la cabaña.

“Sí”, suspiró. “La madera es bastante abundante.”

Qué extraño parecía. Las tierras bajas y los condados fronterizos de Escocia habían sido despojados durante mucho tiempo de grandes extensiones de bosque. En esta nueva tierra, los bosques rodeaban a las pequeñas comunidades que habían sido talladas en sus bordes, ávidos de recuperar la tierra y empujar a los inmigrantes invasores de vuelta al mar. ¿Cómo podría sobrevivir algo tierno, y mucho menos prosperar, en un lugar así?

Jenny siguió el olor de la carne y las cebollas hasta la cocina de verano de los Glendenning. En el angosto cobertizo, levantó una pesada olla de hierro de la fogata y la reemplazó por otra, medio llena de agua y verduras variadas.

Meditando sobre las palabras de la Sra. Glendenning sobre los sirvientes y las casas de piedra, sabía que debería sentirse aliviada. Eso no describía el revoltijo de emociones que bullía en su vientre. Se sentía más como incertidumbre y miedo, condimentado con un toque de algún anhelo innombrable.

Los lejanos gritos y chillidos de los niños recordaron a Jenny que su madre quería las bayas para hacer un pudín. Se abrió paso entre el denso matorral, atraída por su ruidoso entusiasmo. Finalmente los encontró, agrupados alrededor de un parche de ortigas de frambuesa: Nellie, sus dos hermanos mayores y una hermanita pequeña. Las manchas rojas alrededor de sus bocas contaban historias de muchas bayas que nunca llegaron a sus cestas de corteza tejida.

“¿Qué es todo este alboroto?” preguntó. “Podrán oír su ruido claro hasta Miramichi.”

“Había una ardilla en ese árbol”, señaló Nellie hacia un viejo pino alto. “John le estaba lanzando bellotas. Una rebotó y me dio en la cabeza.”

“¡Fue un accidente!” protestó el joven John. “No había necesidad de que ella me arrojara piedras, pequeña chivata.”

Por un momento, Jenny tuvo la sensación reconfortante de estar de vuelta en casa, en medio de las peleas de sus hermanos. Evidentemente, algunos aspectos de la vida no cambiaban, sin importar cuántos océanos cruzara uno.

“No soy una jueza de paz”, dijo. “Tendrán que resolver esto ustedes mismos, sin dejar que vuelen más proyectiles, espero. Mientras tanto, ¿han dejado espacio en sus barrigas para la cena? Su madre quiere esas bayas para hacer un pudín.”

“¡Hurra! ¡Panza llena!” Olvidando su disputa, los jóvenes Glendenning recogieron sus

cestas y se dirigieron a casa a toda velocidad.

Con una risa indulgente, Jenny se puso en marcha tras ellos.

Casi saltó un pie en el aire cuando un cálido susurro sonó directamente en su oído.

“Tiene muy buen trato con los pequeños. Será una excelente madre algún día.”

El inocente comentario golpeó los temores más profundos de Jenny. Parte de ella anhelaba la maternidad. Sin embargo, ¿cómo podría criar adecuadamente a los niños bajo condiciones como estas?

Cuando giró para dar una respuesta mordaz, Jenny cayó en los brazos esperados de Harris Chisholm. Una parte de ella quería luchar y alejarse de él. Otra parte, poderosa más allá de toda proporción a su tamaño, anhelaba perderse en su abrazo. Emociones conflictivas se aferraron a su corazón y libraron una feroz guerra de tira y afloja. ¡Gracias al cielo pronto estaría en Miramichi, redescubriendo su amor por Roderick Douglas!

“No estaba del todo seguro de volver a verla, en este lado del cielo, muchacha.” Sin preocuparse por la propiedad, Harris la abrazó estrechamente. “Me dió un buen susto, al final. ¿Debería estar levantada y dando órdenes a los pequeños Glendenings tan pronto?”

La razón de Jenny se reafirmó. Harris le había salvado la vida. Había llegado a significar mucho para ella. Eso no alteraba el hecho de que había viajado a Nuevo Brunswick para casarse con Roderick Douglas. Después de lo que había visto y oído sobre la vida pionera, ese matrimonio era más importante que nunca.

Luchando contra su inclinación a quedarse junto a Harris, Jenny retrocedió y trató de responder con frialdad. “No podía holgazanear todo el día mientras la pobre Sra. Glendenning tiene tanto que hacer. Usted no parece estar peor por nuestra aventura del naufragio. ¿Qué lo trae por aquí?”

Harris señaló con el pulgar hacia la granja Glendenning. “Traje su baúl. No puedo responder por el estado de los contenidos.”

“¡Mi baúl!” exclamó Jenny. “Estaba segura de que estaría en el fondo del canal junto con los restos del naufragio del *St. Bride*.”

“¿El capitán no se lo dijo? El barco está en dique seco. Puede que no esté listo para cruzar el Atlántico de nuevo, pero el Sr. Jardine cree que se comportará lo suficientemente bien como para un viaje al Caribe.”

“El Capitán Glendenning ha estado ocupado almacenando heno para el invierno”, explicó Jenny mientras regresaban a la cabaña. “Nunca ha mencionado una palabra sobre el *St. Bride*. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que esté listo para zarpar a Miramichi?”

“El Sr. Jardine dice que debería estar listo en seis semanas.” Harris lo hizo sonar como una maravilla de velocidad.

Para Jenny, el tiempo se extendía indefinidamente hacia adelante.

“¡Seis semanas!” se quejó. “No puedo estar aquí sentada durante seis semanas cuando Roderick Douglas me está esperando en Miramichi. ¿No hay otro barco en el que pueda embarcarme?”

Incluso mientras preguntaba, su cuello se erizaba con escalofríos ante la idea de otro viaje marítimo, por breve que fuera. Un encuentro con los peligros de la navegación era más que suficiente para toda una vida. Sin embargo, con un curioso destello de perspicacia, Jenny reconoció que un peligro mayor para su sueño de toda la vida residía en la perspectiva de seis semanas más con Harris Chisholm.

“Puede que sí”. Encogió los hombros. “Y puede que no. El Sr. Jardine dice que no deberíamos contar con uno. De todas formas, ¿cuál es su prisa? Después de lo que dijo la otra

noche, pensé que podría estar teniendo dudas sobre la boda.”

Jenny se volvió hacia él. “No dije nada parecido, Harris Chisholm, y le agradecería que no pusiera palabras en mi boca. Si dije algo, fue solo porque estaba confundida por el frío y el miedo de que íbamos a morir.”

Estaba tan concentrada en su acalorada protesta que Jenny no vio la raíz de árbol que se extendía en el camino ante ella. Se inclinó hacia adelante, con los brazos moviéndose salvajemente, intentando en vano recuperar el equilibrio. Harris se lanzó para atraparla, pero solo logró suavizar su caída. Juntos se desplomaron sobre un lecho de musgo y helechos.

El aroma vital del bosque abrumó a Jenny, al igual que la desconcertante reacción de su cuerpo ante Harris. Su corazón galopaba casi dolorosamente y su respiración llegaba en espasmos cortos y agudos. Se sentía mareada y alegre. Una cálida, aunque no desagradable sensación se extendió por todo su cuerpo.

Nacía de cada punto donde su persona tocaba la suya. Su brazo superior presionaba firmemente contra su pecho. La presión más suave pero no menos embriagadora de su muslo en el suyo. El roce momentáneo de su mejilla contra su oído. La hacían desear todo tipo de cosas que no tenía derecho a querer, menos aún de este hombre cuando estaba comprometida con otro.

Aunque su cuerpo ansiaba estar allí presionado contra Harris de formas aún más íntimas, la practicidad arraigada en ella prevaleció... por el momento.

“¡Quítese de encima mío ahora mismo, gran patán!” Como un gato escaldado, se puso de pie y comenzó a sacarse los helechos sueltos del cabello.

Con la cara enrojecida de furia, Harris se levantó torpemente. “Traté de salvarla de darse en la cabeza contra el suelo, ¿y esto es lo que recibo?” Sacudiéndose el chaleco y los pantalones, mantuvo la espalda vuelta hacia ella.

Traté de salvarla. Las palabras cortaron a Jenny como una espada de hielo. ¿Cuántas veces había venido Harris en su ayuda, solo para ser repelido con insultos e ingratitud? Él le había salvado la vida la noche del naufragio y ella ni siquiera lo había reconocido. Aunque él podría asumir que era porque no le importaba en absoluto, Jenny sabía que era porque le importaba demasiado. Y temía que pudiera llegar a importarle aún más.

“Oh, Harris, lo siento mucho.” Aunque reconocía el peligro inherente, Jenny no pudo resistir acercarse a él. “Me salvó de algo mucho peor que una pequeña caída y ni siquiera he dicho una palabra al respecto. Debe pensar que soy una verdadera arpía.”

Cuando su mano llegó a descansar en su brazo, Harris se apartó como si su toque lo quemara. “No le de importancia”, murmuró. “Di mi palabra de que la llevaría sana y salva a Miramichi.”

“Y es un hombre de palabra.” Eso y mucho más.

Quizás pensando que su comentario no merecía respuesta, Harris se alejó hacia la granja Glendenning, donde el estruendoso sonido de una campana de cena llamaba a la familia a su comida del mediodía.

Jenny vaciló por un momento para secarse las lágrimas inexplicables que habían subido a sus ojos. ¿Por qué le molestaba tanto enterarse de que la preocupación de Harris no surgía de nada más que de una compulsión por honrar su palabra? Seguramente no quería que él se moviera por sentimientos más tiernos.

¿O sí?

Capítulo Ocho

Apretando los dientes, Harris se esforzaba por concentrarse en la columna de cifras frente a él. Robert Jardine no había exagerado cuando afirmó que los libros de la empresa eran un desastre. Aunque Harris no se había comprometido formalmente con un puesto en *Jardine Brothers*, había aceptado revisar sus cuentas. Era lo menos que podía hacer para devolverles su generosidad al acogerlo.

Sin embargo, el caos desesperanzador del libro mayor de la empresa no era lo que hacía fruncir el ceño a Harris. Era el comportamiento contradictorio de cierta encantadora damisela y su propia insensata persistencia en preocuparse. Después de aquella interminable y aterradora noche en el río, se había engañado creyendo que los sentimientos habían cambiado entre él y Jenny. La forma en que se habían abrazado, las confidencias que habían compartido. ¿Cómo podía significar tanto para él todo eso sin hacer mella en su pequeño corazón mercenario?

Si nada más, había esperado que le hiciera tener segundas ideas sobre casarse con Roderick Douglas. En cambio, parecía más decidida que nunca a llegar a Miramichi y a los brazos esperando de su prometido. Por nada del mundo podía entender su prisa. Aunque algo tosco, Richibucto era un lugar bastante agradable. El pueblo recordaba a Harris a un chico torpe pero ansioso que pronto maduraría y aprovecharía sus brillantes perspectivas. Uno podría hacer peores elecciones que establecerse aquí.

Excepto que Jenny estaría a cuarenta millas más adelante en Miramichi. ¿Podría resignarse a la separación? Con un suspiro impaciente consigo mismo, Harris cerró de golpe el pesado libro mayor. Al menos la pequeña oficina de contabilidad de *Jardine Brothers* contaba con la comodidad de una ventana acristalada. Levantándose del taburete y estirando sus largas extremidades, Harris se acercó a ella.

El sol de agosto ardía sobre el puerto como lo hacía todos los días desde la tormenta que hizo naufragar el *St. Bride*. Las gaviotas giraban y se zambullían en un cielo sin nubes, azul como acianos. Sus agudos gritos sonaban como un coro de risas burlonas.

¿Puedes quedarte aquí y verla cada tanto? parecían chillar. ¿O ir a Miramichi y verla día tras día con otro hombre?

"Sí," murmuró amargamente Harris. "Tienen razón en eso."

* * *

Los pájaros cantores parecían entonar una balada de amor agri dulce en contraste con los agudos y descontrolados llantos del bebé, mientras Jenny observaba a Harris acercarse a la casa de los Glendennings. Segura de que él no la había notado al borde del bosque, lo miraba a su antojo. La razón le aseguraba que su apariencia no había cambiado mucho desde el día en que partieron de Kirkcudbright.

El sol del Atlántico había bronceado un poco su rostro, lo que complementaba los cálidos tonos de su cabello y ojos. Y sus rasgos habían perdido su antigua expresión arrogante, relajándose en un aire de humor irónico que le sentaba muy bien. Sus cicatrices seguían ahí, aunque Jenny apenas las notaba ya, posiblemente porque Harris parecía menos cohibido.

Esas sutiles diferencias apenas justificaban el cambio en su reacción hacia él. Últimamente, cada vez que se acercaba, un pulso de calor la recorría como si todo su cuerpo se sonrojara. Su

corazón dejaba de latir de manera constante y monótona para danzar nerviosamente. A menudo, algún hábil movimiento de sus manos o algún gesto de su sonrisa hacían que se le cortara la respiración.

Había empezado a sentir atracción por él.

Aunque no había expresado completamente la idea cuando llegaron a Richibucto hace quince días, Jenny había temido que esto sucediera. Había luchado contra cada señal, pero sin éxito. Era como si cuanto más resistiera su atracción por Harris, más fuerte creciera. ¿Cuánto tiempo podría resistirlo? ¿Otro mes completo?

No probablemente.

Harris salió de la cabaña, entornando los ojos en su dirección. La prometida de Roderick Douglas quería girarse y salir corriendo hacia el bosque, como la cierva a la que sorprendió una mañana al amanecer. Sin embargo, una fuerza irresistible la mantenía en su lugar mientras Harris se acercaba.

"Otro hermoso día", comentó él, observando el vasto cielo azul sin una sola nube. "Diga lo que diga de este lugar, no se puede criticar el clima".

Una tormenta de sentimientos encontrados hizo que Jenny respondiera bruscamente. "Fácil de decir para un hombre. No tiene que cargar agua del arroyo para evitar que el jardín muera".

Harris se estremeció como si lo hubiera abofeteado.

"Sé que es mejor que la lluvia todos los días". Suavizó su tono y ofreció una sonrisa de disculpa. "Al menos uno puede regar los cultivos cuando está seco. No hay mucho que pueda hacer para evitar que se pudran en la humedad. ¿Qué lo trae por aquí?"

Él se alegró de su pregunta. "La señora Jardine me envió con una invitación. ¿Le gustaría cenar con nosotros esta noche?"

Jenny dudó solo por un instante. "Sí, me gustaría. Si voy a casarme con un hombre próspero y vivir en una casa bonita, necesito pulir mis modales".

"Eso está bien entonces", respondió Harris. Algo en su tono y mirada sugería decepción con su respuesta. "Vendré a buscarla alrededor de las siete".

"¿Siete? Eso casi es hora de dormir".

"La gente de calidad cena más tarde", le informó Harris. Con un tono agrio en su voz, añadió: "Más le vale acostumbrarse".

Después de que se fue, Jenny se apresuró a terminar tantas tareas como pudo para la señora Glendenning.

"Has sido un regalo del cielo para mí, Jenny", dijo la esposa del capitán con una sonrisa agradecida pero cansada. "Las tareas pueden esperar. Ahora mismo, voy a arreglar tu cabello para la noche. Puede que no lo creas, pero en el país antiguo, era bastante coqueta. Ahora, ¿qué tienes para ponerte esta noche?"

Jenny rebuscó en su baúl, que milagrosamente había permanecido seco a pesar del naufragio. Mientras sacaba cada pieza de su ajuar, comprado con oro enviado por Roderick Douglas, Maizie Glendenning reaccionaba con raptos de admiración.

"¡Mira el color! Solo siente el peso de esa tela".

Cuando Jenny desenterró la última prenda, su anfitriona se quedó sin palabras.

"Ahora mira eso", logró susurrar.

Con una sonrisa consciente, Jenny sostuvo su vestido de novia muy arrugado frente a ella. Era de seda, del color del brezo, confeccionado según la última moda. Por lo que Jenny recordaba, los vestidos de mujer caían rectos desde debajo del pecho, pero había visto imágenes de vestidos de estilo antiguo. Vestidos con cinturas estrechamente ajustadas y faldas amplias,

atrevidamente hermosos.

El estilo de su vestido de novia se remontaba a esas modas, con una banda ancha de cinta debajo del busto y una falda abullonada sostenida por un frufú de enaguas de encaje. Mientras acariciaba maravillada la fina y suave tela, Jenny luchaba contra el impulso de usar este vestido para su cena con los Jardine. Tenía varios otros vestidos buenos, adecuados para la ocasión, aunque ninguno tan elegante como este. Además, sentía un presentimiento supersticioso de llevar este vestido en particular antes del día de su boda. Había gastado el oro de Roderick en esta prenda especial. Le debía a él guardarlo para sus nupcias.

Aun así, cuando consideraba todo eso en equilibrio frente a la mirada en el rostro de Harris cuando la vio por primera vez en este trozo de seda de brezo, de alguna manera no pesaba tan fuerte como debería.

Reprimiendo su necio impulso, Jenny metió apresuradamente su vestido de novia de nuevo en el baúl. Con impulso forzado preguntó a Maizie Glendenning cómo deberían peinarle el cabello.

Cuando Harris llegó para acompañarla a casa de los Jardine, Jenny estaba segura de que había tragado una colonia de mariposas. Sus delicadas alas aleteaban urgentemente dentro de su estómago. Tuvo que apretar fuerte las manos para contener el temblor que amenazaba con apoderarse de ellas.

"¿Mira eso ahora?" El suspiro reverente en el aliento de Harris y la admiración que brillaba en sus ojos amenazaban con embriagar a Jenny.

No pudo evitar preguntarse cómo habría reaccionado él si hubiera llevado la seda.

"No quería que se avergonzara de estar conmigo", trató de sonar despreocupada, pero su voz salió aguda y sin aliento.

Con formalidad cortés, él le ofreció el brazo. "Cualquier hombre con sentido estaría orgulloso de acompañar a una dama tan elegante".

Jenny puso su mano en el hueco de su brazo. Su sonrisa recatada se transformó en una sonrisa burlona. "Así que me *estaba* prestando algo de atención cuando intentaba enseñarle modales".

"Sí, muchacha". Harris rio con ganas. "De vez en cuando. Pero no nos demoremos aquí mientras la comida se enfría. Los Jardine ponen una buena mesa".

Su comentario resultó cierto, pero para Jenny, la noche fue tanto un festín para el espíritu como para su apetito.

Mientras esperaban la cena en el salón, la señora Jardine comentó: "El señor Chisholm me ha dicho que admira las obras de Walter Scott, señorita Lennox".

"He leído solo tres", admitió Jenny, sin mencionar que Harris había leído la mayor parte. "Aunque me gustaron bastante. El señor Scott teje una buena historia".

La anfitriona asintió. "El señor Chisholm fue lo suficientemente amable como para prestarme su copia de *Ivanhoe*. La estoy disfrutando mucho".

Su esposo asintió. "Fue bastante afortunado que sus libros no se arruinaran en el naufragio, Chisholm. Ojalá pudiera decir lo mismo del resto de la carga del *St. Bride*".

Disfrutaron de una agradable comida juntos, acompañada del vino chispeante de una buena conversación. La discusión abarcó diversos temas, y gracias a sus lecciones con Harris, Jenny pudo participar. Después de la cena, la señora Jardine tocó el pianoforte. Cuando Harris les contó a sus anfitriones sobre el concierto improvisado en la cubierta de proa del *St. Bride*, insistieron en que Jenny los deleitara con una canción.

Mientras caminaban de regreso a casa de los Glendennings en el cálido crepúsculo de agosto, Jenny suspiró con una mezcla de satisfacción y anhelo. "Así es como siempre he soñado vivir. Todo tan cortés y elegante. La gente tan amable".

Harris redujo aún más su paso. Mientras un búho ululaba a lo lejos, levantó su mano izquierda y cubrió la de Jenny, que descansaba en su brazo derecho. La euforia de la noche barría todas sus dudas.

"Yo también me lo pasé genial, Jenny. Pero no fue por la comida, ni la vajilla de la señora Jardine, ni siquiera por la música. He cenado en Edimburgo y con los Robertson en Dalbeattie, pero nunca disfruté tanto como esta noche. Tenerla allí, eso lo hizo especial".

Ella se giró hacia él, tomando un pequeño respiro para hablar. Harris sabía lo que ella quería decir, pero no lo escucharía hasta que ella lo escuchara a él. Rápidamente, pero con infinita gentileza, posó sus dedos en los labios de ella. Sus sentidos se tambalearon al sentir su suave calor y la caricia ligera de su aliento.

"Discúlpeme más tarde", susurró. "Por ahora, déjeme decir lo que siento en mi corazón. Hace que cualquier momento del día o de la noche sea especial para mí, incluso si solo es leer un libro juntos o pasear por el bosque al atardecer".

Ella lo miró con ojos tan llenos de sueños. Harris apenas podía encontrar su voz para continuar.

Pero continuó, porque sabía que esta podría ser su mejor y única oportunidad. "Cosas así no cuestan nada. Es tenerla para compartirlos lo que hace que cada minuto de mi día brille, Jenny".

Su labio tembló bajo su toque y lágrimas cristalinas apagaron los sueños en sus ojos. ¿Era una buena señal o mala? Harris no estaba seguro. De cualquier manera, un gran nudo se le formó en la garganta. Incapaz de contenerse más, abrazó a Jenny y la sostuvo como si nunca pensara soltarla.

"¿Debe ir a Miramichi, Jenny? ¿Debe casarse con Roderick Douglas? ¿No podría quedarse aquí conmigo? El señor Jardine quiere que sea su gerente. Sé que empezariamos sin nada, pero juro que trabajaré duro y haré una buena vida para nosotros".

¿Le jugaba su imaginación una mala pasada o Jenny se estaba aferrando más a su abrazo? Apenas podía discernir las palabras que ella murmuraba.

"No debe decir esas cosas, Harris. No tienes idea de cuánto yo... no entiende. He dado mi palabra. Además, el señor Douglas pagó mi pasaje y mi ropa nueva. ¿Cómo podría devolverle eso?".

¿Eso era todo lo que estaba en su camino? Harris echó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír en una ráfaga de alivio. "Yo le devolvería eso, Jenny. Devolvería cada centavo que gastó el señor Douglas, suponiendo que quisiera cobrar un interés del cien por ciento".

Temiendo que su voz pudiera quebrarse, la bajó a un susurro ronco. "Y, aun así, lo consideraría el mejor trato que haya hecho en mi vida".

"Hay más que eso, Harris". Jenny trató de apartarse de su abrazo, pero solo débilmente. Él sintió que realmente no quería que la soltara.

Así que no lo hizo. "No se preocupe, muchacha. No le estoy pidiendo que decida esta noche. Solo quiero que lo piense un poco. Una vez que el *St. Bride* esté listo para zarpar de nuevo, puede darme su respuesta. Si elige casarse con Roderick Douglas, iré con usted a Miramichi como prometí, y no hablaremos más de esto".

El pensamiento le dió frío, incluso en el calor de una noche de mediados de verano.

Apoyando su mejilla en el cabello de Jenny, murmuró: "Le aviso de antemano, sin embargo. Voy a pasar cada momento despierto entre ahora y entonces tratando de inclinar la balanza a mi

favor".

Antes de que Jenny pudiera responder, Harris escuchó algo que crujía en el camino por delante y el rápido golpe de pies desnudos en el suelo. Un instante después, una pequeña forma se lanzó hacia ellos. En la creciente oscuridad, Harris no pudo distinguir los rasgos del niño.

"Allí estás, muchacho. ¿Quién eres y a dónde corres a estas horas de la noche?"

"¿Señor Chisholm?" el niño jadeó. "¿Señorita Lennox? Soy yo, John. Papá me envió a buscar a la abuela Girvan. El bebé está muy mal".

"Iré contigo a lo de Girvan, muchacho", dijo Harris. "No deberías estar solo a estas horas de la noche".

* * *

"Gracias, Harris", Jenny buscó su mano en la oscuridad y la apretó. "Voy a seguir hacia la casa de los Glendennings y ver si puedo ayudar".

Mientras Harris y el niño partían hacia el río, Jenny se encontró perversamente agradecida por esta distracción. La sensación de sus brazos alrededor de ella y el canto de sirena de su súplica habían sido casi una encantadora canción demasiado poderosa para resistir. Lo peor de todo era que no podía decidir con certeza si quería resistirlo.

Recordando al bebé enfermo de los Glendennings, se reprendió a sí misma por dar la bienvenida a la distracción. Es cierto que quería tiempo para recoger sus pensamientos, pero no a este precio. Obligándose a concentrarse en la situación actual, Jenny apresuró el paso por el sendero hacia la cabaña de los Glendennings.

Encontró el lugar en un caos.

Con los ojos llenos de pánico, la señora Glendenning sostenía al bebé mientras su diminuto cuerpo se sacudía en espasmos alarmantes. En medio de su ataque, el bebé parecía no tener aliento para llorar.

Los otros niños lo compensaban.

Desde sus camas en el altillo en un extremo de la cabaña, miraban hacia abajo, aullando angustiados por lo que estaba sucediendo abajo. El capitán Glendenning caminaba de un lado a otro impotentemente, con el rostro tenso de preocupación. La calma estoica con la que había enfrentado a los piratas y el naufragio lo había abandonado ante esta crisis doméstica.

"Todo estará bien, Maizie", trató de sonar convencida Jenny. "Harris ha ido con John a buscar a Grannie Girvan. Estarán aquí enseguida".

La señora Glendenning apenas pareció escucharla. Mirando ansiosamente al bebé convulsionando, habló por inercia. "No estaba peor que de costumbre, hoy. Luego, cuando fui a darle de comer después de la cena, estaba ardiendo".

Jenny había cuidado a sus hermanos menores durante varias fiebres y afecciones, pero nunca había visto algo así. Sería mejor dejar la medicina del niño en manos de la señora Girvan. Sin embargo, no podía quedarse sin hacer nada.

"¿Va a morir el bebé?", gritó Nellie desde el altillo.

Los otros niños. Era algo pequeño, pero valioso, calmarlos. Maizie podría recuperar el ánimo sin sus gemidos lastimeros en sus oídos. Y la señora Girvan seguramente trabajaría mejor sin la distracción de un alboroto. Dando una palmada alentadora en el brazo de la madre frenética, Jenny se movió hacia la escalera y comenzó a subir.

"Grannie Girvan está en camino", les dijo a los niños en voz suave y calmada. No pudo asegurarles que su hermano viviría, pues tenía serias dudas. "Ahora vuelvan aquí y acuéstense. Aquí está mi pañuelo para limpiarse los ojos, Nellie. Deben ayudar a su mamá siendo tan

silenciosos como ratoncitos. Si se callan, les contaré una historia para dormir. Las cosas seguramente se verán mejor por la mañana, ya verán".

Los niños, sollozando y limpiándose la nariz en las mangas de sus camisas de noche, se apartaron del borde del altillo y se agruparon alrededor de Jenny. Pensamientos ansiosos y sombríos apretaron su garganta, pero reprimió sus propios sentimientos para concentrarse en calmar a los pequeños.

"Qué buenos niños y niñas son". Alisó un mechón de cabello en uno, dio una palmada en el hombro a otro y sonrió con simpatía alentadora a un tercero.

Manteniendo su voz baja y reconfortante, comenzó a contarles una historia prestada de Walter Scott. "Érase una vez un valiente caballero llamado Wilfred de Ivanhoe. Ahora Ivanhoe estaba enamorado de la pupila de su padre, la bella dama Rowena, pero..."

La historia resultó ser una distracción potente para los niños, quienes parecían olvidar lo que sucedía en el resto de la casa. Incluso el sonido de la puerta abriéndose y la urgencia apagada de las voces debajo no lograron despertar su interés.

Mientras se concentraba en adormecer a los niños con su historia, Jenny mantenía un oído atento para escuchar qué sucedía. Escuchó a Maizie suspirar. "Al menos ahora está quieto".

La vieja señora Girvan chasqueó la lengua con un sonido de pesimismo vacío.

Desde el pie de la escalera, Jenny escuchó a Harris aconsejarle en voz baja al joven John: "¿Por qué no te vas a la cama, muchacho? Has hecho el trabajo de un hombre esta noche".

El sonido de su voz hizo que Jenny anhelara bajar por la escalera y lanzarse a los brazos de Harris. De repente consciente de las expectantes miradas de los niños, aclaró su garganta y continuó con la historia. Cuando John se unió a ellos, sus hermanos y hermanas permitieron que Jenny comenzara de nuevo para su beneficio.

Ninguno de ellos logró mantenerse despierto hasta el final del cuento. Jenny estaba ronca y rígida cuando el último se quedó dormido. Todavía captó el sonido de voces susurrantes y movimientos leves debajo. Mientras hubiera actividad, seguramente debía haber esperanza.

Un rato después, el hipar de un sollozo la despertó de un leve sueño. Escuchó la voz cansada de la señora Girvan. "Lo siento, muchacha. No pude hacer nada por el pobre chiquillo. Descansa ahora. Los otros niños te necesitarán".

Jenny tembló. Incluso un intervalo decente para llorar era un lujo en esta tierra implacable.

"Lamento tu pérdida, Angus", dijo Harris. Jenny no se había dado cuenta de que él aún estaba allí. "¿Hay algo que pueda hacer?"

"No hay nada que hacer ahora más que construir un ataúd y cavar una tumba" replicó el capitán con voz firme y ronca. "¿Puedes acompañar a la señora Girvan a casa, Harris? si eres tan bueno. Gracias por su ayuda esta noche".

"Ojalá hubiera podido hacer más. Estaré por la mañana con un poco de leña del Patio".

Después de unos pasos silenciosos, la puerta de la cabaña se abrió y cerró.

El capitán Glendenning carraspeó.

Jenny deseaba estar dormida. O a mil millas de distancia.

"No te preocupes, Maizie, querida. Habrá otros."

La respuesta fue un sonido tranquilo, algo parecido a una risita, pero completamente carente de alegría. Sonó más como un rasguño mordiendo contra un nudo de madera dura.

"No esperes que me consuele con eso, Angus. Nunca quise a éste".

"Bueno, bueno, querida. No lo dices en serio. Estás agotada".

"Sí, lo estoy, pero lo digo de todas formas". Maizie Glendenning sollozó ruidosamente. "Es indecente que una madre no llore a su hijo. Todo lo que puedo pensar es en lo contenta que estoy

de librarme de su griterío desde el mediodía hasta la noche".

El capitán no respondió durante un rato. Luego dijo, "No podré dormir. Iré a hacer el cajón".

"Hazlo. Y mientras lo haces, haz otro para mí. Envidio el descanso de los muertos".

Con el estómago revuelto, Jenny miró alrededor para asegurarse de que todos los niños estuvieran dormidos y no hubieran escuchado. El capitán Glendenning podría ignorar las palabras de su esposa bajo el pretexto de su agotamiento y dolor. Los niños podrían no entender.

O tal vez entenderían demasiado bien.

De la forma en que Jenny de catorce años había entendido el susurro moribundo de su madre. *"No te preocupes por mí, Jenny. Estaré feliz de descansar. Sal de aquí en cuanto tengas la oportunidad, querida. Pero asegúrate de casarte bien, o no lo hagas en absoluto"*.

Mirando hacia atrás, Jenny podía imaginar a su madre a su edad. Con ojos soñadores porque Alec Lennox había pedido permiso para acompañarla a casa desde la iglesia. Llena de ensueños románticos sobre la vida que podrían compartir. Había visto un atisbo de eso en Maizie Glendenning esa misma tarde cuando había exclamado sobre los vestidos y había trenzado el cabello de Jenny. En algún momento, Maizie se había arreglado y embellecido para una visita de un marinero guapo y rudo, había sentido cómo su corazón latía más rápido y sus rodillas se debilitaban como gelatina.

¿Y en qué terminó todo eso?

El cansancio volvió a vencer a Jenny y por un tiempo durmió. Los niños empezaron a moverse cuando el gallo cantó.

"No escuché el final de tu historia, Jenny".

"¿El bebé va a mejorar?"

Jenny bostezó y se estiró para deshacer sus nudos. Era mejor que los niños escucharan las noticias de sus padres. "Shh, ahora. Supongo que tu madre está dormida y necesita descansar. Veamos quién puede vestirse más silenciosamente y salir de la casa sin hacer ruido. Si no hacen ruido, prometo cocinarles un poco de gachas y terminar de contarles lo que le pasó a Ivanhoe".

Su oferta resultó ser un poderoso incentivo, pues los niños se pusieron la ropa y se escaparon de la cabaña apenas haciendo ruido. Maizie finalmente se había acostado. A pesar de las palabras amargas que Jenny había escuchado a su madre decir en la noche, ella había llevado al bebé consigo, acunando la pequeña y quieta forma en sus brazos. La vista le provocó un extraño dolor en el estómago a Jenny.

No había señales del capitán Glendenning afuera, pero desde el bosque Jenny podía oír el sombrío sonido de una plancha alisando la madera. Mientras preparaba el desayuno de los niños y terminaba la historia de Ivanhoe para ellos, sus pensamientos se agitaban.

Después de lo que había pasado anoche, no cabía duda de que no podía quedarse en Richibucto y compartir el destino de la señora Glendenning y su madre. Sin embargo, recordaba la sensación mágica de los brazos de Harris a su alrededor y la fuerza convincente de sus palabras. ¿Podía arriesgarse a quedarse otro mes aquí? ¿Era su determinación lo suficientemente fuerte como para resistir sus sutiles halagos día tras día, incluso cuando sabía que él estaba lanzando un hechizo que la mantendría cautiva y, en última instancia, les traería a ambos nada más que desilusión y desamor?

"Así que Sir Wilfred recuperó el favor de su padre y se casó con la Dama Rowena y vivieron felices para siempre", concluyó apresuradamente. "John, ¿sabes qué tan lejos está Miramichi, por tierra?"

"Pero ¿qué pasó con Rebecca?" demandaron los otros niños.

"Oh, ella dejó el país con su padre". Al ver que esto no satisfacía a su audiencia, Jenny añadió su propio epílogo a la historia. "Después se casó con un rico comerciante de su propia fe y vivió como una reina".

"¿Miramichi?" repitió John, como si su pregunta acabara de registrarse en él. "He escuchado a papá decir que está a cuarenta millas o más. Tomas el camino a Aldouane y sigues desde allí. Nadie va mucho por tierra, señorita Lennox. Es mucho más rápido en barco".

"Ya veo", dijo Jenny. "Gracias por decírmelo".

Cuarenta millas. Después de las cientos y cientos que ya había recorrido, parecía una distancia tan insignificante. Solo el doble del camino de Dalbeattie a Kirkcudbright, y ella había caminado eso antes en menos de un día. Si necesitaba hospedarse en una posada o en una casa en el camino, no importaba. Aún le quedaban varias monedas del dinero que Roderick Douglas le había enviado.

Enviando a los niños a recoger más bayas, Jenny marchó decididamente al cobertizo donde estaba su baúl. Rápidamente se cambió a un vestido sencillo y práctico, y se puso un par de zapatos robustos. Cuando el *St. Bride* finalmente alzara anclas hacia Miramichi, seguramente el capitán Glendenning pensaría en traer su baúl. Los únicos artículos que realmente necesitaba llevar eran su vestido de novia y zapatillas y su dinero.

Asegurando el primero en un paquete gordo pero ligero, metió las monedas en el bolsillo de su delantal y se puso su sombrero. Esperaba que Harris no se molestara demasiado cuando se enterara de que se había ido. Con un remordimiento de culpa, recordó la dolorosa historia del abandono de su padre por parte de su madre.

¿Cómo podría hacerle entender? Estaba haciendo esto tanto por la felicidad futura de él como por la suya.

Capítulo Nueve

Harris no extrañó a Jenny hasta la tarde de ese día, cuando los Glendenning y sus vecinos se reunieron en Kirk Point para enterrar al bebé. Mientras el ministro entonaba las palabras familiares del servicio, Harris escudriñaba la pequeña multitud en busca de cualquier señal de ella. Para cuando llegaron al momento de la sepultura, su pánico había alcanzado un punto insoportable.

"De la tierra venimos y a la tierra vamos. Polvo somos y en polvo nos convertiremos".

Mientras las mujeres de la comunidad rodeaban a la Sra. Glendenning, Harris se acercó al capitán. "Angus, ¿Miss Lennox regresó a tu casa anoche? Cuando encontramos a John en el camino, ella me dijo que fuera con él. Dijo que ella iría sola. Nunca debí haberla dejado sola en el bosque a esa hora de la..."

El capitán Glendenning detuvo su desenfrenada avalancha de palabras. "No te preocupes. Ella llegó un rato antes que tú y John regresaran con Grannie Girvan. Es una muchacha capaz, esa. No había nada que pudiéramos hacer por el pequeño Donald, pero ella subió al desván y calmó a los otros niños, y eso valió mucho".

El alivio inicial de Harris se convirtió en preocupación nuevamente cuando miró a la multitud por última vez. "¿Sabes dónde ha ido? ¿La has visto hoy en absoluto?"

El capitán pensó por un momento. Luego comenzó a sacudir la cabeza lentamente. "Mi mente estaba fija en otras cosas, no me di cuenta. Ahora que lo mencionas, no he visto ni rastro de ella desde anoche. Tal vez deberías preguntarle a los niños".

Esas palabras siguieron a Harris, quien ya había decidido seguir ese mismo curso de acción. Acercándose al grupo de figuras tristes y pequeñas, se arrodilló ante ellos. "Lo siento por su pequeño hermano. Fueron buenos niños y niñas anoche cuando su mamá y papá necesitaban que el lugar estuviera tranquilo".

Al tomar su próximo aliento para preguntar por Jenny, la niña mayor intervino, "Lloramos al principio porque teníamos miedo, pero Miss Lennox vino y nos contó una historia maravillosa".

"Sí, fue bueno de su parte". Harris no pudo evitar sonreír a los niños. Podía imaginar a Jenny y a él con una prole inteligente y dispuesta como esa. "¿Ella todavía estaba allí cuando se despertaron esta mañana?"

Los niños asintieron con varios grados de energía.

"Ella nos hizo avena," balbuceó el más pequeño.

"Y terminó de contar la historia de Ivanhoe," dijo John. "Luego nos mandó a recoger bayas".

"Después de un rato," agregó el niño menor, cuyo nombre eludía a Harris, "Papá vino y nos dijo que el bebé se había ido al cielo. Luego tuvimos que irnos a casa y vestirnos para la iglesia".

"¿Vieron a Miss Lennox después de que llegaron a casa?"

Los cuatro intercambiaron miradas cautelosas entre sí.

"No puedo recordar," dijo John.

"Ella se había ido," declaró el más joven en un tono que no admitía discusión.

"Sí," estuvieron de acuerdo los otros. "Ella no estaba por allí entonces".

"¿Dijo algo antes de irse, sobre dónde podría estar yendo?"

Los chicos negaron con la cabeza, pero Nellie exclamó, "Sí, lo hizo. ¿No te acuerdas, John?"

Justo cuando estaba terminando la historia, te preguntó a qué distancia estaba y cómo llegar a Miramichi".

Miramichi. La palabra envió un escalofrío por el cuerpo de Harris.

"Sí. Así lo hizo". Quizás alarmado por la expresión en el rostro de Harris, el niño se apresuró a agregar, "Le dije que era un largo camino y que nadie nunca lo caminaba si podían navegar en su lugar".

Harris se levantó, dando al ansioso muchacho una palmada masculina en el hombro. "Aprecio que le hayas dicho eso, John. Puedes aprender desde joven, sin embargo: una mujer que ha tomado una decisión no se dejará influir por la mejor advertencia del mundo".

El chico se relajó visiblemente ante el tono bromista de su comentario.

Un resorte se tensó dentro de Harris.

"Gracias por decirme lo que sabes". Asintió a los niños. "Voy a encontrar a Miss Lennox para ver si puedo traerla de vuelta y que pueda contarles más historias".

Intentó mantener la urgencia fuera de su paso hasta que estuvo fuera de su vista. No tenía sentido asustarlos o hacerlos sentir responsables de la desaparición de Jenny.

"Robert." Harris se puso al lado del constructor naval. "¿Puedo tomar prestado algunos suministros? Jenny se ha ido y temo que pueda haberse dirigido a Miramichi por tierra".

"Toma lo que necesites, Harris". Robert Jardine observó el arco descendente del sol. "Pero apúrate. Si ella tiene alguna ventaja sobre ti, podría caminar bastante el primer día. Eso no es un buen viaje para una mujer, especialmente una sola. La mayoría de los indios por aquí son pacíficos, pero hay algunos que no me gustaría encontrarme solo en el bosque. Eso también va para algunos de los colonos y marineros. Hay ríos que cruzar, seis al menos y animales salvajes".

Harris avanzó rápidamente, impulsado por esas advertencias sombrías. Mientras reunía una manta, un cuchillo, una piedra de sílex, alambre, una bolsa de agua y un poco de comida, trató de adivinar qué había hecho que Jenny se marchara.

¿Habían sido las cosas que le había dicho anoche? ¿Había hecho que su ardor no deseado hiciera que Jenny dejara la ciudad? No podía pensar en ninguna otra razón, aunque parte de él protestaba que ella parecía estar mucho más asustada de sus propios sentimientos que de los suyos. En cualquier caso, ella había tomado su decisión. Quería a Roderick Douglas como esposo, lo deseaba con tanta intensidad y seguridad que había estado dispuesta a enfrentar un viaje de cuarenta millas sola para llegar a él más pronto.

Harris siempre había jurado que nunca se haría el tonto por una mujer, pero con Jenny no podía evitarlo. Una y otra vez ella lo había rechazado y aún así había vuelto por más. ¿Eso lo convertía en un tonto a sus ojos? Probablemente. ¿Se vería aún más tonto siguiéndola hasta Miramichi? Sin duda.

Nada de eso importaba.

Nunca podría vivir consigo mismo si algo le pasaba a ella. Además, había dado su palabra de que la llevaría a salvo a Miramichi y pensaba cumplir su promesa.

Aunque eso le rompiera el corazón.

* * *

Sudorosa y dolorida de pies, Jenny se preguntaba si era su imaginación o si el camino se estaba estrechando y llenando más de maleza con cada milla que avanzaba. La avena que había compartido con los niños en el desayuno estaba muy lejos y su vientre se sentía dolorosamente vacío. Quizás debería haberse detenido en esa pequeña tienda en Richibucto y haberse comprado algunas provisiones. No quería correr el riesgo de encontrarse con Harris, por si acaso él pudiera

persuadirla de no salir de la ciudad.

Una ola de alivio la inundó cuando dobló una curva y entró en un claro en el bosque. Una cabaña incluso más pequeña que la de los Glendenning se erguía en medio de un lote parcialmente despejado. Redes de pesca colgaban detrás de la casa, esperando ser reparadas. En la orilla de un arroyo estrecho, una canoa volcada estaba varada. Dos niños descalzos jugueteaban entre los troncos de árboles. Media docena de gallinas picoteaban la tierra compacta frente a la puerta de la cabaña. Una delgada columna de humo se elevaba desde un agujero en el techo.

A Jenny se le hizo agua la boca ante el aroma sabroso de la grasa de cerdo frita.

"Hola," llamó suavemente a los niños.

Corrieron hacia la puerta abierta de la cabaña, chillando. "¡Mamá! ¡Mamá!"

Mientras Jenny se acercaba a la casita, una chica aproximadamente de su misma edad apareció en la puerta. Llevaba a un bebé en brazos. Otro estaba por hacer su aparición pronto, si Jenny interpretaba correctamente el bulto bajo el delantal de la joven. Los niños que estaban jugando en el claro ahora miraban desde detrás de las faldas de su madre. Miedo y curiosidad titilaban en sus redondos y oscuros ojos.

La mujer también observó a Jenny con recelo. "*¿Qu'est-ce que vous?*" preguntó. "*¿Qu'est-ce que vous désire?*"

Jenny encogió los hombros. "¿Perdón? ¿Es eso francés lo que está hablando?"

"*¿D'où arrivez-vous?*" demandó la mujer.

"Soy Jenny Lennox." Jenny se señaló a sí misma. "Si eso es lo que quieres saber. Estoy en camino al Miramichi..."

"¿Miramichi?" repitió la mujer. "*¿Vous allez à Miramichi?*"

Jenny esbozó una sonrisa.

"Sí." Asintió. "Estoy en camino allí para casarme." Se señaló el cuarto dedo de su mano izquierda.

"¡Ah, le mari!" La mujer asintió.

"¿Entiendes!" Jenny exclamó. "Casarme en Miramichi."

Señaló en varias direcciones. "¿Por dónde es? ¿Cómo llego allí, a Miramichi?"

"*Miramichi, c'est ça.*" La mujer señaló hacia el bosque al otro lado del arroyo. Jenny pudo distinguir una estrecha brecha en los arbustos. ¿Esa era la carretera?

"Gracias." Jenny asintió con la cabeza. Dio solo unos pasos hacia el camino cuando su estómago gruñó lastimosamente.

Se giró de nuevo. "No he comido desde temprano esta mañana."

Frotándose el vientre, Jenny esperaba que la mujer entendiera que tenía hambre y no pensara que estaba embarazada. "¿Podrías darme un bocado de lo que estás cocinando?" Inhaló apreciativamente. "Huele muy bien."

"*Restez ici.*" La mujer levantó la mano.

"¿*Restez?* Descanse." Jenny se tradujo para sí misma. "Quédese donde está."

La mujer y sus hijos se retiraron a la cabaña, pero ella regresó un momento después, sin el bebé. Sostenía dos bolitas doradas que cabían cómodamente en las palmas de Jenny. Estaban aún calientes.

Jenny transfirió la comida toda a su mano izquierda. Con la derecha, buscó en el bolsillo de su delantal una de sus monedas.

La mujer miró el dinero y a Jenny más desconfiadamente que nunca. Negó con la cabeza. "*Allez.*" Hizo un gesto para que Jenny continuara su camino.

"Gracias." Guardando el dinero y la comida en su bolsillo, Jenny recogió el paquete que contenía su vestido de bodas.

"Ha sido muy amable." Saludó de vuelta sobre su hombro. Casi no podía esperar para salir de la vista de la cabaña y devorar la comida que le habían dado.

Quitándose los zapatos y levantando sus faldas, cruzó el arroyo con facilidad. A juzgar por la altura de sus orillas, el nivel del agua estaba bajo después de un verano seco. Jenny se adentró en el bosque y siguió el camino por unos cientos de metros. Luego se sentó bajo un alto arce y se preparó para comer.

Se parecían algo a los huevos escoceses, este bocado inesperado. Preparada para la textura y el sabor de la carne de salchicha y los huevos duros, Jenny soltó un leve chillido de sorpresa al darle un mordisco. Debajo de la corteza frita y crujiente había una capa suave de papa, que encerraba un núcleo de bacalao salado.

Jenny nunca había probado algo tan delicioso.

Sus prudentes planes de guardar la segunda bolita para el desayuno del día siguiente se evaporaron. La atacó vorazmente, gimiendo de contenta una vez que estuvo segura en su vientre.

Por un tiempo más, se quedó allí, escuchando las risas de los niños resonando desde el claro detrás de ella. Consideró regresar y pedir alojamiento por una noche. Su desconocimiento del idioma haría eso difícil y la mujer no había parecido impresionada de que pudiera pagar. Sería mejor seguir adelante y estar más cerca de Miramichi al caer la noche.

La comida caliente en su estómago reavivó la fuerza y el espíritu de Jenny. Poniéndose los zapatos, luchó para ponerse de pie y levantó su bulto de pertenencias. Luego se encaminó por el estrecho sendero, que parecía estar subiendo una suave pendiente.

¿Eran los únicos colonos en esta área franceses? se preguntó mientras caminaba. ¿Y podría llegar a la próxima casa en el camino antes de que cayera la noche?

* * *

"¿Ha visto pasar a una señora? Lleva un gorro con cintas azules y lleva..." Al ver la pregunta en los ojos de la anciana, Harris cambió al francés oxidado que su abuelo le había hecho aprender en honor a la "Alianza Auld". "*Avez-vous vu une femme... avec un chapeau bleu... et un...*"

Mientras buscaba en su memoria una palabra que significara paquete o fardo, la mujer señaló hacia delante. "*Oui. La fille, elle est allée sur le chemin.*"

¡Gracias a Dios! "¡*Merci, merci!*" exclamó Harris, en lo que sabía que debía ser un acento espantoso."¿*Quand?*" preguntó. ¿*Cuando?*

La mujer reflexionó un momento sobre la pregunta. O tal vez estaba pensando en cómo decírselo con palabras sencillas que él pudiera entender.

"*Peut-être, deux heures?*" dijo al fin, levantando dos dedos para dejar claro lo que quería decir."L'*après-midi, tard*", añadió. A *última hora de la tarde*.

Harris suspiró. Había cerrado la brecha entre él y Jenny a solo dos horas. ¿Podría alcanzarla antes de que se pusiera el sol?

"*Merci encore, madame*".Le hizo una rápida reverencia a la mujer.

Había dado varias zancadas largas por el camino antes de que su pregunta lo detuviera. "*La fille, dû-va-t-elle?*"

"Miramichi" le devolvió, incapaz de ocultar la preocupación en su voz. "Se dirige a Miramichi."

"Miramichi, ¿*un pied?*"¿ *Caminando?* La mujer sonaba horrorizada. "*Pero este no es el camino. Nadie vive en la carretera después de Louis Vautour.*"

"Es por eso que necesito encontrarla". Harris no se molestó en traducir. Estaba seguro de que la mujer entendería lo que quería decir. A juzgar por la forma en que se había estrechado el camino, ya había llegado a la conclusión de que pronto desaparecería por completo. Quienquiera que fuera Louis Vautour, Harris esperaba que Jenny tuviera el suficiente sentido común como para detenerse allí y pedir refugio antes de que la oscuridad la alcanzara.

Ojalá pudiera estar seguro. Nunca había conocido a una mujer tan decidida, no, tan testaruda como Jenny Lennox. Ya fuera cruzando el océano, sobreviviendo a un naufragio o aprendiendo a leer, ella perseguía lo que quería con una singularidad de propósito que él no podía dejar de admirar. Por mucho que a veces le exasperara.

Como ahora lo exasperaba.

Había decidido casarse con Roderick Douglas y nada se interpondría en su camino, y mucho menos su corazón, que tal vez había empezado a anhelar en otra dirección.

* * *

¿Cuánto más falta?

Jenny se detuvo, con su ligado pero torpe bulto cayendo desapercibido de su mano. El sol de la tarde de verano declinaba en un horizonte que no podía ver por la densidad de los árboles. Las sombras alargadas dificultaban más que nunca distinguir el camino. ¿Quizás se había desviado de él ya?

El bacalao salado le había dado sed, pero no había encontrado otro arroyo o riachuelo desde que había comido. Lo cual podría explicar la ausencia de asentamientos, razonó Jenny, sofocando el aleteo de pánico dentro de ella. La gente necesitaba una fuente de agua fresca para beber, lavarse y para su ganado.

Se quedó quieta, con los ojos cerrados, extendiendo sus otros sentidos en busca de cualquier señal de actividad humana: el ligero olor a humo de leña o comida cocinándose, el ladrido de un perro o el balido de ovejas. Todo lo que escuchaba por encima del ritmo rápido de su corazón y el siseo superficial de su respiración era el chisporroteo cercano de una ardilla. Todo lo que olía era el aroma penetrante de las agujas secas de pino. Por todo lo que sabía, podría no haber otra alma viviente por millas en cualquier dirección.

De repente, a Jenny le golpeó la realidad de que estaba sola. Nunca se había sentido tan solitaria como en estas vastas millas de bosque vacío. Nunca se había sentido tan pequeña como en la sombra de estos altos árboles.

Nunca se había sentido tan ajena como en esta tierra salvaje y agreste.

Luchando por sofocar un sollozo que luchaba por escapar, apretó los labios con determinación, recogió su paquete caído y siguió adelante. No importaba lo desalentador, no tenía otra opción que seguir avanzando. Retroceder no era una opción, aunque susurraba seductoramente en sus pensamientos. De alguna manera, presentía que al regresar a Richibucto y enfrentarse a otro mes con Harris, podría desencadenar fuerzas más poderosas que la pura fuerza de la naturaleza que actualmente se le oponía.

Poniendo tercamente un pie delante del otro, maldijo entre dientes mientras las ramas colgantes le golpeaban la cara y las raíces de los árboles se extendían hacia ella. Siguió caminando, con los ojos entrecerrados para seguir el sendero mal marcado. Sus ánimos se elevaron por un instante cuando vio un trozo de tela atrapado en una zarza más adelante.

Podría ser una señal de que se acercaba a otro asentamiento. Si nada más, significaba que aún estaba en el camino.

A la luz moribunda del día, miró los hilos. Un rastro de pánico se apretó alrededor de su

garganta cuando Jenny reconoció el color. Buscando confirmación pero rezando para que fuera un error, bajó la mano y palpó el borde de su falda.

Ahí estaba, un pequeño trozo de tela arrancado cuando se había enganchado su vestido en estas mismas zarzas hace al menos un cuarto de hora.

El pensamiento de que había seguido adelante durante tanto tiempo sin acercarse un ápice a Miramichi llevó a Jenny de rodillas. Había caminado durante todo un día con poco en el estómago, después de una noche casi sin dormir. Ahora su cuerpo le dolía de agotamiento y su cabeza giraba de somnolencia a la que no se atrevía a sucumbir.

Apretando los puños, alzó el rostro hacia el cielo oscurecido.

"¡Maldito seas, Harris Chisholm!" gritó desafiante, a pleno pulmón.

El arrebato alivió algo sus sentimientos.

Maldito Harris Chisholm, en efecto. Todo era culpa suya. Si solo hubiera mantenido su distancia en lugar de hacerla dudar donde más necesitaba estar segura. Haciéndola sentir cosas que no se podía permitir sentir.

¿Qué elección le había dejado sino huir?

"No", corrigió Jenny en voz alta, solo por el momento de confort momentáneo de escuchar una voz humana. "No estoy huyendo de Harris. Voy a Roderick Douglas."

Al captar la nota de incertidumbre en su voz, Jenny se soltó con la maldición más horrible que había escuchado, mucho menos pronunciado. ¿Y por qué no? No había un alma en millas a la redonda que se escandalizara con su vocabulario profano. Su padre podría haberle lavado la boca con jabón, pero estaba a miles de millas de distancia. Incluso su Dios del Antiguo Testamento parecía estar lejos de este bosque primigenio.

Jenny luchó contra su agotamiento, tratando de decidir si era mejor seguir adelante o pasar la noche donde estaba. Entonces escuchó un ruido.

Era una combinación de sonidos que le hacía erizar el vello y su mente fatigada buscaba desesperadamente escapar o un lugar seguro para esconderse. Ramas secas se rompieron y agujas de pino crujieron bajo el pesado avance de algún animal grande. ¿Un lobo? ¿Un oso? A medida que se acercaba, Jenny también podía distinguir el rápido siseo de la respiración.

Con un chirrido agudo de terror, se escondió detrás del ancho tronco de un pino antiguo. Luego se giró y corrió ciegamente hacia la noche. Chocó con otro árbol y retrocedió por un instante, aturdida. Un susurro de razón le dijo que sería más seguro acurrucarse en algún lugar y quedarse quieta, rezando para que la bestia pudiera pasarla por alto en la oscuridad.

Dejando de lado la fría razón, Jenny se levantó y siguió corriendo, impulsada por los sonidos de persecución que se acercaban. Se decía que los depredadores salvajes tenían poderes extraños de visión nocturna, sin mencionar oídos agudos y una habilidad feral para oler a su presa. Eso no importaba a Jenny. Simplemente no podía obligarse a detenerse y enfrentar el peligro. Que la alcanzara en la carrera. Al menos así podría tener una oportunidad.

Al menos moriría con la esperanza de escapar en su corazón.

Desde detrás de ella, más cerca que nunca, escuchó un golpe sordo y un gruñido profundo de dolor. Le dio a su energía menguante un impulso. Sus piernas bombeaban más rápido.

Luego Jenny sintió que el suelo se abría bajo su pie derecho. Se tambaleó hacia adelante, cayendo sobre una cama de musgo. Sus reservas miserables de aliento salieron precipitadamente de su cuerpo. Su corazón golpeaba en su pecho y cada partícula de su carne latía en vano con un frenesí de huida.

Mientras gemía en los primeros jadeos dolorosos de aire, el persecutor la alcanzó. Sintió el peso muscular caer sobre ella, expulsando el aire de sus pulmones de nuevo. Su aliento

hambriento le abrasó el cuello. En cualquier segundo sus colmillos cerrarían en su garganta.
Y ella moriría.

Capítulo Diez

Sintiendo a Jenny retorcerse debajo de él, Harris se derrumbó sobre ella, inhalando el aire nocturno en grandes bocanadas jadeantes. Cada inhalación de aire le rasgaba el pecho como una cuchilla sin filo. En su loca persecución ciega a través del bosque, había sido golpeado hasta quedar hecho un trapo. Podía sentir su carne magullándose y sus músculos sobrecargados palpar protestando.

Pero había encontrado a Jenny y eso era todo lo que importaba.

Tan pronto como pudo reunir energías, se apartó de ella jadeando. "No se preocupe. Soy yo."

"¿H-Harris?" Su nombre salió de ella, seguido de un acceso frenético de sollozos.

Él buscó en la oscuridad, atrayéndola hacia él. "Bueno, bueno. Todo estará bien ahora, niña. Está segura conmigo."

Apenas logró decir las palabras cuando ella se lanzó a sus labios. Plantando su boca en la suya, lo asaltó con abandono temerario. Harris no tuvo oportunidad de disfrutar de este extraño y violento beso. Porque en el siguiente latido galopante de sus corazones, ella se soltó de su abrazo y le dio un golpe en los oídos.

Aturdido por el repentino cambio, levantó las manos para protegerse. Su furia contenida estalló en llamas abiertas. Agarrando sus delgadas muñecas con una mano, la sacudió hasta que casi podía escuchar sus dientes castañetear.

"¡Basta ya, mujer! Recupere el juicio, ahora mismo."

"¡Usted miserable patán!" Ella luchaba por liberarse de su agarre, sin duda ansiosa por montar otro asalto. "¿Cómo se atreves a asustarme de esa manera? ¿No podría haber llamado en lugar de cargar a través del matorral como una bestia salvaje?"

"¿Me habría respondido si la hubiera llamado?" le gritó de vuelta.

"¿Está loco? Por supuesto que sí."

"¿Sí? Bueno, no tenía forma de saberlo. No después de que se escapó del pueblo esta mañana sin decir ni una palabra. Por lo que sabía, podrías haber guardado silencio y esconderse. Entonces nunca la habría encontrado en la oscuridad."

Jenny no tenía una réplica maliciosa para eso. Al menos, no por un momento. Cuando finalmente respondió, sonaba como si su ira hubiera disminuido... algo.

"Si le hubiera dicho adónde iba, habría intentado detenerme."

"Sí, detenerla de la locura de adentrarse en la naturaleza sin nada de provisiones."

"Traje dinero", replicó Jenny. "Y mi vestido de bodas", agregó con un tono menos seguro.

"¿Esperaba que los peces saltaran de los arroyos y se cocinaran solos por un penique?" El alivio de encontrarla con vida atrapó a Harris. A pesar de sí mismo, comenzó a reír. "¿O planeaba comerse su vestido?"

"Pensé que habría posadas", habló como si la falta fuera culpa suya. "Pensé que habría casas y gente. Pensé que estaría caminando en un camino. He visto mejores senderos para vacas en casa."

"Sí, yo también." Una última risa se extinguió en su garganta. "Pero esto no es como en casa donde puede caminar cuarenta millas en un día o dos y recostar la cabeza por la noche en una posada decente." Buscó la mochila colgada de su hombro. "¿Quiere beber algo?"

"Sí." Sonaba apaciguada, quizás incluso arrepentida.

Destapó la jarra de agua y se la pasó. "Con calma. No tengo mucha. Espero que nos dure hasta que volvamos al pequeño arroyo de Vautour."

Los sonidos de beber ansiosamente cesaron abruptamente. "¿Qué quiere decir?"

"No podemos volver ahora." Después de la persecución que habían pasado, ¿no debería ser eso obvio? "Tendremos que quedarnos aquí por ahora e intentar seguir nuestra ruta tan pronto como aclare."

"Seguir *su* ruta, quiere decir. No voy a volver a Richibucto, Harris. Cuando salga el sol, seguiré adelante hacia el Miramichi."

Esto lo dejó más atónito que su violento beso.

"¿Está loca, mujer? ¿No aprendió nada de lo que pasó esta noche? Podrías perderse y nunca salir de estos bosques. Podría morir de hambre o sed. Ahogarse tratando de cruzar un arroyo." Las posibilidades de desastre eran tantas y tan obvias que Harris no podía sacar las palabras lo suficientemente rápido.

"Además de todo lo demás", Jenny lo interrumpió, "me hizo soltar mi paquete. Espero poder encontrarlo por la mañana, pero habría sido un buen almohadón para esta noche."

La boca de Harris siguió moviéndose, pero no salieron más palabras.

Jenny se *había* vuelto loca. No había otra explicación. Hablar tranquilamente sobre almohadas y atuendos de bodas. Insistiendo en que seguiría hacia el Miramichi cuando cualquier tonto podía ver lo peligrosamente absurda que era esa idea. Su aterradora persecución por el bosque claramente había trastornado su mente.

Luchando contra su indignación, Harris intentó mantener un tono neutral y calmante. La niña probablemente estaba agotada. Habría recuperado el juicio para la mañana.

"Ninguno de los dos se moverá esta noche, Jenny." Seguramente no podría discutir eso. "Voy a descansar contra el tronco de este árbol. Puede recostar la cabeza en mi hombro si quiere. Puede que no sea tan suave como su vestido de bodas, pero si está tan cansada como yo, no lo notará."

Bostezó profundamente. "Supongo que no hará daño alguno."

Harris la escuchó acercarse. Ella bostezó de nuevo y él también lo hizo.

"Por esta noche", agregó en un murmullo adormecido.

Jenny apenas se había acomodado cuando Harris escuchó su respiración calmarse en el ritmo lento y regular del sueño.

Trató de relajarse para poder quedarse dormido también. Pero algo lo mantuvo despierto. Tal vez fueron sus instintos protectores que se activaban ante cada susurro del bosque, anticipando el peligro. Tal vez fue la preocupación por Jenny que había llevado consigo todo el día, como un segundo equipaje. O tal vez fue el calor de su cabeza descansando tan confiadamente contra su hombro y el ligero aroma de ella. Provocaban sentimientos que ya no podía permitirse tener.

Harris miró al cielo nocturno, un pequeño parche visible a través de las hojas sobre él. Luminosa y casi llena, la luna le devolvió la mirada con sus delicadas y femeninas características. Podría tan bien anhelar la luna como a Jenny Lennox. Desde el principio, ella le había advertido que pertenecía a otro hombre. Un hombre con mucho más que ofrecer que sueños y ambiciones y un corazón que dolía hasta reventar de deseo reprimido por ella.

De repente, Harris estaba cansado de ese dolor, cansado de pasar de la esperanza febril a las dudas, a la desesperación. La mujer era como una enfermedad con él.

Apenas se creía curado cuando sufría una recaída de melancolía amorosa. Solo podía pensar en un remedio: purgar a Jenny por completo de su corazón. Harris se encogió ante la idea. En los

últimos dos meses, ella se había convertido en parte de él. Cortarla de su vida sería tan difícil y doloroso como amputar una de sus extremidades.

A veces, el curso drástico de la amputación era la única manera de salvar la vida del paciente. A regañadientes, Harris reconoció que cuanto antes Jenny llegara al Miramichi y saliera de su vida, mejor sería para él.

* * *

A Jenny le tomó un momento recordar dónde estaba cuando el canto al amanecer de los pájaros del bosque la despertó a la mañana siguiente. Los recuerdos inundaron su mente. Su creciente inquietud al no encontrar más asentamientos. La futilidad al darse cuenta de que había estado dando vueltas en círculos. El pánico ciego de la persecución.

Luego descubrir que solo era Harris y poder entregarse a su cansancio. Segura en el simple hecho de su presencia. No porque fuera a enfrentar a animales salvajes con sus propias manos, o la llevara de vuelta a la civilización sin fallar, aunque no dudaba de que lo intentaría. Simplemente estar cerca, Harris le daba a Jenny la confianza de que podía enfrentar cualquier cosa.

Cualquier cosa, se recordó a sí misma, excepto la vida a la que los condenaría a ambos, al casarse con él. No tenía dudas de que un hombre tan inteligente y capaz como Harris se abriría camino en el mundo. Pero no cuando estuviera cargado con la responsabilidad de una esposa y una familia.

Desperezándose, Jenny observó a su alrededor. Después de los terrores de la noche anterior, el bosque de madera del Nuevo Mundo parecía positivamente benigno a la luz del día. El dosel alto creado por este grupo de altos y antiguos pinos mantenía gran parte del suelo del bosque en las sombras. Solo las ocasionales camas de musgo verde suave o franjas de helechos delgados aliviaban la alfombra de agujas de pino secas y pardo oscuro. A diferencia de los densos muros de nuevo crecimiento con los que había luchado el día anterior, esta área permitiría caminar fácilmente.

Jenny se levantó y estiró silenciosamente la rigidez de sus miembros. Era fácil reconocer el sendero por el que ella y Harris habían tropezado la noche anterior. Si lo seguía, pronto encontraría el paquete con su vestido de novia. Luego tomaría sus referencias y seguiría su camino. O tal vez encontraría un lugar donde esconderse hasta que Harris dejara de buscarla y regresara a Richibucto, donde debería haberse quedado en primer lugar.

Por un largo momento, vaciló, mirándolo mientras dormía. Aunque su mentón estaba poblado de barbas castañas, había algo atrayentemente juvenil en su rostro relajado en el sueño. ¿Cómo pudo su madre haberlo abandonado, sin importar cuán difícil fuera su situación?

La conciencia de Jenny la pinchó. Después de todo, estaba a punto de abandonar a Harris a su manera. ¿Podría pensar que ella rehuía sus cicatrices, como había hecho su madre? La dolorosa idea la mantuvo allí, observando a Harris, anhelándolo, cuando sabía que debía irse y hacerlo rápido.

"Estoy haciendo esto tanto por ti como por mí misma", susurró. "Ojalá pudiera hacerte ver eso."

Se obligó a apartar la mirada, se acercó sigilosamente al sendero de árboles jóvenes rotos y agujas de pino revueltas que ella y Harris habían hecho la noche anterior. Trató de ignorar la angustia que le costaba dejarlo.

"¿A dónde se escabulle ahora, mujer?" La voz de Harris resonó, aguda con exasperación.

El repentino ruido, combinado con su propia conciencia afligida, hizo que el corazón de

Jenny diera un vuelco en su pecho.

Ella se acercó a él. "No estará satisfecho hasta que me asuste, ¿verdad?"

Se levantó rígidamente de su lugar de descanso y se rascó la barbilla sin afeitarse. "Y no estará satisfecha hasta que me vuelva loco de preocupación". Cambió su mirada.

Entonces, inesperadamente, una comisura de su boca ancha y móvil se curvó en una sonrisa irresistible. "Ya que cada uno de nosotros está empeñado en volver loco al otro, tal vez deberíamos encontrar un manicomio agradable y acogedor y establecernos".

"Esto no es nada para bromear". La risa espontánea que estalló de Jenny desmintió sus palabras. "Estamos el uno con el otro todo el tiempo. Usted y yo nunca podríamos hacer una pareja feliz, ni siquiera con todo el dinero del mundo".

"No lo crea, muchacha" replicó Harris con tranquila seriedad. Un rayo de sol naciente atravesó el follaje, bruñendo su cabello como cobre nuevo y encendiendo la rica calidez de sus ojos color avellana.

Le costó a Jenny cada migaja de autocontrol para evitar atornillarse directamente a sus brazos.

"Creo que un poco de tormento bondadoso es natural entre un hombre y una mujer". Se quitó varias agujas de pino rebeldes que se le pegaban a los pantalones. "Cuando las cosas se ponen solemnes y serias todo el tiempo, es cuando se puede decir que se ha apagado una chispa, si es que alguna vez estuvo allí para empezar".

"Para un hombre que dice saber tan poco sobre las mujeres, de repente suena como una autoridad en el tema". Jenny replicó, incluso cuando reconoció en privado la verdad de lo que Harris había dicho. No había rencor en esta toma y daca suya, sino más bien un alegre combate que añadía entusiasmo a los sentimientos más suaves y cálidos de su compañerismo.

Sin embargo, en lugar de dar una respuesta inteligente, Harris se enrojeció y desvió la mirada. "No... No... Preste atención. Probablemente tenga razón... y no sé de qué estoy hablando".

¿Qué le había dicho ella para que lo afligiera tanto? Jenny se preguntó, revisando su conversación en su mente.

"De todos modos..." Se aclaró la garganta, prelude abrupto y obvio de un cambio de tema. "No tiene sentido que nos quedemos de brazos cruzados moviendo la lengua cuando tenemos un largo día por delante".

Jenny suspiró. "Se lo dije anoche, Harris, y no he cambiado de opinión. Me dirijo a Miramichi, y eso es definitivo". Miró hacia atrás a los árboles desde el punto en que habían venido. "Tan pronto como pueda encontrar mi vestido de novia".

Se preparó para una conferencia o una discusión. Tal vez la recogería y marcharía de regreso a Richibucto con ella. Recordando cómo Harris la había llevado al hombro bajo cubierta durante el ataque pirata al *St. Bride*, Jenny sintió que sus rodillas temblaban de anticipación.

En lugar de eso, respondió con fría compostura: "He llegado demasiado lejos con usted como para no ver la locura de tratar de convencerla una vez que su mente está decidida. Si usted se dirige a Miramichi, yo también".

"Pero..." *¡Eso es casi tan malo como volver a Richibucto!* Jenny quería llorar. *Tal vez peor, porque estaremos solos juntos.* Apretó los labios con fuerza, para que las palabras no salieran bien. A Harris nunca le convendría darse cuenta del efecto poderosamente desconcertante que tenía sobre ella.

"¿Pero?", le preguntó. Un atisbo de esa sonrisa entrañable y exasperante flotaba en la comisura de su boca.

Jenny luchó por recuperar la compostura. "Si quiere venir conmigo, hay algunas cosas que será mejor que aclaremos ahora mismo".

Todo rastro de ligereza desapareció de su rostro. "Las hay y las aclararé. No voy a ir con usted para poder planchar mi traje en el camino. Hizo tu elección cuando dejó Richibucto. Puedo ser un tonto en muchos sentidos, pero también soy un hombre de negocios testarudo. Creo que no tiene sentido tirar dinero. Lo mismo ocurre con el tiempo y la energía. Quiero dejar mis sentimientos por usted en el pasado, y no volveré a hablar de ello".

Jenny dio un paso atrás involuntario, como si le hubiera arrojado una palangana llena de agua fría. Esa era la esencia de lo que había planeado decirle. Escucharlo de Harris la heló hasta un punto que no esperaba. No sabía cómo responder.

"Y" añadió con grave dignidad, "le agradeceré que haga lo mismo".

"Yo... me alegro de que haya decidido ser... sensato, Harris". Jenny luchó por tragarse un nudo en la garganta, pero no se movía. "Le daré la bienvenida a su compañía... claro. Se vuelve agotador caminar un largo camino sin nadie con quien hablar".

"Vaya a buscar tu paquete y apúrese." Harris la apartó con la mano. "Luego comeremos algo rápido y partiremos. Necesitamos encontrar agua pronto y tratar de orientarnos."

Descubriendo su paquete a solo unos cientos de yardas de distancia, Jenny sacudió la cabeza incrédula. Anoche, cuando creía que corría por su vida, parecía que había recorrido millas y millas. Respiró con más facilidad al saber que no enfrentaría ese mismo terror esta noche, incluso si ella y Harris no lograban encontrar refugio.

Sabía que debería alegrarse de que él hubiera recapacitado y no estuviera pidiendo por ella. Ni convirtiéndose en un fastidio intentando cortejarla todo el camino hasta Miramichi. Aun así, su orgullo le dolió por cómo él la había desechado rápidamente y sin preocupación, como una mala deuda.

Bueno, Harris Chisholm no era el único que podía hacer que su cabeza gobernara su corazón.

* * *

"Aún no sé cómo lo hizo, Harris", Jenny sujetó el agua fría de manantial en sus manos y bebió como si fuera el elixir del Edén "para encontrar este lugar".

Después de pasar el día racionando las últimas gotas de agua tibia y rancia de su jarra, Harris estuvo dispuesto a estar de acuerdo. Bebió todo lo que pudo contener, luego enjuagó la jarra y la volvió a llenar. Finalmente, se echó un puñado de agua en la cara. Qué lástima que había estado tan apurado por salir de Richibucto. Concentrado en traer de vuelta a Jenny, nunca pensó en traer su jabón de afeitar y su navaja. Para cuando llegaran a Miramichi, la gente probablemente lo confundiría con un oso bien vestido. O una ardilla roja gigante.

"Mi abuelo siempre solía decir que los pájaros y los animales te llevarán al agua, si los dejas".

"¿Ah, sí?" Jenny sonaba escéptica mientras se quitaba los zapatos y los mojaba con un chorro de agua de sus manos. "¿Cómo nos llevaron aquí los animales?"

"Observé sus rastros", explicó Harris. "Y estuve atento a cómo volaban los pájaros. Cuando van hacia el agua, vuelan rectos, pero cuando se alejan de ella, planean de árbol en árbol".

"No sabía que era tan amante de la naturaleza, Harris".

Ignoró el tono burlón en su voz, pero nada podía hacerle ignorar la verdadera luz de admiración en los ojos de ella.

"Cuando era un muchacho, mi abuelo solía llevarme a las colinas a cazar y pescar".

"Hablando de comida..." Jenny miró con hambre su mochila. Varias veces hoy le había contado sobre la deliciosa especialidad de bacalao y patata que le había dado la amable mujer francesa. De vez en cuando la había visto oliendo la brisa, sin duda sensible al más leve rastro de grasa de cerdo.

"Tengo unas tortas de avena restantes", dijo Harris. "Me gustaría guardarlas mientras puedan durar, por si llega un día en que no podamos conseguir nada más. Ahora que encontramos agua, podemos pensar en algo para comer. Vi un lugar más atrás donde podría valer la pena colocar una trampa".

Jenny se recostó en un pequeño parche de sol. "Espero que sea tan bueno encontrando comida como lo es encontrando agua, Harris. Podría comerme un ciervo entero".

Él le lanzó una piña. Falló. "Si puede atrapar uno, es bienvenida a hacerlo".

Ambos rieron ante la absurda imagen mental que eso generaba.

"Por ahora, puede ser útil recogiendo leña y astillas", dijo Harris.

"¿No necesita algo para cocinar primero?" bromeó Jenny.

"Tengo que frotar las trampas y mis manos en ceniza para quitarles el olor humano. De lo contrario, los animales no se acercarán a ellas. Una vez que el fuego esté encendido, puede buscar piñas para asar las semillas".

"Afirmativo, capitán". Jenny hizo una saludo burlón y desenfadado.

* * *

Varias horas más tarde, las trampas les dieron la cena en forma de liebre de buen tamaño, que Harris preparó rápidamente y colocó en un asador improvisado sobre el fuego.

Mientras buscaba piñas y ramas muertas para alimentar el fuego, Jenny había descubierto un claro rico en arándanos dulces y regordetes. Resistiendo valientemente la tentación de atiborrarse, había reunido todos los que podía llevar en su delantal. Cuando se los presentó a Harris como su contribución a la comida, su rostro irradiaba orgullo.

El succulento aroma de la caza asada flotaba en el aire del verano cuando Harris rompió una rama seca sobre su rodilla y agregó ambas mitades al fuego. Jenny giró el palo largo que ensartó su cena, exponiendo otra parte de la carne a las llamas.

"Si atrapo algo en mi otra trampa esta noche, deberíamos poder cubrir más terreno mañana", dijo Harris. "No tendremos que pasar todo nuestro tiempo buscando comida y agua".

"Eso es bueno", respondió Jenny, aunque sin el entusiasmo que esperaba. "Llegaremos a Miramichi mucho antes".

"Sí". A pesar de su mejor esfuerzo, la palabra salió como un suspiro breve. No importaba cuántas veces se insistiera a sí mismo sobre la necesidad de llevar a Jenny a su destino lo más rápido posible, algún obstinado capricho en él anhelaba prolongar su viaje.

Durante un tiempo, se quedaron en silencio, observando cómo las llamas danzaban y escuchando cómo crepitaban. Inhalaban el olor de la carne, como si cada aliento sabroso los nutriera. De vez en cuando, Harris alimentaba el fuego. De vez en cuando, Jenny giraba el asador. De vez en cuando, sus miradas se desviaban hacia el otro y se encontraban en un instante sonrojado y sin aliento antes de apartarse.

Por fin, Harris sacó un cuchillo de hoja corta de la funda en su mochila y lo clavó en la parte más gruesa de la carcasa. Cuando lo sacó, unas gotas de fluido claro brotaron de la herida, siseando al caer sobre el fuego.

"Supongo que está listo". Trasladó el asador a un par de palos horquillados plantados lejos del fuego. Mirando a Jenny, sonrió. "No me importa si no lo está. Tengo demasiada hambre

como para esperar otro minuto".

No le dio mucha espera a la carne para enfriarse, sino que cortó un trozo y se lo pasó a ella en la punta de su cuchillo. Aunque claramente le quemaba los dedos, lo tomó ansiosamente y comenzó a comer.

Cortando un trozo para él mismo, Harris lo devoró y luego lamió la grasa de sus dedos.

"Un poco desabrido", dijo mientras cortaba más carne para Jenny. "Si hubiera sabido, tendría sal".

Entre bocados, Jenny le aseguró: "Está bien".

"Si quisiera sal", continuó Harris como si no la hubiera oído, "podríamos seguir el primer río que alcancemos hasta el mar. Un buen día es todo lo que necesitaríamos para extraer sal del agua".

"No la echo de menos, de verdad".

"Tal vez aún no. Pero un médico en Edimburgo una vez me dijo que es malo para el cuerpo estar sin sal. Me... disgustaría verla enfermar".

Jenny pareció darle cierta consideración a la idea mientras masticaba su carne. "Sí", estuvo de acuerdo finalmente. "No querría presentarme enferma en el umbral de Roderick Douglas".

"No, no querría". Harris luchó por mantener una nota de alegría fuera de su voz. "Además, no podemos perdernos si seguimos la costa. Tarde o temprano, llegaremos a Miramichi. En el interior, es más fácil perder la orientación".

"Hay sentido en eso", concedió Jenny. "Esperemos encontrar un río mañana. Al menos si seguimos la costa, tendremos una playa clara y plana por la que caminar, en lugar de abrimos paso entre estos malditos árboles".

Mirando hacia arriba desde su cena, Harris observó a su alrededor. "Me gustan los árboles. Todos son tan diferentes. Los altos pinos con sus penachos de agujas largas me recuerdan a hombres altos y sólidos de las Tierras Altas, con brazos musculosos y cabello pelirrojo. Luego están los abedules, esos son damas elegantes con su fina corteza blanca y sus ramas delgadas".

"Tiene un toque poético, Harris". Jenny lo hizo sonar como un cumplido y uno raro, además.

Sintiendo un calor poco masculino en sus mejillas, fingió ocuparse en quitar los últimos trozos de carne de los huesos de su cena.

Mientras completaban la comida con unas cuantas semillas de pino bien asadas y la cosecha de moras de Jenny, ella le hizo muchas preguntas, sacándolo a hablar sobre sus primeras aventuras en las colinas con su abuelo.

"Nunca lo recuerdo viniendo a Dalbeattie, Harris. Ni siquiera en la iglesia".

"Eso es porque era un papista de las Tierras Altas. Mi abuela crio a papá en la Iglesia Libre, pero murió mucho antes de que yo naciera".

A medida que avanzaba el día, Harris se encontró contándole más y más sobre su abuelo, el joven refugiado de Culloden Moor que encontró refugio y una esposa en las tierras fronterizas.

Sobre ellos, la estrecha franja de cielo visible oscureció desde el tono pálido de las flores de maíz hasta un índigo profundo y gradualmente a un negro aterciopelado. El fuego se redujo a una cama de brasas incandescentes. Cuando Harris miró por encima de él a Jenny, las sombras titilantes y el calor ascendente de las brasas le dieron a su rostro un brillo espectral.

Sintió un escalofrío inexplicable recorrer su espalda.

Capítulo Once

Los ojos de Jenny se abrieron. De repente se despertó con la mano firme de un hombre presionada sobre su boca. ¿Cuándo se había dormido?

"Solo soy yo, muchacha" le susurró Harris al oído.

Dígale eso a mi corazón, ella quería gritarle. El hombre tenía la desagradable costumbre de hacer que su pulso se acelerara... a menudo sin siquiera intentarlo.

"Tenemos que irnos de aquí, ahora". Aunque las palabras fueron pronunciadas tan suavemente que Jenny apenas podía escucharlas, su nota de urgencia era inconfundible.

Apartando su mano de su boca, ella siseó: "¿Qué está pasando? ¿Qué pasa?"

"Escuche".

Por un momento se preguntó a qué tonterías se refería. Entonces lo oyó: el redoble de un tambor y voces a lo lejos, cantando en un extraño tono menor.

"Indios". Harris confirmó lo que Jenny estaba pensando. "Robert Jardine dijo que haríamos bien en evitarlos".

"Por una vez, estoy de acuerdo con usted, Harris".

Tan silenciosamente como les fue posible, levantaron el campamento, primero tanteando el camino hacia el manantial donde bebieron hasta saciarse y llenaron la jarra de agua.

"Tome mi mano" susurró y se fueron.

Avanzaron con una lentitud dolorosa a través de los bosques oscuros, con solo los pálidos rayos de la luna para iluminar formas misteriosas en su camino. Siguieron tropezando, lejos del sonido del tambor, conteniendo la respiración cada vez que uno de ellos rompía una rama seca bajo sus pies. No habían ido tan lejos como a Jenny le hubiera gustado cuando la música finalmente se detuvo.

Tendremos que quedarnos aquí hasta que amanezca. Harris la arrastró entre unos helechos altos. "No queríamos perder el rumbo y terminar tropezando con su campamento".

Aunque la noche era cálida, Jenny comenzó a temblar. Harris la envolvió en un abrazo reconfortante.

"Está bien, muchacha" murmuró. "Sabemos que están cerca, así que podemos estar en guardia. A partir de ahora tendremos que tener cuidado con los gritos, las risas y las hogueras".

A pesar de su tranquilidad, Jenny durmió apenas un guiño el resto de la noche. Cada canto de un pájaro nocturno, cada susurro de la maleza, la ponía en alerta máxima. Trató de calmarse desviando sus pensamientos a otra parte.

Eso no fue mejor.

Contra su voluntad, se encontró pensando en el peligroso placer de yacer en los brazos de Harris. Su magra fuerza la acunaba. Su aliento enhebraba un cálido susurro a través de su cabello.

Cada vez que se besaban se sentía diferente, aunque siempre demasiado placentero para adaptarse a su tranquilidad. Un espíritu de aventura largamente reprimido la hizo anhelar sondear la experiencia hasta sus más dulces profundidades. Le dolían las manos al explorar los contornos varoniles de su cuerpo. Su sangre se despertó con el impulso de invitarlo a una expedición similar de descubrimiento íntimo. Tal vez incluso la conquista.

Sintiendo gotas de sudor brotar en su línea del cabello, Jenny se esforzó por controlar sus deseos caprichosos. ¿Qué diría su padre si lo supiera? Su hija y Harris Chisholm yacían juntos en

el suelo como un par de salvajes. Su hija, tejiendo toda clase de fantasías desenfrenadas. ¿Su hija, casi derritiéndose con el calor de su propio deseo perverso? Probablemente le golpearía el trasero en carne viva antes de explotar en un ataque de justa indignación.

La idea hizo que Jenny sonriera para sí misma en la oscuridad. Tal vez fuera mejor que volviera a preocuparse por un ataque indio.

Se quedó dormida brevemente solo para despertarse bruscamente de nuevo cuando escuchó sonidos extraños cerca.

Con una charla alta y emocionada de personas hablando o cantando, Jenny no podía distinguir ninguna palabra para decir si podría ser francés, el idioma de los nativos, o incluso, por favor Dios, el inglés del rey.

Le dio un codazo a Harris, pero él estaba demasiado dormido para responder. Jenny no quería decir su nombre en voz alta y arriesgarse a ser escuchada. Reuniendo valor, se alejó de él y se arrastró hacia la fuente del sonido, sin apenas atreverse a respirar. Mientras miraba alrededor del tocón alto de un árbol caído, su boca se abrió en una mirada de asombro.

Plateados rayos de luna bañaban el pequeño claro que tenía ante ella y los curiosos animales que se agolpaban en él. La mayoría eran del tamaño de cerdos jóvenes, pero más cerca del suelo. Estaban cubiertos con abrigo de pelaje largo y puntiagudo como grandes erizos. ¿Cómo los habían llamado los niños Glendenning? ¿*Puercoespines*?

Algunos caminaban sobre cuatro patas, pero otros se erguían mientras parloteaban y bailaban a la luz de la luna. Después de ver este extraordinario espectáculo durante algún tiempo, Jenny negó con la cabeza, preguntándose si podría estar soñando. Por fin, decidiendo que los animales no representaban un gran peligro, volvió a su cama entre los helechos y una vez más se tendió junto a Harris.

Bostezando profundamente, dejó que el extraño coro de los animales la arrullara hasta que volviera a dormirse. Esta nueva tierra era mucho más extraña de lo que había esperado. Todo eso, reflexionó una somnolienta Jenny, no carecía de su propio encanto peculiar.

* * *

"¿Podemos parar y descansar un minuto, Harris?"

Sin esperar a que él dijera sí o no, Jenny se desplomó sobre una gran roca cubierta de musgo y se limpió la cara con la esquina de su delantal.

Notando el rubor brillante en sus mejillas, Harris se unió a regañadientes. Destapando la cantimplora de agua, se la pasó.

"Solo un poquito más, muchacha, y podremos relajarnos. Calculo que pronto llegaremos a un río. Una vez que pongamos eso entre nosotros y los indios, estaré más tranquilo."

Mientras Jenny tomaba un largo trago de la cantimplora, Harris deseó que contuviera algo más fuerte que agua de manantial.

"También me sentiré mejor al respecto," ella miró por encima del hombro, como si esperara que los habitantes del bosque se materializaran entre los árboles.

"Mientras estamos sentados de todos modos, ¿le gustaría un pastel de avena?" Harris rebuscó en su mochila. Maldijo la necesidad que lo había obligado a dejar atrás su segunda trampa... junto con lo que pudiera haber atrapado. Después de haber comido lo suficiente la noche anterior, no se había preocupado por recolectar comida hoy. Salir a salvo de los indios fue su prioridad.

Harris desenvolvió un pequeño paquete de lona que la criada contratada de la Sra. Jardine le había atado. Sacando un grueso trozo de pastel de avena, lo partió en dos. Le dio a Jenny el

pedazo más grande, insistiendo en que él todavía estaba lleno de la cena de anoche. Ahora, si tan solo su estómago no lo delatara con un rugido hambriento.

"¿Cuántas millas cree que hemos recorrido hoy?" preguntó Jenny, mordiendo la galleta dura y plana.

"Cuatro o cinco, al menos."

Jenny dedicó un momento de silenciosa concentración a su respuesta. "Entonces no podemos tener más de otras veinte por recorrer," anunció con entusiasmo.

Masticando su pastel de avena, Harris torció su boca en una sonrisa tenue. Dejó que Jenny tomara eso como confirmación si así lo deseaba. Privadamente dudaba que hubieran avanzado más de una milla en su viaje a Miramichi. La mayor parte de su caminata los había movido hacia el sur, fuera del alcance de los indios. Una vez cruzado el río, sin embargo, esperaba tomar una ruta más directa.

Lavaron los pastelitos de avena secos y rancios con el último trago de agua tibia, luego Harris se levantó de su asiento rocoso tan poco dispuesto como al principio. Flexionando sus miembros cansados, ofreció su mano a Jenny.

"Podría sentarme aquí y charlar todo el día, pero no nos quedan muchas horas de luz solar." ¿Por qué debía sonar a disculpa? Esta caminata por el bosque había sido idea suya. "Si encontramos un río, quiero cruzarlo mientras todavía podamos ver qué estamos haciendo."

Ayudando a Jenny a levantarse, se aferró a su mano durante un latido o dos extras, saboreando la sensación en la suya. En Dalbeattie tenían un dicho complementario para una chica como Jenny. Ella tiene manos que hacen fácil el trabajo. Aparte de todo, esperaba que el matrimonio con el rico Roderick Douglas no dejara las manos diestras y capaces de Jenny inactivas o débiles.

"Pobre Harris." Ella sonrió mientras lo decía, su voz se detuvo con cariño en su nombre. Aunque lo buscó, no detectó ni rastro de lástima en sus ojos. "No sabía en qué se estaba metiendo ese día en el muelle de Kirkcudbright."

"Es verdad, eso es un hecho," respondió bruscamente, consciente de que no estaba diciendo toda la verdad.

Al ver un destello de dolor sombrear su expresión, enmendó, "Bueno, bueno. No ha sido tan malo. De hecho, ha sido toda una aventura. Historias para contarles a nuestros nietos."

Su sonrisa se convirtió en una incómoda mueca y el rubor escarlata en sus mejillas se volvió aún más rojo.

"Quiero decir..." Harris se maldijo a sí mismo por tonto. "Usted le contará a sus nietos... y yo... le contaré a los míos." Añadió rápidamente, "Si alguna vez tengo alguno, eso es."

"Me gusta la idea," dijo Jenny, evidentemente intentando rescatarlo de su error. "Nosotros siendo amigos cuando seamos viejos y canosos. Contándole a nuestros nietos todo sobre cómo cruzamos el océano y naufragamos, luego caminamos todo el camino hasta Miramichi."

"Sigamos entonces." Harris se alejó, murmurando entre dientes, "O les estaremos contando cómo nos perdimos en el bosque por cuarenta años."

Jenny debió haberlo oído, porque se rio suavemente mientras se ponía a la par detrás de él.

Caminaron en silencio durante algún tiempo sin encontrar señales de un arroyo. Harris empezaba a dudar de sí mismo cuando de repente una brisa fresca susurró en las hojas de arriba. En ese viento se llevaba el murmullo bienvenido del agua fluyendo.

"¿Escuchó eso, Harris?" Jenny agarró su brazo. "Hay un río adelante, justo como dijo que habría."

Aunque su pecho se hinchó al escuchar el tono de respeto en su voz, Harris intentó quitarle

importancia. "Robert Jardine me dijo que había cuatro o cinco ríos pequeños entre Richibucto y el Miramichi. A menos que estuviéramos yendo en la dirección equivocada por completo, tendríamos que encontrarnos con uno más temprano que tarde."

Abriéndose paso por la ladera arbolada, pronto llegaron a la orilla. Una mirada a la extensión de agua ante ellos y el entusiasmo de Jenny se desvaneció rápidamente.

"¿Cómo cruzaremos eso, Harris?" exclamó.

"Definitivamente no sobre un puente," respondió irónicamente.

Con un gemido de consternación, Jenny se dejó caer al suelo. Sus ojos ardían con lágrimas de enojo feroz consigo misma. "Oh, Harris, ¡soy peor que tonta! Se me ocurre una idea y la persigo sin ver qué hay en el camino."

Bajando a sus talones junto a ella, Harris pasó un brazo alrededor de los hombros de Jenny. "Ahora, muchacha, no sea tan dura consigo misma. Persigue lo que quiere y hace caso omiso de los obstáculos en su camino, ¿qué tiene de malo? Puede que se meta en apuros de vez en cuando, pero al final llega a donde quiere. Sería un mundo pobre sin gente que persiguiera sus sueños."

Sus dudas y preocupaciones se disiparon con sus palabras, como si él hubiera quitado un gran peso de sus hombros. La sangre misma parecía bombear en sus venas más fuerte y rápida. Una oleada de confianza y poder creció dentro de ella. Cuando una voz furtiva en su mente susurró que no estaba persiguiendo sus sueños, sino huyendo de sus pesadillas, Jenny la ignoró.

Se volvió hacia Harris con una sonrisa que calentó todo su rostro. "Pensé que solo bromeaba cuando dijo que era mi hada madrina. Ahora ya no estoy tan segura. Usted hace magia en mí."

No era mentira.

Mientras sus miradas se encontraban, Jenny ansiaba sumergirse en el verde-marrón terciopelo de sus ojos. Esa era un encanto que debía resistir, sin importar cuánto la atrajera.

"¿Qué vamos a hacer para cruzar este río?" Se obligó a apartar la mirada, defendiéndose de su hechicería con asuntos prácticos.

Harris se quitó las botas y los calcetines. Luego enrolló sus pantalones hasta las rodillas y se adentró en el río. Protegiendo sus ojos del resplandor del sol brillando en el agua, miró aguas arriba y luego aguas abajo.

"Creo que se estrecha por allá." Señaló corriente abajo. "Sigamos la orilla y veamos si encontramos un vado. O si encontramos un tronco de árbol caído para cruzar."

"Déjeme un minuto para refrescarme los pies primero." Jenny se quitó los zapatos y los calcetines. Luego se arremangó las faldas y se unió a Harris en el río.

"Mmm." Movié los dedos de los pies en la arena húmeda. "Le puedo decir algo. Después de esto, nunca más daré el agua por sentada."

Él rio, "Ni una cama decente."

Se quedaron unos minutos más, disfrutando del descanso y la refrescante frescura del agua en sus pies cansados, hasta que Harris entrecerró los ojos al mirar la posición del sol y dijo que realmente deberían seguir adelante.

Una vez más, tenía razón. No habían avanzado mucho cuando llegaron a un estrechamiento en el río.

"¡Mire, Harris!" Jenny apenas podía creer la maravilla. "Dijo que nunca encontraríamos un puente."

Corrió hacia él.

Detrás de ella, escuchó a Harris advertir suavemente, pero con urgencia. "No creo que eso sea un puente, Jenny."

Quizás no, se dio cuenta al acercarse. La extraña estructura de madera sí atravesaba el

arroyo, pero nada más grande que una ardilla podría cruzarlo. ¿Por qué alguien construiría una cerca a través de un río?

Jenny solo le dio un pensamiento pasajero a la pregunta. Al menos proporcionaría un apoyo para que pudieran vadear al otro lado.

"¡Vuelva, muchacha!" Escuchó a Harris llamar suavemente, pero con urgencia.

¿Volver ahora, cuando estaban tan cerca? Equilibrando el torpe fardo en su cabeza, sus zapatos atados y colgados alrededor de su cuello, Jenny sintió el agua rápida fluir sobre sus rodillas.

Jadeó cuando Harris agarró su brazo.

Desgarrado con un alarmante grito mudo, su advertencia explotó en sus oídos. "No es un puente, Jenny. Es un cedazo de pesca. Un cedazo de pesca indígena..."

Quizás perdió el equilibrio en el lecho pedregoso del río, o quizás la corriente acelerada desequilibró a Harris. Jenny se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo sus brazos se agitaban descontroladamente mientras caía. Su manga de abrigo quedó enganchada en una de las estacas puntiagudas del cedazo.

Dejando caer el fardo de su cabeza, Jenny regresó para ayudarlo. En ese momento, varios hombres grandes y bronceados salieron del bosque detrás de ellos.

Uno llevaba un mosquete. Otros dos empuñaban largas lanzas bifurcadas. Al ver a Harris y Jenny, avanzaron con sus armas en alto, gritando palabras que Jenny no podía entender.

"¡Vamos, Harris!" Agarró su brazo izquierdo. Con la fuerza nacida de la desesperación, lo ayudó a levantarse tambaleándose.

Atrapado en el cedazo, su abrigo mantenía a Harris firmemente.

"¡Vaya, muchacha! ¡Los retendré todo el tiempo que pueda!"

Jenny se quedó paralizada y el tiempo se congeló con ella. O eso parecía, mientras un montón de imágenes, sonidos y percepciones la asaltaban.

La terrible belleza de los indígenas mientras se precipitaban hacia el río, altos y sin camisa, con melenas de cabello oscuro como la medianoche.

La urgencia ronca de la voz de Harris mientras le gritaba que huyera. El coraje desesperado en sus ojos, y el miedo, no por él mismo, sino por ella.

La fría y poderosa corriente del río en su cuerpo.

Cada nervio en ella gritaba que se dejara llevar, que la rápida corriente la llevara río abajo, lejos del peligro.

Algo más, algo que no podía explicar, la empujó hacia adelante. Pasó junto a Harris, luchando, para enfrentar la amenaza de frente.

Capítulo Doce

"Maldición, muchacha, ¡vaya!" Con cada fibra de su ser, Harris deseaba que Jenny se alejara. Los indígenas solo podrían matarlo a él. Lo que podrían hacerle a una muchacha atractiva como Jenny era algo que no quería ni pensar.

Sin hacerle más caso del que solía, la exasperante criatura pasó junto a él, poniéndose ella misma entre él y los hombres armados. Harris casi se desgarró el hombro intentando liberarse del enganche de su abrigo.

Jenny agarró una gran rama caída que se había quedado atrapada en el cedazo. Sujetándola con ambas manos, la blandió ante sus atacantes.

"¡Vamos, canallas!" rugió. "¡Les daré una buena paliza!"

Si hubiera podido ponerle las manos encima a ese palo, Harris podría haber golpeado a Jenny. Durante un largo y angustioso momento, el mundo se detuvo mientras él se preparaba para el desastre.

Entonces, como un grupo de títeres tirados hacia atrás por las cuerdas de su maestro, los hombres oscuros se detuvieron bruscamente. El más cercano echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada salvaje. Dejando caer su lanza con puntas mortales, se inclinó hacia adelante hasta que su cabeza casi tocó las rodillas de sus polainas. Espasmos de risa lo sacudieron.

Los demás también rieron, hasta que el río resonó con su risa descontrolada.

"¿Y qué demonios es tan malditamente cómico?" demandó Jenny.

Jadeando por el aire, el hombre con el mosquete llamó a Harris en francés con un acento extraño. "*Alors, Barbe-rouge... ¡Barba roja, debes ser un hombre extraordinario para manejar a una osa como esta!*" Nuevamente, la risa se apoderó de él.

Cualquiera que pudiera hacer tal broma no debía tener intenciones maliciosas. La convicción golpeó a Harris con un alivio tan poderoso que casi le fallaron las rodillas.

"Ja-ja." Su propia risa brotó, débil al principio y teñida de frenesí leve. Sin embargo, pronto captó el contagioso buen humor de los demás hombres, riendo a carcajadas hasta que las lágrimas rodaron por su rostro.

Jenny se volvió hacia él con ojos que ardían en ira. "¿Te has vuelto loco, Harris? ¿Qué dijo ese salvaje? ¿De qué se están riendo todos?"

"Él..." Harris luchó por recuperar una expresión seria. "Dijo que... admira a una mujer de espíritu."

"¿De verdad?" Sonó desconfiada.

"Baje ese palo, muchacha. No nos van a hacer daño."

Jenny miró de nuevo a los guerreros, que se golpeaban los muslos, prácticamente impotentes de la risa. En su estado actual, probablemente podría haberse acercado a cualquiera de ellos y dejarlo inconsciente. Bajó su arma con precaución.

"*Pardon*", dijo Harris mientras daba un paso tambaleante hacia Jenny y ponía un brazo alrededor de sus hombros. Apreciaba a cualquiera que estuviera dispuesto a confundirla con su mujer. "*Lamento haberlos asustado. Solo queríamos vadear el río. Espero que no hayamos dañado su cedazo.*"

"*Pas de problème*," respondió el hombre con el mosquete. Parecía ser el líder del grupo. "*No te preocupes por eso, Barba Roja. Hace mucho que no nos reíamos tanto. Hemos tenido problemas con un oso que nos roba pescado. Cuando escuchamos el ruido, pensamos que era*

él."

Jenny miró a Harris expectante. "¿Qué dijo?"

Harris explicó sobre el oso.

Cuando terminó, el otro hombre preguntó: "¿Hacia dónde se dirigen tú y tu mujer, Barba Roja?"

"Miramichi," respondió Harris. "Es fácil perderse en estos bosques. Quiero ir hacia la desembocadura del río y seguir la costa."

Riendo de nuevo, el alto indígena sacudió la cabeza. "Ese no es un buen camino para viajar a pie."

Pasando su mosquete a uno de los hombres más jóvenes, extendió las manos para ayudarles a vadear la orilla. "*Venez et mangez...*"

"Nos está invitando a quedarnos y comer con ellos," le dijo Harris a Jenny. "Dice que somos bienvenidos a pasar la noche."

"¿Cómo se dice gracias en francés, Harris?"

"*Merci*."

"Bueno entonces, *merci* a ustedes." Jenny hizo una reverencia torpe a su anfitrión con su vestido empapado de agua.

El hombre le devolvió la sonrisa y por un instante, Harris se alegró del error de pensar que Jenny le pertenecía.

Los otros hombres entraron en el río y comenzaron a tomar peces del cedazo con sus lanzas de puntas. Uno volvió con el fardo de Jenny. Al igual que el abrigo de Harris, también se había enganchado en una de las estacas puntiagudas.

"¡*Merci*!" exclamó, abrazándolo como a un niño perdido. "¡Vaya, ni siquiera está mojado!"

Harris deseaba que el vestido de novia de Jenny hubiera flotado río abajo y hacia el mar.

Siguieron a su anfitrión durante cierta distancia hasta llegar a un claro. Allí se encontraban tres tiendas altas y cónicas, cada una enmarcada por varios postes largos y envuelta con láminas de corteza. Media docena de niños morenos, casi desnudos, corrían alrededor del campamento, gritando, riendo mientras los perros ladraban a sus talones. Una mujer levantó la vista de revolver algo en un tronco ahuecado. Dándole a los visitantes blancos una sonrisa curiosa pero indulgente, llamó a los niños en su propia lengua.

Harris admiró el sonido de la misma, como un arroyo verbal gorgoteando sobre su lecho pedregoso. Era un lenguaje para la risa, la oración y cien cariños domésticos.

Su anfitrión habló con la mujer. Por alguna intuición inexplicable, Harris sabía que debía ser su esposa. Claramente estaba explicando cómo Harris y Jenny habían llegado allí, porque comenzó a reírse de nuevo. La mujer pronto se unió.

Ella dijo algo a Jenny en su propio idioma. Aunque no entendía una palabra, Harris reconoció una mezcla de diversión y admiración en el tono. Quizás estaba elogiando a Jenny por enfrentarse a los hombres.

"*Merci*", respondió Jenny, como si entendiera. Se señaló a sí misma. "Soy Jenny, y él es Harris."

"Aw-reez." Su anfitrión intentó repetir el nombre. Evidentemente, algunos sonidos no le salían de manera natural ni en su propio idioma ni en francés. "*Barbe-rouge*."

Harris sonrió y asintió. Entre estas personas, estaba contento de ser conocido como Barba Roja.

"¿*Et vous*?" preguntó Harris.

"Levi", el hombre se golpeó el pecho. "Levi Augustine. *Bien venu*."

"El honor es nuestro", respondió Harris en francés. Al menos eso esperaba haber dicho.

La mujer hizo un sonido de desaprobación por el vestido mojado de Jenny. Les hizo señas para que entraran en la tienda más alta de las tres.

Levi tradujo sus palabras al francés. "Suzannah dice que entren en el wikuom y se pongan ropa seca."

Antes de que Harris pudiera repetirlo en inglés para Jenny, ella ya había entrado apresuradamente por la entrada baja de la vivienda familiar. Con un encogimiento de hombros consciente hacia Levi, Harris la siguió.

Sus ojos aún no se habían acostumbrado a la tenue luz del interior cuando escuchó a Jenny decir: "¿Hiciste tú todo este hermoso trabajo con cuentas? Se ve casi demasiado bonito para usarlo. No querría arruinarlo".

Como si hubiera entendido cada palabra, Suzannah respondió algo que Harris adivinó que significaba, *"Adelante. La ropa es para usarla. Cuando te hayas cambiado, colgaré tu vestido para que se seque."*

De un cesto tejido de largas astillas de madera, la mujer sacó un par de polainas de cuero como las que llevaban Levi y los demás hombres. Se las entregó a Harris. Con unas cuantas palabras más, posiblemente para decir que debía volver a cocinar, los dejó solos.

Jenny tocó la prenda con la mejilla. "Es más suave que la piel de cabrito", respiró. Luego miró a Harris con cierta alarma. "Asegúrese de dar la espalda mientras me cambio de ropa."

Harris sintió cómo su manzana de Adán se movía en espasmos. "Lo... haré... si usted lo hace."

* * *

Agradecida de que la luz titilante del fuego ocultara sus rubores, Jenny bajó un poco el dobladillo del vestido prestado en su pierna. Suzannah y las demás mujeres de la familia se veían tan naturales con sus faldas, las cuales caían una o dos pulgadas debajo de la rodilla. Jenny se sintió casi desnuda con la suya.

Echó una mirada furtiva a Harris, para ver si él la estaba mirando. Pero sus ojos estaban en Levi y los demás hombres mientras jugaban un juego, lanzando discos de hueso como dados sobre un plato de madera. Se veía bastante extraño, llevando su propia camisa con las polainas de gamuza. Jenny deseó que él imitara a sus anfitriones, yendo sin camisa.

Con una buena comida de pato ahumado y mariscos calentando su vientre, recuperó su concentración en la demostración de bordado de Suzannah. Uno de los niños se acercó y se instaló en su regazo. Jenny apoyó la barbilla en su cabello oscuro. Suzannah acercó el pedazo de gamuza que estaba cosiendo para que Jenny lo viera. Trasladando el diseño con su dedo índice, dijo algo.

"Sí," respondió Jenny. "Es un patrón bonito y los colores son tan finos y brillantes."

Habían estado manteniendo esta extraña conversación durante varias horas, cada una en su propio idioma. Aunque las palabras no tenían sentido para ninguna de ellas, Jenny estaba segura de que se entendían. En contraste, Harris y Levi Augustine hablaban sin parar en su segundo idioma común, el francés. Harris hacía pregunta tras pregunta, sobre cómo vivía la gente, qué comían, sus tradiciones.

Cualquier respuesta de particular interés, él se la pasaba a ella.

"El joven allí..." Mientras comían, Harris señaló a uno de los hombres.

Jenny lo reconoció como el primer miembro del grupo que habían encontrado, el que casi se caía de risa al verla.

"Es Noel Peter Paul. Su gente vive en el Richibucto. Está quedándose con la familia de Levi por un tiempo y trabajando para ellos para demostrar que es un chico estable y un buen proveedor. Entonces obtendrá a la hija de Levi, Christianne, como esposa."

Levantando la vista del bordado de Suzannah, Jenny interceptó una mirada especial que pasó entre la pareja prometida.

Seguramente Christianne no podía tener los mismos sueños románticos que una chica europea. Podía esperar una vida muy parecida a la de su madre, sin una casa adecuada, vagando desde la orilla hasta la cabeza de la marea y los bosques profundos, dependiendo de la temporada. Confiando para la comida en lo que la familia podía cazar o recolectar.

En muchos aspectos, era una vida mucho más difícil que la que Jenny había dejado atrás. Aún así, la gente parecía feliz. Se reían mucho. Cuidaban a sus hijos con afecto evidente. Incluso entre Levi y Suzannah, que habían estado juntos durante muchos años y seguramente habían sufrido muchas dificultades, Jenny reconoció un fuerte y tierno vínculo. Escuchando el canto y las historias alrededor de la hoguera en esa noche de verano, sintió un pinchazo de envidia melancólica.

Antes de que pudiera recuperarse, Harris se acercó desde su lugar junto al fuego. "Supongo que todos pronto se irán a dormir por la noche."

Un bostezo poderoso sacudió a Jenny. "Me parece una idea estupenda. Sé que dormiré profundamente."

"Sí, bueno..." Harris vaciló. "Mira, es así. Levi dice que podemos dormir en el wikuom más pequeño con su hijo y su nuera."

Su tono y su mirada de vergüenza culpable hicieron que Jenny exclamara: "¿Dormir juntos, quieres decir? ¡Ni hablar!"

"Dormimos juntos la noche pasada y la anterior."

¡Los hombres! ¿No podían entender nada?

"Eso fue diferente, Harris. Estábamos en el bosque, y... y... era diferente."

Se encogió de hombros. "Todavía estamos en el bosque. Y esta gente no pensará nada inapropiado al respecto."

Algo en la forma en que hablaba hizo que Jenny preguntara con brusquedad: "Y ¿por qué no, me pregunto?"

Incluso con la luz del fuego, podía ver que su rostro se ponía rojo. "Bueno, quizás les hice pensar que es mi... mujer."

"Entonces puede hablar un poco con tu amigo, el señor Augustine, y aclarar ese asunto, Harris Chisholm."

"Sí, lo haría." Se pasó los largos dedos de una mano por el cabello. "Es solo que el hermano de Levi, Joseph, perdió a su esposa el año pasado en el parto. Supongo que, si supiera que no es mía, podría ofrecerme algo por usted."

Jenny miró a Joseph Augustine, en una conversación seria con su hermano. Era un milagro que no se hubiera vuelto a casar, porque era un hombre de buena presencia: alto, de hombros anchos y rasgos fuertes y guapo. A Jenny le recordó a Roderick Douglas la última vez que lo había visto. ¿Siete años en esta tierra áspera lo habrían cambiado mucho?

Recordando a Harris y los arreglos para dormir, le lanzó una mirada cautelosa. "No creo que haya mucho que hacer al respecto. Pero asegúrese de comportarse, ¿entendido?"

Él levantó la mano, como si estuviera prestando un juramento. "Grábeselo en la cabeza, muchacha, he renunciado a cualquier idea de que nosotros dos hagamos un trato. Solo quiero asegurarme de que llegue segura a Miramichi para poder continuar con mis asuntos con la

conciencia tranquila."

"Eso está bien para mí", respondió Jenny medio desafiante.

Recordando la deliciosa tortura de la noche anterior acostada con Harris, sabía que eran sus propios deseos tercos los que realmente la preocupaban. Debería estar tranquila sabiendo que él no haría nada para aprovecharse de sus inclinaciones caprichosas. En cambio, su corazón se contrajo en una punzada de decepción.

Iba a ser una larga noche.

* * *

¡Había sido una noche larga!

Harris se rascó los bigotes erizados de tres días en la cara. Luego bostezó y se estiró. A pesar de un lujoso colchón de pieles de animales, su cuerpo le dolía más esta mañana que en los últimos dos días.

Le dolía Jenny.

Durante toda la noche, mientras ella yacía a su lado, con su cuerpo cálido y tan accesible en el breve vestido de piel de ante, él había sufrido por ella. Le dolía hasta que temía que se rompiera por el esfuerzo de contener su propio anhelo.

Tan pronto como oyó los primeros movimientos de los Augustine que se preparaban para un nuevo día, se levantó y se unió a ellos. Cuando Jenny se levantó más tarde, endureció su corazón contra la suavidad de su rostro temprano en la mañana.

"Coma y vístase", le espetó. "No podemos perder el tiempo aquí todo el día. Todavía nos queda un largo camino por recorrer".

"Sí, Harris, no tardaré mucho". Sonaba apagada.

Había una mirada perpleja y dolor en sus ojos, que él hizo un sombrío esfuerzo por ignorar. Un eco de respuesta de ese dolor y perplejidad tiró de sus entrañas.

Mientras Harris veía a Jenny entrar en el *wikuom*, Levi Augustine apoyó un brazo alrededor de su hombro. "*Mon ami*, quédate con nosotros unos días más. Come y descansa para tu viaje. Cuéntame más sobre esta tierra tuya al otro lado del mar.

"*Merci pour votre hospitalité*." Harris lo dijo con sinceridad y con algo más que un toque de culpa.

Allí había estado, temeroso y desconfiado de aquellos nativos, cuando tenían muchas más razones para desconfiar de un extranjero como él. Sin embargo, lo habían hecho sentir más bienvenido de lo que jamás se había sentido. Si la necesidad de entregar a Jenny a Miramichi no lo hubiera provocado, Harris se habría contentado con quedarse en las orillas de este río con el nombre impronunciable, disfrutando de la inesperada comunión que había descubierto.

"Regresaré por aquí, cuando mi negocio termine en Miramichi", agregó, olvidando deliberadamente mencionar que Jenny no volvería con él. "Entonces me quedaré un rato con ustedes, si quieren".

Antes de continuar su viaje, Harris y Jenny se alimentaron completamente de bayas y más mariscos. Bebieron el sabroso caldo de caza que era la bebida principal de la familia. Entonces Suzannah Augustine les preparó una cesta tejida de pescado ahumado y Levi los llevó al otro lado del río en su canoa.

Jenny casi agotó su única palabra en francés, *merci*.

"*Je regret...*" le dijo Harris a su anfitrión. "Lo siento, no tengo ningún regalo que darte en agradecimiento por toda tu hospitalidad". Resolvió llevar algo consigo en su viaje de regreso.

Su anfitrión rechazó con la mano su disculpa. "Nos trajiste el don de la risa, Barba Roja. Y

respeto. Los hombres blancos, especialmente los ingleses, hablan con mi gente como si fuéramos niños tontos. Hablas como si fuéramos hermanos. Siempre serás bienvenido en nuestro *wikuom*".

Harris forzó sus pies hacia adelante. Había vivido la mayor parte de su vida como un forastero, y había hecho las paces con eso. No estaba seguro de qué pensar de la afinidad instantánea que sentía con esta gente. Solo sabía que era doloroso dejarlos.

"*Encore une chose!*" Levi los llamó. "Una cosa más. Ten cuidado con el fuego. Este ha sido el verano más seco que recuerdo. Los árboles están sedientos. Los arroyos son bajos. Enciende uno si es necesario, pero cuídalo bien y asegúrate de no dejar brasas calientes cuando levantes el campamento".

"*J'attend*" replicó Harris. "Entiendo".

Un incendio fuera de control en un país densamente boscoso como este era un terror en el que prefería no detenerse. Esperaba que el pescado ahumado de Suzannah les durara el resto del viaje para que no tuvieran que cocinar su comida.

"Ahora, ¿te importaría explicarme de nuevo?", dijo Jenny cuando estaban fuera de la vista de Levi, "por qué no estamos caminando por la costa, como planeaste".

Aunque la pregunta lo exasperó un poco, lo que implica que Jenny no confiaba en su juicio, Harris agradeció la distracción de la conversación sobre cualquier tema.

"Es así". Hizo todo lo posible por parecer paciente. "Según Levi, la costa se inclina bastante. Probablemente duplicaría nuestro viaje. Además, tenemos que cruzar tres ríos más, cuatro si nos mantenemos en la costa, y todos son anchos en la desembocadura. Necesitaríamos una canoa para cruzarlos. Levi me dio buenas indicaciones que nos llevarán a Miramichi casi en línea recta. Esquivaremos uno de los arroyos más cortos".

"¿Sí?" Jenny sonaba dudosa. "¿De qué sirven las indicaciones en campo abierto como este?"

"Llegaremos bien, ya verá. Solo tenemos que seguir esta cresta hasta llegar a un gran grupo de abedules. Luego buscamos el lecho seco de un arroyo y nos mantenemos en él hasta que llegamos a una roca más alta que un *wikuom*..."

Repitiéndose a sí mismo la letanía de instrucciones, Harris experimentó una punzada de duda. Si tan solo tuviera papel y bolígrafo para copiarlas. Levi, cuyo pueblo no tenía uso para escribir, poseía una memoria formidable. Podía recitar la lista de sus antepasados de más de diez generaciones. Podía contar muchas historias, de por qué los castores construyeron presas y cómo el puercoespín consiguió sus púas. Lo más importante para Harris en ese momento era que Levi Augustine parecía conocer este desierto sin caminos con una intimidad asombrosa.

Harris esperaba que su memoria estuviera a la altura de la tarea. Su supervivencia y la de Jenny dependían de ello.

Capítulo Trece

“¿Está seguro de que vamos por el camino correcto, Harris?”

El sol de agosto golpeaba a Jenny. Una desagradable mosca gorda con una cola verde se posó en su brazo y la mordió. La aplastó y la mató, deleitándose sombríamente en su venganza.

Ayer habían emergido de la cubierta del bosque a una zona de crecimiento más reciente. Unos pocos troncos de árboles carbonizados atestiguaban que el territorio había sido azotado por el fuego. Al principio, Jenny había disfrutado del campo abierto. Los arándanos eran abundantes. Podía ver mucho más lejos en cualquier dirección. Lo mejor de todo es que ya no tenía la sofocante sensación de que los árboles se acercaban a ella.

A medida que transcurría el segundo día, con obstinadas barricadas de alisos bloqueando su camino y el sol brillando implacablemente sobre ellos, había comenzado a anhelar la sombra amistosa del bosque.

"No, no estoy seguro", espetó Harris. Empezó a murmurar la desconcertante lista de instrucciones de Levi Augustine. "Pasamos la gran roca y luego bordeamos la orilla de ese pequeño lago. Subimos la colina y vadeamos el río".

"Sí, hicimos todo eso. ¿Qué dijo Levi acerca de este campo de arbustos?"

Las cejas de Harris se fruncieron en el ceño con preocupación. "Dijo que nos dirigiéramos hacia el norte y que medio día de caminata nos llevaría de vuelta a los árboles".

"Pero hemos ido un día y medio. ¡Maldición!" Jenny aplastó otra mosca que la había mordido. Esta escapó. "Nos hemos comido todo el pescado ahumado de Suzannah y el último de sus pasteles de avena".

"¿Tiene hambre? Podemos detenernos y recoger algunas bayas más si quiere".

"No". Jenny suspiró. "He comido tantas los últimos días que he perdido el gusto por ellas".

"Todavía deberíamos comer un poco más, aunque solo sea por la humedad". Harris se agachó y rápidamente recogió un puñado de los diminutos orbes de color púrpura oscuro. "Solo nos quedan uno o dos bocados de agua en la jarra".

El miedo helado picó en la parte posterior de la garganta de Jenny. Apenas podía tragar sus bayas. "Estamos perdidos, ¿verdad, Harris?"

Hizo un gesto cortante con la cabeza. "No estamos donde se supone que debemos estar y no sabemos dónde estamos. Yo diría que esa es una definición justa de *perdidos*".

¿Cuánto tiempo podrían seguir vagando, se preguntó Jenny, hasta que murieran de calor y sed?

Una parte de ella se consoló con tristeza por el hecho de que no estaba sola. Nunca habría llegado tan lejos sin Harris. Otra parte lamentó profundamente haberlo arrastrado a su temeraria aventura. ¿Qué había hecho para merecer esto? Nada más que cuidarla y hacer que ella lo cuidara de una manera que no podía pagar. No era culpa suya que le faltara el temple necesario para afrontar un mes de su noviazgo en Richibucto.

"Harris, yo..." Quería que él supiera lo mucho que lo sentía. Debiéndole tanto, ella le había pagado tan mal. Incluso si la quería, o se imaginaba erróneamente que la quería, se merecía algo mejor. Antes de que pudiera pronunciar las palabras, todo a su alrededor comenzó a girar. La oscuridad envolvía su visión y su mente.

El último atisbo de sensación que le llegó fue la voz de Harris. Su grito urgente de su nombre llegó a Jenny como si estuviera desde una gran distancia. Sintió que se deslizaba hacia

un pozo profundo y negro.

* * *

"¡Jenny!" Harris se tambaleó hacia ella mientras ella se desplomaba en el suelo. Apenas logró amortiguar su caída.

Ansiosamente, le palpó el pulso en la garganta. Después de un momento de respiración, fue recompensado con un débil aleteo bajo las yemas de sus dedos.

Secándose el sudor de su propia frente con el dorso de la mano, miró a Jenny. Su piel clara se enrojeció hasta adquirir un rojo furioso y el sudor se le extendió a lo largo de la línea del cabello. Harris se maldijo a sí mismo por obligarla a caminar tan lejos bajo el calor del despiadado resplandor del sol.

Recogiéndola en sus brazos, se acercó al tronco ennegrecido de un gran árbol muerto. Con delicadeza la acostó a la sombra del tocón carbonizado, el único trozo de sombra disponible. Con dedos temblorosos le desató el sombrero y se lo quitó del pelo húmedo y despeinado. Luego buscó a tientas la jarra de agua en su mochila. Se sentía terriblemente ligera.

Le echó unas gotas de agua entre los labios, animado al verla tragarla. Dos de esas moscas molestas se posaron en la cara de Jenny. Harris las abanicó antes de que tuvieran tiempo de morder. Obstinadamente, apartó la idea de cómo las moscas se sentían atraídas por un cadáver.

Otra salpicadura miserable de su preciosa agua entró en Jenny, y otra.

"Vamos, muchacha". Harris le dio unas palmaditas en la mejilla. "Ha descansado un poco. Es hora de abrir los ojos, antes de que me ponga demasiado ansioso por usted".

Jugó con la idea de besarla. Una sensación tan desagradable podría hacer que se recuperara lo suficientemente rápido, como el potente hedor de las sales aromáticas. Si no la revivía, al menos se iría a la tumba con una última intimidad robada.

Antes de que pudiera actuar sobre el impulso, Jenny gimió suavemente.

Sus párpados se agitaron. "¿Harris? ¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?"

El alivio se apoderó de él. "Se desmayó. Ojalá pudiera decir que la levanté y la llevé a la orilla de un río fresco, pero no puedo. Todavía estamos en el monte".

Alzó la mirada hacia el cielo azul pálido que se alzaba sobre ellos, con solo una voluta de nubes que cubría aquí y allá como telaraña. Era un espectáculo hermoso, pero en ese momento Harris hubiera preferido un banco de cabezas de trueno gordas y oscuras que amenazaban con un aguacero.

"No vamos a dar otro paso hasta que el sol se ponga un poco", comentó, tanto para sí mismo como para Jenny. "Hasta que volvamos a la sombra del bosque, vamos a viajar al anochecer y al amanecer. Cuando el sol esté alto, encontraremos cualquier sombra que podamos y descansaremos en ella".

"Parece un buen plan, Harris". El tono de Jenny era ligero y entrecortado, sugiriendo un tenue control de la conciencia. "Pronto encontrará una manera de salir de aquí. No hay nada que no pueda hacer cuando se lo propone".

Harris apenas pudo contener las ganas de echar la cabeza hacia atrás y reír como un lunático. ¿Hacer algo que se propusiera? Pues, él apenas podía hacer nada bien. Después de todo, había permitido a Jenny esta peligrosa locura de caminar hacia Miramichi, sabiendo algo del peligro que se avecinaba. Si hubiera sido la mitad del hombre que ella parecía pensar que era, la habría llevado de vuelta a Richibucto. Luego habría montado guardias armados, día y noche si era necesario, para asegurarse de que ella se quedara quieta.

Sin embargo, podría haber una pizca de verdad en lo que ella dijo, admitió a regañadientes.

Se sentía más capaz cuando Jenny estaba cerca. Tal vez era su fe incondicional en él. Tal vez era la forma en que sentía por ella lo que lo inspiró a cavar más profundamente dentro de sí mismo. O tal vez concluyó con un suspiro no pronunciado, fueron los desesperados problemas en los que los metió los que no le dejaron más remedio que estar a la altura de las circunstancias.

Jenny abanicó su rostro débilmente con la mano. "¿Alguna vez ha estado tan caliente como ahora?"

Húmedo de sudor, el busto de su vestido se aferraba provocativamente a su pecho. Harris trató de apartar la mirada, pero sus ojos se negaron a cooperar. De repente, su boca se sintió seca como el polvo. Apenas pudo ahogar una respuesta. "No. Nunca".

Era la verdad, aunque no toda la verdad. Lo que no había admitido era que el sol implacable no tenía toda la culpa.

* * *

Para cuando Harris declaró que el sol estaba lo suficientemente bajo como para reanudar su viaje, Jenny se había recuperado un poco. Durante las siguientes tres horas siguieron adelante a medida que las sombras se alargaban.

"¿Qué es eso, allá?", preguntó. ¿Era solo otra sombra o algún tipo de espejismo?

Harris entrecerró los ojos en la dirección que había señalado. "Parece ser una gran roca. ¡Bien visto, muchacha! Vamos a echar un vistazo".

Efectivamente, era una roca alta con mechones de musgo adheridos a su superficie picada.

"Al fin!" Dijo deslizando la mochila de su espalda, Harris comenzó a trepar. "Un poco de altura para poder echar un buen vistazo alrededor".

Jenny contuvo la respiración mientras él trepaba a la cima de la roca. Durante las últimas tres horas, había luchado contra el mareo. Odiaba pensar qué pasaría si Harris sufriera un desmayo estando tan alto del suelo.

Afortunadamente, llegó a la cima de la roca sin contratiempos. Luego, Harris se protegió los ojos del resplandor del sol poniente y escudriñó el horizonte.

"¿Ve algo?" Jenny le habló desde abajo.

"Solo más arbustos por allá", respondió en tono desanimado. "Kilómetros y kilómetros de la maldita vegetación".

Rindiéndose ante la debilidad en sus rodillas, Jenny se dejó caer al suelo. Las lágrimas le pinchaban los párpados, pero se negaba a ceder ante ellas. Ella y Harris habían compartido los últimos sorbos de agua en su cantimplora. Antes de mucho tiempo tendrían que detenerse para la noche. Entonces tendrían que levantarse al amanecer y caminar unas horas más antes de verse obligados a detenerse nuevamente. Si para entonces no encontraban un bosque o agua...

Jenny apartó ese pensamiento.

Desde su precaria posición en la cima de la roca, Harris se incorporó. ¿Había perdido el equilibrio?

"¡Árboles!"

Le tomó un momento entender lo que había dicho. Mientras tanto, Harris bajó precipitadamente de su atalaya.

"Por aquí". Agarrándola del brazo justo encima del codo, la levantó de pie. Con su otra mano, Harris recogió su mochila. "No está lejos".

Antes de que pudiera reunir sus pensamientos o aliento para hacer una pregunta, Jenny se encontró tambaleándose a través del arbusto tras Harris. Todo lo que pudo hacer fue mantener sus pies en movimiento para no caer de bruces al suelo. Por un instante, temió que hubieran

dejado atrás su paquete de ropa de boda. Una ola de alivio la envolvió cuando se dio cuenta de que lo tenía firmemente agarrado en su mano.

Entonces los vio.

Justo enfrente. Una línea oscura y desigual de árboles altos recortados contra el cielo rojizo del crepúsculo. Hasta los últimos dos días, Jenny había pensado que estaría contenta de no volver a ver un árbol. Ahora sus piernas encontraron nueva energía mientras la llevaban más y más cerca del borde del bosque. Una vez que Harris la soltara, tenía la intención de abrazar el primer tronco de árbol que encontrara y besar su querida corteza.

Ella y Harris jadeaban por el aliento, permitiendo que su avance los llevara más adentro del bosque. Entonces él tropezó.

De repente, soltó su brazo, y Jenny se encontró tambaleándose al borde de una pendiente empinada e inestable. Se lanzó para agarrar alguna parte de Harris y frenar su caída, pero su mano se cerró en el aire vacío. La tierra suelta y las piedrecillas se deslizaron bajo sus pies. Se lanzó hacia atrás.

El grito de caída de Harris rompió la cálida quietud del crepúsculo. Terminó en un chapoteo fuerte y enfático.

Bajando precipitadamente la pendiente, Jenny se detuvo en seco al borde del agua. "Oh, Harris, ¿está muerto?"

Con un jadeo sofocado de risa, él se levantó del río y se sacudió como un perro rojo y esbelto. "¡Si lo estoy, entonces seguramente he ido al cielo!"

Se dejó caer de nuevo en el agua con otro grito contagioso de alegría.

Aliviada, Jenny se acomodó en un tronco caído y susurró una breve pero profunda oración de agradecimiento por su salvación.

"¿Qué está esperando?" Harris avanzó por el agua hacia ella. "¿No ve que esto es agua?"

"Sí, veo. Solo me senté para quitarme los zapatos. Sus botas van a estar empapadas".

Harris encogió los hombros. "No tuve tiempo de pensar en quitármelas. No sé si me habría molestado de todos modos. Después de los últimos dos días, creo que puedo caminar con botas mojadas. Ahora que lo menciona, sin embargo, me gustaría sentir la arena entre mis dedos".

La luz del día estaba desapareciendo rápidamente.

Jenny pudo distinguir la forma de Harris saltando tratando de quitarse la bota. Con un gruñido de satisfacción de él y un ruido de succión profundo de la bota, se separó finalmente de su pie. La arrojó a la orilla, seguida del fajo empapado de su calcetín. Su otra bota y calcetín pronto le siguieron.

"¿Qué la detiene, Jenny?"

"Son estos ganchos", murmuró. "No puedo desabrocharlos".

¿O eran sus dedos torpes los culpables?

Harris chapoteó hacia ella. "Permítame, *mademoiselle*".

Aunque intentó detenerse, Jenny levantó la vista. Solo podía distinguir su forma en la luz moribunda, alta y delgada con su camisa pegada a sus anchos hombros de una manera que le aceleró el corazón.

Arrodillándose ante ella, Harris deshizo hábilmente el cierre de su calzado. Una mano sujetaba su pie en una firme caricia mientras la otra le quitaba el zapato. Una extraña y cálida corriente la recorrió, como la sensación de miles de abejas picándola sin dolor. Irradiando desde su pie, ardía en la base de su garganta, las puntas de sus pechos y el abismo más profundo y más íntimo de su vientre.

Jenny apenas sabía qué pensar de eso. Toda esa preocupación por un pie tocado por un

hombre al que había rechazado. Un hombre que había abandonado cualquier noción de ganarla. Seguramente era solo el calor y el agotamiento alcanzándola.

Alejando su pie de Harris, jadeó, "Puedo quitarme el otro yo misma".

"Está bien". Su voz tenía una extraña calidad estrangulada, como si no pudiera atrapar el aliento.

Jenny buscó algo que decir que rompiera la intensidad incómoda y peligrosa entre ellos. "¿Cree que el agua es potable?"

Sentándose de nuevo sobre sus talones, Harris rio. "Tragué bastante cuando aterricé en el río. No me ha hecho ningún daño hasta ahora".

Quitándose el otro zapato, Jenny buscó debajo de su falda para bajar sus medias. Sabía que Harris no podía ver mucho con el sol bajo, pero el pensamiento de subir su vestido y exponer sus pantorrillas y muslos desnudos provocó que esa multitud de abejas volviera a trabajar en ella.

"Podría tomar un trago, estoy tan sedienta".

Una cálida y caprichosa brisa del río le susurró en las piernas desnudas, como el roce de las barbas de un hombre. Su boca se secó aún más. Se necesitaría más que agua para apagar esta sed voraz.

"No querrá beber justo en este lugar", aconsejó Harris. "He revuelto demasiado el lecho del río. Vaya aguas arriba un poco".

Sus piernas temblaban debajo de ella mientras Jenny avanzaba por la orilla. Cuando un escalofrío repentino la recorrió, trató de ignorarlo también, solo para darse cuenta de que había pisado un manantial helado que fluía hacia el río.

Bebió y bebió de él hasta que su estómago se sintió revuelto. Luego Jenny salpicó agua fría en su rostro y muñecas y en cualquier otro lugar donde pudiera apagar la fiebre no deseada que ardía dentro de ella.

Desde aguas abajo, escuchó a Harris silbando para sí mismo mientras chapoteaba en el río. Arremangando su vestido hasta las rodillas, se adentró. Harris tenía razón. El fino y suave limo del lecho del río se deslizaba entre sus dedos de los pies en la sensación más deliciosa imaginable.

Como si estuviera alerta a sus pensamientos, Harris gritó: "Entre más profundo, Jenny. ¿Qué está haciendo, abriéndose camino a lo largo de la orilla de esa manera?"

"No tenía ninguna opción para que su ropa se mojara", respondió, "pero yo sí. No tengo intención de dormir con un vestido empapado esta noche".

"Quíteselo, entonces".

"¡Ya le gustaría!"

"Lo digo en serio, Jenny. ¿Quién lo sabrá? Probablemente no haya un alma viviente en diez o veinte millas y está demasiado oscuro para que yo vea algo inapropiado".

Tenía razón en ambos aspectos. Aún así, Jenny dudó.

"Bañarse de vez en cuando es bueno para el cuerpo", insistió Harris.

No fueron sus argumentos los que la convencieron, Jenny insistió ferozmente para sí misma. Era la forma sofocante en que su vestido empapado de sudor se aferraba a sus brazos y espalda. Era el seductor sonido de ondulaciones y salpicaduras mientras Harris retozaba en el agua. Y tal vez fue el escenario edénico lo que restauró en su feminidad la inocencia perdida.

Antes de que tuviera tiempo de pensar mejor en la idea, se quitó el vestido, dejándolo colgado sobre el tronco de un árbol caído. Se adentró en el río, cada vez más profundo, jadeando de vez en cuando mientras la caricia vigorizante del agua se elevaba para reclamar otra parte de su cuerpo: los muslos... Caderas... cintura.

Cielo.

Después de dos días enteros caminando bajo el calor hirviente de agosto, era el paraíso rendirse a la fresca caricia del arroyo.

“¿Qué le dije?” Harris soltó una risita desde cerca.

Jenny podía distinguir la sombra de él.

"Se siente bien, ¿no?" Echó un chorro de agua en su dirección.

“Sí. Muy... refrescante”, Jenny le devolvió el chapoteo.

De repente, él desapareció bajo la superficie del agua.

“¿Harris?” Ella se adentró hacia el último lugar donde había visto su sombra. “¿Qué pasa?”

Ella soltó un grito al sentir algo enrollarse alrededor de su tobillo.

Harris emergió a la superficie, a un alcance de brazo.

"Solo era yo, muchacha", balbuceó entre risas. “Por la forma en que saltó, debe haberme confundido con un monstruo marino”.

“¿Le parece divertido asustar a una muchacha de esa manera?” Antes de que pudiera alejarse, Jenny emergió y agarró un puñado de su cabello. “¿*Confunde* esto, Harris Chisholm!”

Con toda su fuerza, lo empujó hacia abajo bajo el agua.

Luchando para liberarse, él rozó su muslo. Repentinamente, soltó su cabello. A medida que la cabeza de Harris volvía a emerger del agua, la mano de Jenny bajó por su cuello hasta su hombro.

Su hombro desnudo.

"¿Qué pasó con su ropa?" La pregunta casi se escapó. Con toda su voluntad, Jenny apartó su mano de Harris. Se movió de manera reacia.

"¿Mi ropa?" Sonó sorprendido. “Lo mismo que la suya. No me gustaba cómo se sentía, así que me quité la ropa mientras usted tomaba agua. Las escurrí y las colgué en ramas. Con la brisa cálida, es posible que estén secas para cuando las necesite”.

Se agachó de nuevo. Temiendo otro ataque desde las profundidades, Jenny retrocedió. Harris solo llenó su boca de agua y lanzó un chorro hacia ella.

"¡Maldito!" ella chilló. “¡Tome eso!” Golpeó el agua con las palmas abiertas, produciendo un chapoteo satisfactorio.

"Falló". Harris apareció detrás de ella.

"¿De verdad?"

Su juego de agua continuó, acompañado de burlas de buen humor, gritos de sorpresa y muchas risas alegres. Como dos niños.

Pero no eran niños y sus juegos no eran del todo inocentes. Un toque podía desviarse hacia territorio prohibido, encendiendo un calor salvaje que ningún río podría apagar.

Jenny se levantó del agua solo para descubrir que se había acercado más a la orilla. A la luz plateada de la luna creciente, sus senos desnudos eran claramente visibles. Lo más impactante aún, ella no le dio importancia.

Se sumergió bajo el agua, con la intención de agarrar a Harris por el tobillo y hacer que perdiera el equilibrio. En cambio, él la agarró por el brazo, tirándola hacia él.

Aunque sabía que debería luchar y protestar, la única palabra que pudo pronunciar fue su nombre.

Él la atrajo hacia sí, el fresco y resbaladizo contacto de sus cuerpos mojados siendo una sensación exquisitamente adictiva.

"Lo sé, muchacha."

¿Qué sabía él?

"Se va a casar con Roderick Douglas y todos los aullantes perros del Hades no la detendrán".

¿Roderick qué? Jenny quería preguntar. Después de semanas luchando contra ello, finalmente estaba lista para admitir cuánto lo quería.

"Me... gusta mucho". Sus palabras tibias contradecían el infierno que latía entre ellos. "Pero ahora veo que no es más que un capricho pasajero para mí".

Un dolor punzante atravesó el corazón de Jenny.

"No hay razón en el mundo para que estemos haciendo esto". Se inclinó hacia adelante, atrapando su labio inferior entre los suyos y acariciándolo de manera tentadora.

Justo cuando se preparaba para devolverle el beso, él abandonó su boca y empezó a trabajar en otro lugar.

"No hay razón excepto la luz de la luna", susurró él. Su aliento cálido llenó su oído, acariciándolo gentilmente.

"Y soy un hombre..." Harris continuó, sus labios y su nuevo crecimiento de barba rozando su cuello hasta que Jenny temió que se saliera de su propia piel con una necesidad abrasadora.

De su garganta, repentinamente reseca de nuevo, salieron las palabras que trató de contener. "... y soy una mujer."

"Sí." Ella podía sentir su sonrisa en el murmullo de Harris. "Es todo eso, muchacha."

Sus labios tropezaron entre sí, impulsados por los impulsos tan antiguos como la humanidad. Tan irresistibles como el tirón de las mareas. Tan inexplicables como la luz de la luna.

Justo cuando sus bocas se dirigían una hacia la otra, ansiosas por devorarse y ser devoradas, Harris se congeló. "¡Escuche!"

Desde aguas abajo llegaba el inconfundible zumbido de las gaitas.

Jenny se oyó a sí misma jadear, como si estuviera hechizada por dos siglos de rectitud justa. Esto no era el Edén y ella no era Eva.

Harris la empujó hacia la orilla. "Vístase, Jenny. No deberíamos estar haciendo esto."

En una neblina de vergüenza y frustración insoportable, ella caminó hacia la orilla del río y recogió sus ropas.

Capítulo catorce

Harris apenas se atrevió a mirar a Jenny mientras avanzaban río abajo unas horas después del amanecer.

¡Vaya con Walter Scott y todos sus ideales caballerescos!

No se había arriesgado a acercarse a ella durante la noche por miedo a sucumbir una vez más a la locura lunar. Había necesitado cada fibra de decencia temerosa de Dios en él para apartarla cuando todo su ser la deseaba.

Esto debía ser una señal de que él no la amaba. Harris se entretenía con el pensamiento esperanzado. Seguramente ese respetable y tierno sentimiento no tenía nada que ver con el anhelo salvaje que lo había poseído la noche anterior. ¿Había confundido los primeros indicios de ese deseo impío con un puro apego romántico?

"¡Cuidado por dónde va, Harris!"

"¿Qué?" Miró hacia abajo justo a tiempo para ver cómo su bota caía de lleno en una pila de estiércol hediondo.

Maldijo entre dientes, lanzando a Jenny una mirada enojada cuando ella se rio.

Desde cerca, un buey levantó su amplia y tranquila cabeza y observó a Harris con indiferencia bovina.

"¿Por qué te ves tan satisfecho?" Harris le espetó al gran animal. Él sabía perfectamente por qué. El robusto animal podía ser un tímido y estúpido trotador, pero al menos estaba libre de la tiranía de las féminas. Completamente indiferente a sus encantos, a diferencia del toro irascible que se mantenía en un estado constante de frenesí por sus instintos carnales.

Cuando Harris echó un vistazo a Jenny, la encontró mirándolo. Sus ojos se encontraron por un solo instante de búsqueda, luego ella desvió rápidamente su atención hacia otro lado. Tenía que llevar a esta mujer a Miramichi antes de que su corazón y su honor fueran completamente comprometidos.

Entraron en un claro abierto, donde otro buey y media docena de vacas lecheras pastaban. Al otro lado del claro, un hombre grande cortaba el tronco de un antiguo arce con su hacha de doble filo. Después de cuatro golpes sonoros, se detuvo para descansar. Para ese momento, Harris y Jenny se habían acercado más a él, avanzando lentamente para evitar pisar más estiércol.

El hombre los vio y esbozó una amplia sonrisa. Dejando su hacha a un lado, sacó un pañuelo casi del tamaño de un mantel y comenzó a secarse la frente.

"¡*Failte!*" tronó él. ¡Mil bienvenidas!

"¿Todos en esta colonia hablan francés, Harris?" Jenny sonaba casi plañidera.

El hombre echó hacia atrás su cabeza redonda y calva y rio.

Antes de que Harris pudiera responder, Jenny agregó: "Sea cual sea el idioma que hablen, la gente aquí parece encontrarlo todo cómico".

"No *todo*, señora", respondió el hombre, sus risas disminuyendo.

"Eso no fue francés", dijo Harris. "Fue gaélico. Estas personas deben ser de las Tierras Altas".

El gigante rubicundo extendió una enorme mano. "Alec McGregor, antes de Rannoch, a su servicio. ¿Y quién sería usted, extraño, que puede distinguir la diferencia entre una bienvenida gaélica y una francesa?"

"Harris... Chisholm, señor". Luchó por no hacer muecas mientras McGregor le estrechaba la

mano. "Antes... de Dalbeattie en Galloway".

"¿Chisholm, dices? Eso lo explica, entonces. ¿Pero qué hace un buen nombre de las Tierras Altas tan al sur?"

"Mi abuelo tuvo que hacerse más reservado después *del Cuarenta y Cinco*, la rebelión jacobita". Aunque Harris no podía entender el parecido, este hombre masivo le recordaba a su abuelo encorvado y delgado. Quizás era el cadencioso acento celta de su voz rugiente.

Alec McGregor asintió sabiamente ante la explicación de Harris. "Fue un tiempo duro. Mucha gente se fue. Dos mil veces bienvenido, Harris Chisholm, para usted y su bella señorita".

Harris solo dudó un instante antes de responder. Dejar que la gente de Levi Augustine pensara que Jenny le pertenecía había sido un espectáculo de debilidad esperanzada. "No soy un hombre casado, señor McGregor. Esta es Jenny Lennox, una vecina mía de Dalbeattie. Estamos yendo a Miramichi".

"Hemos venido todo el camino desde Richibucto, por tierra", añadió Jenny con orgullo audible por su logro.

Las cejas grises de McGregor se pusieron en atención. "¿De verdad? No es un viaje que me gustaría hacer. Pero si han llegado tan lejos sin problemas, se pueden considerar casi arribados. No hay más que cinco millas de aquí a Miramichi y un camino bastante bueno para estos lugares. Excepto en primavera y otoño, se puede traer un carro por él".

Era como si el hombre hubiera cortado las piernas de Harris con su hacha. Solo cinco millas de buen camino separaban a Jenny de Roderick Douglas. Para la hora de la luna, esta noche, ella habría desaparecido de su vida para siempre. Aunque había pasado las últimas horas anhelando el fin de su tormento, su llegada lo dejaba curiosamente desolado.

"Gracias por la información, señor McGregor". Casi se atragantó con las palabras. "Si fuera tan amable de indicarnos por donde, seguiremos nuestro camino".

"¿No pueden quedarse el día? Han llegado en un momento magnífico. El párroco está aquí desde Pictou. Vamos a tener una boda".

"Es *muy* hospitalario de su parte preguntar". Harris avanzó con su respuesta. "Pero tenemos asuntos urgentes..."

"Es amable de su parte invitarnos", interrumpió Jenny. "Nos alegrará quedarnos, ¿no es así, Harris? ¿Quién se está casando?"

"¿Quién no se está casando?" El hombre rio de nuevo, un sonido fuerte y contagioso. "Casi todos los jóvenes... mi hija Isabel, dos de mis sobrinos, la hermana menor de mi esposa. Van a casar a su pequeño también".

Evidentemente, interceptó la mirada que pasó entre Harris y Jenny, porque se apresuró a agregar: "Han pasado más de dos años desde que vino un predicador de la Iglesia Libre. Entre veces cuando un hombre y su dama quieren casarse, obtienen la bendición de sus padres y prometen hacerlo de manera adecuada en la próxima fecha de casamiento. Si tienen la intención de unirse en matrimonio ustedes mismos, supongo que el predicador podría guiñar el ojo con la publicación de las amonestaciones".

Un rubor furioso inundó el rostro de Harris. "Agradecemos la oferta, pero la señorita Lennox tiene un novio esperándola en Miramichi. Solo soy su escolta".

El hombre encogió los hombros, *como diciendo, hagan lo que quieran*. "Si tienen ganas de establecerse en estos lugares, Chisholm, encontrarán algunas jovencitas interesantes aquí. El día de la boda siempre es un buen momento para cortejar".

De hecho. Eso sonaba como justo lo que necesitaba para purgar a Jenny Lennox de su sistema.

"Bueno, este árbol no se va a cortar solo, por desgracia". Alec McGregor escupió en sus manos y volvió a levantar su hacha. "No me gusta dejar el trabajo a medias, sin embargo. Podría caerse y matar a una de las vacas. Sigamos adelante y pronto llegarán a mi lugar. Estará zumbando como una colmena. Díganle a todos quiénes son y que los invite a la boda. Yo estaré allí más tarde".

Con el sonido sordo del hacha resonando rítmicamente detrás de ellos, Harris y Jenny siguieron el camino que Alec McGregor les había señalado.

Harris se aclaró la garganta. Mientras estaban solos, había algo que necesitaba saber.

"Podríamos estar en Miramichi esta noche". No pudo expresar su pregunta en términos más claros.

"¿Está tan ansioso por deshacerse de mí?" preguntó Jenny.

"Yo solo digo... estamos muy cerca".

"Supongo que otro día no hará mucha diferencia".

Quizás no para ella, pensó Harris mientras veía una casita acogedora plagada de mujeres ocupadas. Él, por otro lado, planeaba hacer buen uso de cada minuto para fortalecer su corazón contra el dolor de su separación.

Sin confiar en sí mismo para hablar, encogió los hombros como diciendo, *haz lo que quieras*.

* * *

Cuando Harris y Jenny se acercaron al rancho, una joven salió a su encuentro. Tenía las mangas arremangadas hasta el codo y algunas plumas marrones aún se aferraban a sus manos grandes y capaces. Cuando mostró una amplia sonrisa, el pequeño espacio entre sus dientes superiores proclamó su parentesco con Alec McGregor.

"¡*Failte!*" les saludó.

Harris respondió con algunas palabras ininteligibles que Jenny tomó como Galés. Debe haber sido alguna respuesta ritual a las mil bienvenidas, ya que rápidamente volvió al inglés. "Conocimos al señor McGregor en el pasto y nos invitó a quedarnos para la boda. Soy Harris Chisholm y esta es Jenny Lennox. Estamos de camino a Miramichi, donde ella se casará".

No debía querer que nadie más pensara que eran una pareja casada. Tampoco Jenny, aunque no vio la necesidad de revelar la verdad tan abruptamente.

"Soy Isabel McGregor, la hija de Alec. Han venido al lugar correcto para entrar en el espíritu de la boda, señorita Lennox".

Jenny solo podía mirar a la chica, con su delantal manchado de sangre y sus rizos oscuros desordenados. "Pero... pero... ¿no es usted la novia?"

"Sí, una de ellas". Isabel McGregor echó una mirada de divertimento irónico sobre sus manos y delantal. "Pero si vamos a tener una fiesta apropiada, alguien tenía que matar y desplumar a esos estúpidos gallos. Yo no podría ser una pobre señora de la mansión, señorita Lennox. Eso lo dejo para mi hermana, Morag".

Aunque la joven no parecía ofendida por su comentario, Jenny aún sintió la necesidad de cambiar de tema rápidamente. "¿Su hermana también se casa hoy?"

Toda la alegría desapareció del rostro sonrosado de Isabel McGregor. Jenny se preguntó qué había dicho mal esta vez.

"No". La chica encontró su voz de nuevo, aunque sonó completamente diferente: plana y hueca. "No hoy".

Como Ivanhoe en Ashby, Harris montó al rescate de Jenny. "Si vamos a disfrutar de los

frutos de su fiesta, señorita McGregor, lo menos que podemos hacer es ayudarla a prepararla. ¿Nos pondrá a trabajar?"

Isabel McGregor parecía dar la bienvenida a la distracción tanto como Jenny. Sonrió de nuevo. "Sí, estaríamos encantados de tener dos pares extra de manos. Pueden guardar sus cosas en la casa. Señor Chisholm, si sigue ese camino detrás del granero, pronto llegará al lugar de Ewan Menzies. Están asando un cordero y se supone que los hombres nos traerán algo de pescado. Seguro que puede ser de ayuda. Solo entre usted y yo, me gustaría que los mantuvieras alejados de la cerveza de Ewan hasta *después* de la ceremonia".

"Se necesitaría un hombre más valiente que yo para interponerse entre una multitud de highlanders y su usquebaugh", bromeó Harris. "Pero haré lo que pueda para complacerla, señora".

"¿Quiere que vaya con él?" preguntó Jenny.

"Oh, no, ¡por favor!" protestó Isabel McGregor con alegría. "Si mi Murdock la ve, es probable que me deje plantada antes de la boda. Mejor quédese aquí, señorita Lennox. Podría ayudar a la abuela McPhee a hornear las tortas de avena, si quiere. Sus manos están terriblemente afectadas por el reumatismo, pero nada puede mantenerla ociosa".

La chica señaló un horno al aire libre a cierta distancia. "Aunque le encanta chismorrear, así que se enterará de toda su vida".

Harris habló, "Entonces nos pondremos a trabajar, señorita McGregor".

Sonaba ansioso por marcharse.

"Los dos pueden llamarme Isabel, por favor. Este es un asentamiento pequeño y la mayoría somos familiares de alguna manera u otra, así que no tenemos formalidades".

"Muy bien... Isabel. Nos pondremos a trabajar y te dejaremos seguir con lo tuyo".

Primero, guardaron el paquete de ropa de Jenny y la mochila de Harris.

"Supongo que te veré en la boda", dijo Harris mientras se separaban.

"Sí". Por más que lo intentara, Jenny no pudo evitar que un atisbo de nostalgia se colara en su voz. Parte de la razón por la que estaba ansiosa por quedarse para la boda era para que ella y Harris pudieran tener un último día juntos antes de... Miramichi.

Un día para reconciliarse con sus elecciones y su futuro, un día para decir adiós. A él no parecía importarle eso. Siendo tan hombre para volverse práctico y decidir que es mejor seguir adelante con su vida. No es que quisiera que él estuviera colgando por ahí, pensando en ella, pero...

"Asegúrate de no meterte en problemas en Menzies", trató de imitar su tono brusco.

Afortunadamente, Jenny se encontró con poco tiempo para la reflexión o los remordimientos. Las siguientes horas pasaron volando en un torbellino de preparativos para la fiesta. Huevos para batir. Masa para estirar. Grandes ruedas de tortas de avena para sacar del horno. Aunque dudaba en admitirlo, Jenny se encontró disfrutando del ritmo hogareño de esas tareas familiares.

Cortesía de la abuela McPhee, una mujer pequeña y robusta de disposición habladora pero amable, la lengua de Jenny pronto trabajaba tan activamente como sus manos.

"... No sabía lo que estaba pasando, pero podía escucharlos rodando algo pesado sobre la cubierta..."

"... No puedo empezar a adivinar cuántas horas estuvimos en esa agua fría, esperando que amaneciera para poder ver nuestro camino hacia la orilla".

"... entonces los indios comenzaron a reír como un montón de tontos. Estaba tan molesta, que por un par de monedas los habría golpeado a todos".

Cuando las últimas tortas de avena finalmente salieron del horno, Jenny levantó la vista para descubrir que había reunido a una gran audiencia de chicas y mujeres.

"¡Cuentas una buena historia, muchacha!" se rio la abuela McPhee. "Me hace recordar las historias que mi madre solía contarnos sobre la Gran Rebelión y el Bonny Prince. A pesar de todo eso, preferiría *escuchar* aventuras que vivirlas".

"Me gustaría tener aventuras", suspiró una chica alta a punto de convertirse en mujer, "especialmente con un héroe como tu señor Chisholm".

"Harris, ¿un héroe?" Aunque la risa brotaba de sus labios, Jenny notó varios asentimientos y más de una sonrisa soñadora entre las jóvenes. El tipo de sonrisa con la que ella misma había contemplado a su propio héroe: Roderick Douglas.

Una voz astuta en el fondo de su mente le dijo a Jenny que aprovechara todo ese interés femenino en Harris. Poner a un grupo de admiradoras tras él y pronto abandonaría cualquier idea sobre ella. Entonces podría casarse con Roderick felizmente, sin un solo remordimiento de culpa.

Abrió la boca para decir palabras de aliento. En cambio, se escuchó diciendo: "El hombre no es ningún héroe, créeme. Por qué puede ser el más molesto, crítico..."

Estimulante. Comprensivo. Generoso. Jenny no pudo convencerse a sí misma de avivar las llamas de la fantasía juvenil con la verdad.

Por sus miradas lejanas y sonrisas secretas, Jenny supo que sus admoniciones habían caído en oídos sordos. Y no le gustó en absoluto.

* * *

Mirando desde el camino muy transitado bajo sus pies hacia el más débil que giraba a la izquierda, Harris frunció el ceño. El sonido de voces masculinas llegaba desde esa dirección: risas y discusiones amistosas acompañadas de un chapoteo ocasional. ¿Qué camino había querido decirle Isabel McGregor que tomara? Debía tener el peor sentido de la orientación en toda la colonia de Nuevo Brunswick.

"Cualquiera de los caminos te llevará allí", dijo una mujer, su voz suave como un viento de verano entre las hojas con un rico acento celta.

Harris miró a su alrededor, tratando de encontrar la fuente de la voz.

Entonces la vio.

Ella se arrodillaba en un claro cercano, su vestido verde a cuadros y su cabello oscuro se fundían perfectamente con las sombras del bosque. Por un momento, se preguntó si era real o solo un espíritu de los bosques.

La joven al principio no le prestó atención, ocupada en arrancar rosas silvestres. Sus manos tenían una elegancia natural y sus largos cabellos sueltos caían a su alrededor como un manto lustroso. Harris nunca había visto a una mujer como ella. Entonces, ¿por qué parecía tan familiarmente inquietante?

"¿P-perdón?" balbuceó.

Rebecca. Eso era. Se parecía exactamente a como siempre había imaginado a Rebecca de Ivanhoe.

Dos ojos amplios y claros se posaron en él.

"Cualquier camino lo llevará a la casa de Menzies", repitió. "El menos transitado es más corto, pero tendrá que cruzar el arroyo".

"Gracias, señora. Mi nombre es Harris Chisholm. Alec McGregor nos invitó a la boda. ¿Es una de las novias?"

Ella no respondió a su pregunta ni ofreció presentarse a cambio. "Pensé que podría ser el

ministro".

Resultaba irónico para Harris que alguien lo confundiera con un hombre de la iglesia, considerando dónde había estado y qué había estado haciendo anoche cuando el sonido de las gaitas lo devolvió a sus sentidos. Haber sido mordido por la serpiente era más cercano a la verdad.

Huyendo de esos recuerdos no deseados, Harris comenzó a bajar por el camino de la izquierda. Apenas había dado uno o dos pasos cuando la mujer llamó: "Dígale a Murdock Menzies de mi parte que se mantenga sobrio y no se mate con tonterías antes de la boda. No permitiré que arruine el día de Isabel".

Su advertencia sonó con un tono de mando imperioso, como una dama de la mansión acostumbrada a ser escuchada y obedecida.

Harris se dio la vuelta. "Debe ser Morag McGregor. Isabel me envió con un encargo bastante similar, aunque ella lo expresó de manera un poco más..."

Mientras se acercaba a la mujer con la mano extendida, ella retrocedió. Un gesto de angustia pasó por sus ojos verdes, pero Harris apenas lo notó. Su mirada cayó en sus mejillas de marfil, donde el fino velo de su cabello oscuro se había despeinado.

Un gemido bajo escapó de sus labios.

Dos cicatrices enojadas y dentadas marcaban un rostro por lo demás hermoso. Distorsionaban la simetría de sus rasgos, como si la cabeza de porcelana de una muñeca de moda hubiera sido aplastada y luego pegada de nuevo por manos inexpertas.

Era la primera vez que Harris veía otro rostro marcado excepto en su espejo de afeitarse. Algo dentro de él lamentaba a esta mujer. ¿Le dolerían aún las heridas? Parecía que sí. Una parte de él también lamentaba lo que aquellos a su alrededor habían perdido. Seguramente, su rostro alguna vez fue admirado por todos con deleite.

"Sí, soy Morag". La bruma pasajera de angustia en su mirada se congeló en una cortina de altivez helada que Harris reconoció demasiado bien. "Vaya al lugar de los Menzies, extraño, y mantenga un ojo en ese tonto de Murdock".

Un crujido en la maleza detrás de él hizo que Harris desviara la mirada. Cuando volvió a mirar, Morag McGregor había desaparecido tan completamente como si nunca hubiera estado allí.

La maleza volvió a crujir. Esta vez, cuando Harris miró, vio a una mujer alta y de huesos robustos acercarse hacia él.

"Ya conocí a Morag, veo", dijo sacudiendo la cabeza con pesar. "Qué cosa más terrible, pero ya sabe lo que dice el buen libro sobre el orgullo que antecede a la caída".

Harris no estaba seguro de cómo responder.

Afortunadamente, la mujer no parecía dispuesta a una conversación bidireccional. "Debe ser ese hombre Chisholm que ha venido a la boda. ¿Todo el camino desde Richibucto, a pie? ¡Nunca había oído hablar de nada tan tonto! Debe estar camino a la casa de Menzies, ¿verdad? Yo también. Lo seguiré, entonces.

Harris se colocó al lado de la mujer. Su charla insistente se deslizaba sobre él, poco de ello penetraba su conciencia mientras pensaba en su curioso encuentro con Morag.

Pena. Cómo la había despreciado en su juventud. Ante el más mínimo atisbo de lástima en los ojos o la voz de alguien, había reaccionado exactamente como Morag McGregor, envolviéndose en su armadura protectora de frío desprecio. Ahora había experimentado eso desde el otro lado, y no era lo que esperaba. Decidió que había cosas mucho peores que una suave lástima.

A su lado, la mujer locuaz seguía hablando. De vez en cuando asentía con la cabeza en respuesta. Ella se había presentado, pero él solo había estado medio escuchando y no recordaba su nombre. Algo de Algo.

"Todos pensaron que era tan extraño, un Chisholm del sur. Pero estuve con una mujer Chisholm en Glasgow y no era una montañesa. Una cosa bonita, descansa en paz. Ahora, ¿cuál era su nombre? ¿Bethia? ¿Brenda? Oh, mi memoria no es lo que solía ser."

Para ese momento habían llegado a la casa de los Menzies. Por el agudo olor que colgaba en el aire quieto, Harris supuso que Isabel McGregor tenía razón acerca de los hombres probando la cerveza de Ewan Menzies. Después de la semana que había pasado, Harris estaba inclinado a reconfortarse con un pequeño trago también.

Se volvió hacia su acompañante. "Ha sido un placer conocerla... señora. Ahora, si fuera tan amable de señalar al futuro esposo de Isabel McGregor, ella quería que le diera un mensaje."

"¡Belinda!" exclamó la mujer.

Harris miró alrededor para ver a quién podría estar dirigiéndose. No parecía haber otras mujeres cerca.

"¿Perdón, señora?"

"Belinda Chisholm," repitió la mujer con un tono triunfante en su voz. "Venía de algún lugar en Galloway, si recuerdo bien."

Las piernas de Harris se debilitaron. Dio unos pasos tambaleantes hasta un tronco de árbol plano y cortado y se sentó pesadamente.

"¿Dalbeattie?" La palabra salió de su garganta apretada. "¿Vino de Dalbeattie?"

"Ay, ahora que lo mencionas, creo que sí. ¿Por qué? ¿No será algún pariente suyo? ¿No es un mundo pequeño, después de todo?"

Asintió, apenas capaz de creer lo que estaba a punto de decir. "Mi madre se llamaba Belinda."

Capítulo Quince

El hambre carcomía el estómago de Jenny para cuando las mujeres finalmente terminaron su trabajo y comenzaron a adornarse para la boda y el ceilidh que seguiría. Observándolas salir de la casa con sus vestimentas modestas, deseaba tener algo mejor que ponerse. El vestido que había usado para recorrer la naturaleza salvaje se notaba que había sido usado para recorrer la naturaleza salvaje.

Estaba su vestido de novia, por supuesto, que había sobrevivido milagrosamente a su agotadora travesía. Pero no podía traicionar la fe con Roderick Douglas usándolo, no cuando él y su boda estaban tan cerca.

Al escuchar el sonido de las gaitas, Jenny dio un sobresalto culpable, recordando la noche anterior.

En un marchar presuntuoso, los novios emergieron del bosque para reclamar a sus damas. Era una compañía bien parecida en esta tarde de finales de agosto, con sus camisas blancas de mangas largas y sus audaces tartanes. Los demás hombres del asentamiento los seguían en una disposición similar, pero Jenny solo tenía ojos para uno.

Cerrando la procesión con un aire de orgullo autoconsciente, avanzaba Harris, ataviado con un hermoso tartán de verde bosque y negro. Las barbas que no había podido afeitarse en más de una semana habían crecido en una atractiva barba que ocultaba sus cicatrices por completo. ¿Por qué nunca se le había ocurrido tener barba antes?

Mientras lo observaba, las entrañas de Jenny hacían un pequeño baile nervioso. Había algo diferente en él. Lo sentía con una certeza poderosa. Era más que la barba atractivamente pícara y el traje de las Tierras Altas que le sentaba bien. Por primera vez en todos los años que lo había conocido, Harris parecía cómodo y seguro de sí mismo en su propia piel.

Con creciente molestia, Jenny se dio cuenta de que su mirada no era la única femenina que seguía a Harris. Cada chica no comprometida en el asentamiento parecía estarlo observando con la intensidad de lobas hambrientas acechando a un ciervo majestuoso. Incluso la delgada criatura de cabello oscuro que se ocultaba en las sombras del bosque con un chal envuelto alrededor de su cabeza.

Peor aún, Jenny percibió que Harris era consciente de su atención, incluso se sentía halagado por ello.

En beneficio de todos los implicados, sabía que debería empujar a Harris directamente a los brazos de una de estas admiradoras de las Tierras Altas. En cambio, alguna fuerza oscura y posesiva cobró vida dentro de ella, ignorando los débiles argumentos de la razón.

Mientras la atención de todos estaba en otro lado, se deslizó en la casa de los McGregor y abrió el paquete que contenía su vestido de novia.

* * *

Harris miró a su alrededor. ¿A dónde se había metido Jenny?

¿Podría haber cambiado de opinión y haberse ido a Miramichi sola? ¿O su decisión de quedarse para la boda había sido una artimaña para quitarlo de en medio y poder terminar su viaje sin escolta?

Una parte de él casi esperaba que así fuera. Otra parte lamentó su deserción. Después de lo

que había descubierto esa tarde, había tantas cosas que deseaba contarle.

Un movimiento cercano atrajo su atención. Un par de chicas un poco más jóvenes que Jenny se sonrojaron y miraron hacia otro lado, pero no antes de que Harris se diera cuenta de que lo habían estado señalando y hablando de él. Sin duda, parecía un tonto con su atuendo de las Tierras Altas, él, que nunca había puesto un pie más al norte que Edimburgo.

Por el rabillo del ojo, podía ver a Morag McGregor merodeando en la distancia. Tal vez ella también lo estaba observando. A Harris se le ocurrió que ella podría entender la importancia de lo que quería decirle a Jenny. Ojalá pudiera romper su gélida reserva.

Justo en ese momento, el ministro llamó a todos a la adoración. Un joven de rostro fresco, recién salido del seminario, tenía una voz sonora que llenaba el pequeño claro. Cinco parejas dieron un paso adelante. Dos de las novias entregaron a sus bebés a mujeres mayores. Un infante comenzó a lloriquear en protesta. La compañía rio.

"El matrimonio", entonó el predicador, "fue instituido por Dios..."

¿Estaría el joven lo suficientemente maduro como para entender la plena implicancia de lo que estaba diciendo sobre el amor, la ayuda y el consuelo?

Harris se estremeció. ¿Encontraría alguna vez una mujer dispuesta a ser todo eso para él? Solo podía imaginar a una, y ella se había ido.

"¿Aceptas tú, Murdock Menzies, a Isabel McGregor como tu legítima esposa?" preguntó el ministro. "¿Para vivir juntos bajo la santa ordenanza de Dios?"

Su mirada se fijó con intensidad celosa en la pareja feliz, Harris escuchó un susurro amortiguado a su lado y un leve suspiro desde alguna parte de la multitud. Echando una mirada de reojo, se quedó boquiabierto al ver a Jenny.

Entonces ella no lo había abandonado después de todo. La realidad palpitó a través de Harris. Como lo había hecho aquel día en el muelle de Kirkcudbright, su belleza lo abrumó.

El vestido que llevaba estaba arrugado y marcado casi hasta el punto de no reparación, pero era como ninguno que Harris hubiera visto antes. El ancho lazo abrazaba su cintura, enfatizando la provocativa curva de su busto y la amplitud de sus caderas. El brillo grisáceo de la sedalina hacía juego perfectamente con sus ojos.

Poco consciente de lo que estaba haciendo, retrocedió y se movió hacia el lado hasta que el brazo de Jenny presionó contra el suyo. Esperaba que ella se alejara de este contacto, pero no lo hizo. Juntos se quedaron, tan cerca como cualquiera de las parejas de novios, el lenguaje atemporal del servicio matrimonial enredándolos.

"Y dejando a todas las demás, manteniendo solo para ella tanto tiempo como ambos vivan."

Mientras Murdock Menzies murmuraba su respuesta, el corazón de Harris gritaba, *lo hago. ¡Dios mío, lo hago!*

Echó otra mirada a Jenny, ansioso por atesorar cada recuerdo de ella para los solitarios años que se extendían por delante. Sus ojos se encontraron y se mantuvieron, y todo el mundo pareció disolverse a su alrededor en una neblina brillante.

Los votos matrimoniales le llegaron en un eco tenue, como susurrados en privado por la misma voz de Dios.

"Para tener y sostener..." Eran palabras simples, pero en el contexto de Jenny, las más dulces en el idioma.

"Desde este día en adelante, para lo bueno y lo malo. En la riqueza y la pobreza..."

Un estremecimiento profundo sacudió a Jenny y sus ojos se abrieron como si hubiera visto algo que la asustó hasta lo más profundo. Separando su brazo y su mirada de Harris, puso unos centímetros entre ellos. La brecha emocional se sintió como mil millas.

¿Alguna vez aprendería a proteger su corazón contra ella? Harris se preguntó amargamente. Una de las chicas del pueblo captó su atención, sonriendo con timidez... ¿admiración? Harris extendió su propia sonrisa en respuesta y se acercó a la chica. Claramente, había llegado el momento de administrar el remedio.

* * *

Para lo bueno y lo malo. En la riqueza y la pobreza. La terrible realidad de esos votos golpeó a Jenny como la espada de un montañés. El matrimonio no era algún idilio romántico de verano. Era trabajo, preocupación y llegar a fin de mes. Esas duras realidades cobraban un alto precio en sentimientos frágiles como el amor y el deseo. Jenny sabía que no era lo suficientemente fuerte como para mantener un matrimonio amoroso en esas condiciones.

Y, sin embargo, este extraño apego que había concebido por Harris tenía una tenacidad obstinada propia, que la obligaba a hacer las cosas más contrarias. Como el gesto tonto de ponerse su vestido de novia. Debía verse terrible, todo arrugado con una mancha de agua en el dobladillo y otra bajo el brazo, las curvas de su figura expuestas descaradamente.

Pero por un delicioso momento, cuando Harris la miró por primera vez, probó su admiración. Hizo que su corazón saltara alegremente en su pecho y todos sus sentidos clamaron por satisfacerse en él. Ansiaba perderse en la cálida luz de sus ojos y respirar su esencia. Correr sus manos por su cabello y familiarizarse con cada matiz de su expresivo rostro. Llenar sus oídos con el rico timbre de su voz y probar sus besos hasta sus más misteriosas profundidades.

Había llegado a ejercer una influencia potente en ella, lo cual aterrizaba a Jenny hasta la médula de sus huesos. Como las inofensivas barras de arena en la desembocadura de un río, Harris Chisholm estaba a punto de destruir sus meticulosamente elaborados planes matrimoniales a la vista de su puerto seguro. Y su propia pasión desviada era el vendaval que empujaba su embarcación hacia el peligro.

"Lo que Dios ha unido", declaró el ministro, "que no lo separe el hombre."

Los dos bebés fueron devueltos a los brazos de sus padres recién casados para el bautismo, y varios niños más fueron llevados adelante para el sacramento. Cuando todos fueron debidamente ungidos y orados, las mujeres entraron en acción, preparando un festín en las mesas improvisadas.

El olor de la comida reavivó el hambre de Jenny. El aroma sabroso del ave asada, el sutil olor a nuez de las tortas de avena recién horneadas, el fragante aroma a salmuera de los langostinos hervidos. Mientras llenaba su plato con una mezcla de delicadezas tradicionales escocesas y nativas de Nueva Brunswick, hizo lo posible por ignorar el grupo de chicas que se acercaban a Harris.

Y por ignorar las afiladas garras de los celos que arañaban su corazón.

Se había improvisado una larga mesa y bancos para el festín de la boda. Con solo un leve escrúpulo de que el asiento tosco pudiera provocar un agujero en su vestido, Jenny se acomodó entre el corpulento Alec McGregor y la pequeña abuelita McPhee. Harris aseguró un asiento al otro lado de la mesa, cuatro cuerpos más arriba. Jenny no pudo evitar notar que el último de esos cuerpos era la jovencita risueña que había llamado a Harris un héroe. Otra joven, regordeta y bastante bonita, reclamó un lugar a su lado izquierdo. La pareja no perdió tiempo en competir por su atención con preguntas y cumplidos.

Su alegre conversación llegaba hasta Jenny, arruinando su apetito. Claramente, las lecciones de encanto que le había dado a Harris a bordo del *St. Bride* habían encontrado un suelo tan fértil como las lecciones de lectura que él le había dado a ella. La estaba volviendo loca al coquetear

con otras mujeres, ¡y ella le había enseñado cómo hacerlo!

Con las ofrendas de la Iglesia ya decentemente administradas, nadie se opuso a que Ewan Menzies sirviera su brebaje. Con la esperanza de que pudiera adormecer su corazón de la misma manera que había adormecido su estómago bilioso en el *St. Bride*, Jenny se tragó un profundo trago del licor. Hizo una mueca agria mientras se abría paso por su garganta.

Miró hacia arriba y encontró a Harris mirándola con una sonrisa pícaro. Su mirada parecía decir, al menos no lo escupiste esta vez. El recuerdo de aquella horrible tormenta en su primera noche desde Escocia se extendía entre ellos como un vínculo invisible.

Lanzándole una mirada indignada, Jenny se concentró en empujar más del brebaje de los Menzies y conversar con sus vecinos. Pero sus ojos rebeldes insistían en echar un vistazo en dirección a Harris en cada oportunidad. Sus oídos desviados se esforzaban por captar la animada conversación que burbujeaba entre él y sus admiradoras. Incluso sus pensamientos, si no estaban vigilados, caían en gratos recuerdos de su tiempo con Harris.

Por fin, mientras las sombras del final del verano comenzaban a alargarse y la compañía se saciaba de comida y bebida, los músicos tomaron sus violines y comenzaron a tocar. Las melodías sonaban salvajes y animadas al principio, llamando a los bailarines a aventurarse con pasos voladores. Jenny encontró un lugar bajo un árbol de arce donde podía ver las actuaciones sin temor de ser arrastrada a una. A medida que la noche avanzaba y el whisky de Ewan Menzies fluía, la música gradualmente se calmó.

De algún lugar surgió la voz de una mujer en canto. Jenny asumió que las letras debían ser en gaélico, pues no podía entender la bellamente triste balada. Cerca, se escuchaba un eco zumbado de la melodía. Jenny miró a su alrededor y descubrió que Harris se había acercado sigilosamente por detrás de ella.

"¿Se escapó de sus admiradoras, eh?" Trató de disfrazar su entusiasmo con bromas picantes. "Tenía miedo de que lo arrastraran, como el hueso de deseo de un ganso navideño. ¿Cómo se siente ser el objeto de tanta atención femenina?"

"Es un cambio agradable."

El cálido cosquilleo del whisky se filtró a través de Jenny. En lugar de adormecer sus sentimientos contradictorios y confusos por Harris, adormeció todas sus defensas cuidadosamente construidas.

"Cada soltera del pueblo lo suficientemente mayor como para recoger su cabello está prendada de usted. Para ellas es un gran héroe como... Rob Roy o Ivanhoe."

"No se lo crea." Harris intentó fruncir el ceño. "Les has llenado la cabeza de historias."

Jenny sacudió la cabeza. "No historias, solo la verdad. Por lo que vale, creo que es un héroe."

"¿Cómo?"

"Ya me escuchó lo suficientemente bien." Jenny fijó su atención en la cantante y los violinistas, sin confiar en sí misma para mirarlo. "Así que no vaya buscando más cumplidos, no es caballeroso."

Aprovechó el primer comentario que se le ocurrió para cambiar de tema. "¿Sabe de qué trata esta canción?"

"Sí, un poco. Trata sobre una princesa y un caballero que viaja desde lejos para pedir su mano."

"Entonces, ¿por qué suena tan triste?"

"Porque la princesa lo rechaza."

"Ya veo."

Permanecieron en silencio mientras la última y conmovedora nota se desvanecía.

"Hay algo que debo decirle", murmuró Harris cuando los violines comenzaron a entonar una vez más. "Parece que tenía razón sobre mi madre. No fue por mi causa que se fue, al menos no de la manera en que siempre pensé."

Sus palabras tomaron por sorpresa a Jenny. "¿Cómo supo eso? Aquí, de entre todos los lugares."

"Hay una mujer en el pueblo, no puedo recordar su nombre en este momento. Antes de casarse y venir a Nueva Brunswick, fue sirvienta de un barón del tabaco en Glasgow y..."

Toda la historia brotó de él. Cómo su madre también había sido sirvienta en la casa, después de dejar a su familia en Dalbeattie. Más tarde, cuando se enfermó, confesó la razón de su abandono. Belinda Chisholm se había sentido responsable por el fuego que quemó a su hijo y no podía vivir con su culpa. Había ahorrado cada centavo de su salario, y cuando murió de fiebre, el dinero fue enviado al sur para la educación de su hijo.

"Siempre me pregunté cómo Papá podía permitirse enviarme a la escuela en Edimburgo", concluyó Harris. "Ojalá me hubiera dicho la verdad sobre de dónde venía el dinero. Supongo que estaba demasiado amargado por su partida, incluso después de todos esos años."

Así que esa era la razón de la diferencia que había sentido en Harris.

Jenny apretó la mano de él. "¿No se lo dije? Sabía que debía ser algo así. Me alegra mucho que finalmente haya conocido la verdad de ello."

Hizo un intento poco convincente por retirar su mano, pero él se aferró a ella. "Esto cambia todo, Jenny."

"¿Cambia?" De alguna manera, la palabra se atascó en su garganta y solo escapó como un susurro tembloroso.

Lo intentó de nuevo. Esta vez su voz recuperó su fuerza. "¿Qué cambia? ¿Y cómo?"

El brillo dorado de las lámparas y los rayos plateados de la luz de la luna jugaban sobre su rostro, cada plano y curva de los cuales se habían vuelto tan queridos para ella. Jenny rezaba con fervor que Harris encontrara una razón convincente para que ella se quedara con él. Sin embargo, su corazón dolía con la certeza de que no lo haría.

* * *

¿Era esa una luz de esperanza brillando en los ojos de Jenny? Se preguntó Harris mientras reunía el valor para hablar. Se había prometido y jurado a sí mismo que había terminado con cualquier pensamiento de conquistarla. En el ceilidh, se había entregado a encantar a todas las chicas que siquiera lo miraban. Aunque había disfrutado la novedad de su atención, algo al respecto se sentía vacío. Para él, esas chicas podían haber sido un conjunto de espantapájaros animados.

Incluso mientras alentaba a Morag McGregor a bailar, se dio cuenta de que el vínculo común de sus cicatrices no era base para ningún sentimiento más profundo.

Jenny le había preguntado cómo cambiaría las cosas el conocer la verdad sobre su madre. Harris mismo no estaba seguro. Solo sabía, con una convicción algo ebria, que sí.

"Pensé..." Luchó por poner en palabras lo que no podía comprender completamente. "Pensé que mi madre se fue por mi culpa y por cómo lucía. Ahora descubro que estaba equivocado. Cuando te escapaste de Richibucto, pensé que era una señal de que no te importaba. ¿Estaba equivocado en eso también, Jenny? Tengo que saberlo".

Ella fijó su mirada en la garganta abierta de su camisa, negándose obstinadamente a mirarlo a los ojos. "Oh, Harris, no me haga decirlo. Mañana estaré fuera de tu vida para siempre. Hay

muchas chicas que estarían felices de tenerlo. Unas que lo harían un esposo mucho mejor que yo jamás pude..."

Tal vez fuera el whisky actuando en él. Harris no pudo contenerse. La agarró por los brazos y dejó que la fuerza de sus emociones lo llevara.

"Métaselo en la cabeza, chica. No soy como su señor Douglas, buscando una esposa y sin importar quién ocupe el cargo. Recién empezando como estoy, una esposa es lo último que necesito. Pero la quiero, Jenny Lennox, y no solo de la manera en que dije anoche. Ahora, si no me ama y nunca podrá, dígamelo".

Ella apartó su rostro y no dijo ni una palabra. En ese momento, pareció a Harris como si toda fuente de luz y calor en el mundo se hubiera apagado. A regañadientes, la soltó e intentó articular unas palabras de despedida civilizadas.

Entonces, la luz de la luna brilló en una pequeña gota de humedad que rodaba lentamente por su mejilla. Un aliento esperanzador revivió las brasas desvanecidas de todo lo que Harris había querido de la vida. Esa sola lágrima le dio la respuesta de Jenny más elocuentemente que cualquier palabra.

Alzando la mano, recorrió su mejilla con el dorso de los dedos, llevándolos a reposar en su barbilla. Un ligero empujón inclinó su rostro hacia él. Más gotas de lágrimas se aferraban a sus densas pestañas oscuras, como perlas de rocío en una telaraña al amanecer.

Con un tono de reverencia susurrante, murmuró, "Le importo, ¿verdad? Y le importo demasiado para negarlo".

"¡Sí!" Exclamó Jenny. "¡Sí, sí, sí! Ahí tiene. ¿Está satisfecho ahora?"

"Sí, estoy satisfecho". Ajustando sutilmente la presión de sus dedos en su barbilla, mantuvo su rostro quieto para recibir su beso.

Sus labios se rozaron tentativamente en un saludo sin más sustancia que un hilo de humo elevándose sobre brasas ardientes.

Con una contención de la que apenas se creía capaz, Harris esperó. Siguió esperando mientras cada impulso masculino estimulado por el whisky lo incitaba a la acción.

En todos sus encuentros pasados de esta naturaleza, él había sido la parte activa. Ladrón. Suplicante. Seductor.

Había obligado a Jenny a confesar a regañadientes que lo amaba. Ahora ansiaba una prueba más positiva. Así que esperó.

Lentamente, como si luchara contra una poderosa corriente de resistencia, Jenny levantó la mano y la deslizó por su barba recién crecida.

Sus labios presionaron contra los suyos con urgencia creciente. Se separaron y animaron a los suyos a hacer lo mismo. Su lengua palpó en dulces, inciertas embestidas. La seda de su falda rozó sus pantorrillas desnudas en un susurro provocativo.

Por consentimiento no hablado, él y Jenny se fundieron en la lujosa alfombra de pasto bajo el arce, perdidos en medio de la noche.

Capítulo dieciséis

“¡Caw!” El chillido ronco del cuervo rasgó el aire... y la cabeza de Jenny. Concentró la vaga molestia en un latido agudo y profundo.

Cuando forzó los ojos a abrirse, la luz de la mañana feroz los atravesó. Los cerró nuevamente. No lo suficientemente rápido como para evitar ver al pájaro negro carroñero devorando un pedazo de carne de lo que quedaba del cordero asado. El estómago de Jenny se revolvió y casi logró vaciarse.

Su boca se sentía seca como la paja y tenía un sabor a las entrañas de un haggis en mal estado. Cuando hizo un esfuerzo débil por levantar la cabeza, el mundo giró y se inclinó.

Intentó pensar a través del intenso dolor en su cabeza, para tratar de averiguar dónde estaba y cómo había llegado allí.

Cerca de ella escuchó ronquidos y el aleteo de alas pesadas; más cuervos, sin duda. De más lejos llegaba el aullido de un bebé hambriento y los sonidos torturados de algún alma desafortunada que vomitaba.

Poco a poco, Jenny desenterró recuerdos del día anterior... y la noche. Padre del cielo, ¿qué había hecho?

Levantando sus párpados apenas entreabiertos, miró a su alrededor.

Harris yacía junto a ella, roncando tan pacíficamente como aquella mañana a bordo del *St. Bride* cuando se despertó para encontrarlo durmiendo en su camarote. Su kilt se había subido a un grado casi indecente, dejando al descubierto una descarada extensión de muslo musculoso y delgado.

¿Habían...? ¿Le había permitido...?

Aunque era inexperta en asuntos de hombres, Jenny sospechaba que, si Harris le hubiera quitado su virginidad, algo más debería estar doliendo además de su cabeza y su estómago. Tal vez no había perdido por completo el juicio anoche, bajo la influencia de la maldita poción de Ewan Menzies.

Pero tampoco estaba en su sano juicio.

Envuelto en sombras seductoras y la luz engañosa de la luna, el hogar de los McGregor había parecido un paraíso pastoral. El cálido aire de la noche había resonado con música de violín y risas melodiosas. Las copas habían rebotado con el agua de la vida. En ese lugar encantado, Jenny había podido creer que nada importaba entre un hombre y una mujer excepto el amor.

¿Amor? Cuando otro espasmo agarró su estómago, Jenny se dio la vuelta y vomitó.

El amor romántico era un encantamiento temporal tan potente como la luz de la luna o el licor casero. Hacía que todo pareciera hermoso. Hacía que todo pareciera posible.

Jenny gimoteó.

En la dulce y oscura magia de la noche, había perdido la cabeza. La había recuperado de nuevo a la cruda luz del día. Y ¿cómo le dolía!

Consciente de que alguien más se estaba moviendo, Jenny miró hacia arriba. Varias mujeres habían comenzado a limpiar el desastre de la fiesta. Movimientos lentos e inciertos traicionaban el lamentable estado de sus propias cabezas y estómagos, pero eso no importaba. Había trabajo por hacer, tareas que atender y niños que alimentar.

El banquete de bodas había sido un respiro anual de la monotonía de sus vidas. El resto del

tiempo, la vida de una mujer en esta sociedad fronteriza debía ser desgarradora, además de agotadora.

Luchando contra olas de dolor y mareos, Jenny se puso de rodillas. Maldita sea si viviera la vida que había vivido su madre, o moriría como había muerto su madre. Ni siquiera por el bien de la atracción convincente que sentía por Harris Chisholm. Había huido de Escocia para escapar de eso, y no sería atrapada en su egoísta red con la salvación tan cerca.

Una vez había adorado a Roderick Douglas, con la intensidad feroz del primer amor. Cuando lo viera de nuevo, seguramente ese sentimiento reviviría. ¿Verdad?

Echando una última mirada arrepentida a Harris, Jenny se puso en pie y fue a recuperar su montón de ropa de uno de los edificios anexos.

“¿Por dónde se va a Miramichi?” preguntó a una de las mujeres.

“Por allí”. La mujer hizo un gesto cansado hacia un claro en los árboles circundantes.

Abriéndose paso en esa dirección, Jenny pasó por encima de varios cuerpos tendidos, todos roncando por los sombríos efectos posteriores de la fiesta. Cada paso sacudió su dolorida cabeza e hizo que su estómago se revolviera amenazadoramente, pero no le importó.

Cinco millas más la llevarían a Miramichi y a Roderick Douglas. Cinco millas más la llevarían a un refugio seguro de las duras realidades de la vida.

* * *

Harris se despertó con la cruel realidad de que Jenny se había ido. Al principio, se aferró a una vana esperanza de que podría estar equivocado. Tal vez solo estaba ayudando a las otras mujeres a limpiar después de la fiesta. A medida que pasaba el tiempo y no veía señales de ella, un escalofrío húmedo le apretó el corazón.

Finalmente, dominando los dolores de la mañana siguiente, se puso de pie con dificultad y se acercó a Morag McGregor.

Sin ninguna formalidad inicial, exigió: “¿Ha visto a Jenny Lennox?”

Morag lo miró fríamente. “¿Esta mañana, quiere decir?”

“Sí, esta mañana,” dijo Harris bruscamente. No tenía ni tiempo ni humor para discusiones ahora mismo. “Recuerdo lo suficientemente bien dónde estaba ella anoche.”

“También yo,” Morag arrugó la nariz al olor de su aliento. “Y era un lugar extraño para una mujer prometida a otro.”

Su rostro entero ardió. “Supongo que una chica tiene derecho a cambiar de opinión hasta el momento en que hace sus votos.”

Morag retrocedió como si la hubiera golpeado.

“Supongo que sí,” finalmente respondió en tono apagado. “De todos modos, no es asunto mío. No he visto a la señorita Lennox desde anoche. Puedo preguntar si alguna de las otras la ha visto.”

Harris la observó acercarse a otra mujer. Después de unas palabras, la mujer negó con la cabeza. Morag fue a preguntarle a otra persona.

Al divisar un jarro de whisky en una mesa cercana, Harris lo levantó y lo balanceó de un lado a otro. Un ligero chapoteo de la bebida sonó desde adentro. Preparándose, lo inclinó para tomar un trago rápido. Aunque nunca había sido un gran bebedor, conocía a tipos que juraban por los poderes curativos de “un poco más del mismo perro.”

Cuando Morag regresó, le lanzó una mirada de reproche. “Nan Cameron habló con la señorita Lennox hace un rato. Parece que se dirige a Miramichi.”

Harris se puso de pie de un brinco. “No sin explicar un par de cosas, no lo hará.”

Se tambaleó en la dirección que Morag le señaló. Su cabeza protestaba por estar erguida.

Sus ojos ardían por la luz del sol y se rebelaban contra su insistencia en que funcionaran correctamente. Su estómago amenazaba con una venganza repugnante por cada paso que daba.

Hizo todo lo posible por ignorar todo eso. Jenny Lennox tenía mucho que explicar y este era su momento de rendición de cuentas. Al divisar un par de zancadas de ella en el sendero, entrecerró los ojos hasta que una sola Jenny se enfocó. Mientras se tambaleaba tras ella, los dolores de su cabeza y estómago avivaban su furia.

Lo alimentaban casi tan intensamente como el dolor en su corazón.

Ella parecía no darse cuenta de su presencia cuando la alcanzó. ¿No era eso típico de Jenny? Despreocupada por él y sus sentimientos, como si no contaran para nada.

Agarrándola del brazo, la giró para que lo mirara.

"¡Maldita sea, Harris Chisholm!" Ella se zafó de su agarre. "No estará satisfecho hasta asustarme de muerte, ¿verdad?"

"Y usted no estará satisfecha hasta haber arrancado mi corazón y escupir sobre él," gruñó Harris. "¿A dónde cree que va?"

"¿A dónde parece que voy? Eres tan condenadamente inteligente, debería poder descifrarlo," ella se dio la vuelta y dio unos pasos más hacia su destino.

Un par de largas zancadas de Harris lo pusieron justo en su camino. "No se va a ningún lado hasta que haya dicho lo que tengo que decir. No más levantar mis esperanzas, y luego desaparecer en cuanto doy la espalda. ¿Cómo puede estar yendo a Miramichi después de anoche? Demonios, Jenny, dijo que me amaba."

Contra su voluntad, su voz se suavizó en esas últimas palabras y extendió la mano hacia ella.

"La gente dice toda clase de tonterías cuando han bebido demasiado," Jenny se retorció lejos de él, negándose obstinadamente a encontrarse con su mirada suplicante. "Anoche... eso era el whisky hablando."

"¡Tonterías!" gruñó Harris. "Eso es una tontería total y usted lo sabe. La gente no miente cuando está borracha. Solo dicen las cosas que desearía decir, pero no se atrevería si estuviera sobrio. Usted me ama, Jenny. No lo niegue."

Ella le lanzó una mirada entonces. Harris casi deseó que no lo hubiera hecho. Su desprecio descarado destrozó su incipiente confianza y pinchó su orgullo sufrido. "Hay más para tener en cuenta en este mundo que el amor, Harris. Usted mismo dijo que una esposa y una familia es lo último que necesita, justo en este momento..."

"Entonces, ¿se trata de dinero de nuevo, verdad? ¿Cree que el oro de Roderick Douglas le comprará la felicidad?"

Jenny negó con la cabeza. "No felicidad, seguridad y paz mental, un ambiente donde el amor podría tener una oportunidad."

Había llegado el núcleo de su hombría, la capacidad de proveer para una pareja y sus crías. Harris respondió con furia primitiva, estimulada por su creciente náusea y el dolor en sus sienes.

"¡Bien, entonces! Si no confía en mí para hacer un hogar decente para usted y hacer todo lo que esté en mi poder para hacerla feliz, no soy para usted. Si desea tanto un marido rico, no necesita huir de mí. La llevaré en mi espalda el resto del camino a Miramichi y la presentaré a Rod Douglas con un lazo rojo atado alrededor de su cuello."

"Oh, Harris, no es que yo no..."

¡Al demonio con su frío consuelo! La interrumpió. "Douglas la ha comprado. En lo que a mí respecta, él puede quedarse con usted."

"Ni siquiera intentará entender, ¿verdad?" ella se enfureció.

¡La desfachatez de ella al ponerlo a *él* en el error!

"No sé qué vi en usted alguna vez, Harris Chisholm." Ella se alejó. No antes de que él viera las lágrimas en sus ojos. Lo desarmaron por completo.

Infligirle dolor a ella no calmó el suyo.

Él la agarró. "Jenny..."

"Me voy a Miramichi." Ella lanzó las palabras por encima de su hombro. "Si tan solo intenta ponerme una mano encima," su voz se entrecortó con cada palabra, "se arrepentirá, Harris Chisholm."

Antes de que pudiera decir o hacer algo para detenerla, Jenny se alejó a una velocidad que él nunca podría igualar en su estado actual. ¿De qué servía intentarlo?

Harris se derrumbó en el suelo. Quería meterse dentro de un jarro de whisky y no salir nunca. Quería golpear algo sólido con su puño. Quería apoyar su cabeza en el hombro de Morag McGregor y sollozar como un niño pequeño. A pesar de admitir que se preocupaba por él, Jenny se había ido. Esta no era la primera vez que lo había ilusionado, solo para rechazarlo o huir de él.

De repente, como si su necesidad la hubiera conjurado, Morag se arrodilló junto a él.

"Vuelva y duerma la borrachera," le instó.

"¡Mujeres!" gruñó Harris. "Hice bien en mantenerme alejado de todas ustedes todo el tiempo que pude."

Así había temido siempre que una mujer lo trataría, si alguna vez permitía que una clavara sus garras en su corazón. "Mejor que no seguí con eso."

Morag no se inmutó por su arrebató. Una mirada de piedad suavizó sus rasgos. Alguna otra vez eso lo habría quemado como lejía. Ahora calmó su alma.

"¿Por qué se tuvo que ir?" preguntó, sin esperar una respuesta a su quejumbrosa pregunta. ¿Estaba hablando de Jenny, o de su madre... o de ambas?

"Supongo que tenía sus razones. Usted mismo dijo que una chica tiene derecho a cambiar de opinión. Eso va tanto para usted como para el hombre a quien está prometida."

Harris reconoció a regañadientes la justicia natural en eso. Sabía que Jenny había estado dividida en dos direcciones a la vez. ¿Qué tenía él que ofrecerle, después de todo, comparado con un hombre como Roderick Douglas? Si de verdad se preocupaba por ella, quizás lo más amable que podía hacer era dejarla ir a disfrutar de la vida acomodada que ansiaba con el hombre al que había adorado desde la infancia.

Sacado de su melancólica reflexión, Harris se dio cuenta de que Morag le había hecho una pregunta. "¿Cómo dice?"

"El hombre con el que la señorita Lennox está prometida, le pregunté su nombre. Puede que lo conozca."

"Estoy seguro de que *debe* conocerlo." Harris suspiró. "Jenny está prometida con nada menos que el señor Roderick Douglas."

Se preparó para algún comentario brusco sobre cómo no era de extrañar que Jenny hubiera hecho su elección. En cambio, un extraño silencio y calma lo recibieron al anunciarlo.

Cuando miró a Morag, su tez de marfil había adquirido un tono casi blanco azulado, como si toda gota de sangre se hubiera drenado de sus venas. Las cicatrices enfurecidas en sus mejillas brillaban en un contraste vivo.

"¿Qué pasa, señorita McGregor?" preguntó él. "¿Se siente mal? ¿Puedo llamar a alguien para que la ayude?"

Antes de que pudiera moverse, ella se aferró a su muñeca. Harris hizo muecas. Su padre, masivo y armado con un hacha, habría tenido dificultades para ejercer tanta fuerza.

"Debe ir tras ella."

"Ya terminé con eso. Como dijo, ella tomó su decisión."

"¡Debe ir tras ella!" insistió Morag.

"Iré. Iré." Estaba dispuesto a prometer cualquier cosa, si solo aflojara el aplastante agarre en su brazo. "Si me dice por qué."

Aunque no la había conocido mucho tiempo, Harris sintió que Morag no haría tal demanda a la ligera.

Algo asustado y acechado lo miraba desde los ojos verde pálido de ella. "No puedo decirlo," susurró ella. "No me atrevo."

El sonido de esa palabra envió un escalofrío por la espalda de Harris. ¿Hacia qué peligro había huido Jenny esta vez, como una polilla hacia una llama? Un pinchazo de culpa lo apuñaló en la conciencia.

Sea cual fuera la amenaza, él la había empujado hacia ella.

"Por mi bien y el suyo," continuó Morag con intensidad ardiente "y especialmente por el de ella, vaya a Miramichi y evite que la señorita Lennox se case con Roderick Douglas."

No fueron tanto las palabras en sí como la urgencia desesperada de su tono lo que impulsó a Harris a ponerse de pie y a seguir a Jenny una vez más.

* * *

Con una mirada furtiva por encima del hombro como si temiera ser perseguida, Jenny golpeó la puerta de la casa de Roderick Douglas. Al menos, esta impresionante estructura de piedra era a la que la gente la había dirigido. También le habían lanzado miradas extrañas cuando los detuvo para pedir direcciones. Probablemente se preguntaron qué quería una criatura tan desaliñada con un próspero pilar de su comunidad. Tal vez se preguntaron por qué tenía los ojos rojos e hinchados.

Jenny intentó tragar un enorme nudo en su garganta. Cuando Harris la alcanzó, ella casi estaba lista para abandonar su sueño de casarse con Roderick Douglas y arriesgar su futuro quedándose con él. Pero él había dejado claro que no la quería después de todo. Ni siquiera había intentado entender que ella temía tanto por sus perspectivas como por las suyas. ¿Acaso no había venido a América del Norte para hacer algo de sí mismo? ¿Cómo podría lograrlo con una esposa e hijos a su cargo?

En ese momento, la puerta se abrió y una mujer alta y angulosa miró a Jenny. Estaba vestida de pies a cabeza con un tono de negro oxidado que combinaba con su cabello severamente recogido. Tenía una nariz puntiaguda y estrecha y cejas oscuras tan densas que parecían ser una línea ininterrumpida de desaprobación y muy desalineadas.

"No te quedes ahí mirando fijamente, chica", dijo con una voz áspera que recordaba al cuervo que había despertado a Jenny esa mañana. "Di lo que quieres".

"Por favor", Jenny tragó el nudo en su garganta y volvió a intentarlo. "Por favor. ¿Es esta la casa del Sr. Douglas?"

"Sí lo es."

"¿El Sr. Roderick Douglas?"

"¿No lo acabo de decir? ¿Qué quiere una persona como tú con el Sr. Douglas?"

Jenny intentó calmar sus rodillas temblorosas. Si esta casa realmente pertenecía a Roderick Douglas, entonces esta mujer debía ser su sirvienta. Pronto serviría a Jenny también.

"Me temo que eso es un asunto privado entre el Sr. Douglas y yo. ¿Está él dentro?"

La mujer miró a Jenny de arriba abajo lentamente, el desagrado claramente grabado en sus

rasgos. Parecía estar considerando si compartir esa información.

"No está", anunció finalmente.

Jenny sintió que la mujer disfrutaba con su expresión de decepción.

"No es probable que regrese a casa hasta la cena", agregó la mujer, "si es que regresa".

"¿Dónde podría encontrarlo mientras tanto?" Aunque Jenny intentaba no dejar que la mujer la intimidara, era un trabajo duro.

Nuevamente su pregunta se encontró con una pausa y una mirada dura.

Finalmente la mujer dijo, "Podría estar en el Astillero".

"Gracias..." Antes de que Jenny pudiera terminar la palabra, la enorme puerta con sus herrajes de latón se cerró de golpe en su cara.

Alejándose, murmuró, "Necesitas lecciones de encanto más que Harris Chisholm, viejo cuervo desagradable".

Después de más preguntas y miradas extrañas, Jenny finalmente encontró el camino al astillero. El lugar parecía desierto, aunque los penetrantes olores a serrín y alquitrán en el aire insinuaban días más ocupados por venir.

De la breve estadía de Harris en Jardine Brothers, él le había enseñado algunas cosas sobre el negocio. Sabía que el verano solía ser lento mientras los hombres atendían sus granjas, pero en otoño llegaría un impulso para preparar barcos antes del invierno. En primavera, los astilleros volverían a cobrar vida mientras se preparaban nuevas embarcaciones para el mar.

Respirando profundamente, Jenny saboreó el olor de la prosperidad.

Al escuchar voces masculinas, levantó la vista para ver a Roderick Douglas saliendo de un gran almacén, discutiendo con otro hombre sobre algo escrito o dibujado en una hoja de papel grande.

Su voz se escuchó mientras señalaba una estructura de madera. "Te digo que un barco como ese se hundirá demasiado en el agua..."

Cuando la vio, sus cejas oscuras se fruncieron en una mirada interrogativa. Su nariz aguileña se arrugó ligeramente. "¿Puedo ayudarla, señorita?"

Por un momento, Jenny se quedó sin habla al verlo de nuevo después de cinco largos años. Si algo había sucedido, era que él se había vuelto aún más guapo. Su estatura se había llenado, y el sol lo había bronceado. Su aire de promesa se había convertido en uno de logro. Tan solo una pizca de su sonrisa aún podía hacer temblar a Jenny.

Su boca se abrió y cerró varias veces, pero no salió ningún sonido. ¡Señor, debo parecer un bacalao con los ojos cerrados!

Al fin, en un apuro desesperado, ella jadeó: "Soy Jenny Lennox, ¿recuerda? He venido desde Dalbeattie para ser su novia."

Su mirada aturdida le golpeó como un golpe. Ella no era lo que él esperaba. Fue una decepción para él.

"¿Novia?" Mientras se acercaba a ella, su expresión se iluminó y una sonrisa de singular encanto iluminó sus finos rasgos, "¡Janet, por supuesto! Pero ¿de dónde ha venido? Ningún barco de Escocia ha llegado al puerto hoy."

Él tomó su mano cálidamente. Para Jenny, parecía como si las nubes oscuras se hubieran apartado y el sol finalmente comenzara a brillar. Si algo podía haber coronado ese momento de felicidad, era la sincera confesión de Roderick. "Tardó mucho en venir. Estaba desesperado pensando qué podría haberle pasado."

Jenny reunió su aliento para explicar cómo había llegado a Miramichi cuando no había ningún barco nuevo en el puerto. Antes de que pudiera decir las palabras, escuchó un alboroto

detrás de ella y alguien llamando su nombre.

No solo alguien: Harris.

Ella se volvió para advertirle que se alejara.

Al verlo, Jenny se encogió. Estaba agradecida de que no hubiera más gente alrededor para verlo. Bastante malo sería tener que presentárselo a Roderick Douglas. ¿Qué pensaría su elegante y bien vestido prometido de Harris Chisholm en su estado actual?

El tartán verde que había lucido tan varonil en la procesión de bodas ahora se torcía y ondeaba a su alrededor de una manera casi cómica. Sus largas piernas desnudas sobresalían por debajo del dobladillo como troncos dobles de algún árbol improbable, un árbol en llamas. Su barba oxidada y su cabello al viento proporcionaban las llamas. A pesar de todo, la vista de él le hacía palpar el corazón con una intensidad no deseada, casi igual a la de su expresión.

Embistiéndola con la fuerza de un vendaval atlántico, Harris le arrancó la mano de Roderick y la apartó. “No, Jenny. No debe hacer esto. Morag me lo dijo...”

Ella luchó para liberarse de él. ¿Había decidido vengarse arruinando su oportunidad de casarse con Roderick Douglas? Ella le enseñaría a no ser un perro en el pesebre.

Antes de que pudiera decir las palabras, Roderick Douglas avanzó. “No sé quién es ni qué quiere.” Señaló con el dedo índice el pecho de Harris. “Pero vuelva a tocar a mi novia y se arrepentirá.”

Un gesto pasó entre los hombres: desprecio por parte de Roderick, desesperación por parte de Harris. Jenny temió que pronto se fueran a las manos.

“No es lo que piensa, Roderick.” Tomó el brazo de él y se enfrentó a Harris, para mostrar dónde debía estar su nueva lealtad. “Este es el Sr. Chisholm. Ha sido mi escolta desde Escocia. Cuando nuestro barco naufragó en la barra de Richibucto, él me trajo por tierra a Miramichi... para que usted y yo pudiéramos casarnos.”

Intentando calmar su hostilidad, sus palabras parecieron en cambio inflamar a Roderick.

“¿Escolta?” Sus oscuros ojos destellaron y sus rasgos perfectamente proporcionados se endurecieron. “¿Quiere decir que este individuo la ha acompañado todo el camino desde Dalbeattie, día y noche por el bosque? ¿Qué ha hecho con usted en el camino?”

Jenny se estremeció ante la acusación. Roderick tenía razón en estar enojado con ella. Se había comportado tontamente en el mejor de los casos, libertina en el peor. Sin pensar en las consecuencias que podría tener para su reputación. “Sé que puede parecer mal, pero le aseguro que Harris fue un perfecto caballero y no hubo nada impropio entre nosotros.”

La mentira le quemaba la lengua a Jenny. Bueno, era en parte verdad, intentaba calmar su culpable conciencia. Ella seguiría siendo una novia virgen y eso debía ser la principal preocupación de Roderick. Con vehemencia, luchó por reprimir los recuerdos de cómo la pasión había surgido entre ella y Harris durante su viaje.

“Pensé que estaría agradecido con él”, insistió, ansiosa por cambiar de tema. “Si no fuera por Harris, nunca habría llegado a Miramichi con vida.”

“Ya veo.” Roderick sonó contrito, pero su mandíbula apretada no se relajó. Su mirada no se suavizó. “Pido disculpas, Chisholm.”

Jenny se retorció de vergüenza. Ella era quien había actuado mal, hacia estos dos hombres finos. Ella era quien debía rogar por su perdón y expiar.

“Pensé que quería hacerle daño a mi dama”, continuó Roderick Douglas. “No podía permitir eso. Estoy seguro de que lo entenderá.”

¿*Su dama*? Jenny casi se deritió en los brazos de Roderick. Después de cómo se había comportado, a pesar de cómo debía lucir, ¿él estaba dispuesto a llamarla así? Sin duda, aquí

había un caballero capaz de protegerla y defenderla de cualquier cosa que pudiera empañar su futura felicidad. En cuanto a Harris, estaría mejor sin ella. Si tan solo pudiera verlo.

* * *

"Pensé que quería hacerle daño a mi dama. No podía soportar eso. Estoy seguro de que lo entenderá".

"Ajá." Harris dio un paso hacia atrás, más consternado por la mirada adoradora en el rostro de Jenny que por las vagas amenazas de Douglas. "Lo entiendo bastante bien".

Así que por eso Morag lo había enviado corriendo por el camino detrás de Jenny. Harris tenía pocos recuerdos de su rival desde sus días de escuela en Dalbeattie, pero recordaba al padre de Roderick, Alastair Douglas. Aunque el hombre había sido un pilar de la iglesia y la comunidad, los rumores locales afirmaban que sus tres esposas habían muerto de un espíritu quebrantado. Del mismo modo, el Viejo Douglas había dominado a sus hijos, a todos menos a Roderick.

Harris había asumido que la hostilidad entre padre e hijo surgía de sus diferencias. Ahora sabía que no era así.

A juzgar por la expresión en el rostro de Jenny, no serviría de nada tratar de persuadirla, al menos no por el momento. Su feroz negación de que algo inapropiado hubiera ocurrido entre ellos era una prueba clara de que ella no lo amaba como había afirmado.

Aun así, a pesar de sí mismo, se preocupaba por ella. No podía abandonarla a un futuro con el corazón negro de Roderick Douglas más de lo que podría haberla dejado desafiar el peligroso viaje a Miramichi por su cuenta.

Metiendo la mano en el bolsillo de su chaleco, Douglas extrajo algunas monedas. "Tengo una deuda con usted, Chisholm, por haber procurado que mi dama llegue a salvo a Miramichi". Le arrojó el dinero a Harris en un gesto a la vez elegante y despectivo.

Mientras las monedas caían a su alrededor en el aserrín, Harris quiso devolver el dinero con un insulto espeluznante. Sin embargo, si se quedara en la ciudad y tuviera la oportunidad de informar a Jenny del verdadero carácter de su prometido, necesitaría algo para vivir.

"Ni siquiera *usted* tiene suficiente dinero para pagarme por mis molestias". Harris tuvo la amarga satisfacción de ver a Jenny estremecerse ante sus palabras.

"Supongo que seguirá su camino ahora que ha cumplido con sus deberes de escolta," dijo Roderick Douglas.

Así que eso era para lo que era el dinero: para acelerar su partida.

"¿Mi camino?" Harris encogió los hombros. "No necesariamente. Tal vez me quede un tiempo por aquí y vea qué oportunidades hay para un hombre con mis habilidades."

Roderick Douglas levantó una ceja gruesa y negra y medio levantó una comisura de su boca. "Y entonces, ¿cuáles son sus *habilidades*, Chisholm?"

Harris luchó por mantener su temperamento bajo control. "Era el gerente de una gran cantera de granito antes de emigrar. Sé cómo llevar cuentas y tengo buena letra."

"No necesitamos muchos escribanos en Miramichi."

"¿Ah, no? Entonces supongo que tendré que marcharme. Aunque después de todo por lo que pasé para traerla aquí, me gustaría ver a la Srta. Lennox casada correctamente. De esa manera sentiré que he cumplido mi palabra con su padre. ¿Qué tan pronto será la boda?"

"Podría ser en un mes." Debajo del supuesto pesar, Harris escuchó una nota de triunfo apenas disimulada. Sin duda, Douglas asumía que no podría permitirse el dinero o el tiempo para esperar hasta entonces.

"¡Un mes!" lamentó Jenny. "¿Por qué tanto tiempo?"

Sonaba tan desesperada por terminar la boda como él por evitarla.

"Las prohibiciones, querida Janet." Cuando Douglas le brindó una sonrisa de propiedad, Harris temió que pudiera enfermarse de nuevo. "Tiene que leerlas durante tres sábados, ya sabe."

"Sí, conozco las prohibiciones," dijo Jenny. "Solo que yo... pensaba que alguien tan rico como usted podría permitirse una Licencia Especial."

"Por supuesto que puedo permitírmelo," Douglas replicó bruscamente. Al darse cuenta de su lapsus de temperamento, continuó con una cortesía exagerada. "Es una cuestión de propiedad, mi querida. Lo que la comunidad espera de un hombre en mi posición."

Fue un golpe demasiado directo para que Harris lo resistiera. "Y un hombre en su posición siempre debe ser consciente de su posición."

Jenny le lanzó una mirada, medio reprendiendo, medio suplicando que no provocara a su prometido.

Roderick Douglas no parecía captar el significado de Harris.

"Consciente de mi posición." Parecía saborear las palabras. "Exactamente. Entonces, ¿entendió?"

Harris asintió. "Ahora que lo he conocido, Sr. Douglas, entiendo mucho."

"Me alegra escucharlo. Una vez más, gracias por traer a salvo a mi Janet. Si nos disculpa, debo llevarla adecuadamente a mi casa y hablar con el vicario sobre la publicación de las prohibiciones el domingo."

"¿Vicario?" dijo Jenny. "¿No nos casaremos en la iglesia inglesa, verdad?"

"Por supuesto, querida. Solo los matrimonios de la Iglesia Establecida son reconocidos por la ley civil en New Brunswick. Después de todo, esta es una colonia británica."

"Entonces, ¿por qué los McGregors y sus vecinos tuvieron un ministro de la Iglesia Libre para decir las palabras en su boda?"

"Los highlanders son... sentimentales sobre esas cosas. Le aseguro que los matrimonios en cuestión no son reconocidos por la ley."

"¿Y qué hay de la ley de Dios?" Harris desafió en voz baja.

Douglas le lanzó una mirada engreída que hizo hervir su sangre. "Preferiría no estar tumbado en un astillero debatiendo teología con usted, cuando una dama obviamente necesita descanso y alimentación, además de un cambio de ropa. Vamos, Janet. Mi prima Bethia me ha contado mucho sobre usted, pero confieso que sus cartas no le hicieron justicia."

Continuó hablando mientras la llevaba lejos.

Jenny miró hacia atrás una vez. Harris no pudo leer su expresión.

Cuando estuvieron completamente fuera del alcance del oído, murmuró para sí mismo: "No has visto lo último de mí, Jenny. Ni tú tampoco, Roderick Douglas."

"Ajem."

Al sonido deliberado de alguien aclarándose la garganta, Harris giró sobre sí mismo para ver a un hombre pequeño, sosteniendo un rollo de papel, probablemente planos de barcos. Aunque no había notado al hombre durante su conversación con Roderick Douglas, Harris supuso que había sido un testigo silencioso de su conversación.

"Un consejo, amigo," dijo el hombre con calma. "Hazte un gran favor. No interfieras con el Sr. Douglas. Puedes arrepentirte de ello."

Dándose la vuelta para alejarse, agregó pensativo: "O quizás no."

Capítulo Diecisiete

Con un suspiro, Jenny dejó a un lado una pieza de bordado elegante que había estado intentando coser. Estaba arruinándolo. Cuando Roderick le preguntara cómo le iba con eso, esta noche en la cena, tendría que decirle y sufrir su mirada de leve reproche. O tendría que mentir.

¿Por qué no podía entenderlo? Nunca había tenido tiempo para tonterías como esa. Podía lidiar con una montaña de ropa para remendar, donde la costura solo necesitaba ser rápida y fuerte. No tenía paciencia para este fino y preciso bordado. Era tedioso y de ninguna utilidad terrenal.

Lanzando una mirada esperanzada alrededor del salón, se preguntó si un poco de limpieza ligera podría ocupar su tiempo. Pero la habitación estaba en su estado habitual de orden fastidioso, cada pedazo de madera aceitado y pulido hasta el extremo. Los herrajes de bronce y cobre habían sido frotados hasta adquirir un brillo suave. Incluso los cojines del sofá estaban colocados con una precisión infalible. La engreída estancia parecía burlarse de sus tímidas tentativas de hacerla suya.

Por puro despecho, Jenny levantó uno de los cojines, lo aplanó sin piedad y lo colocó de nuevo en el sofá, ligeramente torcido.

Acercándose a la ventana, miró a través del cristal pulido con esmero. Le habría gustado salir a caminar, pero ¿a dónde iría? No conocía a nadie en Miramichi. Roderick le decía que debía tener cuidado con la compañía que mantenía, sin embargo, nunca se ofrecía a presentarle a la mejor gente de la ciudad. ¿Se avergonzaba de ella?

La idea le picaba, y no era la primera vez. Le debía tanto a Roderick. En la Vieja Inglaterra, nunca habría podido esperar un partido como este. Una vez más, juró hacer todo lo que estuviera a su alcance para ser una esposa obediente para que él no se arrepintiera de casarse con ella.

Solo faltaba una lectura más de las prohibiciones, y se casarían el próximo viernes. Jenny deseaba que el tiempo pasara más rápido. Quizás una vez que fuera esposa de Roderick, se sentiría menos intimidada en su casa. Y tendría más cosas que hacer, cuidando de su comodidad. Perdería esos sentimientos vagos de descontento y vacío, como si algo vital estuviera faltando en su vida.

¡Tonterías! ¿Qué podría faltar?

El día que llegó a la ciudad, Roderick la instaló en su casa, tomando alojamiento en una posada cercana por cuestiones de decoro. Venía a cenar casi todas las noches, aunque Jenny esperaba con ansias sus visitas... en su mayor parte.

Hablaba mucho sobre su negocio y ella hacía lo posible por entender todos esos extraños términos de construcción naval. Con frecuencia se quejaba de la dificultad para conseguir empleados confiables. Este era holgazán, aquel deshonesto, el otro desafiante. Con tales trabajadores, Jenny se preguntaba cómo su empresa lograba producir cualquier embarcación.

"De todos los inútiles, ignorantes, torpes..."

Tenues pero agudos en su desaprobación, las palabras resonaban con las quejas de Roderick sobre sus hombres. Le seguían el sonido de golpes que hacía que Jenny se estremeciera.

Voló hacia la puerta del salón y bajó las escaleras hacia la cocina. "¿Qué está pasando? ¿Alguien está herido?"

La esbelta figura de la ama de llaves de Roderick, la Sra. Lyons, se interpuso entre Jenny y una sirvienta encogida y gimoteante.

"No es algo que le concierna, señora." Sus palabras eran suficientemente serviles, pero el tono de la ama de llaves sonaba desdeñoso, si no insolente.

Aunque se encogía ante cualquier confrontación con esta imponente criatura, Jenny persistió. "El bienestar de los sirvientes del Sr. Douglas es muy de mi incumbencia, Sra. Lyons. Si no ahora, entonces seguramente una vez que estemos casados. ¿Qué pasó?"

La Sra. Lyons comenzó su respuesta inhalando profundamente, como si quisiera decir, si realmente quieres saber... "Marie estaba actuando tontamente y no prestando suficiente atención a su planchado. Dejó una marca de quemado en una de las camisas del amo."

Jenny vio la camisa, colocada en una mesa cercana. La marca ofensiva era apenas visible a simple vista y, además... "Está en la parte de atrás, entre sus omóplatos. Nadie la verá. Una palabra con Marie habría bastado. Me temo que es demasiado severa con las muchachas, Sra. Lyons. Todos cometemos errores."

Claramente, la ama de llaves pensaba que Roderick había cometido un gran error en su elección de esposa. Su tez pálida se volvió aún más blanca y su ceja única se frunció amenazadoramente. "¿Será eso todo, señora?"

Habiendo esperado salir peor parada de su intercambio, Jenny respondió, "Sí, gracias, por ahora. Séquese los ojos, Marie, y vuelva a trabajar. Asegúrese de prestar atención a lo que hace después de esto."

"*Oui...* quiero decir, sí, señora."

Nada más se dijo sobre el tema hasta esa noche.

"La Sra. Lyons me dice que te estás entrometiendo en su gestión de la casa, Janet," dijo Roderick mientras cenaban.

A pesar de su tono templado, las entrañas de Jenny se contrajeron y su corazón latía rápido. La formalidad tranquila del comedor la enfriaba. El plato perfectamente preparado de carne hervida se convirtió en serrín en su lengua. Sin ser invitada, surgió un recuerdo nostálgico de una comida que ella y Harris habían compartido. Conejo salvaje, carbonizado sobre un fuego abierto, comido con los dedos. Sazonado por la especia de su compañía y un sentido de completa libertad, había sido un festín para disfrutar.

"Yo..." Jenny dio un sorbo de cerveza para aliviar su garganta de repente reseca. "No pensé que hubiera necesidad de darle una bofetada a la pobre Marie por algo tan insignificante."

La indignación venció su inquietud irracional. "Si me pregunta a mí, la Sra. Lyons es demasiado severa con todas las chicas contratadas. Las tiene tan amedrentadas que apenas hablan. La casa es como una tumba en..."

Roderick silenciosamente dejó el tenedor y la miró. Las palabras de Jenny se quedaron en el aire.

"Es difícil encontrar buenas amas de llaves en un lugar como este, Janet. Lo sé, porque me llevó bastante tiempo encontrar a la Sra. Lyons. Ella ha podido dirigir este establecimiento de una manera adecuada..."

"... para un hombre de su posición." Las palabras salieron de la boca de Jenny antes de que se diera cuenta. Contuvo el aliento.

Para su sorpresa y pesar, Roderick respondió en voz aún más baja. "Le agradecería que no tomara a la ligera mi posición, Janet."

Cuando finalmente se armó de valor para encontrarse con su mirada, sin embargo, vio un destello de fría ira en las profundidades oscuras de sus ojos. "Tuve que trabajar muy duro para llegar a donde estoy hoy."

Antes de que pudiera balbucear una disculpa, él continuó, evidentemente más para sí mismo

que para ella. "Mi padre juró que nunca llegaría a nada, pero le demostré lo contrario."

¿Estaba todo el mundo instigado a vivir sus vidas para complacer o desafiar las expectativas parentales, se preguntó Jenny? Aquí estaba Roderick, impulsado hacia la prosperidad por el desprecio de su padre. Harris parecía impulsado a perseguir a una mujer que, como su madre, estaba destinada a abandonarlo. Finalmente, ella misma, impulsada a *casarse bien* por las últimas palabras de su madre moribunda.

Roderick sonrió de repente. "Es una dama distinguida ahora, mi querida Janet. No necesita preocuparse por asuntos domésticos. Deje eso en manos de la Sra. Lyons. Ha estado conmigo el tiempo suficiente como para saber cómo me gustan las cosas."

Tratando de forzar una sonrisa de respuesta, Jenny asintió en señal de acuerdo, ¿o era sumisión? No cabía duda de que Roderick era un hombre muy apuesto. Sin embargo, más y más en la quincena desde que llegó a Miramichi, Jenny encontraba que su buena apariencia era un hecho impersonal de la vida. Podría haber sido un cuadro fino o una pieza de bordado expertamente elaborada. Agradable a la vista, pero no necesariamente atrayente para el corazón.

* * *

"¿Ron, ginebra o whisky?" preguntó Harris a su cliente, pasando un trapo húmedo por la superficie de la barra.

Servir bebidas en una taberna era el único empleo que había podido conseguir en Miramichi, a pesar de recorrer diligentemente cada negocio en la ciudad. Incluso aquellos que tenían carteles de *Se Busca Ayuda* parecían haber llenado recientemente los puestos. Harris no dudaba ni por un minuto que Roderick Douglas estaba detrás de la sutil campaña para negarle un trabajo.

"¿Cuál es más barato?" preguntó el cliente, apoyándose pesadamente contra la barra.

"El ron, por mucho," dijo Harris. "Y si me permite un consejo amistoso, seguirá bebiendo como lo ha empezado y no intentará mezclar sus licores."

"Entonces será el ron." El hombre dejó caer varias monedas de plata sobre la barra. "Mientras esto alcance."

Su cliente no parecía dispuesto a hablar, así que Harris guardó silencio, rellenando el vaso en intervalos adecuados. El individuo parecía ser de uno de los barcos actualmente en el puerto. Un vendedor ambulante de algún tipo, si el bolso de viaje abultado que llevaba era alguna indicación. Harris no intentó inducirlo a conversar, como hacía con la gente del pueblo de Miramichi.

Sus días y noches sirviendo bebidas habían producido casi tan poco resultado como su búsqueda de trabajo, y quizás por la misma razón. Todos en el pueblo parecían vivir con miedo a Roderick Douglas. Harris había hecho todo lo posible por sacar al menos un cuento de las acciones del hombre con el que confrontar a Jenny. Nadie, por más ebrio que estuviera, estaba dispuesto a ofrecer algo más incriminatorio que una advertencia vaga.

Harris solo había visto a Jenny dos veces en las últimas dos semanas, yendo a la iglesia—la iglesia inglesa—en el carruaje de Roderick. Varias veces, había ido a la casa de Roderick durante el día, solo para ser rechazado por esa dragona de ama de llaves que Douglas empleaba. ¿Estaban reteniendo a Jenny prisionera? ¿O estaba contenta en su nueva vida y no quería tener más nada que ver con él? Tenía que ver su rostro cara a cara una última vez para averiguarlo con certeza.

"Llénelo de nuevo," demandó el cliente de Harris.

"Me gustaría, amigo. Pero tu dinero se ha agotado."

El hombre buscó en sus bolsillos durante varios minutos sin éxito. Luego, agachándose,

abrió su bolso de viaje y sacó un libro. “¿Qué me darás por esto?”

Harris negó con la cabeza. “El propietario dice que solo debo aceptar efectivo, señor.”

Entonces notó el título del volumen: *Ivanhoe*. Había dejado sus propios libros en Richibucto y los extrañaba mucho.

Sin embargo, no era de sí mismo de lo que pensaba Harris mientras daba vueltas al libro en sus manos.

“Te diré algo, amigo. Si me das un precio justo, te pagaré por el libro. Luego será tu negocio qué haces con el dinero.”

El hombre articuló una suma.

“Vale cada centavo.” Harris negó con la cabeza con pesar. “Pero no tengo tanto.”

“¿Qué tienes?”

Harris vació sus bolsillos de la plata que Roderick Douglas le había dado, junto con algunos peniques que había ganado aquí, además de su comida y alojamiento. “Eso es todo.”

“¡Hecho!” El vendedor golpeó la barra con su mano. “Tómalo antes de que esté sobrio y cambie de idea.”

Al día siguiente, Harris metió un trozo de papel profundo en el libro. Luego se lo confió a un joven con el que había hecho amistad para que lo entregara en la casa del Sr. Douglas para la Srta. Jenny Lennox, sin mencionar su fuente.

Durante media hora, caminó de un lado a otro y se preocupó. ¿Recibiría Jenny su mensaje o la ama de llaves dragona de Rod Douglas lo interceptaría? Incluso si la nota llegaba a sus manos sin ser molestada, ¿le haría caso?

* * *

“Disculpe, señora.”

Cuando Jenny levantó la vista de su costura, la aguja se desvió y le pinchó el dedo.

“¡Ay!” Llevó la diminuta herida a su boca. “¿Qué sucede, Marie?” Al ver las gotas de sangre brillante que manchaban su labor, Jenny sintió que el corazón se le hundía.

“La señora Lyons se fue a descansar por un fuerte dolor de cabeza, señora. Lizzie me dijo que preguntara si le gustaría una taza de té en la cocina. Acaba de sacar las tartas de mora del horno.”

Jenny anhelaba levantarse de su silla y correr a la cocina junto a Marie. Cuánto deseaba un poco de compañía femenina.

Pero ¿qué diría Roderick si se enterara? Lo sabía bastante bien, la esposa de un hombre en su posición no debería socializar con sus sirvientas.

“Dile a Lizzie que es amable por preguntar, Marie.” Jenny ofreció una sonrisa de pesar, esperando que su rechazo se suavizara. “Tomaré mi té aquí en el salón. Sin prisa, tampoco. Cuando ustedes terminen el suyo.”

“Sí, señora.” No había duda de la decepción en la voz de Marie o la mirada de dolor en sus ojos.

Las chicas pensarían que ella estaba menospreciándolas, que era demasiado altanera para su compañía. Quizás las esposas de hombres en la posición de Roderick evitaban la convivencia con su personal contratado, pero ella aún no era su esposa. Habría mucho tiempo para adoptar aires de grandeza en el futuro si era necesario.

“Marie,” llamó a la chica, “creo que simplemente iré a ver que todo esté en orden, abajo.”

Quizás reconociendo que el sentido del deber de Jenny luchaba con su inclinación, Marie sonrió ante este compromiso entre ambas. “Puede que quiera probar la tarta, señora, para ver si la

masa no está muy dura.”

“Sí. No querría que el señor Douglas fuera servido con una masa dura esta noche. ¿Quién sabe si no probaré el té, para asegurarme de que no esté demasiado débil?”

Mientras la señora y la criada pasaban por la puerta principal, se escuchó un golpe vacilante en ella. Si hubieran estado un poco más lejos, tal vez no lo habrían oído. Marie miró a Jenny. Normalmente, la Sra. Lyons respondía a cualquier llamado a la puerta principal.

“Puedes ver quién es, Marie,” le instó Jenny. “No queremos perturbar el descanso de la Sra. Lyons.”

Marie abrió un poco la puerta y cruzó unas palabras con la persona al otro lado. Cuando se volvió hacia Jenny, tenía un libro en sus manos. *¡Un libro!*

“El chico dijo que esto es para usted, señora. No quiso decir quién lo envió.”

Jenny extendió la mano hacia el volumen, sus manos temblando de emoción contenida.

“Imagino que el Sr. Douglas debe haberlo enviado,” Jenny esperaba que su mentira sonara convincente, “para darme algo que hacer además de la costura.”

Aunque la chica no se lo creyera, asintió.

“Ve a la cocina y toma tu té, Marie. Iré en un rato. Me gustaría mirar mi nuevo libro primero.”

La chica hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia las escaleras traseras.

“Y otra cosa, Marie.”

“¿Sí, señora?”

“No hace falta mencionar esto a la Sra. Lyons. Sabes lo particular que es con contestar la puerta. No querría que te metieras en problemas por esto.”

“Sí, señora.” Marie no parecía tener prisa por contarle a la ama de llaves.

Jenny regresó al salón, sus manos acariciando la tapa de cuero del libro, sus ojos deteniéndose en la letra dorada del título. *Ivanhoe*. Los recuerdos que traía, simplemente al sostenerlo de nuevo. Solo una persona podría haberle enviado tal regalo. Esa persona, para bien o para mal, no era su prometido.

“Oh, Harris, pobre soñador desvariado,” reflexionó Jenny, pasando las páginas. Luchaba por sofocar recuerdos dulces y vívidos que amenazaban con abrumarla. “Esto debe haber costado hasta el último penique que tenía. ¿Lo hizo como un regalo de despedida?”

La garganta le apretó al pensarlo.

Una melancólica ensoñación la llevó de vuelta al *St. Bride*, acurrucada a la sombra del palo mayor con Harris a su lado. Tan profundo estaba Jenny perdida en su recuerdo que casi pasó por alto el trozo de papel metido entre dos de las páginas del libro.

“¿Qué es esto, entonces?” Alisó el papel doblado.

Su escritura era tan diferente de la impresa que Jenny apenas podía descifrarla. Tras mucho releer y resolver, decidió que decía, “*¿Querrá verme para decirnos un adiós apropiado? La esperaré en el cementerio. H.*”

¿Adiós? Entonces él había decidido irse al fin. Jenny luchó contra un pellizco de pesar. Era lo mejor para ambos. Quizás Harris finalmente estaba aprendiendo algo de sentido.

En el cementerio. ¿Estaría allí ahora? ¿Cuánto tiempo esperaría?

Jenny sabía sin preguntar que Roderick nunca aprobaría tal encuentro, sin embargo, sentía que quería que Harris se fuera de la ciudad. Si esto lo aceleraba en su camino y si Roderick no se enteraba, ¿dónde estaba el daño?

Subiendo sigilosamente a su habitación, Jenny escondió el libro en el fondo de su baúl de ropa. Luego se puso su sombrero y un abrigo ligero, bajó de nuevo y salió por la puerta principal.

* * *

“¡Jenny, por aquí!”

Cuando la vio acercarse, Harris sintió tal alivio y felicidad que casi se elevó del suelo. Era todo lo que podía hacer para contenerse y no abrazarla. Solo la certeza de que eso la alejaría frenó el impulso casi irresistible.

Además, ya no se trataba de tenerla para sí mismo. Harris dudaba que eso alguna vez fuera posible. Pero si Jenny debía pertenecer a otro, debía ser a un hombre que pudiera hacerla feliz.

La llevó detrás de un alto monumento funerario de piedra arenisca de color óxido. No completamente fuera de vista de la carretera, pero tampoco fácilmente visible.

Se veía tan hermosa como siempre, con ropas nuevas y cada cabello en su lugar. Pero había algo inquieto en sus ojos y una tensión fija en su sonrisa que nunca había estado ahí antes. Aquello reforzó su convicción de decir lo que había venido a decir.

“Es bueno verla de nuevo, Jenny.”

“¿Se va de la ciudad, entonces? ¿A dónde irá?”

Encogió los hombros. “No le he dado mucha importancia. Antes de irme, Jenny, debo advertirle sobre Roderick Douglas. No debe casarse con él.”

“Oh, Harris. Hemos hablado una y otra vez de esto. Vine aquí para casarme con el Sr. Douglas y lo haré. Es lo único que puedo hacer.”

“¿Realmente cree que puede ser feliz con él, Jenny? Hay más en la vida que ropa elegante, una casa grande y comida en abundancia. Es un hombre rico, niña, pero no es un buen hombre.”

Se alejó, apoyándose contra la lápida. Harris no podía soportar la idea de que compartiera el destino de las madre y madrastras de Roderick Douglas.

“¡Cómo se atreve a decir eso!” exclamó, con un espíritu que él rezaba para que nunca fuera quebrantado. “¿Qué ha hecho él?”

Déjalo a ella llegar directamente al meollo del asunto, a exponer la única debilidad flagrante en todo su argumento.

Harris se acercó a Jenny, atrapándola entre él y la lápida, para que tuviera que escuchar. “No he podido descubrirlo exactamente. La gente tiene demasiado miedo de él para hablar. Pero he oído suficientes insinuaciones.”

“¿Insinuaciones? ¿Espera que cancele mi boda por insinuaciones? Roderick Douglas es un hombre exitoso. No construyó su negocio dejando que gente holgazana y deshonesto se aprovechara de él. Dice que cuentan las historias más terribles solo para causarle problemas.”

“Hay más que eso, Jenny. Lo sé.”

Abandonando la futilidad de esa estrategia, Harris buscó cualquier argumento. “¿Lo ama ahora que lo ha visto de nuevo, de cerca? ¿Puede mirarme a los ojos y decirme que lo que siente por él es más fuerte que lo que sentía por mí?”

“Deje de hablar de amor y sentimientos, Harris Chisholm.” Se escurrió pasando junto a él, como un animal tratando desesperadamente de salir de una trampa. “Esa tontería se desvanece casi tan rápido como los ramos de novia. Con el primer aliento de escarcha, muere. Lo he visto una y otra vez. Maizie Glendenning, mi madre... su madre.”

Las palabras de Jenny dejaron a Harris atónito. Sabía que estaba equivocada, aunque no pudiera explicar de inmediato el cómo y el por qué. Pero lo haría. Todo lo que necesitaba era un momento de reflexión.

Porque había visto el demonio privado de Jenny al fin, una bestia enorme, negra como una sombra e igual de llena de terror irracional. Tan insustancial. Se dio cuenta, ahora, de cómo la había acosado y perseguido. En otros momentos, le había impedido el camino a la felicidad,

acechándola con malicia, con sus colmillos amarillos al descubierto.

Harris había luchado contra su propia bestia. En momentos de descuido aún caía presa de ella. Sabía que no estaba en su poder vencer la bestia de Jenny por ella. Solo ella podía hacerlo.

Sin embargo, podía darle un arma y una razón para luchar.

“¡Janet!” Roderick Douglas se acercó hacia ellos, a través del alto y delgado césped del cementerio. “¿Por qué está escondiéndose en un cementerio, querida?”

Mientras Jenny luchaba por responder, pareció avistar a Harris por primera vez. “Ah, veo.”

“Por favor, Roderick, no es lo que parece.”

Temiendo que Douglas quisiera golpearla, Harris se apresuró a ponerse entre Jenny y su prometido. “Es mi culpa, Douglas. No culpe a la muchacha. Le envié un mensaje diciendo que me iba de la ciudad. Le pedí que se reuniera conmigo para despedirnos civilizadamente.”

Roderick Douglas le lanzó una mirada venenosa. “Eso puede ser. Janet podría haberlo invitado a casa para cenar y una despedida adecuada. Todo esto me parece un tanto furtivo.”

Jenny bajó la cabeza. “Lo siento, Roderick. Tiene razón. Debería haber pensado en eso.”

Harris quería estrangular a Roderick Douglas con sus propias manos por la forma en que había logrado intimidar a Jenny. Quería regañarla por rendirse a tal dominación.

“Estoy profundamente afligido por su deslealtad, Janet.” Roderick se puso las manos detrás de la espalda, como un maestro regañando a un alumno travieso. “Que sintiera que tenía que ir a mis espaldas, que estuviera dispuesta a dañar mi reputación en esta ciudad.”

“Déjela en paz, Douglas.” Harris dio un paso más cerca, tratando de provocar al otro para que le diera un golpe. “Todo de lo que Jenny es culpable es de tener un corazón compasivo. Si tiene una disputa, es conmigo. Busque a alguien de su tamaño.”

Douglas se burló. “No se alabe tanto, Chisholm. Nunca será de mi tamaño.”

Volvió su atención hacia Jenny. “Pasé por la casa para ver si le apetecía dar un paseo en un día tan bonito. ¿Puede imaginar mi preocupación cuando la encontré desaparecida y nadie sabía dónde estaba? Estaba desesperado, Janet. Esta ciudad es demasiado brusca para una mujer de su posición para andar sin compañía.”

“Sí, Roderick.”

Antes de que Harris pudiera interponerse de nuevo, Jenny rodeó y tomó el brazo que Roderick le ofreció y lo dejó llevarla.

Con una mansedumbre que hizo subir la bilis a Harris, tomó el brazo que Roderick le ofrecía y dejó que se la llevara.

Demasiado tarde, Harris supo lo que necesitaba decirle a Jenny, las palabras que podrían armarla y alentarla a enfrentarse a su diablo negro. Ahora, si pudiera acercarse lo suficiente a ella como para decirlas antes de que Roderick Douglas la llevara al altar.

“Todavía no he terminado con usted, muchacha” murmuró en voz alta. “Ni con usted tampoco, Douglas”.

Detrás de él, una voz extraña respondió: "Ahí es donde se equivoca, muchacho".

Harris se dio la vuelta para enfrentarse a dos hombres, una pareja a la que había visto a menudo siguiendo a Roderick Douglas. Ninguno de los dos era tan alto como él, pero eran de complexión sólida, con hombros anchos y antebrazos gruesos que sobresalían de las mangas de la camisa enrolladas. Uno de ellos tenía un rostro alegre y florido enmarcado por el pelo pelirrojo y los bigotes laterales. El otro era moreno, con una nariz enorme, torcida por más de una rotura.

Se acercaron a Harris, sonriendo ampliamente.

"¿Qué-qué..." Reprimió la sensación de pavor que lo atenazaba por el cuello. Los animales, se decía, podían oler el miedo. “¿Qué es lo que quieren?”

“Es así, amigo” dijo Jowly Ginger. "Entendemos que se va de la ciudad. Se podría decir que somos su comité de despedida".

Nariz Rota soltó una risita mientras deambulaba alrededor de Harris.

“Muy amable de su parte, caballeros”. Harris dio un lento paso atrás. Lo último que quería era quedar atrapado entre los rufianes contratados por Roderick Douglas. "Si quieren acompañarme de vuelta a mi lugar de trabajo, estaré encantado de servirles una copa... en honor a mi partida".

El dúo intercambió una mirada.

Independientemente de lo que su empleador les hubiera ordenado que hicieran, la oferta de Harris claramente les atraía. Si pudiera llevarlos de vuelta a la taberna, podría escabullirse ileso.

“Estoy tentado, muchacho” suspiró Jowly Ginger con pesar, “pero órdenes son órdenes.”

Se movían con la precisión de una yunta de bueyes bien entrenada. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, Harris sintió sus brazos sólidamente inmovilizados detrás de él. Sus pies se agitaron, conectando con algo que cedió a la patada.

Ginger soltó un gruñido de dolor. “Eso te va a costar, chico.”

Una pierna se enganchó alrededor de sus tobillos y lo envió al suelo. Al caer, su cabeza golpeó una de las lápidas. Una explosión silenciosa de dolor brilló dentro de su cráneo por un instante, antes de que todo se oscureciera.

Capítulo Dieciocho

"Despierte ahora, Harris Chisholm. Está respirando, así que supongo que debe estar vivo."

¿Jenny?

Harris se replegó de la conciencia. Había flotado en el borde de ella antes, cada vez empujado de nuevo hacia la pacífica inconsciencia por el dolor. Esta vez era diferente.

Jenny lo llamó y no pudo resistir el atractivo de su voz. No si tuviera que pasar por el desafío de cien demonios con horquillas al rojo vivo.

Intentó abrir los ojos, pero solo uno de ellos cooperaba. El mundo se desenfocó y se movió por un instante bilioso antes de que Harris dejara caer su párpado nuevamente. Un gemido escapó de sus labios, hinchados como estaban. Su lengua palpitante se sentía el doble de su tamaño normal. Después de un inventario rápido, decidió que su pierna izquierda de alguna manera había escapado de la lesión. Cada otra parte de su cuerpo dolía, picaba, ardía o golpeaba con su propio tono único de agonía.

"¿Quién le hizo esto, Harris?"

Por un segundo loco, olvidó todos sus dolores. Le diría a Jenny que Rod Douglas era responsable de su brutal paliza y eso sería el fin de sus planes de boda.

Forzó a su boca a formar las palabras, pero no salió nada inteligible.

"No intente hablar ahora", dijo de manera irritante al estilo de la mujer, olvidando que ella fue quien lo instó a hablar con su pregunta. "Traeré algo de agua para lavar sus heridas. Luego buscaré a alguien para que me ayude a llevarlo a casa."

¿Casa? Con su precaria sujeción a la conciencia, Harris se preguntó la palabra. ¿Qué quería decir ella con casa? Seguramente no la casa de Roderick Douglas, ni su chabola detrás de la taberna.

Sus pobres facultades aún estaban considerando la pregunta cuando ella regresó con agua. Harris escuchó un chillido agudo de tela rasgándose y su labio herido se curvó hacia arriba. ¿No era típico de Jenny rasgar su enagua para cuidarlo?

La tela fresca y empapada tocó su frente, picando como una horda de avispas. Harris inhaló un siseo entre sus dientes apretados. Un diente se movió al toque de su lengua.

Ella comenzó a hablar de nuevo, tal vez para distraerlo de la necesaria tortura de sus cuidados. "Fueron Sweeney y McBean quienes lo golpearon, ¿verdad?"

Cuando no respondió, ni siquiera un gemido o un asentimiento, ella insistió: "¿Los hombres de Douglas, uno con un pico torcido y el otro con una cara como un bulldog rojo?"

"Mmm" fue todo el acuerdo que Harris pudo lograr, aunque sus descripciones provocaron otra sonrisa dolorosa.

"Lo sabía. Nunca debería haberlo enviado tras ella."

Harris la miró a través de la rendija de su ojo, forzando la imagen titilante de su rostro en un enfoque adecuado.

"¡Morag!" Su nombre salió de él.

"Sí, ¿quién creía que era?" Su voz adquirió un tono amargo. "¿Jenny Lennox? Lo siento por decepcionarlo, pero no está en condiciones de ser exigente con quien lo cuida."

Harris se aquietó. Su boca magullada no estaba a la altura de la laboriosa explicación que le debía a Morag McGregor. No estaba decepcionado por su presencia, sino por la ausencia de Jenny. Si tan solo Jenny hubiera visto el daño del que era capaz Roderick, Harris habría

considerado su paliza como una bendición y habría aceptado otra si fuera necesario.

"Esto es todo lo que puedo hacer por usted aquí", dijo Morag finalmente. "Iré a buscar a Murdock y a papá para llevarlo de vuelta a nuestro lugar."

No tenía fuerzas para responder.

Tal vez ella pensó que había vuelto a perder el conocimiento, porque apoyó su mano ligeramente en su frente, como en una caricia. "¿Lo golpearon tanto? Podría ser lo mejor para usted a la larga."

Mientras se deslizaba de vuelta a un suave crepúsculo, Harris casi se rio. Después de todo lo que Jenny había hecho para alejarlo y todo lo que él había hecho para purgar sus sentimientos por ella, harían falta puños más duros que los que Roderick Douglas pudiera contratar para sacarla de su corazón.

* * *

El sol de finales de septiembre golpeaba el carruaje de Roderick Douglas mientras se dirigía a St. Mary's para el culto dominical. Si el verano estaba decayendo, no mostraba signos. El aire tranquilo ya se había vuelto incómodamente cálido y la hierba en el cementerio de la iglesia se había horneado en hilos dorados quebradizos.

Mientras fingía concentrarse en lo que Roderick decía, Jenny lanzaba miradas furtivas en todas direcciones. En los dos últimos domingos, había vislumbrado a Harris observándola desde la distancia. Hoy no había señales de él.

Así que había sido serio acerca de irse de Miramichi. No había esperado exactamente eso, pero se preguntaba si había sido un ardid para atraerla al cementerio.

Jenny se aseguró a sí misma que su partida aliviaba su mente. Ahora podía anticipar su boda sin temer que él interrumpiera la ceremonia. Quizás con Harris fuera de la ciudad, Roderick podría relajar sus restricciones sobre sus salidas. Él argumentaba que esas medidas eran para su seguridad y ella le creía. Aun así, había días en los que se sentía como si la estuvieran ahogando lentamente.

"¿Qué dice a eso, Janet?"

"Perdón, Roderick. Algo llamó mi atención y no escuché todo lo que dijo."

Su hermosa boca se apretó en una línea de desaprobación de la que Jenny había comenzado a encogerse. "Estaba diciendo que algunos importantes conocidos míos de negocios estarán en la ciudad la próxima semana desde Boston. Al menos dos de ellos traerán a sus esposas. Planeo invitarlos a la boda, por supuesto. También pensé en organizar una fiesta la noche anterior. ¿Le gustaría eso?"

"Sí, me gustaría." Jenny trató de sonar entusiasta. Se reprendió a sí misma por sentirse de otra manera.

¿No era todo esto lo que había soñado, allí en Dalbeattie cuando se planteó por primera vez la posibilidad de su matrimonio con Roderick Douglas? Una casa elegante con sirvientes para hacer el trabajo, fiestas suntuosas para huéspedes importantes. Frente a la perspectiva de organizar tal evento, Jenny temblaba.

¿Qué sabía ella de entretener a esa gente? ¿Por dónde empezaría siquiera? Comida. Música. ¿Se esperaría que escribiera las invitaciones? No quería deshonorar a Roderick frente a sus adinerados amigos americanos. Él tenía expectativas tan altas de ella y siempre parecía decepcionarlo.

Harris nunca la había hecho sentir así. El pensamiento apareció, sin invitación, en la mente de Jenny. Incluso cuando trataba de desecharlo, la idea se afianzaba. De alguna manera, Harris

siempre la había hecho sentir que podía hacer cualquier cosa que se propusiera. Pero Harris se había ido ahora y la ilusión de fuerza y competencia que él había infundido en ella estaba desvaneciéndose rápidamente.

El carruaje se detuvo frente a St. Mary's. Otros fieles se mantenían respetuosamente alejados de la puerta, esperando a que el Sr. Douglas y su prometida entraran.

"Está callada esta mañana, mi querida", dijo Roderick mientras la ayudaba a bajar del carruaje. "¿Nada de qué preocuparse, espero?"

¿Había un dejo de triunfo burlón en su voz?

¡Por supuesto que no! Jenny se reprendió a sí misma por siquiera considerar una idea tan malvada. Su prometido estaba siendo considerado con sus sentimientos, eso era todo.

"¿Preocupada?" Forzó una sonrisa brillante. "Oh no, solo estaba pensando en prepararme para la fiesta. Podemos traer las últimas flores del jardín para decorar la mesa. ¿Es siempre tan cálido en Nueva Brunswick a finales de septiembre?"

"¡Ja! De ninguna manera. Hace dos años en esta época teníamos nieve que se quedaba. Este verano ha sido extraño."

Mientras tomaban sus lugares en el banco de los Douglas, Jenny pensaba en la última lectura de las prohibiciones. En unos pocos días sería la Sra. Roderick Douglas, una líder honrada de la sociedad local. Su sueño de mucho tiempo finalmente se haría realidad. Entonces, ¿por qué se sentía atrapada en una pesadilla cambiante y desconcertante de la que anhelaba despertar?

* * *

Harris luchaba por despertar de otra pesadilla.

Su corazón golpeaba contra sus costillas magulladas en un ritmo frenético y doloroso. Jadeaba por aire. Una gota de sudor caía desde su nacimiento del cabello, ardiendo en la desordenada herida de su sien izquierda.

Durante las últimas tres noches, su sueño había estado plagado de oscuros y perturbadores sueños. Todos ellos mostraban a Jenny en peligro mortal y a él intentando en vano salvarla. Cada vez que corría a su rescate, sus esfuerzos fallaban. Tropezaba con sus propios pies o perdía el rumbo. O llegaba a Jenny solo para descubrir que había sido engañado y que ella no era más que un espantapájaros. El abrumador sentido de urgencia e inutilidad lo acompañaba mucho después de que el sueño había pasado.

Tenía que encontrar alguna manera de sacar a Jenny del poder de Roderick Douglas, si tan solo pudiera pensar cómo.

Reflexionando sobre ese complicado enigma, se relajó en su lecho de paja en uno de los edificios auxiliares de Alec McGregor. No había logrado pensar mucho productivamente cuando escuchó el paso firme de Morag acercándose y sintió el aromático perfume del caldo de carne flotando en el aire quieto y cálido.

"¿Cómo se siente esta mañana?", preguntó ella tan pronto como confirmó que estaba despierto.

"Mejor", respondió Harris cautelosamente.

Durante los primeros dos días, mientras los hematomas se inflaban y la piel cortada comenzaba a unirse, le dolía más que después de su paliza. Morag había afirmado que era una buena señal y una advertencia para que descansara y dejara que su cuerpo magullado sanara.

"Al menos las palabras no se derraman sobre mi lengua tan mal. Supongo que no me ha traído algo sólido para comer. Su caldo de carne y la crema de yema de huevo son sabrosos, pero no llenan el estómago de un hombre por mucho tiempo".

"Supongo que un hombre está en camino de recuperación cuando puede comer y hablar". El humor irónico calentaba las palabras ácidas de Morag mientras se arrodillaba a su lado. "Sí, he traído un poco de carne hervida, si cree que puede manejarla, y unas nuevas papas machacadas con crema".

Harris se ocupó rápidamente de la comida, procurando no lastimar su diente flojo. Tener el estómago lleno lo revivió aún más.

"¿A dónde irá cuando esté lo suficientemente bien para irse?" Morag se levantó abruptamente y se acercó a la entrada del cobertizo. ¿Había una nota de anhelo en su voz?

"No puedo irme hasta sacar a Jenny del control de Roderick Douglas".

Ella se volvió hacia él, sus ojos destellando una furia verde. "¡No sea tonto, Harris! La señorita Lennox ha tomado su decisión. Déjela vivir con eso. La paliza que le dieron Sweeney y McBean fue solo una advertencia. Si se atreve a regresar, le harán un daño real".

"¿Cómo sabe tanto sobre lo que esos rufianes están dispuestos a hacer?" él estalló.

La mano izquierda de Morag voló para cubrir su mejilla. El gesto respondió a su pregunta de manera más elocuente que cualquier palabra.

"¿Le hicieron eso? ¿Por qué?"

"Estaba demasiado oscuro para verlos", confesó ella, ahogándose. "Pero reconocí sus voces. Fueron todas sus órdenes, por supuesto, pero esos dos animales aman su trabajo. Para ellos, un grito o el crujido de un hueso roto es casi tan bueno como el pago".

Barriendo por una ola de indignación, Harris intentó levantarse, solo para que el mundo temblara y oscilara a su alrededor. "¿Nunca fue a la Justicia? ¿No presentó una denuncia contra ellos?"

"Pa intentó. Ellos afirmaron que estuvieron juntos toda la noche y en ningún lugar cercano al lugar donde yo estaba..." Sonaba como si una mano poderosa se hubiera apretado alrededor de su garganta, cortando el flujo de palabras.

Morag McGregor luchó por recomponerse y ganó. "Roderick Douglas les dio una coartada también. Su palabra fue suficiente para la Justicia. Volvió con un veredicto de que fui atacada por indios".

Harris balbuceó indignado. El pensamiento de Levi y su gente acusados de un crimen tan atroz lo disgustaba. El pensamiento de lo que Morag había sufrido lo enfermaba. Y el pensamiento de Jenny legalmente atada a un hombre que casualmente planeaba tales atrocidades lo helaba hasta los huesos.

Una pregunta quedaba sin respuesta, aunque Harris podía adivinar. "¿Por qué Douglas ordenó a Sweeney y McBean que hicieran... lo que le hicieron a usted?"

"Porque fui una tonta". Con esas palabras de confesión, Morag se acercó más a él. "Una tonta orgullosa y vanidosa. Desde que pude caminar, la gente me había dicho qué bella era".

Por la manera en que sostenía su cabeza y saboreaba las palabras en su lengua, Harris sabía que ella estaba recordando. "Llegué a pensar que ningún hombre en la colonia sería adecuado para mí excepto Roderick Douglas. Tan apuesto. Tan rico. Cuando él comenzó a cortejarme, lo recibí con los brazos abiertos. Y cuando me pidió casamiento, dije que sí".

Su voz se tensó. "Mi padre trató de disuadirme, pero ya no escuchaba más que lo que la señorita Lennox lo escucha a usted".

Harris sacudió la cabeza. "¿Por qué no se casó con él?"

"Dijo que era una tonta", ella estalló, recuperando parte de su compostura. "No un asno. Finalmente reconocí a Black Roderick por lo que es: un egoísta, un matón dominante que no soporta ser o tener menos que lo mejor en cualquier cosa. Cuando cancelé la boda, entró en una

fría furia. Supongo que decidió que si no podía tener a la chica más bella del condado" ella vaciló "se aseguraría de que ya no fuera la más hermosa".

Luchando contra su mareo, Harris se alzó lo suficiente como para tomar su mano. "Lo siento, Morag".

Ella se tensó y retiró sus dedos de su débil agarre. "No se preocupe por mí. Roderick Douglas me robó mi aspecto, pero no mi orgullo. No puedo soportar la lástima, y eso es todo lo que siente cualquier persona por mí ahora".

"Tal vez si les permite mostrar su lástima, la superarán". A pesar de toda su sabiduría adquirida con esfuerzo, ¿no podía ver eso? "Con el tiempo, tal vez vean a la mujer completa de nuevo, no solo las cicatrices. Puede que ya no sea Morag la Hermosa, pero no tienes por qué ser Morag la Trágica".

"¿Cómo diablos sabe tanto al respecto como para presumir de decirme cómo vivir mi vida?" Parecía lista para terminar el trabajo que Sweeney y McBean habían comenzado en él.

"Tráigame una navaja de afeitar y algo de jabón de afeitar".

Ella parecía desconcertada por su solicitud. "¿Qué tiene que ver eso con todo? ¿Por qué quiere afeitarse en un momento como este?"

"Solo hazlo, Morag, por favor."

Ella se marchó sin decir una palabra, dejando a Harris preguntándose si alguna vez la volvería a ver. Sin embargo, poco después, escuchó sus pasos y el leve chapoteo del agua en un lavabo.

Alec McGregor se coló en el cobertizo detrás de su hija. "Morag me dice que te apetece afeitarte. Ella teme que te cortes la garganta si intentas hacerlo tú mismo. No estoy acostumbrado a afeitar a nadie más que a mí mismo, así que asegúrate de quedarte quieto."

Cada toque de la espuma y cada pasada de la navaja punzaban a Harris con arrepentimiento. Había llegado a apreciar su barba, no solo por su cobertura protectora. Bueno, siempre podía dejársela crecer de nuevo.

Limpiándose los últimos rastros de jabón de la cara, llamó: "Échale un vistazo, Morag."

Ella le lanzó una mirada reacia. Sus ojos se abrieron de par en par y Harris reconoció un fugaz destello de compasión en ellos. Por primera vez en su vida, lo recibió con agrado.

Alec McGregor miró de Harris a su hija. "Entiendo que los dos tienen algo de qué hablar, veo, y yo tengo un cerdo que descuartizar."

Cuando su padre se marchó, Morag se acomodó junto al colchón de paja de Harris. "Desde que lo vi, sentí que era diferente, que de alguna manera entendía."

"No entendía, Morag. No hasta que la vi a usted. No hay nada como ver tus propios problemas en alguien más para darles sentido. La mayoría de la gente es como yo, escondiendo cicatrices que nadie más puede ver."

Pensó en Jenny y en cómo su vida temprana había dejado sus heridas. "Morag, ¿haría algo por mí?"

"Sí, si puedo."

"¿Podría ir a Jenny y decirle lo que me dijo, sobre lo que Roderick le hizo a usted?"

Levantándose con el lavabo en las manos, se acercó a la entrada del cobertizo y arrojó el agua jabonosa.

"¿Cómo puede pedirme eso, Harris?" Se negó a mirarlo. "¿No escuchó lo que le dije? La señorita Lennox probablemente no me escucharía de todos modos." Su voz se desvaneció en un susurro asustado. "Y quién sabe qué haría Roderick si se enterara."

"Tiene razón." Harris se maldecía por siquiera sugerirlo. "Lamento habérselo pedido."

Tendré que encontrar otra manera.”

“No hay otra manera, Harris.” Morag sacudió la cabeza. “Las prohibiciones ya se han leído. Su Jenny está prácticamente comprometida con Rod Douglas.”

Hace tres meses, si se hubiera enfrentado a la misma situación, Harris habría aceptado sus pérdidas y admitido la derrota.

Pero no ahora.

Sus pruebas con Jenny habían fortalecido sus poderes de resistencia y resiliencia como el acero templado al fuego.

“¡Prohibiciones!” exclamó. “¡Eso es, Morag! Pásame mi camisa. Tengo que irme.”

Ella lo miró como si hubiera perdido el juicio. “¿A dónde piensa ir y cómo demonios llegará allí? Apenas puede sentarse, mucho menos ponerse de pie o caminar. ¿De qué servirá que se mate en una misión absurda tratando de salvarla de su propia locura?”

Apretando los dientes, Harris se puso de pie. Para su sorpresa, no se desplomó de inmediato. “Mis piernas sufrieron menos, Morag. Y ahorre su aliento, porque no hay nada que pueda decir para evitar que vaya. Puede que fracase, pero no puedo permitir que eso me detenga.”

“Bueno, adelante entonces.” Le lanzó la camisa. “Pero no lo veré salir de aquí como llegó, solo con la ropa que lleva puesta.”

Le dedicó una sonrisa de gratitud mientras se ponía la camisa. “Tomaré cualquier equipo que pueda conseguir y le estaré agradecido por ello.”

Morag empezó a marcharse sin decir una palabra más, pero en la puerta vaciló. Mientras se perfilaba contra la luz del sol, Harris percibió un temblor en ella. En la brisa del final del verano, escuchó un ligero jadeo. “Siempre quise que un hombre me amara como usted la ama a ella.”

Harris dio unos pasos tambaleantes hacia ella. Sus piernas estaban mucho más firmes que su equilibrio. La abrazó para evitar caer al suelo, tanto para ofrecerle un poco de consuelo como para no caerse él mismo.

“Uno lo hará, muchacha. Tal vez ya haya uno que lo haga. ¿Ha mirado más allá de usted misma lo suficiente como para verlo?”

Se dejó abrazar por él por un momento antes de soltarse. “No diga tonterías. Iré a recogerle algo de equipo.”

En su reprimenda cortante, le reconfortó escuchar un grado de descongelamiento.

Partió media hora más tarde, con valor, aunque no del todo firme, murmurando para sí mismo las direcciones de Alec McGregor. Según sus cálculos, tenía cinco días para llegar al Richibucto y regresar. Un gran desafío, pero posible. ¿O no?

* * *

Desde la ventana de su habitación costosamente acristalada, Jenny miraba hacia el bosque distante.

“¿Dónde estás ahora, Harris?” murmuró. “¿Y por qué elegiste *esta* vez para hacerme caso cuando te dije que te fueras?”

La culpa recaía directamente sobre sus hombros, Jenny lo sabía. No mejoró su humor. Había estado alejando a Harris o huyendo de él desde que se dio cuenta de la amenaza que representaba para sus planes y su tranquilidad. Tarde o temprano el tendría que tomarla en serio.

¿Por qué, entonces, su partida se sentía como un abandono?

Aparte de la muerte de su madre, Jenny nunca lo había experimentado antes. Ahora entendía, al menos en parte, cómo el abandono de la madre de Harris había moldeado su carácter.

Comprendía, al menos en parte, el dolor que le había causado. Lo que no podía entender era por qué él había arriesgado revivir ese dolor al perseguirla, a una mujer destinada a abandonarlo.

Al parecer, finalmente había recapacitado. Eso confirmaba todas las creencias queridas de Jenny sobre el amor romántico. Harris había afirmado tener profundos sentimientos por ella. Pero se habían desvanecido rápidamente cuando quedó claro que ella estaba comprometida con Roderick. Mejor haber aprendido esa dura lección ahora que haber sucumbido a la atracción entre ellos y descubrir la verdad solo cuando fuera demasiado tarde.

A lo lejos, una figura diminuta se desprendió del fondo del bosque. Se acercó, luego se detuvo y retrocedió.

Era una mujer. Eso fue lo que Jenny pudo distinguir.

Un chal negro ondeaba en el viento seco del oeste. Algo en ese movimiento hizo que la memoria de Jenny se encendiera. Había una mujer con un chal negro en la boda a la que habían asistido ella y Harris. Quizás él había aceptado la invitación de Alec McGregor y había vuelto para instalarse allí.

De repente, Jenny se sintió abrumada por un impulso irresistible de obtener alguna pequeña noticia sobre Harris, de escuchar su nombre pronunciado y volver a saborearlo con su propia lengua.

La Sra. Lyons se había ido hace poco a hacer las compras. Desde que Harris se marchó de la ciudad, su estricta vigilancia sobre la casa se había relajado. Si Jenny quería salir a tomar un poco de aire, este era su momento.

Mientras descendía las escaleras, Jenny escuchó a las chicas contratadas lijando el piso del salón para la fiesta de Roderick. Escapándose sin ser vista por la puerta de la cocina, se dirigió a través del prado hacia el bosque donde había visto a la mujer merodeando.

Su corazón se hundió cuando encontró el lugar desierto. Quizás había imaginado esa figura vacilante, por su anhelo de noticias de Harris. O por su necesidad de escapar del ambiente sofocante de la casa de Roderick.

Con un suspiro, Jenny se volvió para irse.

Un leve susurro la hizo mirar hacia atrás.

La mujer del chal negro estaba acurrucada en la sombra de un abeto oscuro, lanzando miradas febriles al prado, como una cierva cautelosa de los depredadores. Con vacilación, hizo un gesto con la mano.

"¿Quién eres y qué quieres?" El comportamiento de la mujer hacía que Jenny se pusiera nerviosa. ¿Y si la criatura estaba loca?

La mujer apartó el chal de su rostro. Antes de que pudiera contenerse, Jenny jadeó.

"Soy Morag McGregor y tengo algo que decirte que debes escuchar." Su rostro era más aterrador en su belleza marcada que en la simple fealdad.

La intensidad de la voz de la mujer no tranquilizó a Jenny en absoluto. Lentamente comenzó a retroceder.

"Si alguna vez quisiste a Harris Chisholm, debes escucharme, por su bien."

Cada instinto de Jenny le gritaba que corriera. En cambio, plantó los pies y desafió a Morag McGregor. "Entonces, habla."

Capítulo diecinueve

Harris maldijo la luz que se desvanecía.

Había seguido adelante durante las dos noches anteriores, orientándose por las estrellas y deteniéndose para arrebatar una hora de sueño sólo cuando el agotamiento amenazaba. Ahora temía haberse desviado del rumbo en cualquiera de esas noches.

Se le acababa el tiempo. Incluso si lograba llegar a Richibucto por la mañana y hacer sus negocios de inmediato, ¿cómo podría esperar darse la vuelta y regresar a Chatham a tiempo para detener la boda de Jenny?

Morag tenía razón. Era una tontería. Otro hombre podría haberlo logrado. Un hombre en mejores condiciones. Uno con mayores poderes de resistencia. Uno con un sentido decente de la orientación.

Aguijoneado por la desesperación, Harris aceleró el paso. Debía cubrir la mayor cantidad de terreno posible mientras durara la luz del día. Su paso se convirtió en un trote y, finalmente, en una carrera muerta. Se detenía y descansaba cuando ya no podía ver los árboles en su camino.

Esta era quizás la hora más tranquila del día, cuando los pájaros cantores encontraban una rama y doblaban sus alas para dormir. Antes de que los búhos y otras criaturas nocturnas comenzaran a moverse. Los únicos sonidos que Harris oía eran el crujido de las agujas de pino bajo sus pies, el latido de su pulso y el silbido de su respiración agitada.

Le dolía el cuerpo por este esfuerzo intensificado cuando anhelaba descansar. Harris se esforzó. Su mente cansada se tambaleaba al borde del sueño. Quiso no rendirse.

Cuando el esfuerzo físico y mental se hizo demasiado grande para que él pudiera soportarlo, comenzó a hacer tratos consigo mismo. *Solo veinte zancadas más. Justo después de ese alto abeto, más adelante. Un poco más allá de esta subida.*

A medida que Harris llegaba a la cima de la cuesta, sus piernas seguían bombeando incluso después de que su mente les hubiera dado permiso para detenerse. Perdió el equilibrio en el terreno irregular. Cayó al suelo, dando tumbos una y otra vez. Al fin tocó fondo, atrapando todo su peso en su pierna izquierda. Una sacudida de dolor brotó de su tobillo, haciéndolo gritar.

La noche y la desesperación cayeron sobre Harris como una losa gigante de granito negro.

* * *

"Se la ve pensativa esta noche, Janet. ¿Sigue preocupada por los arreglos para la fiesta?"

Jenny levantó la vista de su cena. La voz profunda de Roderick sonaba tan solícita. Su sonrisa lucía tan encantadora. Seguramente las locuras de esa mujer desquiciada no podían ser ciertas.

"Le pido disculpas, Roderick. No pretendo ser una compañía tan desagradable para usted."

"Callada, sí. Desagradable, nunca. De hecho, si todo lo que hiciera fuera mirarla, podría estar contento, Janet. Apuesto a que es la mujer más hermosa de la colonia. Hablando de eso, ¿probó el vestido que envié desde la modista?"

Un rubor ardiente subió por las mejillas de Jenny. "Sí. ¿Quiere que lo use para nuestra boda?"

Era una exquisita creación de color amarillo jonquilla en la mejor muselina que Jenny había visto. Tan fina, de hecho, que era casi transparente. El escote colgaba más bajo que en cualquier

vestido que Jenny hubiera visto, y mucho menos usado. ¿Realmente quería Roderick que sus pechos estuvieran en exhibición de esa manera tan descarada?

"¿La boda?" Se rio. "Janet, es por cautela. Los ojos del pobre vicario se saldrían de sus órbitas. No. La modista está renovando el vestido que trajo de Escocia. Es difícil creer que todavía esté entero después de su viaje por tierra desde Richibucto. El nuevo vestido es para nuestra fiesta de víspera de boda. Billings y Pruitt pueden mirar todo lo que quieran."

La idea de que los colegas comerciales de Roderick la miraran en ese traje tan inmodesto hizo que Jenny se retorciera en su asiento. Desesperada por distraerse, buscó un nuevo tema de conversación. Solo uno se presentó fácilmente. Roderick parecía estar de muy buen humor esta noche. Tal vez se atrevería a abordar el tema y tranquilizar su mente.

"¿Está usted familiarizado con una joven llamada Morag McGregor que vive en el asentamiento de las Highlands camino a Richibucto?"

El tenedor de Roderick se detuvo a medio camino hacia su boca. Después de la más leve de las vacilaciones, continuó su camino. Cuando masticó y tragó ese bocado de comida, respondió: "Un caso triste. ¿Cómo llegó a conocer a la loca Morag, y qué le hizo mencionarla ahora?"

El aliento de Jenny se alivió un poco. Así que tenía razón después de todo. La criatura patética era una mujer loca.

"La vi cuando Har... cuando pasé por el asentamiento de camino a Miramichi. También había una gran boda en ese momento. Hablar de nuestra boda me hizo pensar en ella. ¿Alguien sabe cómo obtuvo las cicatrices en su rostro?"

"Ataque indígena." Roderick sacudió la cabeza. "Una cosa terrible, salvajes violentos. Lideré la milicia en un ataque de represalia en su campamento en Eel River. Les enseñé una lección, espero, sobre molestar a mujeres blancas inocentes. Aún preferiría que no saliera sola, mi querida Janet."

Jenny intentó conciliar la explicación de Roderick con su propia experiencia de la gente Mi'kmaq local. No podía imaginar a Levi Augustine o a cualquier miembro de su familia cometiendo semejante brutalidad. Sin embargo, no podía permitirse albergar dudas sobre su futuro esposo.

"Toda la experiencia trastornó la mente de la pobre mujer", continuó Roderick. "Se ilusionó pensando que aún era una gran belleza y que se iba a casar conmigo. Cuando me negué a seguir su ridícula fantasía, comenzó a difundir las historias más viles sobre mí. Por supuesto, nadie con sentido común creyó a la pobre desgraciada."

Esos oscuros y misteriosos ojos cuya simple mirada una vez había emocionado a Jenny ahora la tenían cautiva, una pregunta no formulada en sus inquietantes profundidades. ¿Le creía a él, o le creía a la loca Morag?

"Por supuesto," murmuró. Agachando la cabeza para evitar su mirada, Jenny se concentró ferozmente en comer su cena. Cada bocado cayó en su estómago como un trozo de plomo.

* * *

El mundo seguía envuelto en oscuridad cuando Harris se despertó con una consciencia borrosa. Su tobillo latía. El peso aplastante de su fracaso lo oprimía. Sin embargo, poco a poco, se dio cuenta de un sonido alentador y esperanzador: el sonido del agua corriente no muy lejos.

Reuniendo toda su fuerza menguante, intentó erguirse. Su tobillo herido cedió bajo su peso con una ráfaga de dolor abrasador. Impulsado a sus rodillas, Harris comenzó a gatear hacia adelante. Había llegado demasiado lejos y había soportado demasiado para rendirse ahora, sin importar cuán fútil pudiera parecer su empresa.

Para cuando llegó a la orilla del río, las palmas de sus manos ardían con ampollas y todo su cuerpo suplicaba por dormir. Los pájaros cantores habían comenzado a cantar al sol naciente. Su alegre gorjeo se burlaba de la angustia de Harris.

Demasiado cansado incluso para quitarse las botas, se sentó en la orilla y metió sus pies en el agua que fluía rápidamente. Gradualmente, el frío alivió su dolor, permitiéndole escapar nuevamente al sueño.

Despertó más tarde con un sobresalto al sentir el toque de un hocico húmedo olfateando su mano. Su primer pensamiento fue en zorros o un lobo, buscando presas fáciles en una criatura herida. Luego, mientras su mente exhausta comenzaba a aclararse, se dio cuenta de que el hocico húmedo pertenecía a un perro, del tipo que había visto corriendo con risueños niños morenos alrededor del campamento de Levi Augustine.

De repente, los niños estaban allí, rodeándolo, todos hablando a la vez en su propio idioma. De su emoción, entendió que lo reconocían, incluso sin su barba roja. Todo lo que Harris pudo hacer fue sonreír y despeinar sus cabezas oscuras para mostrar que los recordaba también.

Levi Augustine acercó su canoa a la orilla del río.

"¿Barbe-rouge?" Lo miró a Harris, sacudiendo la cabeza. "¿Perdiste una pelea con un oso? ¿Quizás con una osa?"

Harris respondió con una débil sonrisa. "Necesito tu ayuda", dijo en francés. "Alguien ha robado a mi mujer y debo recuperarla. ¿Has oído hablar de un hombre de Miramichi que construye barcos? Lo llaman Black Douglas".

Recibió su respuesta en el ceño fruncido que oscureció el rostro de Levi. "Es un malhechor, que culpa a mi pueblo por su traición. Dime cómo podemos ayudarte a recuperar a tu mujer y lo haremos".

"¿Puedes llevarme a Richibucto en tu canoa?"

"¿Por qué allí? ¿Tu mujer no está en Miramichi?"

"Sí, está allí. Pero hay un papel importante que debo conseguir para liberarla de Douglas. Solo puedo conseguirlo en Richibucto".

Levi pausó la conversación para llamar a los hombres más jóvenes de su familia. Luego habló de nuevo con Harris. "No entiendo esta importancia que le dan ustedes, los hombres blancos, a pedazos de papel. No son cosas vivas con espíritus, como un águila, o un río, o el viento. Sin embargo, tienen un poderoso encanto para ustedes".

Una canoa más amplia y resistente estaba varada cerca, en los remos el hermano viudo de Levi y el joven que quería casarse con la hija de Levi. Juntos, los tres hombres ayudaron a Harris a subir a la canoa. Levi llamó a su esposa en la orilla opuesta, quizás para decirle dónde iba y por qué.

Mientras la elegante embarcación de corteza de abedul se deslizaba río abajo, Harris anhelaba empuñar un remo, pero sabía que sería más una molestia que una ayuda. Así que descansó su tobillo herido y dejó que el sol revitalizante y el aire marino se impregnaran en él. En vano trató de sofocar la burbuja tonta de esperanza que crecía en su corazón.

"Levi, ¿sabe qué día es hoy?" Harris ya no podía estar seguro.

"El tercer día de la luna nueva", fue la respuesta confiada pero no muy útil.

Harris se preocupaba. No podía esperar volver a Miramichi a tiempo, a pie. No con un tobillo que bien podría estar roto. Desesperado como estaba, no podía pedirle a Levi y a los demás que arriesgaran sus vidas llevándolo a Miramichi. Sin embargo, una vez que se ocupara del papeleo, podría enviar un mensajero para anunciar su llegada y traer de vuelta a Jenny a Richibucto.

¿Vendría ella con un extraño? Harris no estaba seguro de poder convencerla cara a cara, mucho menos por intermediario.

Si tan solo tuviera más tiempo.

* * *

Jenny echó un vistazo al reloj de pedestal en la esquina del salón. Ya eran las once, ¿nunca se irían sus invitados?

Su cabeza se sentía como un huevo crudo apretado en el puño de un hombre, listo para estallar en mil fragmentos blancos y frágiles. A pesar de todos los esfuerzos con la limpieza y la decoración, de toda la comida y bebida costosa importada, de toda la compañía adinerada y socialmente superior, la fiesta había sido un desastre.

Deseando regresar a Boston después de un mes en Quebec, la Sra. Billings y la Sra. Pruitt no habían hecho el más mínimo esfuerzo por ser amables. La primera había iniciado una discusión venenosa con su esposo sobre la cantidad de alcohol que consumía. La segunda le había lanzado a Jenny varias pullas malintencionadas sobre el diseño poco modesto de su vestido.

El pesado y rubicundo Sr. Billings se quejaba constantemente del clima sofocante, preguntando varias veces si se podían abrir más ventanas. Jenny sospechaba que estaba usando el calor inusual como excusa para beber grandes cantidades del ponche de ron de Roderick.

A pesar de todo, Jenny prefería al Sr. Billings al detestable Sr. Pruitt, quien apenas apartaba los ojos del escote de su pecho durante toda la noche. Ella había hecho lo posible por responder educadamente a varios comentarios lascivos, Roderick parecía ser el único miembro de la fiesta que realmente disfrutaba. No cabía duda de que lucía guapo con un traje nuevo, complementado por un chaleco muy de moda. Se encargaba de impresionar a todos diciéndoles cuánto había pagado por cada artículo.

Hablaba de sus ganancias récord para el año, presumía de la casa mucho más grande y grandiosa que planeaba construir. Mientras tanto, Jenny mantenía un ojo furtivo en el reloj, deseando que el tiempo desapareciera mágicamente.

Finalmente, el Sr. Billings se estiró, bostezó y dijo que él y su esposa deberían regresar al barco esa noche para escapar del calor opresivo. Jenny apenas podía contenerse para no abrazar su fornido torso.

"Supongo que todos debemos descansar", respondió Roderick. "No quiero que mi novia se quede dormida y se pierda la ceremonia de mañana".

Envió a la Sra. Lyons a ordenar que el coche de caballos estuviera listo para sus invitados.

Cuando los Billings y los Pruitts se fueron, él se recostó en el diván, indicando un lugar para Jenny a su lado. Ella se sentó con cautela, temerosa, como había estado toda la noche, de que su pecho pudiera salirse limpiamente de su breve corsé.

Roderick soltó un suspiro satisfecho. "Creo que todo salió bastante bien, ¿no cree? Aunque debería hablar con la cocinera. Las peras pochadas podrían haber estado más firmes y la salsa un poco más dulce. Vi a la Sra. Pruitt fruncir el ceño cuando la probó".

Jenny también había notado la expresión de desagrado de la mujer. Pensaba que tenía más que ver con el comentario lascivo del Sr. Pruitt sobre su vestido que con las peras pochadas.

"Estuvo muy callada esta noche, debo decir, Janet. En el futuro, cuando entretengamos, espero que cultive un humor más vivaz".

"Lo siento si lo decepcioné, R-Roderick", sintió que las lágrimas le picaban en los ojos. "Es solo que hace mucho calor y es la primera vez que organizo una reunión. Y con la boda de

mañana..."

"Tranquila, Janet". Por primera vez desde que había llegado a Chatham, Roderick la tomó entre sus brazos.

Hasta ahora había sido tan circunspecto, con solo el ocasional beso en la mano o la frente para despedirse de ella. Seguramente, una intimidad más profunda entre ellos ayudaría a disipar sus recuerdos de Harris.

"Sé que esta es una vida mucho más grandiosa de lo que está acostumbrada", murmuró. "Estoy dispuesto a hacer concesiones. Se acostumbrará a su nuevo papel, estoy seguro de ello. Solo sígame y haré todo lo posible para moldearla en una esposa perfecta".

Ella sabía que esto era para tranquilizarla, pero sus palabras la pusieron nerviosa. La sensación de su abrazo no tenía la maravilla que una vez había imaginado. Ninguna de las maravillas que había experimentado con Harris.

Él la besó entonces en los labios, lentamente, profundamente y con una precisión experta, como si hubiera practicado su técnica con muchas mujeres dispuestas antes que ella.

Jenny intentó relajarse y disfrutarlo. Fracasó.

De igual modo, cuando Roderick levantó la mano y la pasó por la piel expuesta de sus pechos. Su boca se alejó de la suya, besando su camino por su mejilla hasta su oído. En lugar de despertarla, solo hizo que se le erizara la piel.

"Oh, Janet", susurró, su voz caliente y ronca. "Me he contenido con usted estas últimas semanas, queriendo que todo sea correcto y apropiado. Pero esta noche, al verla con ese vestido y la forma en que la miraban esos hombres, no puedo contenerme más, mi querida".

Recorrió con una cadena de besos su cuello y su clavícula, bajando hasta el hueco entre sus pechos. Sus manos se movían sobre ella, tomando posesión triunfante de su territorio conquistado. ¿Quería tenerla por primera vez aquí, en el salón donde la Sra. Lyons o alguna de las chicas contratadas podrían entrar en cualquier momento?

"Por favor, Roderick". Se apartó de él, girando su rostro cuando intentó besarla de nuevo. La modestia era solo una excusa, Jenny se dio cuenta. No quería que la manoseara, ¿lo querría alguna vez? "¿No podemos esperar hasta...?"

¿Hasta que el infierno se congele?

Mirando furtivamente a sus ojos, Jenny se encogió ante lo que vio allí. Algo intenso y despiadado le devolvía la mirada. Él le apretó el pecho tan rápidamente y con tanta fuerza que ella jadeó de dolor.

"Hagámoslo a su manera", le escupió las palabras. "Deambula por el campo como una golfa con ese estúpido de Chisholm y luego actúa tan mojigata y correcta con el hombre que tiene un reclamo honesto sobre usted".

Ella abrió la boca para protestar por la injusticia de su acusación, pero no le salieron palabras. Era cierto. Había permitido a Harris muchas más libertades de las que su prometido acababa de intentar reclamar.

¿Permitido? ¡Si hasta las había alentado!

"Lo siento, Roderick". ¿Tendría que pasar todos los días de su matrimonio disculpándose con él por algo?

Él se levantó abruptamente del diván, ajustando su ropa. "Es tarde. Ambos necesitamos descansar".

"Sí, Roderick". Se levantó para acompañarlo hasta la puerta.

Él tomó su rostro entre sus manos. Jenny casi se desplomó de alivio. Entonces, él iba a perdonar su rechazo después de todo.

La fuerza de sus dedos aumentó, hasta que Jenny sintió como si su cabeza estuviera siendo apretada en un tornillo.

Él pegó su nariz a la de ella y la miró profundamente a los ojos. "Mañana por la noche será mía, Janet. Entonces no me negará".

Tan repentinamente como la había tomado, él liberó a Jenny y se dirigió hacia la puerta. Ella volvió a caer en el diván hasta que su pulso frenético se calmó y su temblor cesó. Luego huyó a su alcoba.

Sentada ante la mesa de noche, pasó el cepillo por su cabello una y otra vez, mucho más allá de sus habituales cincuenta pasadas. Mañana se iba a casar con Roderick Douglas. Era el sueño de toda una vida hecho realidad. La exquisita comida de la fiesta revolvía su estómago. Era natural que una novia estuviera nerviosa en vísperas de su boda, se dijo firmemente. Solo estaba ansiosa de que la ceremonia del mañana saliera sin contratiempos.

Jenny siguió cepillando su cabello. Si se detenía, temía que sus manos volvieran a temblar. Seguramente no era nada inusual que una doncella anticipara su noche de bodas con inquietud... ¿o aprensión o... puro terror?

Ella trataba de tranquilizarse pensando que se acostumbraría a las formas de Roderick una vez que estuvieran casados. Trabajaría duro para ser una buena esposa. Mantendría su hogar tranquilo y sereno y calmaría su feroz temperamento con su influencia femenina. Evitaría darle motivos para tratarla bruscamente. Con el tiempo, se acostumbraría a sus besos y su tacto, dejando de compararlo constante e injustamente con Harris.

El cepillo cayó de la mano de Jenny, haciendo ruido en el suelo.

Apresuradamente lo recogió de nuevo, con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Y si la Sra. Lyons venía a investigar el ruido? Jenny inspeccionó ansiosamente la parte posterior plateada del cepillo en busca de abolladuras. A Roderick no le gustaría su manejo descuidado de las cosas finas que él le había comprado.

Miró hacia la amplia cama con dosel. No había dormido profundamente en ella desde que llegó aquí. Por derecho, debería ser sensata y tratar de descansar. Pero cuando la miraba, solo podía contemplar los años de noches por venir cuando tendría que compartirla con Roderick Douglas.

Jenny sentía un dolor sordo en su rostro, brazos y la suave carne de su pecho donde sus manos habían saqueado tan brutalmente. Cuando recordaba la mirada hambrienta en sus ojos y sus palabras de despedida, su cena amenazaba con salir de su vientre en ebullición.

Rebuscando en su armario, sacó la copia de Ivanhoe que había sido el regalo de despedida de Harris. Tal vez el libro la distraería de pensamientos no deseados y la adormecería. Se acomodó en la mecedora, abriendo el volumen no en la primera página de texto, sino en la última.

Suavemente parafraseó la prosa de Scott para que se ajustara a su propia situación. "Vivió larga y felizmente con Roderick, porque estaban unidos por lazos de afecto temprano y se amaron más por el recuerdo de obstáculos que habían impedido su unión. Sin embargo, sería inquisitivo preguntar si el recuerdo del valor y la magnanimidad de Harris Chisholm no reaparecía en su mente más frecuentemente de lo que el noble descendiente de Douglas aprobaría por completo".

Las últimas palabras salieron en un susurro ronco. Pero no fue hasta que vio las primeras lágrimas caer sobre la página abierta que Jenny se dio cuenta de que estaba llorando.

Las largas sombras de aquella tarde de principios de octubre parecían estar en desacuerdo con un calor como el de mediados de julio. Un último empujón de los remos hizo que la canoa de mar de Levi atracara en el muelle de Richibucto, a popa de un barco extrañamente familiar. Un pequeño grupo de curiosos se había reunido para recibirlos.

La elevada figura de Robert Jardine se separó de la multitud. "¿Eres tú, Chisholm? ¿Alguna vez llegaste a Miramichi? Temimos lo peor cuando no supimos nada de ti. Todo tu equipo está guardado de forma segura en mi casa..."

Harris lo interrumpió. Nada de lo demás importaba, excepto la única pregunta que había estado ardiendo en su cerebro todo el día. "Robert, por todo lo que es sagrado, ¿puedes decirme qué día es?"

"¿Qué día? Jueves, por supuesto. El seis de octubre. ¿Por qué necesitas saberlo?"

Jueves seis. Al mediodía de mañana, Jenny se casaría con Roderick Douglas y Harris ahora era incapaz de detenerlo.

Capítulo Veinte

Jenny no recordaba a qué hora temprana de la mañana se había quedado dormida en la mecedora. Sacudió la cabeza para dispersar los ecos persistentes de una pesadilla.

En ella, estaba atada al poste, como Rebecca en Ivanhoe. El Templario, que se parecía incómodamente a Roderick Douglas, sostenía una antorcha frente a la pila de madera a sus pies. En vano, Jenny escudriñaba el horizonte en busca de alguna señal de Sir Wilfred cabalgando para salvarla. Incluso mientras se ahogaba con el humo que subía y sentía las primeras llamas, él no había venido.

Se despertó solo para darse cuenta de que había cambiado una pesadilla por otra. Toda su experiencia con Roderick Douglas de las últimas semanas se había fusionado en su mente dormida. Ahora creía a Morag McGregor, loca o cuerda. El altar en Santa María sería su poste, hoy. Y no habría ningún caballero en armadura galopando para rescatarla.

"¿Señorita?"

Jenny se sobresaltó con el golpecito tímido en la puerta. "Solo un momento, Marie."

Abrazó el libro desesperadamente y luego lo enterró en lo más profundo de su armario. Tan pronto como fuera posible, tendría que deshacerse de él, aunque le rompería el corazón. La Sra. Lyons no dudaría en encontrarlo, y Jenny se encogió ante la perspectiva de la reacción de Roderick.

"Adelante", llamó a la chica contratada.

Marie entró con una tetera de agua humeante. "La Sra. Lyons dijo que debía ayudarla a prepararse para la boda, señorita. ¿Le gustaría que le lavara el cabello?"

Jenny asintió. Había llegado el momento de lavarse, vestirse y preparar a esta criatura sacrificial para el altar. Fugazmente consideró escapar. Después de todo, era su especialidad, reflexionó amargamente.

Pero sabía el precio que Morag McGregor había pagado por decepcionar a su novio. Y era demasiado cobarde como para arriesgarse.

Solo un pensamiento le daba algo de consuelo. Al menos había hecho lo correcto al negarse persistentemente a Harris. Él merecía alguien mucho mejor que una mujer como ella. Tarde o temprano, le habría causado un gran sufrimiento. Afortunadamente, él había escapado de ella, relativamente ileso.

La Sra. Lyons entró en la habitación sin molestarse en llamar. "La cocinera quiere saber si tomará un bol de gachas para aplacar su estómago hasta el almuerzo de la boda. Si piensa hacerlo, es mejor que lo coma ahora, antes de ponerse su vestido".

"No, gracias, Sra. Lyons. No tengo hambre. Nervios de novia, ya sabe".

"¿Nervios?" La ama de llaves resopló. "¿Qué nervios puede tener al casarse con un hombre en la posición del amo? Debería estar de rodillas agradeciendo al Señor por semejante bendición".

Jenny sabía que era inútil discutir con esta mujer. Roderick había dejado claro que la Sra. Lyons tendría la ventaja en su hogar.

Aun así, no pudo contener su lengua. "Si pensara que el Señor escuchara, Sra. Lyons, estaría de rodillas, puede estar segura".

La mujer le lanzó una mirada suspicaz, como si supiera a qué se refería Jenny, pero no pudiera encontrar motivos en esas palabras para desafiarla. "Tentará el juicio divino,

pronunciando tal blasfemia en la mañana de su boda. Si pensara que el Señor escucharía, ¡en verdad!"

Se marchó, murmurando sombríamente sobre el poco apetito de Jenny y lo mal ama que resultaría.

La idea de concebir y criar hijos con un hombre como Roderick Douglas le revolvía el estómago a Jenny por completo.

"¡Oh, señorita!" Marie manejó el vestido de novia como si fuera un objeto sagrado. "*Elle est belle. Elle est tres, tres belle!*"

Jenny se puso el vestido de seda lavanda-gris sobre la cabeza y dejó que Marie abrochara los botones. Se vislumbró en el espejo sobre la mesa de noche. Una criatura pálida y atormentada le devolvía la mirada. Un cilicio o una camisa de pelo serían prendas más apropiadas para la tarea que tenía ante sí.

Cuando descendió las escaleras y tomó asiento en el carruaje de Roderick para el corto trayecto a Santa María, Jenny apenas podía caminar o hablar por el miedo paralizante.

El día estaba caluroso y brumoso. Los agricultores cosechaban papas. Un carromato de un hojalatero pasó en dirección opuesta, haciendo sonar su metal. En el puerto, un barco navegaba desde el estrecho de Northumberland. Era otro día ordinario para todos los demás en el mundo, pero para Jenny era el más oscuro de su vida. Ni siquiera eso habría sido tan malo si no hubiera imaginado peores días, años de ellos, por venir.

* * *

Desde la proa del *St. Bride*, Harris Chisholm observaba pasar la costa de Northumberland. Pasaba demasiado lentamente para su gusto. Desde que la barca había zarpado con la marea del amanecer, él había estado allí de pie, deseando que los vientos del Atlántico llenaran las velas y los llevaran rápidamente hacia Miramichi.

Su mano subió al bolsillo de su chaleco para asegurarse de que la licencia de matrimonio seguía allí. Después de la desesperación que lo había aplastado al llegar a Richibucto y creer que era demasiado tarde, Harris intentaba mantener a raya su esperanza creciente esta mañana.

No era fácil.

De hecho, parecía como si la mano de la Providencia hubiera intervenido, abriendo de par en par una ventana donde antes había cerrado firmemente una puerta. Cuando había narrado su historia de desdicha a Robert Jardine, el constructor naval había respondido con noticias imposiblemente optimistas.

"No llegas tarde, Harris. El *St. Bride* está en condiciones de navegar, hombre. Está programado zarpar pasado mañana, pero estoy seguro de que podríamos persuadir al capitán de adelantar un día".

Harris había sacudido la cabeza. "El barco es solo una parte, Robert. Necesito obtener una licencia para Jenny y yo poder casarnos. Es la única forma en que puedo sacarla de las garras repugnantes de Douglas".

"Te llevaré ante el magistrado. Espero que aún no se haya acostado". El constructor naval vaciló. "Te advierto, una licencia no es barata".

"Debería haber algo de dinero entre las cosas que dejé en tu casa", dijo Harris. "Y están mis libros. Los... te los venderé, si los aceptas".

"No te preocupes por eso. Entre los dos, creo que encontraremos la forma de pagar la tarifa de alguna manera".

El juez Wheten murmuró su desaprobación por la irregularidad de emitir el documento.

"Sabe, joven, la licencia está destinada a ser emitida por mí en el momento en que realice la ceremonia, no para que se realice una boda en otro condado. ¿Cómo puedo estar seguro de que tienes el consentimiento de la dama?"

Harris puso su mano sobre la Biblia del juez. "Juro ante Dios, señor, que tengo su promesa".

"Su promesa", se repitió a sí mismo doce horas más tarde, inhalando profundamente el aire marino.

No había mentido... exactamente. En el muelle de Kirkcudbright, Jenny había prometido concederle cualquier favor dentro de su poder, siempre y cuando la llevara sana y salva a Miramichi.

Él había cumplido su parte del trato. Ahora pretendía hacer que Jenny cumpliera la suya.

Sabía que ella no había pretendido algo así cuando hizo el pacto. Y recordó algo más que ella había dicho una vez. *"Si hace algo para arruinar mi boda con Roderick Douglas, no me casaré con usted aunque sea el último hombre en América del Norte"*.

Harris solo podía rezar por viento para impulsar al *St. Bride* y esperar que Jenny hubiera cambiado de opinión.

* * *

El vicario de St. Mary's les dedicó una sonrisa benigna a la pareja nupcial. Si notó la mirada desolada en el rostro de Jenny o la forma rígida en que se mantenía apartada de Roderick, no dio señales. Abriendo su Libro de Oración Común, procedió con la liturgia del servicio de bodas.

Jenny dejó que las palabras se deslizaran sobre ella. Si prestaba atención a su significado, quizás no podría contener su angustia. A pesar del sangriento conflicto entre la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia Libre a lo largo de los años, sus oficios matrimoniales no eran tan diferentes.

"Amados, estamos reunidos en presencia de Dios para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio..."

El tiempo parecía detenerse y cada sentido de Jenny se agudizaba. Al mismo tiempo, era consciente de las motas de polvo brillando en un rayo de luz solar, el aire viciado dentro del santuario y el leve chirrido de las bisagras de la puerta del vestíbulo.

"Exijo y os ordeno a ambos", entonó el vicario gravemente, "que, como lo haréis en el día temible del juicio cuando los secretos de todos los corazones sean revelados, si alguno de vosotros conoce algún impedimento por el cual no debáis ser legítimamente unidos en matrimonio, lo confeséis ahora."

"De igual manera, si hay algún hombre presente", continuó después de una breve pausa, "que pueda mostrar una causa justa por la cual estas personas no deben ser unidas en matrimonio, que hable ahora o calle para siempre."

Apenas respiró antes de continuar con el servicio. "Quieres tú, Rod..."

Una voz resonó desde el fondo del santuario. Una voz que Jenny nunca esperó volver a escuchar. Una voz que ahora se dio cuenta de que había extrañado hasta lo más profundo de su ser. "Puedo hablar, ¿no?"

Jenny no pudo darse la vuelta por temor a equivocarse y que no fuera Harris después de todo. El vicario tenía una expresión de desconcierto como si lo hubieran dejado sin habla.

El rostro oscuro de Roderick se ensombreció aún más. "No le haga caso, Vicario. Continúe con la ceremonia".

"Pero... esto... es sumamente irregular. Joven, ¿desea hablar en contra de esta unión?"

"Así es."

"Entonces, adelante, y diga lo que tenga que decir."

Jenny escuchó pasos acercándose al altar, pasos que cojeaban. Se dio la vuelta para ver a Harris cojeando por el pasillo.

¿Qué le había pasado?

Una herida en su frente parecía estar sanando. Un ojo morado se desvanecía a marrón y verde manchado. Un lado de su labio inferior estaba ligeramente hinchado.

A pesar de todo, era la vista más querida y bienvenida que Jenny había contemplado jamás. Apenas podía contenerse para no correr hacia sus brazos.

"Bien", instó el vicario a Harris. "¿Qué tienes que decir usted?"

"Esta boda no puede continuar". Deteniéndose junto a Jenny, le lanzó una mirada furtiva que podría haber sido una disculpa. "Porque tengo un reclamo previo sobre la novia y he venido a casarme con ella, yo mismo".

"¡Tonterías!" tronó Roderick. "Le advierto, Chisholm, salga de aquí antes de que yo..."

"¿Antes de que haga que Sweeney y McBean me golpeen hasta dejarme hecho un guiñapo? Ya se divertieron conmigo una vez. ¿No puede inventar una amenaza más original?"

Jenny arrancó su mano de la de Roderick. "¡Oh, Harris!"

Debería haber sabido cómo había recibido sus heridas. En lugar de dejarlo sufrir así por ella, habría recibido cada golpe ella misma.

"¡Esto es ridículo!" insistió Roderick. "No voy a permitir que irrumpa y convierta mi boda en un caos con sus acusaciones infundadas".

"Bueno, bueno, señor Douglas", suplicó el vicario. "Recuerde su lenguaje. Esta es una casa de Dios".

Miró a Harris. "Joven, más le vale estar preparado para presentar una prueba convincente de lo que dice. Interrumpir un servicio de bodas no es un acto que deba cometerse a la ligera".

"¿Por qué se molesta con esta tontería, Vicario?" exigió Roderick. "Ha leído nuestros edictos matrimoniales aquí los últimos tres domingos. Este bribón no puede simplemente llegar y llevarse a mi novia".

Harris sacó un papel enrollado de su bolsillo del chaleco. "Tengo una licencia para Jenny y para mí para casarnos. Está debidamente autorizada por el magistrado en Richibucto. Si me da un momento para hablar con la señorita Lennox, estoy seguro de que confirmará que me dio su promesa mucho antes de llegar a Miramichi".

"¡Maldición, no le permitiré hablar con *mi* novia en *mi* boda! Tome su miserable falsificación de licencia y lárguese".

Una voz se alzó desde el fondo de la iglesia. "Ese papel no es una falsificación", dijo el Capitán Glendenning. "Vi al juez Wheten ponerle su sello con mis propios ojos".

El vicario parecía estar a punto de estallar. "Debo examinar este documento para verificar su autenticidad. Mientras tanto..." asintió a Harris "... puedes hablar con la señorita Lennox".

"Prohíbo cualquier..." Antes de que Roderick pudiera completar su frase, Harris se inclinó y murmuró algo que Jenny no alcanzó a escuchar.

La boca de Roderick se abrió de par en par. Luego la cerró en una línea sombría e inflexible. Jenny casi podía ver las tormentas acercándose sobre su frente.

"Muy bien", gruñó. "Tiene dos minutos, mientras examino esta licencia".

Roderick llamó al magistrado de Miramichi desde su banco.

Harris tomó la mano de Jenny y la llevó a un rincón del coro. Con cada paso, hacía muecas. Había sufrido demasiado por ella ya.

"¿Por qué volvió, Harris?" exigió en un susurro urgente. "¿Y de qué se trata esta promesa y

licencia? Sabe muy bien que nunca dije que me casaría con usted".

"Lo sé. Pero sí me hizo una promesa, ese día en el puerto de Kirkcudbright. Juró que, si la llevaba sana y salva a Miramichi, me concedería cualquier deseo dentro de su poder. Bueno, la traje aquí sana y salva, y ahora quiero que cumpla su palabra. Está en su poder concederme su mano en matrimonio y eso es lo que estoy pidiendo".

Jenny supo entonces cómo se debe sentir una víctima que se ahoga al irse bajo el agua por última vez y de repente le lanzan una cuerda. Cuánto anhelaba aferrarse al salvavidas que Harris le ofrecía. No se atrevió, por temor a arrastrarlo a las aguas turbias con ella.

Titubeante, extendió la mano. Sus dedos rozaron la herida curando en su sien. "¿No ha pasado ya por suficientes problemas por mi causa? He hecho mi cama, Harris. Ahora debo acostarme en ella. No tiene que pretender ser uno de esos héroes de libro".

El color se le fue del rostro. ¿Realmente pensaba que *preferiría* casarse con Roderick Douglas que con él? Quizás sería mejor si lo pensara así.

"¿Está volviendo atrás en su palabra, muchacha? Sé que no puedo ofrecerle todas las cosas que él puede, pero si me da una oportunidad, sé que puedo hacerla feliz".

La súplica en esos queridos y heridos ojos la desarmó. "¿No lo ve? No es *usted* del que dudo. No podría elegir una esposa peor que yo. Al primer signo de problemas, me iría, tal como lo hizo su madre".

Él la tomó por los brazos. Si Roderick lo hubiera hecho, Jenny habría retrocedido, temiendo lo que vendría después. Con Harris confiaba en que ningún daño le llegaría, sin importar cuán intensas fueran sus emociones.

"No es como mi madre, Jenny. Ni como la suya tampoco. Es fuerte, terca y leal. ¿Corrió ese día en el río, cuando pensó que Levi Augustine y sus chicos me iban a hacer pedazos?"

"Bueno, claro que no, pero..." La idea cautivó a Jenny. Había resistido una vez, por Harris. ¿Podría hacerlo de nuevo? "Eso fue diferente. No tuve tiempo para pensar en lo que haría. Es una cosa resistir un momento, pero es otra muy diferente quedarse cuando la vida te machaca día tras día. Puede confiar en mí, Harris, pero no sé si puedo confiar en mí misma. No permitiré que se lastime por mi causa más de lo que ya lo han hecho".

Miró al vicario, al magistrado y a Roderick Douglas. Su discusión sobre la licencia de matrimonio obviamente estaba llegando a su fin. "Escúcheme, muchacha. *Nada* en esta tierra podría herirme más que la idea de que se case con un bruto como Douglas. Casi me volví loco a cada paso del camino a Richibucto. No me rechace porque piense que está siendo noble y haciendo lo mejor para mí. Confíe en que conozco mi propia mente y cumpla la promesa que me hizo".

Jenny se tambaleó. Sabiendo ahora cuánto amaba a Harris, solo quería lo mejor para él. Había tergiversado esa preocupación y no le había dejado otra opción. De una forma u otra, ella le haría daño.

El vicario se aclaró la garganta. Los invitados a la boda, que habían estado susurrando febrilmente entre ellos, se quedaron en silencio. Jenny no estaba segura de si todavía respiraba.

"Señor Chisholm, aunque esta situación es muy irregular, su documento parece genuino". El vicario lanzó una mirada tímida a Roderick Douglas.

"Sigo diciendo que es una falsificación. ¿De dónde sacó un recién llegado sin un centavo como él el dinero para una licencia de matrimonio?"

"Ningún hombre es indigente si tiene amigos, Douglas". Harris respondió con voz tranquila y fuerte. "Pero no creo que tenga mucha experiencia en eso".

"¿Por qué sinvergüenza alborotador..." Roderick se acercó a Harris, con una mano

enguantada de negro levantada.

Jenny se interpuso entre ellos. Cerró los ojos, esperando captar toda la fuerza del golpe.

Oyó gritar al vicario: «¡Señor Douglas, por favor!».

Al abrir los ojos de nuevo, vio a Roderick luchar por recuperar la compostura. Bajó la mano y se la tendió. "La licencia no significa nada, Janet, si le dice a todo el mundo que Chisholm está mintiendo. Venga, terminemos con esto y sigamos con nuestra boda".

No hay duda de que el hombre tenía un aire de mando. Cuando ordenaba, era difícil negarse. Después de la forma en que había tratado a Harris, no se merecía nada mejor que esto.

Jenny respiró hondo y soltó su respuesta.

* * *

Harris esperó a que Jenny hablara. Sus entrañas saltaban como mantequilla en un barril. Por la expresión en su rostro, sabía que ella había llegado a reconocer a su prometido por lo que era. ¿Aun sabiendo eso, era posible que ella eligiera una vida con Douglas en lugar de una vida con él?

Y si lo hiciera, ¿cómo lo soportaría?

"Lo siento", comenzó ella, mirando profundamente a sus ojos.

Un puño invisible se clavó en su pecho.

"Lo que el señor Chisholm dice es cierto. Le hice una promesa, antes de salir de Escocia. No pensé que él quisiera que la cumpliera, así que seguí adelante con mi boda con el señor Douglas. Pero, si Harris me quiere después de todo, debo honrar mi primer juramento".

¿Había escuchado bien, o anhelaba tanto escuchar esas palabras que sus oídos lo habían engañado?

"¡Putá!" escupió Roderick Douglas. "¡Zorra! ¡Ramera! Seguro que estabas levantando tu falda para este patán en cada paso desde Dalbeattie, apostaré".

Esta descarga de bilis liberó a Harris de su parálisis de asombro. La realización de que había ganado a Jenny lo impulsó hacia adelante con una fuerza sobrenatural. Agarrando a Roderick Douglas por su impecable corbata blanca, Harris lo levantó del suelo.

"Le agradecería que mantuviera un lenguaje civilizado sobre mi esposa. Y cuide lo que dijo el predicador sobre el lenguaje soez en la iglesia".

Douglas se liberó. Mirando a los invitados atónitos, hizo un esfuerzo por reunir su dignidad perdida. "Tómela entonces. No la querría ahora de todos modos. Una bolsa de asuntos tan suelta como esa apenas es la esposa adecuada para un hombre en mi posición".

Con una mirada final a Jenny, salió de la iglesia.

Después de un momento de silencio atónito, los invitados a la boda se levantaron y se marcharon. Pronto el santuario quedó desierto excepto por Harris y Jenny, el vicario y el Capitán Glendenning.

Harris atrajo a Jenny hacia el altar.

"¿Nos casará, señor?" preguntó al vicario.

"¡Por Dios, claro que sí!" El clérigo ajustó sus anteojos. "De cualquier modo ya estamos metidos en el asunto. Sin embargo, necesitarán otro testigo".

"Yo seré testigo", dijo una voz femenina ronca desde el fondo de la iglesia.

"¡Morag!" Harris trató de infundir su sonrisa con mil bienvenidas. "¿Qué hace aquí? Esto es peligroso para usted".

"Tuve la sensación de que podría necesitarme". Se deslizó por el pasillo y se colocó al lado de Jenny. "Ciertamente hizo una entrada grandiosa, Harris. Habría dado cinco libras por ver la

cara de Black Roderick cuando entró por la puerta".

Harris habría dado cualquier cosa por *olvidar* la amenaza desnuda en los ojos de Roderick Douglas. Necesitaba casarse con Jenny de manera segura para que no hubiera dudas de que ella volviera con ese hombre.

Ofreció a su novia lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora. "Tenemos nuestros testigos, señor Vicario. Hagamos esto".

El clérigo suspiró tan profundamente que vibró su diminuto cuerpo. "Amados, estamos reunidos aquí en presencia de Dios para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio..."

Cuando llegó a la parte sobre el matrimonio ordenado para evitar la fornicación y para la procreación de hijos, un sonrojo ardiente subió por las mejillas de Harris. No bastaba con tener la licencia firmada y leer los votos. Para asegurar la seguridad de Jenny contra Roderick Douglas, tendrían que consumar su unión lo antes posible.

Parte de él se emocionó ante la perspectiva, pero otra parte se acobardó. Teniendo tan poca experiencia con las mujeres, ¿podría hacer feliz a su amada Jenny?

Mientras repetían sus votos, la voz de Jenny temblaba de incertidumbre. Harris se esforzó por darle a sus palabras suficiente convicción para ambos. Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, dudaba. ¿Se había casado Jenny con él solo porque la había forzado y porque representaba una escapatoria de Roderick Douglas? ¿Podría un matrimonio prosperar construido sobre tal arena movediza? Le había dicho a Jenny que verla casarse con Roderick Douglas le dolería aún más que la posibilidad de que ella lo abandonara. Ahora no estaba tan seguro.

El ánimo de la boda se elevó ligeramente cuando llegó el momento de firmar el registro. Jenny se veía tan orgullosa de sí misma, siendo capaz de escribir su nombre. Un nudo se le formó en la garganta a Harris mientras la observaba. Quizás no podía obsequiarle con seda y diamantes, pero le había dado el regalo invaluable de la alfabetización.

"¿A dónde iremos ahora?" preguntó Jenny, mientras su discreto grupo nupcial abandonaba la iglesia.

"De regreso al *St. Bride*", respondió Harris. "Mañana zarpamos hacia Jamaica. Estoy seguro de que puedo encontrar trabajo allí, tal vez en una de las grandes fincas. Robert Jardine me escribió una carta de presentación para algunas personas en Kingston".

Intentó sonar entusiasta sobre la perspectiva. Es cierto, las Indias Occidentales habían estado colonizadas durante mucho tiempo y proporcionarían un estilo de vida más ameno que esta colonia fronteriza tosca. Pero a Harris le gustaba New Brunswick. Su paisaje tenía mucho en común con su Galloway natal. El territorio virgen ofrecía a hombres de recursos e imaginación un lugar para dejar su huella.

El Capitán Glendenning carraspeó. "Espera un momento, muchacho. La tripulación pasó el sombrero, por así decirlo, y consiguió el precio de una habitación en la posada para ti esta noche".

Era difícil decir si el rostro perpetuamente enrojecido por el clima del capitán estaba sonrojado. Harris pensó que sí lo estaba.

"Un camarote de barco no es un lugar adecuado para que una novia pase su noche de bodas", añadió el maestro de la *St. Bride* bruscamente. "Considera esto como un regalo de bodas".

No había duda de que Jenny estaba sonrojada.

"Eso fue muy... considerado, Capitán. Sin embargo", miró de Harris a Morag y viceversa, "puede que no sea sabio quedarnos en Miramichi más tiempo del necesario".

"Ella tiene razón". Harris odiaba admitirlo. Por mucho que anhelara enfrentarse a la prueba de su noche de bodas en la relativa tranquilidad y privacidad de la posada, tenía más razones que la mayoría para temer la represalia de Roderick Douglas.

"No te preocupes por eso", el Capitán Glendenning asintió hacia la puerta del cementerio, donde dos miembros de su tripulación se encontraban. "El joven Thomas y el contramaestre se ofrecieron a vigilar las puertas para que nadie los moleste".

Mientras Harris buscaba palabras adecuadas de agradecimiento, Jenny se alzó de puntillas y plantó un beso en la mejilla rugosa del maestro.

Él sonrió inconscientemente. "No tiene muchas opciones que yo pueda ver. ¿Quién sabe qué tipo de tonterías podría hacer la tripulación si pasa la noche a bordo?"

Tomando la mano que Harris le ofreció, el maestro la estrechó cálidamente. "Váyanse ya. Seguramente querrán acostarse temprano, ya que zarparemos con la marea mañana. Yo me encargaré de que la señorita McGregor regrese a su hogar con seguridad".

Harris tragó un enorme nudo en su garganta. "Entonces, hacia la posada".

No podía mirar a su bonita esposa a los ojos. ¿Había pasado por tanto para ganar a Jenny, solo para perderla donde más importaba?

Capítulo Veintiuno

Al abrir la puerta de su habitación en la posada, Harris dejó escapar una ola de aire caliente que se extendió por el pasillo, impregnada de los vapores de lejía, alcanfor y amoníaco. Con su pierna aún un poco coja, no había duda de que levantar a Jenny y llevarla sobre el umbral estaba fuera de cuestión. En su lugar, retrocedió para dejarla entrar primero.

La cámara nupcial estaba lejos de tener el tamaño de las habitaciones en la casa de Roderick Douglas, reflexionó Jenny. De hecho, no era mucho mejor que un camarote en el *St. Bride*, a menos que se considerara la ventaja de la privacidad.

Una cama alta ocupaba la mayor parte del espacio limitado, con un paso de tres pies en el lateral y en el pie de la cama. Apretada en la esquina opuesta, una mesita de lavabo de tres patas era la única otra pieza de mobiliario en la habitación. Sobre ella descansaba un pesado lavabo de porcelana, con una jarra de agua en el estante inferior, mientras que una palangana a juego reposaba en el suelo debajo.

Junto al pie de la cama, una sola ventana estrecha daba a la azotea de la casa contigua. Tres clavijas de madera en la pared junto a la puerta y un candelabro junto a la cabecera completaban las modestas comodidades. Quizás para compensar sus otras deficiencias, la estrecha y pequeña habitación lucía y olía dolorosamente limpia.

Jenny miró la cama. "¡Hace un calor infernal aquí!"

Arrojando su chal y su sombrero sobre la colcha, se acercó a la ventana con energía. Con un tirón enérgico, logró abrirla un poco. El aire quieto y pesado afuera ofrecía poco alivio, pero al menos daba a los olores un lugar por donde escapar.

La puerta se cerró con un chirrido. Jenny miró hacia atrás para encontrar a Harris acomodándose con cautela en el borde de la cama. Mantuvieron sus posiciones durante algún tiempo sin intercambiar una palabra. Las estrecheces de la agobiante habitación imponían una intimidad incómoda. En ese momento, estaban tan separados como podían estar, a menos de tres metros.

Ruidos leves llegaban por la ventana entreabierta, amortiguados por el aire pesado: el sonido de los cascos de caballos, el golpeteo rítmico de un martillo, el lastimero aullido de un perro. Jenny apenas podía oírlos por encima de los fuertes y rápidos latidos de su corazón.

De repente, Harris se levantó. Manteniendo la espalda hacia Jenny, se quitó el abrigo y lo colgó en una de las clavijas junto a la puerta. Al ver las manchas oscuras de sudor debajo de su cuello de camisa y bajo sus mangas, ella de repente se sintió consciente de las gotas de humedad que le corrían entre los omóplatos.

Harris aclaró la garganta.

"Más vale que sepas de entrada", no se volvió para mirarla, "que apenas tengo una vaga idea de lo que se supone que debemos hacer ahora entre nosotros."

Su voz sonaba perdida y ansiosa, lo que alivió la aprensión de Jenny. Se deslizó a lo largo del perímetro de la cama hasta estar junto a él, cerca, pero sin llegar a tocarse del todo.

"¿Quieres decir que nunca...?" preguntó incrédula.

Él negó con la cabeza, los ojos fijos en el suelo.

"¿Ni siquiera...?" Jenny trató de formular su pregunta lo más delicadamente posible.

Harris pareció captar el sentido de su pregunta a medias. Aunque mantenía la cabeza baja, la miró de reojo. Una sonrisa avergonzada se dibujó en sus labios. "¿Crees que un tipo que es

demasiado tímido para cortejar a una doncella decente tendría el coraje de visitar un burdel en Glasgow?"

La franca admisión de su esposo provocó un hipo de risa nerviosa en Jenny.

"Lo siento", dijo él.

No tenía sentido sentirse tímidos el uno con el otro ahora, pensó Jenny, no después de todo lo que habían pasado juntos. Harris no había ocultado su deseo por ella. Ella había asumido que sabía exactamente lo que deseaba. Uno de los dos tendría que dar el primer paso, decidió, o este matrimonio sería muy incómodo. En el altar de Santa María, había jurado en su corazón nunca darle a Harris el menor motivo para lamentar haberla hecho su esposa.

Reuniendo todo su coraje, extendió la mano y tomó la suya.

"¿De qué te disculpas?" susurró. "¿Disculpas por haber tenido que tomarte la molestia de casarte con una loca, imprudente y terca, solo para salvarla de alguien como Roderick Douglas?"

Harris la miró a los ojos entonces, enderezando su esbelta figura hasta alcanzar su plena altura digna. "Nunca me arrepentiré de eso, si tú no lo haces. Te he deseado desde hace tiempo. Sé que no tengo mucho que ofrecerle a una esposa. No comparado con un hombre como Rod Douglas."

Un rubor brillante se extendió desde su cuello. Miró hacia abajo a su mano entrelazada con la suya. "Me pareció lo menos que podía hacer, sabiendo cómo facilitártelo... la primera vez."

Ella le apretó la mano reconfortantemente. "No tienes por qué hablar así. Eres un buen partido para cualquier chica. Eres el hombre más inteligente que conozco y no solo en cuanto a estudios. Eres honorable, valiente y de buen corazón. Cada vez que veo tu rostro, quiero sonreír. Cuando estás cerca, quiero que estés más cerca aún. Y cuando no estás, es como si el sol se hubiera ocultado detrás de una nube y los pájaros dejaran de cantar."

Vaciló. "En cuanto al resto... supongo que somos lo suficientemente listos como para resolverlo entre nosotros. Estoy dispuesta a intentarlo, ¿y tú?"

"Oh, sí." Una sonrisa tierna y esperanzadora se dibujó en la boca de Harris, encendiendo un brillo ámbar en sus ojos avellana. Transformó su rostro golpeado en el más guapo que Jenny había visto.

Ella levantó su mano libre, acariciando sus barbas castañas con un gesto de afecto y confianza.

Mucho menos que temer del ardor gentil y torpe de Harris Chisholm que de la seducción práctica y la violencia acechante de Roderick Douglas. Así lo pensó Jenny, mientras su nuevo esposo se inclinaba para darle un beso. Inclino la cabeza para corresponder. Tentativamente, sus labios se rozaron. Quizás recordando que la había besado antes, lo suficientemente bien como para hacerla desear más, dejó que su lengua se deslizara entre sus labios ligeramente separados. Jenny emitió un pequeño sonido de sorpresa en su garganta, que se convirtió en un ronroneo de disfrute.

Cuando Harris finalmente se apartó para tomar aire, ella levantó sus brazos y los entrelazó alrededor de su cuello.

"Ha tenido un buen comienzo, señor Chisholm", susurró, su respiración acelerada. "No se detenga ahora."

Harris quitó los pasadores de su cabello, enredando sus dedos en sus rizos sueltos. Le dio un beso en el lóbulo de la oreja.

"Ah, señora Chisholm..." Su voz se detuvo con un calor de propiedad en la palabra "señora". "No podría detenerme ahora, aunque quisiera."

Se besaron de nuevo, con sus labios temblando de anticipación. La mano izquierda de

Harris permaneció en el cabello de Jenny, masajeando la parte posterior de su cabeza, manteniendo la presión suave de su rostro hacia el suyo. Lentamente, su mano derecha cayó sobre su hombro en una caricia temblorosa. Recorrió su brazo hasta la mitad del codo antes de hacer un audaz desvío hacia el suave abultamiento de su pecho. Allí se detuvo, con un toque ligero como una pluma que no exigía nada, pero pedía todo.

Jenny se inclinó hacia adelante, ofreciéndose a su toque mientras ella alcanzaba hacia atrás, tirando impacientemente de los botones de su corpiño.

Apartándose de ella, Harris se dejó caer de nuevo sobre la cama. Parecía estar haciendo un esfuerzo decidido, aunque no completamente exitoso, por dominar su impaciencia. "Espera un minuto allí, muchacha."

Jenny contuvo una risita. Harris sonaba como si estuviera tratando de controlar un caballo desbocado.

"Hasta que llegemos a tu baúl en el *St. Bride*, solo tienes el vestido que llevas puesto", explicó en un tono ronco y sin aliento. "Deberías cuidarlo."

"Tienes razón." Ella se volvió rápidamente y le ofreció su espalda. "¿Me harás el favor?"

De inmediato, sintió los dedos de Harris, generalmente tan diestros, tambalearse sobre la fila ajustada de botones diminutos.

"Intenta detenerme", murmuró mientras el vestido de novia de Jenny caía.

Cuando el último botón estuvo deshecho, Jenny dio un paso atrás hacia la cama. Sintió las rodillas de Harris separarse para acomodar las amplias faldas. Él deslizó las mangas por sus hombros y brazos, sus manos familiarizándose con su piel desnuda. A pesar del calor, Jenny sintió cómo su piel se erizaba en escalofríos. Sus pezones se endurecieron, empujando contra el encaje de su camión. Si las manos de Harris encontraban el camino hacia el frente de su vestido, sospechaba que su preocupación por su vestido podría ser en vano.

Saltando justo fuera de su alcance, dejó que la seda color brezo cayera en pliegues susurrantes alrededor de sus tobillos. Luego recogió la prenda y la colgó cuidadosamente al lado del abrigo de Harris. Inclínándose, se quitó los zapatos y comenzó a bajar sus medias. El sonido de una inhalación aguda la hizo mirar hacia arriba.

Vio a Harris tirando distraídamente de su pañuelo de cuello, con su mirada fija en el escote de su camión y la hendidura entre sus senos que se mostraba arriba de él. Finalmente logró soltar su cuello, desabrochando los botones superiores de su camisa en el proceso. El cuello abierto y los filamentos sueltos de su pañuelo le daban un aire travieso y encantador.

"¿Te he dicho alguna vez lo bonita que eres, Jenny?"

"No estás tan mal tú tampoco", ella lo miró de reojo de manera deliberadamente coqueta. "Pero siento como si fuera la única en la fiesta. ¿Planeas quitarte más ropa, o esperas que te ayude?"

La sonrisa de Harris se amplió, si eso era posible. "Eso suena como una perspectiva bastante tentadora, mi querida."

Erguida, Jenny se volvió hacia atrás para desatar sus enaguas. "Primero puedes ser útil colgando mi chal y mi sombrero y arreglando la cama."

Las capas de algodón y encaje se deslizaron sobre las caderas de Jenny, seguidas por la mirada asombrada de Harris.

"Si puedes dejar de mirar durante un rato", añadió con una risita burlona.

Harris logró apartar su mirada de Jenny lo suficiente como para colgar su chal y su sombrero y bajar la ropa de cama. Antes de que tuviera la oportunidad de voltearse desde esta última tarea, Jenny pateó sus enaguas a un lado y se acercó por detrás de él. Presionando

ligeramente contra Harris, alcanzó los botones de sus pantalones.

"Hay algo de lo que no tienes que ser tímido", bromeó. "Tengo siete hermanos, ¿recuerdas? No tienes nada que no haya visto una vez o dos."

Eso no era del todo exacto, decidió unos minutos más tarde, después de haber ayudado a Harris a despojarse de la última de sus prendas. Ninguno de los muchachos había sido tan generosamente dotado como su marido. Ciertamente, ninguno de ellos se había jactado de tan tentador cabello corporal castaño dorado, que brillaba suavemente en la tenue luz de una tarde nublada.

Fascinada, Jenny no pudo resistirse a pasar su mano sobre la estera sedosa en su pecho, dejándola desviarse hacia el plano firme y suave de su vientre.

Harris se dejó caer sobre las almohadas. "No te preocupes por mí, muchacha. Ha sido una semana difícil".

Jenny sonrió. El humor aliviaría la tensión de este primer encuentro incómodo. Contribuiría en gran medida a compensar su mutua falta de experiencia.

"¿No quieres que te vuelva a tocar, entonces?" preguntó con fingida inocencia mientras su dedo índice trazaba delicadamente una línea desde la rodilla de Harris hasta la parte interna de su muslo. Sin llegar a tocar la piel, rozó los finos pelos de su pierna.

"Yo no dije eso". Envalentonado por el desvergonzado interés de ella en su cuerpo, soltó el botón superior de su camión. "Solo estoy tratando de decirte que un hombre solo puede ejercer cierta moderación cuando una mujer hermosa se dispone a despertarlo de esa manera".

"¿Crees que soy hermosa?" Jenny buscó la verdad en las cálidas profundidades de sus ojos.

Ahora no estaba bromeando. Harris la había llamado una muchacha bonita y ella sabía que lo decía en serio. De la forma en que siempre lo había escuchado, *bonny* significaba poco más que rosado y saludable. La palabra inglesa *beautiful* tenía connotaciones de delicadeza y distinción.

Con una mirada que abarcaba todos los rasgos de su rostro, Harris respondió solemnemente: "De hecho, eres hermosa, muchacha, hermosa como un ángel en una pintura".

Mientras abría varios botones más en el camión de Jenny, sus pechos de repente se liberaron de la ropa interior que lo sujetaba. Lleno y firme, húmedo con un fino rocío de sudor, uno caía descaradamente en la palma de su mano.

Su sonrisa se arqueó en una sonrisa pícaro. "O tal vez una diosa".

La respuesta de Jenny se atascó en su garganta. La sensación de su mano acariciando su pecho desnudo la hizo sentir desfallecer de placer.

En un gesto de reverente homenaje a su diosa, Harris se inclinó hacia delante, rozando el pezón rosado leonado con los labios.

Jenny jadeó. "¿Es así como se siente cuando te toco? ¿Como si todos tus huesos se hubieran derretido como una vasija de mantequilla al sol y tu cuerpo se hubiera vuelto tibio, flácido y flexible?"

"No" murmuró Harris mientras se llevaba a la boca la protuberancia de su pecho. Pasó su lengua sobre él, en una serie de delicados golpes que hicieron que Jenny respondiera con jadeos convulsivos de deleite. Luego, acariciando su pecho, garganta y barbilla, asaltó su boca con un beso que la dejó mareada implorando otro.

"Cuando me tocas, muchacha..." Le besó las mejillas y la frente. "Siento que tengo brea en las venas en lugar de sangre, y tú acabas de prenderle fuego".

Le besó el pelo y el punto exquisitamente sensible de su cuello, justo debajo de la oreja. "Siento que me estoy hinchando de placer, doliendo por el esfuerzo de contenerlo".

Jenny entendió lo que Harris quería decir sobre el dolor del placer. Le dolían los pechos y el lugar caliente y secreto entre sus muslos. Con cada latido de su pulso palpitaba una súplica, que se hacía más urgente a cada segundo. *Tócame. Bésame. Tócame. Lléname.*

En respuesta a las demandas urgentes de su cuerpo, giró las caderas para empujar su mano.

“¿Crees que estás lista, muchacha?” susurró.

“¿Cómo podría saberlo?” Jenny preguntó con impaciencia. "Nunca había hecho esto antes, ¿verdad?"

Se apretó contra Harris y lo besó con fuerza. "Solo sé que te quiero ahora, ya sea que esté lista o no".

Harris rodó sobre su espalda. "Escuché que le duele a una chica la primera vez. ¿Por qué no te acuestas encima de mí? De esa manera puedes tomarte con la calma que quieras".

Aceptando la generosa invitación de su novio, Jenny se sentó a horcajadas sobre su vientre, usando su mano para guiar su entrada en la grieta cálida y húmeda entre sus piernas. Sintió una punzada de resistencia dentro de ella, pero los poderosos impulsos que gobernaban su cuerpo no serían negados. Con un fuerte y decidido empujón de sus caderas, empaló su virginidad en el eje de su deseo. Reprimiendo una exclamación de dolor, oyó a Harris jadear un insulto en gaélico.

Bajó la cabeza para apoyarla en su pecho. La rodeó con los brazos, le frotó los hombros y la espalda con una mano, pasando la otra por la carne redonda y firme de su trasero.

"Esto no fue tan malo", reflexionó Jenny suavemente.

Ni tan bueno tampoco, confesó para sí misma con un toque de decepción. Estimulada por la sensación y el sabor de Harris, su apetito voraz había anhelado mucho más.

"Todavía no hemos terminado", murmuró él, plantando un beso en la parte superior de su cabeza.

"¿No hemos terminado?", lo miró sorprendida. "¿Qué quieres decir? ¿No hemos hecho el amor?"

"Hemos dado un valiente comienzo. Pero aún debo sembrar mi semilla en ti. Así es como se engendran los bebés."

"¿Cómo haces eso?", sus caderas dieron un ligero espasmo de reflejo, enviando las sensaciones más deliciosas corriendo por su cuerpo.

Harris se retorció debajo de ella y pudo sentir sus músculos tensos y delgados contraerse.

"Sigue así y no tardaremos mucho", parecía susurrar las palabras entre dientes apretados.

"Entiendo", concentrándose, Jenny levantó las caderas y las volvió a bajar. Oh, sí. Esto era lo que su cuerpo ansiaba desesperadamente.

"Así se hace, muchacha". Harris bajó las manos para sujetar sus nalgas, ayudándola a levantarse casi por completo antes de dejarla deslizarse de nuevo.

Ocho movimientos, nueve. El dulce sentido de anhelo se elevó a un punto casi insoportable. Con un temblor convulsivo, su cuerpo se convirtió en un nexo de placer tan intenso que rozaba el dolor. Jenny presionó su rostro contra el pecho de Harris, inhalando ávidamente el olor salino y musculoso de su sudor, tratando de sofocar sus gemidos. Lo escuchó soltar un profundo y salvaje gruñido mientras sus caderas se empujaban con fuerza, enterrándose profundamente en ella. Luego se aquietó, lánguido y exhausto.

Por un tiempo permanecieron quietos, sus corazones latiendo y sus respiraciones agitadas se fueron calmando gradualmente. Al fin, Harris levantó una mano al cabello de Jenny. Con infinita gentileza, acarició sus rizos húmedos y alborotados.

"¿Sigue latiendo mi corazón?", preguntó en un susurro ronco.

"Sí". Jenny lo miró, apoyando su barbilla en su esternón. "¿Pensaste que no lo haría?"

Harris frunció los labios en una mueca divertida. "Por un momento, no estaba seguro de si mi corazón explotaría en mi pecho o simplemente se detendría por completo".

"¿Te lastimé tanto?", Jenny preguntó con un toque de remordimiento.

"No. ¿Qué te hace pensar que me lastimé, muchacha?"

"Los ruidos que hacías, para empezar", echó un vistazo autocrítico a la ventana apenas abierta. "¡Si alguien te escuchara, probablemente pensaría que te estoy destripando con un cuchillo sin filo!"

Harris rio hasta que su cuerpo tembló, haciendo rebotar a Jenny sobre él de manera loca. El sonido y el movimiento resultaron ser una combinación contagiosa. Pronto Jenny también estaba riendo, con alivio, gratitud y felicidad. Les tomó un tiempo dominar esta risa. Pero al final se rieron hasta agotarse, entregándose a un cansancio contento.

Jenny descansó su cabeza en la cavidad del hombro de Harris, preguntándose vagamente si él podría estar aplastado por el peso muerto de su cuerpo sobre él durante tanto tiempo. Por su parte, ella se sintió tan ligera como un copo de cardo. Podría soplar una brisa cálida en cualquier momento y llevarla al techo. Abrasada en el crisol de la pasión, ya no notaba el calor de la habitación.

"Harris", murmuró, sin levantar la mirada. "¿Imaginaste que sería así?"

Él deslizó la parte posterior de sus dedos sobre su mejilla. "Ni en mis sueños más salvajes. ¿Y tú?"

Jenny negó con la cabeza. "¿Crees que es así para todos?"

"No lo creo", reflexionó Harris. "Si fuera así, la gente nunca lograría hacer nada más".

Jenny sonrió para sí misma. "¿Crees que siempre será así para nosotros?"

Harris rio. "Hoy estás llena de preguntas, ¿verdad? Te diré una cosa, muchacha. Si nunca es tan bueno entre nosotros otra vez, estaré muy agradecido de haber sentido eso solo una vez en mi vida".

Hundiendo su rostro en su pecho, Jenny le dio un suave beso sobre el corazón. Le complació saber que había dado a Harris la misma pincelada de éxtasis que él le había dado a ella. Una sensación de tranquilidad y profunda satisfacción la invadió. Flotando en el borde del sueño, se despertó ligeramente.

"Harris", susurró.

"Sí", respondió él en un murmullo adormilado. "¿Qué pasa ahora?"

"Te amo, Harris". Con todo su corazón, rezó para que fuera suficiente. Que pudiera encontrar la fuerza dentro de sí misma para seguir amándolo en los buenos y malos momentos, como había prometido.

Él pasó un brazo alrededor de su cintura. Con su otra mano, Harris acunó su cabeza contra él, como si quisiera que su cuerpo se abriera y la tomara dentro como ella lo había tomado a él. "Te amo, muchacha. Todo estará bien, ya lo verás. Nos pertenecemos el uno al otro, tú y yo. Eso es todo lo que importa".

Mientras Jenny se entregaba a la dulce paz del sueño, rezaba para que Harris tuviera razón.

Afuera, en las calles de Miramichi, el aire estaba insoportablemente cerrado y caliente. Ninguna brisa soplaba desde el río o el mar para traer un soplo de alivio. Desde el bosque circundante retumbaba un débil sonido, como un trueno lejano o el disparo de artillería lejana. Espesas nubes oscuras envolvían el cielo, y su parte inferior brillaba de un amarillo espeluznante.

Capítulo Veintidós

Harris se despertó más tarde, sin tener idea de qué hora podría ser. Su estómago gruñó lastimosamente, recordándole que no había comido desde la mañana temprano. Debe ser tarde, decidió, aunque una extraña luz ámbar se filtraba por la estrecha ventana, dorando el contorno de los objetos en la habitación y proyectando sombras antinaturales. Debía ser cerca de las ocho en punto, sin embargo, podía ver a Jenny bastante claramente. Eso era todo lo que importaba.

Si viviera cien años, nunca daría por sentado el milagro diario de despertar junto a ella. Su cuerpo se despertó de nuevo al verla tendida junto a él, espléndidamente desnuda. Podría pasar felizmente una eternidad explorando el exuberante paisaje de su cuerpo con sus ojos, seguido de otra eternidad explorando con sus manos. Y otra más explorando con sus labios...

Recordó la forma ardiente y voraz en que ella lo había sujetado en lo más alto de su amor, empujándolo hacia el dulce y agitado torrente del éxtasis. Ella había caído por la cascada con él y había bebido profundamente del pozo del placer. Esa conciencia llenó a Harris de calor y lo aligeró de una manera que nunca había experimentado antes.

Incapaz de resistir el impulso de perderse en Jenny una vez más, se deslizó hacia abajo hasta que pudo presionar su rostro en la redondez húmeda de su pecho. Ella se movió perezosamente, haciendo que uno de sus delicados pezones arqueados rozara sus labios inferiores. Harris no se detuvo a preguntarse si era una invitación deliberada. Sus labios se separaron en un reflejo tan antiguo como el tiempo, moldeándose para envolverla con un suave y húmedo agarre, un delicioso giro de cómo ella lo había favorecido recientemente.

Un sonido burbujeó desde su garganta, a medio camino entre una risa contagiosa y un ronroneo meloso de disfrute.

"¿Sabes qué, Harris?" Ella no le dio tiempo para responder. Tal vez no podía soportar distraer sus labios de su presente ocupación. "Supongo que esto puede ser como leer o tocar el violín. Mejoraremos en ello cuanto más practiquemos".

Con reticencia, liberó su embriagador agarre, con una caricia persistente de su lengua.

"Estoy dispuesto a entrenar durante horas y horas, hasta que lo hagamos bien". Sus palabras se arrastraban, como si su boca resintiera ser usada para hablar cuando había encontrado ocupaciones mucho más emocionantes.

"¿Entrenar?" Jenny pasó una mano juguetona sobre su hombro y bajó por su pecho. "Haces que suene como soldados marchando arriba y abajo de la plaza. Creo que deberíamos *explorar* un poco. Sabes... investigar".

"¿Experimentar?" Harris bromeó, lamiendo su camino hacia abajo por su vientre, separando sus muslos con manos suaves pero ansiosas.

"Sí". Suspiró. "Experimentar".

Esa palabra colgaba urgentemente en el aire cuando la puerta se abrió de golpe.

Jenny gritó y se aferró a las sábanas para cubrirse. Harris se apresuró a interponerse entre su esposa y cualquier peligro que pudiera acecharlos.

"¿Qué travesura están haciendo, muchacho?" una voz repulsivamente familiar se burló de él. "Pensé que tu caída en el cementerio te quitaría toda la compostura. Pero no se puede enseñar a un gato, supongo".

Se abalanzaron sobre él.

Un puño enorme le dio un golpe en la mandíbula. Una mano sujetó uno de sus brazos

agitados. Golpeó ciegamente con el otro, deleitándose en el contacto sólido y el rugido de dolor que provocaba.

También lanzó patadas con los pies. No era momento para sutilezas. Una aterrizó contra algo sólido pero cedible. Siguiendo el sonido de un gruñido sin aliento, Harris se abalanzó sobre la sombra cambiante. Luchó como un loco, puños, codos, rodillas y pies golpeando a la vez con toda la fuerza que pudo poner detrás de ellos. La masa voluminosa, el fantasma de Sweeney, supuso él, levantó los brazos para defenderse de la delirante lluvia de golpes.

¡Toma eso por Morag! ¡Y eso por las mentiras contra el pueblo de Levi Augustine! ¡Toma este por arrojarme al arbusto, medio muerto! ¡Y este por no dejar que un hombre haga el amor a su esposa en paz!

"¡Deja eso, Chisholm! ¡Tengo a tu mujer!"

Harris detuvo un golpe de venganza justa en el robusto abdomen de Sweeney. En la luz sobrenatural de la ventana, pudo distinguir la figura musculosa de McBean sosteniendo un cuchillo frente al rostro de Jenny.

"Déjala en paz", gritó Harris mientras las visiones de Morag McGregor lo atormentaban. "¿Qué quieres conmigo?"

"Solo vine a llevarte a dar un pequeño paseo, eso es todo".

"¿Tu jefe quería que viera Miramichi a la luz de la luna antes de irme, es eso?" Harris infundió la pregunta con desprecio.

"Sí, podrías decir eso".

"Déjame vestirme y aléjate de mi esposa. Luego iré pacíficamente".

Aunque sus ojos se enfocaron en el cuchillo de McBean con terror ampliado, Jenny gritó: "¡No, Harris, no debes!"

"No te preocupes, muchacha. Estaré bien". Buscando su camisa y pantalones, Harris intentó cargar sus palabras con seguridad que no sentía. "Una vez que salgamos de aquí, quiero que vayas a bordo del *St. Bride*. Quédate cerca del Capitán Glendenning. Encontraré el camino de regreso a ti, pase lo que pase, lo prometo".

"Oh, déjalo, Chisholm", gruñó McBean, "antes de que me hagas llorar".

"O vomitar", gruñó Sweeney.

Ignorando las miradas de sus invitados no invitados, Jenny se zambulló para agarrar la mano de Harris. Lo volvió a sentar en la cama y lo besó con todo el ardor reprimido de toda una vida. Por mucho que su cuerpo anhelara quedarse, no podía correr el riesgo de que los rufianes de Roderick tuvieran ideas indecorosas. Dudaba que alguno de ellos tuviera escrúpulos en profanar a Jenny y obligarlo a mirar.

Con amarga renuencia, se liberó de ella. "Haz lo que te digo, muchacha. ¡Ve al *St Bride*!"

Desde una de las otras habitaciones, alguien gritó una queja por el ruido.

Sweeney empujó a Harris hacia la puerta. "Basta de tanto hablar y arrullar. Vámonos".

Aunque encontró que su tobillo lesionado mejoró mucho, Harris exageró su cojera, gimiendo suavemente con cada paso.

Una vez fuera de la posada, se detuvieron el tiempo suficiente para que McBean le atara las manos a la espalda. Al ver una figura acurrucada junto a un barril de lluvia vacío, Harris se preguntó si podría ser el contramaestre de la *St Bride*. Rezó para que el hombre solo estuviera inconsciente.

Lo condujeron hacia el río, donde lo esperaba un bote de remos. Uno de ellos empujó a Harris hacia adentro. Escapó a duras penas de golpearse con el remo. Cuando la pequeña embarcación se acercó a la orilla opuesta del Miramichi, se permitió exhalar un suspiro de alivio,

sabiendo que el ancho del río se encontraba entre Jenny y los hombres que los habían atacado. Ahora que estaba a salvo, podía pensar en sí mismo.

"¿Qué piensan hacer conmigo?", preguntó, mientras lo maltrataban en tierra.

Sweeney soltó una risita. "Nada chico. Son los indios, los salvajes. Te van a degollar y te van a arrancar el cuero cabelludo y quién sabe qué más".

Se le erizaron los pelos al oír al hombre hablar de tales atrocidades en broma morbosa. "¿Entonces Roderick Douglas dirigirá una incursión contra los Mi'kmaq para vengar mi prematura muerte?" El tono de Harris destilaba ironía cáustica.

"Has acertado, escocés. Te concederé eso. Sí, el jefe les pondrá las botas a los indios. Dice que se hicieron con el control de una gran cantidad de tierra y que no hacen nada con ella. Sin embargo, tiene grandes planes para ello. También planes para consolar a tu hermosa viuda".

Harris podía imaginar la sonrisa lasciva en el ancho rostro de Sweeney. Le dolían los puños por borrarlo, para siempre.

Una leve brisa agitaba los árboles junto a la carretera. Harris respiró hondo, tosió y escupió.

"¡Ceniza! El aire está lleno de cenizas. Debe ser un fuego en el bosque que arroja esa luz y hace el ruido".

"¿Fuego?" McBean soltó una risa burlona. "Siempre hay algo ardiendo por aquí en esta época del año. No te preocupes por eso, Chisholm. Tienes cosas peores de las que preocuparte".

No tenía la intención de quedarse y averiguar cuáles podrían ser, reflexionó Harris. Si tan solo algo distrajera a esta pareja por un momento, aprovecharía la oportunidad para escaparse.

Apenas se había formado la idea en su mente cuando un ruido ensordecedor, como el estruendo de un trueno cercano, rugió desde el bosque. La tierra tembló. Le siguió otro gran choque y otro.

En medio de su propia conmoción y de las vívidas imágenes del Día del Juicio Final, Harris se dio cuenta de que no obtendría mejor distracción. Fingiendo tambalearse sobre el tobillo herido, enganchó su pierna alrededor de la rodilla de McBean. McBean se acercó tambaleándose hacia su compañero. Harris no se detuvo a verlos caer.

Corrió hacia la maleza, corrió unos pasos, luego se dejó caer al suelo y rodó. Luego se quedó paralizado. En el tiempo que tardarían sus perseguidores en buscarlo a tientas, podría tener las manos libres.

Un clamor atronador continuaba saliendo del bosque en oleadas, y con cada oleada la tierra temblaba. Agradecido de que el estruendo enmascarara su jadeante aliento, Harris oyó a Sweeney y McBean tropezar a través de la maleza seca, maldiciéndolo a él y al otro. Con los dedos entumecidos y torpes, tiró de la cuerda anudada alrededor de sus muñecas. Pronto estarían sobre él.

"¡Fuego!" Casi perdidos en el tumulto, el grito y el frenético batir de los cascos de los caballos resonaron en el camino. "¡Todo Miramichi está en llamas! ¡Ve al río mientras puedas!"

Una nueva descarga de truenos se descargó del bosque, empujando a su paso una lluvia de cenizas brillantes. Abandonando su búsqueda, Sweeney y McBean dieron media vuelta y echaron a correr.

Con un último tirón desesperado, Harris logró liberar sus manos. Siseó de dolor mientras la sangre volvía a subir a ellos.

Una de las cenizas que caían se encendió sobre un helecho seco como un pergamino, que estalló en llamas. Harris apagó el pequeño incendio, solo para ver a otros encendiéndose a su alrededor.

¿Todo Miramichi en llamas? La idea infundió terror en lo más profundo de sus entrañas y

avivó los recuerdos que ardían durante mucho tiempo en llamas abiertas. Debía regresar a la ciudad y asegurarse de que Jenny había abordado el *St. Bride*.

Roderick Douglas era ahora el menor de sus problemas.

* * *

A medida que los pasos de Harris y sus captores se alejaban por el pasillo, Jenny buscaba torpemente su ropa. Entre dientes, maldecía el elegante vestido de seda. ¡Qué daría ahora mismo por un cómodo vestido de algodón y un delantal resistente!

"No te vistas tan rápido, Janet".

Jenny contuvo un grito que le subía por la garganta. "¡Que te den, Roderick Douglas! ¿Estás detrás de esto, verdad? ¿Dónde han llevado a mi Harris esos hombres?"

Desde las sombras, una mano se estrelló contra la mejilla de Jenny, haciéndola tambalearse con pequeñas luces titilando ante sus ojos.

"¡Cállate, mentirosa! ¿Tienes idea de cómo me avergonzaste en esa iglesia frente a gente como Pruitt y Billings? Seré el hazmerreír de Halifax y Boston, así como de Miramichi".

Él cerró la puerta tras de sí y su voz cambió repentinamente. Se volvió tranquila, casi nostálgica. "Podríamos haber tenido una vida maravillosa juntos, Janet. ¿Por qué lo tiraste todo por la borda por ese patán? Traicionaste mi amor".

Su mejilla le ardía por la fuerza del golpe, instando a Jenny a contener la lengua para evitar que él le propinara otro, o algo peor. Pero la llama blanca de la furia indignada consumía su precaución como si fuera yesca seca.

"¿Amor? ¿Siquiera sabes lo que significa esa palabra? Herí tu orgullo y no me arrepiento. Ese tipo de orgullo es un pecado".

Ella jadeó cuando su mano se enroscó en su cabello, atrayendo su rostro hacia el suyo.

"Me gustas así, Janet", susurró él, "ardiente y desafiante. Antes eras una sumisa ratoncita y no tenía *gracia* domarte".

¿De dónde había salido este espíritu desafiante? Se preguntó Jenny. ¿Era su libertad de depender de Roderick Douglas? ¿Era un pago por la forma en que él la había mandado y acosado en estas últimas semanas? ¿O podía ser una fuerza nacida de su amor por Harris, la seguridad de su amor por ella?

Ella escupió en la cara de Black Roderick.

Preparándose para un golpe que le haría zumbar los oídos, apenas entendió lo que sucedía cuando él solo se rio. "Temo que vas a ser viuda muy pronto, querida. Esta tierra no perdona a una mujer sola. Por supuesto que no podría casarme contigo ahora. Pero serás suficiente como mi puta, mientras busco una esposa adecuada".

Entonces la soltó, asaltando su boca en un acto de posesión brutal que profanó la noción de un beso.

En un ataque de furia desesperada, Jenny hundió su rodilla en sus pantalones. Mientras él se tambaleaba hacia atrás con un grito de dolor y furia, ella estrelló su puño directamente en su manzana de Adán. Agarrando la jarra de agua de la mesita de noche, Jenny la estrelló en la parte posterior de su cabeza en una explosión de agua y loza destrozada.

Escuchó a Roderick caer al suelo. Un gemido bajo le aseguró que no lo había matado y eso era bueno. Tenía algo que decirle y quería que lo oyera. "Hazme caso, Roderick Douglas. Si le pasa algo a mi esposo, no descansaré hasta hacerte pagar por ello".

Con esa valiente, insensata amenaza colgando en el aire pesado, Jenny se apresuró a alejarse. El contramaestre del *St. Bride* la encontró en la puerta trasera de la posada.

"Me tomaron desprevenido, señora", se frotó un punto en la parte posterior de su cabeza. "Acabo de despertar cuando los oí llevándose a su esposo. Deben haber agarrado a Thomas también. Los llevaré a ambos de regreso al *St. Bride* y luego llamaré a la tripulación para buscar al Sr. Chisholm".

La idea era muy tentadora. La promesa de seguridad atraía a Jenny incluso mientras el último deseo de Harris la empujaba hacia ello.

"No", dijo ella, tras una breve pero intensa lucha interna. "No puedo ir con usted. Encuentre a Thomas y llévelo de vuelta al barco. Conozco Miramichi mejor que cualquier miembro de la tripulación del *St. Bride* y no puedo permitirme perder el tiempo buscando a Harris. ¿Vio hacia dónde se fueron?"

El contramaestre señaló hacia el río. Levantando sus engorrosas faldas, Jenny se puso a correr.

Después de llegar al muelle, buscó a alguien que le diera información.

"¿Ha visto a tres hombres por aquí?", llamó a un barquero holgazaneando en su barca.

"He visto a montones de hombres", escupió en el río. "Los barcos están llenos de ellos. ¿A quién busca, señorita?"

"Dos de ellos trabajan para el Sr. Douglas. Uno es fornido y el otro tiene una pierna rota..."

"¿Sweeney y McBean? Los vi cruzar el río hace un cuarto de hora. Ahora recuerdo que podría haber otro tipo con ellos. Tambaleándose como si estuviera borracho".

Jenny se apresuró a subir a la barca. "¿Me puede llevar al otro lado, por favor? Tengo que encontrarlos".

El hombre se estiró y se rascó la cabeza. "Nadie en su sano juicio quiere encontrar a esos dos, señorita. Es buscar problemas, eso sí. Pero si tiene una moneda, la puedo alcanzar al otro lado".

"No tengo dinero", Jenny nunca se había sentido tan impotente. Solo una moneda se interponía entre ella y encontrar a Harris, y ni siquiera tenía esa suma insignificante. Ni siquiera una joya que pudiera negociar.

"Por favor, señor. Le prometo que le pagaré tan pronto como pueda. *Tengo que* cruzar el río. Ese tercer hombre no estaba borracho. Es mi marido, y Sweeney y McBean han recibido la orden de matarlo. Tal vez lo conozca. Ha estado en la ciudad durante las últimas semanas. ¿Harris Chisholm?"

El barquero izó su pértiga. "Siéntese, señorita. Vi a Chisholm por la ciudad. Parecía un buen tipo. Hoy se ha levantado la pinta en su honor, por tener el descaro de robar a la novia de Black Roderick directamente de la capilla".

Cuando Jenny se preparó para el cruce, sus ojos picaron tanto por las lágrimas reprimidas como por el polvo en el aire nocturno. ¿O era hollín?

Recordó las palabras desafiantes que Harris le había lanzado a Roderick Douglas esa mañana. *Ningún hombre es indigente si tiene amigos*. Harris se había ganado muchos amigos y admiradores en esta ciudad por su voluntad de enfrentarse a su tirano local. Esa admiración se había convertido en su moneda de cambio.

El transbordador apenas había tocado la orilla opuesta de Miramichi cuando un fuerte y ominoso rugido brotó del bosque. Por encima de las copas de los árboles parpadeaba un extraño resplandor anaranjado, no muy diferente de una puesta de sol. Pero el sol de octubre se había puesto hacía más de dos horas.

Y nunca se había puesto el sol en el norte.

* * *

Harris tambaleaba por el camino, tratando de contener su creciente pánico. Podía escuchar el crepitar de las llamas a lo lejos. El humo se espesaba en el aire. De vez en cuando, una brisa ligera se levantaba, haciendo que caigan chispas en el suelo.

Cada instinto en él le gritaba que dejara el camino y se dirigiera hacia el río. Harris resistió. Sweeny y McBean habían huido hacia el río. No se atrevía a ir allí.

Detrás de él, escuchó el golpear de los cascos de caballos. Harris se volteó para ver una yegua Clydesdale galopando hacia él, lanzando su gran cabeza en frenesí. Detrás de ella, el caballo tiraba de un pequeño carro.

Estaba en llamas.

"¡Eh, tranquila, chica!" Harris se apartó del camino de esos cascos gigantes y luego se lanzó sobre el carro. Por alguna providencia divina, logró desenganchar las correas sin chamuscar su trasero ni hacer que sus brazos se salieran de sus articulaciones.

"¡Eh, tranquila, grandota!" Harris tambaleándose, se aferró a las riendas.

Con las llamas ya no azotando sus patas traseras y una voz humana calmante llenando sus oídos, la yegua se calmó hasta caminar nerviosamente. Murmurando todas las palabras suaves que se le ocurrían, Harris se arrojó sobre el amplio lomo de la Clydesdale y la instó a trotar.

En la orilla, encontró la barca que Sweeny y McBean habían usado para llevarlo al otro lado del río.

"No hay forma de que puedas caber aquí, grandota". Harris no perdió tiempo en deshacer el arnés de ella. Lo guardó en la barca, esperando contra toda esperanza poder devolverlo a su dueño.

"Gracias por el paseo, grandota". Acarició el hocico del gran animal. "Probablemente puedas nadar mejor que yo". Con un firme golpe en el trasero, la instó a adentrarse más en el río.

Lentamente y con torpeza, remó, llevando la pequeña embarcación hacia la relativa seguridad de la orilla opuesta del Miramichi.

Un buen viento fuerte y esa seguridad desaparecerían, reflexionó Harris con un escalofrío. En el horizonte norteño, a lo largo del río, el fulgor rojizo de las llamas rayaba el cielo nocturno, solo interrumpido por columnas de denso humo negro que se alzaban hacia el cielo.

Gracias a Dios, él y Jenny pronto estarían reunidos a bordo del *St. Bride*, huyendo de este terrible infierno.

La compasión llenó su corazón por la gente de Miramichi. Su independencia ganada con esfuerzo, y la promesa de prosperidad futura, consumida en un instante. ¿A dónde irían? Si tenían suficiente coraje terco para quedarse, ¿cómo sobrevivirían con el invierno a punto de llegar?

Harris intentó apartar esos pensamientos de su mente, mientras llegaba junto al *St. Bride*. No era asunto suyo. Tenía que pensar en Jenny y en él mismo primero. Aun así, después de años como forastero en Dalbeattie, disfrutaba de la aceptación fácil que había encontrado en esta bulliciosa colonia joven.

Echaría de menos eso.

Uno de los marineros lo reconoció y llamó al capitán.

"Gracias a Dios que estás sano y salvo". El capitán Glendenning lo golpeó en la espalda mientras lo izaban a bordo. "Cuando el contraestre y Thomas regresaron tambaleándose con las cabezas golpeadas, temí lo peor".

Harris agarró al capitán por el pecho de su abrigo. "¿Y Jenny? ¿Ella vino con ellos, no es así?"

El capitán negó con la cabeza, como si le costara transmitir malas noticias. "¿No estaba

contigo? Thomas no sabía qué había sido de ninguno de ustedes y el pobre contramaestre apenas conocía su propio nombre. Se desmayó de nuevo poco después de subir a bordo. Murmuró algo sobre tu esposa y Roderick Douglas, pero no pude entender nada. ¿Qué pasó?"

"Douglas envió a dos de sus hombres tras de mí. Deben haberse acercado sigilosamente y golpeado primero a Thomas y luego al contramaestre. Me llevaron al otro lado del río para acabar conmigo, pero los pude perder. Le dije a Jenny que viniera aquí".

"No hemos visto señales de ella". El capitán miró hacia el alcázar, donde una brasa cayendo había prendido fuego a una bobina de cuerda empapada en alquitrán. "Estábamos a punto de zarpar, Harris. Es demasiado peligroso quedarnos aquí".

"Tengo que volver a la posada para ver si puedo averiguar qué le ha pasado a Jenny".

Una columna de fuego en la ciudad atrajo la mirada de Harris. Si esos incendios no podían ser contenidos y el fuego ganaba terreno en este lado del ancho Miramichi, ¿qué lo detendría para barrer la costa y arrasar el terreno de caza de Levi Augustine y también Richibucto?

"¿Puedes darme media hora, Angus, y llevarás a un grupo de pasajeros? Después de encontrar a Jenny, llevaremos a bordo a cuantas mujeres y niños pueda contener el *St. Bride*. Podemos llevarlos a un lugar seguro en el estrecho hasta que esto termine".

"Ve". El capitán asintió bruscamente. "Me avergüenza no haber pensado en eso yo mismo. Tiraremos lo que podamos para hacer más espacio".

Justo en ese momento, una embarcación más pequeña soltó anclas, dirigiéndose hacia un lugar seguro río abajo. Mientras pasaba junto al *St. Bride*, Harris reconoció el bergantín privado de Roderick Douglas. Entre la tripulación apresurándose a izar velas, detectó la figura de una mujer.

¿Era solo su imaginación torturada, o era esa Jenny?

Capítulo veintitrés

Jenny luchaba por el sendero, rezando para estar yendo en la dirección correcta. Al escuchar el golpeteo de los cascos de caballos acercándose hacia ella, se escabulló hacia la seguridad de la maleza, como había hecho varias veces antes. Tal vez no había nada que temer. Pero después de presenciar de primera mano el poder que Roderick Douglas ejercía en Miramichi, no iba a correr riesgos.

Otra ráfaga de truenos resonó. ¿Pero dónde estaba la lluvia?

Cuando el sonido del galope del caballo se desvaneció, Jenny salió de su escondite y se apresuró más por el camino. No estaba segura de qué podía hacer si lograba alcanzar a Harris y sus captores. Con suerte, el barquero le entregaría su mensaje al *St. Bride* rápidamente y pronto tendría refuerzos.

Harris no estaría en peligro sino por ella. La culpa acosaba a Jenny. Al casarse con ella, él se había enfrentado a un hombre poderoso y despiadado. Al concederle el lujo caballeroso de una noche de bodas en la posada, lo había dejado vulnerable a la traición. Cuando los miserables secuaces de Douglas irrumpieron en la habitación, Harris había luchado como un hombre poseído para defenderla. Ella había sido su debilidad y su ruina. Ahora Jenny juró compensárselo, aunque eso significara atacar a esos despreciables matones con sus propias manos.

Otro estruendo estremeció el aire. La tierra bajo los pies de Jenny tembló. Esto no era una tormenta ordinaria, se dio cuenta, mientras el pánico le apretaba la garganta.

De repente, el bosque a su alrededor estalló con animales. Jenny gritó cuando una liebre grande pasó a su lado. Un par de zorros la siguieron de cerca, pero sintió que no iban tras la liebre. Una cierva y dos cervatillos cruzaron la carretera de un salto, dirigiéndose hacia el río.

Entonces Jenny vio las llamas.

Uniéndose a la carrera de los animales impulsados por el terror, se lanzó hacia el santuario del Miramichi.

Incluso mientras huía por su vida, una pequeña voz en el fondo de su mente se burlaba. *¿Corriendo de nuevo? ¿Nunca pararás?*

* * *

"Vamos, señora. Traiga al bebé y yo llevaré al muchachito", dijo Harris agachándose para recoger al niño.

El niño inmediatamente le dio una patada en la espinilla. "¡No soy un muchachito! Soy un niño grande y puedo caminar tan bien como usted. ¡Déjeme en paz!"

Incluso con la urgencia que lo apremiaba, Harris tuvo problemas para contener una sonrisa. Miró dubitativo los pequeños pies descalzos asomando bajo la camisola del niño.

"Sin duda puedes", se rio irónicamente, incluso mientras le dolía el tobillo. "Pero es un tonto quien camina cuando puede montar. ¿Me dejarás ser tu caballito?"

El niño miró a su madre, quien luchaba por calmar a su bebé llorón.

"Haz lo que dice el hombre, Willy. Tenemos que subir a ese barco".

"Supongo".

Esperando no recibir una rodilla regordeta en el riñón, Harris levantó al chico sobre su

espalda y se dirigió al muelle. Su tobillo protestaba por el peso adicional con cada paso. Ese dolor no era nada comparado con las afiladas garras del temor que desgarraban su corazón.

No había sido una gran sorpresa encontrar a Jenny ausente de la posada y nadie dispuesto a admitir que la había visto. Harris temía lo que los fragmentos de un jarro roto en el suelo podrían significar.

¿Había secuestrado Roderick Douglas a Jenny antes de que pudiera huir a la seguridad del *St. Bride*? ¿O había dado a su esposo por muerto y decidido arriesgarse con el brutal pero próspero Roderick en lugar de tratar de arreglárselas sola? Harris no estaba seguro de cuál de las alternativas lo angustiaba más. La familiar desolación de ser abandonado amenazaba con engullirlo nuevamente.

Él luchó contra ello.

Tiempo suficiente para lamentarse y preocuparse por sí mismo en los días por venir. Por ahora, debía encontrar un poco de consuelo en saber que Jenny estaba a salvo, al menos del fuego, y hacer todo lo que pudiera para asegurar la seguridad de las familias de otros hombres.

Tambaleándose por la pasarela endeble, entregó al niño a una mujer mayor que extendía sus brazos hacia él. Luego, ayudó a la madre del niño, quien tenía problemas para subir con el bebé en brazos.

"¡Este tendrá que ser el último, Harris!", llamó el capitán Glendenning. "No podemos arriesgarnos a quedarnos más tiempo".

Como si quisiera respaldar su afirmación, algo explotó en la cubierta de proa de un barco cercano. En cuestión de segundos, toda la embarcación quedó envuelta en llamas, su tripulación lanzándose al agua para escapar.

"¡Suelten amarras!" rugió el capitán. Mientras la tripulación se preparaba para recoger la pasarela, extendió la mano hacia Harris.

Sacudiendo la cabeza, Harris se apresuró a volver al muelle. "Me quedaré y haré lo que pueda para ayudar a contener el fuego", gritó. "Mantenga los ojos abiertos por Jenny, ¿de acuerdo?"

Se quedó un momento observando cómo la *St. Bride* se deslizaba hacia el canal.

"Chisholm", llamó alguien. "¿Qué haremos con estos otros?"

Harris se volvió para encontrar al vicario guiando a dos mujeres, media docena de niños y un anciano que parecía a punto de desmayarse en cualquier momento.

Después de un momento de deliberación, dijo: "Llévalos a la casa de Roderick Douglas. Está hecha de piedra con un techo revestido de cobre. Si algún edificio en la ciudad sobrevive al incendio, será ese".

"Pero... pero..." balbuceó el vicario. "Seguramente no podemos... tomar posesión del lugar en su ausencia".

Harris ofreció su brazo al anciano y una sonrisa alentadora. Comenzando a caminar por la calle, llamó de vuelta al vicario. "Tomar posesión, eso es exactamente lo que debemos hacer. Como dice, el señor Douglas está ausente. No necesitará su casa. Una vez que regrese, responderé ante él si objeta".

El grupo recogió a varios más en el camino hacia la casa de Roderick Douglas. Estaban a la vista de ella cuando un hombre ennegrecido por el hollín los alcanzó.

"Chisholm, ¿puedes venir? La casa de Loban está en llamas. Hemos estado formando una brigada de cubos desde el río, pero dudo que podamos salvarla".

"Concéntrate en evitar que las casas circundantes se incendien. Moja los techos. Derrúmbalos si es necesario. Iré tan pronto como ponga a salvo a estas personas", dijo Harris,

preguntándose fugazmente por qué todos seguían acudiendo a él en busca de instrucciones y consejos.

Tal vez se habían acostumbrado tanto a vivir bajo los dictados de Roderick Douglas que la iniciativa ya no les resultaba fácil. Había desafiado la autoridad de Douglas y había vencido al tirano, aunque solo fuera temporalmente. ¿Eso lo convertía en líder a sus ojos?

Harris no se sentía como un líder. Se sentía como un barco sin rumbo lejos de la costa, arrastrado por vientos caprichosos, sin saber si alguna vez llegaría a un puerto seguro de nuevo.

"Oh, Jenny", susurró para sí mismo. "¿Dónde has ido? ¿Y alguna vez volverás a mí?"

* * *

¿Volvería a ver a Harris alguna vez? Se preguntó Jenny mientras se acurrucaba en los bajíos de Miramichi. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. El día y la noche habían perdido todo significado. El río había empezado a hervir y a agitarse ominosamente, reflejando el apocalipsis ardiente en tierra, una escena del Libro de las Revelaciones.

"¡Ahh!" Jenny gritó al sentir una brasa ardiente caer en su hombro.

Se sumergió bajo el agua, disfrutando de la frescura y quietud bajo la superficie. Si tan solo fuera posible respirar allí abajo...

Tosiendo por aire, levantó de nuevo la cabeza, apartando la masa empapada de cabello de su rostro.

Las llamas habían avanzado casi hasta el borde del agua, consumiendo los árboles secos con voracidad rápida. Harris y sus captores estaban bastante adelante cuando el fuego la alcanzó. Con el desastre a la mano, ¿habían Sweeney y McBean deshecho a Harris y permitido que el fuego ocultara su crimen? ¿O las llamas los habían sorprendido a todos por igual?

De cualquier manera, la situación no auguraba bien para su supervivencia.

Un alto abeto al borde mismo del río estalló en llamas y cayó al agua.

Tragando un bocado de aire, Jenny se sumergió. Escuchó un extraño ruido amortiguado mientras el árbol se desplomaba. Un siseo de vapor, conforme el agua consumía las llamas. Cuando levantó la cabeza de nuevo, tembló al ver lo cerca que había estado el árbol de caer sobre ella.

Una profunda desesperación amenazaba con tragársela. Su cuerpo temblaba de fatiga y hambre y la tensión de sus miedos por Harris. Toda su vida había temido experimentar la muerte del amor frente a la adversidad. Ahora enfrentaba una dificultad inesperada, siendo privada del amor recién nacido justo cuando empezaba a florecer.

¿Qué sería de ella, suponiendo que sobreviviera al fuego? ¿Podría soportar enfrentar un futuro tan sombrío? De todas las privaciones que seguramente tendría, ninguna la afligía tanto como la pérdida de Harris.

Qué fácil sería abandonar la lucha. Rendirse al seductor encanto del sueño. Dejar que las olas la envolvieran. Rogar por la misericordia de un reencuentro con su esposo al otro lado del ancho abismo de la muerte.

* * *

Harris se dobló, tosiendo el humo de sus pulmones. A lo largo de esta noche angustiosa, de alguna manera había logrado trascender la mayoría de los dictados de su cuerpo. Ya no sentía hambre ni agotamiento. Aunque aún necesitaba respirar.

Después de esta noche, no quedaría mucho del pueblo sin chamuscar. Por lo que Harris

podía ver, sin embargo, habían logrado detener el avance del fuego hacia otro tramo de bosque denso más allá del pueblo. Esa certeza levantó su ánimo.

A lo lejos, escuchó un grito desesperado de que la iglesia se había prendido fuego. Con un último carraspeo, levantó su cubo y corrió hacia la Iglesia de Santa María.

Su corazón se hundió al verla. Nunca podrían salvarla ahora. El fuego había tomado un control demasiado profundo. Una vez que las llamas subieran por ese campanario, no habría nada más que hacer que dejarla arder... excepto quizás talar los árboles circundantes para que no se prendieran y propagaran el fuego.

"¿Tienen un hacha?", llamó a los dos hombres que salían por la puerta de la sacristía.

Al girarse hacia él, reconoció la corpulencia de uno y la nariz rota del otro.

"Bueno, si no es Scotty. Tiene más vidas que un gato, muchacho. Contaba con que te asaras bien al otro lado del río".

"Podría decir lo mismo. ¿Qué hacen aquí?" Al ver el saco que McBean llevaba sobre un hombro, Harris dedujo la respuesta a su propia pregunta.

"No tengo tiempo para charlar, muchacho. Y no tengo tiempo para lidiar con usted ahora, así que use su cabeza por una vez y apártese".

La rabia explotó en Harris como una reserva de resina en un pino ardiente. Él y los otros hombres del asentamiento habían luchado durante horas para detener la marea de destrucción, mientras que estos dos bribones saqueaban el pueblo de sus pocas cosas valiosas. La razón le decía que no arriesgara otra confrontación con este par, pero no le hizo caso.

"¿No tienen vergüenza, saqueando una iglesia?" Respiró hondo y plantó sus pies firmemente. "Si planean llevarse esas cosas, primero tendrán que pasar sobre mí".

Sweeney dio un paso amenazador hacia adelante. "Haga lo que quiera, muchacho. Supongo que tendré que acabar con usted, como debería haber hecho la primera vez que nos enfrentamos en ese cementerio".

Lanzó un puño carnoso hacia la cara de Harris, pero en el último segundo, Harris lo esquivó. La fuerza del golpe arrastró a Sweeney. Harris extendió un pie, haciéndolo tropezar en el polvo.

Un tintineo de platos de plata al caer al suelo advirtió a Harris que McBean se había unido a la pelea. En el resplandor anaranjado de la iglesia en llamas, vio el destello de un cuchillo. Levantó su único escudo: el cubo, pesado con toda el agua que había cargado.

Le pareció que le llevó una eternidad levantar el cubo, que se hacía diez veces más pesado por cada centímetro que lo levantaba. Pero por algún milagro, cuando el cuchillo de McBean finalmente encontró un descanso, se había incrustado en la madera apretada y húmeda. Harris levantó el cubo sobre su cabeza y lo lanzó hacia McBean.

Su breve destello de triunfo murió cuando Sweeney agarró sus brazos por detrás, sujetándolos con una fuerza que casi los arrancaba de sus uniones. Mientras intentaba en vano liberarse, vio a McBean levantarse del suelo con una luz asesina en sus ojos.

"¡Suéltelo!"

Harris luchó por girarse hacia la fuente de ese comando, pero Sweeney lo tenía bien sujeto. Se preparó para usar sus pies si McBean se lanzaba hacia él, pero McBean se mantuvo firme.

"¿Estás sordo, Alf Sweeney?", exigió una segunda voz diferente. "Suelta a Chisholm".

"Esto no es asunto tuyo, Tom Loban", escupió Sweeney, su voz cargada de beligerancia. "Ahora lárguense, todos ustedes, o me ocuparé de ustedes uno por uno después".

Harris escuchó el sonido de un mosquete siendo cargado.

"Hemos tenido suficiente de ustedes dos aterrizando a la gente por aquí. Ahora quita tus

manos de Chisholm o te enviaré directo al infierno".

Sweeney lo empujó como si fuera un carbón caliente.

Harris se dio la vuelta para ver a un grupo de hombres de Chatham parados hombro a hombro. Reconoció a algunos de sus semanas trabajando en la taberna. A otros los había conocido por primera vez esta noche, luchando contra incendios a su lado, ayudando a evacuar a sus familias en el *St. Bride*.

Algunos llevaban armas de fuego. La mayoría empuñaba horquillas. Con rostros ennegrecidos por el hollín y el cabello mojado enmarañado, con Miramichi ardiendo detrás de ellos, parecían las legiones mismas del infierno.

Harris nunca había visto una vista más dulce.

Después de años sometándose a la tiranía de Roderick Douglas y sus matones contratados, ¿qué les había costado a estos hombres ponerse de pie por él? Más de lo que podría esperar pagar.

McBean cometió el grave error de intentar huir por su vida. Una lluvia de balas hizo explotar el césped a sus talones.

Se arrojó al suelo, temblando como gelatina. "¡No disparen! ¡Por el amor de Dios, no disparen de nuevo!"

Uno de los otros hombres armados miró a Harris. "¿Puedo ahorrarnos a todos mucho problema y acabar con él?"

Aunque sintió la tentación de asentir, Harris negó con la cabeza. "Somos mejores que eso. Si puedes encontrar un poco de cuerda, átalos bien y apretado. Una vez que termine el incendio, veremos cómo se hace justicia por lo que han hecho".

Algunos en la multitud se quejaron de su juicio, pero la mayoría parecía dispuesto a seguir su ejemplo.

Que alguien guarde ese saco de objetos de valor en casa de Douglas. Trae las hachas. Estaremos en problemas si esos olmos se incendian".

A medida que los hombres se dispersaban para cumplir con su mandato, un joven se abrió paso hacia Harris. "¿Puede venir, Sr. Chisholm? Hay una pobre criatura que sacamos del río. Está más muerto que vivo y muy quemado. Sigue llamando al dueño del *St. Bride*, muy agitado. Hemos intentado decirle que la *St. Bride* zarpó hace horas, pero no presta atención".

Harris estuvo a punto de preguntar por qué debería ser él quien se ocupara de eso. Pero algo en los ojos del chico silenció a Harris.

Mirando alrededor para asegurarse de que los álamos estaban siendo talados, dijo, "Iré directamente. Asegúrense de tener cuidado cuando caigan esos árboles".

Mientras seguía al joven de vuelta por el pueblo, hacia el río, Harris comenzó a tiritar. Se preguntó si era solo un síntoma de agotamiento o si el aire se había vuelto más frío.

Entraron en un almacén cerca del muelle, que hasta ahora había escapado del incendio. Había sido convertido en una improvisada enfermería para los heridos, aunque la mayoría de las personas que habían sido traídas parecían estar mucho más allá de cualquier ayuda humana. El olor hizo que la garganta de Harris se cerrara y las cicatrices en su rostro inferior le picaban debajo de su nueva barba.

El chico se detuvo al pie de un palet rústico, donde yacía una de las víctimas del incendio. Por las botas que sobresalían debajo de una manta de lona, Harris supuso que debía ser un hombre. Nada en el rostro destrozado sugería que fuera siquiera humano. La pobre criatura se retorció y murmuraba en agitación obvia.

Harris hizo una mueca. "¿No le pueden dar nada para el dolor?"

“Oh, no está sufriendo, señor”, respondió el chico. “Al menos no en su cuerpo. Una quemadura ligera dolerá como el infierno, pero las profundas adormecen la carne. Es una misericordia, también. Está perturbado en su mente. Sigue delirando sobre el *St. Bride*”.

“Veamos si podemos darle un poco de paz al pobre hombre, entonces”. Harris se arrodilló junto al cuerpo, tratando de contener su exasperación de que nadie aquí hubiera considerado lo obvio.

“Soy Angus Glendenning, el dueño del *St. Bride*”, murmuró en los restos contorsionados de una oreja. “Dicen que tienes un mensaje para mí”.

El hombre se calmó instantáneamente. Luego su voz salió entrecortada, las palabras embotadas por sus órganos vocales dañados. “Fui al barco equivocado. No pude encontrar el *St. Bride*. Tengo un mensaje para usted de la dama...” Una tos lo sacudió.

“Tranquilo, hombre. No me voy a ningún lado. Puede contarme cuando quiera”.

“No puedo esperar. Debo enviar hombres. Ella cruzó el río después de Chisholm. Nunca debería haberla llevado. Quedará atrapada en el fuego”.

“¿Ella?” Harris apenas podía respirar. “¿Ella quién?”

No Jenny. No Jenny.

“La novia de Chisholm. Envíe hombres para buscarla”.

Un pozo enorme pareció abrirse en el suelo y tragar a Harris. Su corazón gritaba por Jenny en un lamento agudo que resonaba en el vacío de su ser. ¿Cómo podría soportar tanto dolor y seguir viviendo?

Entonces recordó al hombre en el palet, que había luchado por entregar el mensaje de Jenny cuando seguramente habría sido más fácil escapar en silencio.

“Gracias por decírmelo”. Pronunció las palabras con dificultad. “Enviaré los hombres y todo estará bien. Descanse ahora”.

El hombre quemado tomó una respiración tranquila. Antes de que Harris pudiera levantarse, sonó el ruido de la muerte y él se fue, misericordiosamente. Con manos gentiles, Harris cubrió el rostro del hombre muerto con la lona. El sufrimiento de esta pobre criatura había terminado.

El suyo apenas comenzaba.

Capítulo veinticuatro

Contra todo pronóstico, el sol se levantó la mañana siguiente sobre Miramichi. Pocos esperaban verlo. Los restos carbonizados del bosque humeaban en el aire gélido. Copos de nieve caían al suelo, ominosos fuera de toda proporción a su tamaño.

Envuelto en su abrigo chamuscado, Harris apretó las manos sobre su boca y exhaló para calentar sus dedos. Caminó hacia el muelle, sacudiendo la cabeza al ver varias embarcaciones arrasadas por el fuego. Sus cascos chamuscados se mecían en el agua agitada como cadáveres ennegrecidos. Harris no podía soportar pensar en cuántos restos humanos sacarían del río en los próximos días.

Un grito alegre resonó detrás de él. Sonaba completamente fuera de lugar en medio de tanta desolación. Solo cuando los hombres del pueblo pasaron corriendo junto a él hacia el muelle, Harris notó que el *St. Bride* llegaba con la marea matutina, su casco bajando por el peso de su preciosa carga de vida.

Retrayéndose hacia el borde de la multitud, observó pasivamente cómo las familias se reunían: riendo, abrazándose y llorando. Quería alegrarse por ellos, llorar con ellos, compartir y aliviar sus temores por el futuro. Pero una fuerza invisible había extirpado su corazón y dejado en su lugar un trozo de piedra.

Como con los golpes anteriores que había sufrido por parte de Jenny, este último, el más profundo, había cauterizado sus emociones.

El Capitán Glendenning desembarcó y se abrió paso entre la multitud de habitantes del pueblo. "Tengo malas noticias para usted, Harris". Miró al suelo y tragó saliva con dificultad, como si estuviera reuniendo valor para decir lo que tenía que decir.

Harris esperó a que el capitán hablara, sin temor ni mucha curiosidad.

"Fueron mares turbulentos anoche", dijo el capitán finalmente. "Más veces de las que me gustaría recordar, pensé que mi pequeño barco terminaría en el fondo del estrecho. Pero el Todopoderoso nos tuvo en su mano y lo superamos. Eso es más de lo que puedo decir de algunos".

Respiró profundamente. "El velero de Douglas se hundió en la boca del río. Se perdió con toda la tripulación. Lo siento".

Ante la mirada inquisitiva de Harris, agregó: "Sobre la señorita Len... es decir, sobre su esposa".

Harris sacudió la cabeza. "Ella no estaba con Douglas, después de todo".

"¡Oh, gracias a Dios! La tripulación estará emocionada de escucharlo. ¿Dónde está ella?"

Señalando hacia la orilla opuesta del río, Harris apenas pudo encontrar su voz. "Por allá, en algún lugar. No huyó. Vino tras de mí. Necesitaré un bote para ir a buscarla".

No dijo, "*sea lo que sea que el fuego haya dejado de su cuerpo*". Eso era lo que quería decir, sin embargo. Su rostro permaneció impasible y sus palabras salieron calmadas, aunque algo rígidas.

Pero en lo profundo, la roca que una vez fue su corazón lloraba lágrimas de sangre.

* * *

Jenny tragó sus lágrimas.

Pensando que escuchaba el golpeteo de remos contra el agua, se despertó y trató de llamar. El sonido no logró pasar sus labios apretados con fuerza. Invertió cada gramo de su fuerza y voluntad restante en ello, pero todo lo que salió fue un chillido estrangulado.

La despertó.

Anhelaba girarse y huir de nuevo hacia el bendito inconsciente, pero eso significaba la muerte. En algún momento durante la noche interminable, mientras el mundo ardía a su alrededor, Jenny había tomado la difícil decisión de vivir. Se lo debía a Harris.

Él nunca había renunciado a ella, sin importar cuántas veces lo apartara. Si por algún milagro él estuviera vivo ahora, se aferraría a la vida por su causa. Por difícil que pudiera resultar, ella no podía hacer menos por él.

"No puedes quedarte aquí más tiempo". Pronunció las palabras en voz alta. Escuchar una voz humana, incluso la suya propia, la reconfortó. "Al menos el fuego dejó de arder".

Miró los troncos carbonizados, apuñalando el aire como filas y filas de lanzas de ébano. Un viento amargo arremetió las últimas briznas de humo hacia el cielo.

"No sirve de nada esperar a que alguien venga y te rescate como hizo Harris en la boda", se reprendió a sí misma, "¡Hazte fuerte, chica!"

Fortaleciéndose contra el frío, se arrastró hacia la orilla. Jadeó cuando el viento crudo azotó su ropa empapada.

"N-n-no te quedes aquí parada y c-c-congelándote, idiota. ¡Muévete!"

Se tambaleó por la suave pendiente del banco del río. Tal vez podría encontrar un parche de musgo quemado bajo el cual acurrucarse mientras su ropa se secaba, o un bolsillo de brasas incandescentes para calentarse.

Para su gran sorpresa, Jenny se escuchó reír. "P-p-pensar que estaría deseando un fuego tan pronto de nuevo".

Al escuchar el borde de histeria en su risa, se tapó la boca con la mano para sofocarla. Para sobrevivir, necesitaría todos sus sentidos alerta y ya estaban bastante embotados por el hambre y el agotamiento.

Escuchó el golpeteo de remos contra el agua, justo como en su sueño. ¿Había comenzado a escuchar ruidos imaginarios? Al principio trató de ignorar el sonido, convencida de que no podía ser real. Solo cuando comenzó a alejarse en la distancia, Jenny creyó en sus oídos.

Zambulléndose sobre troncos caídos y la ceniza que una vez fue matorral, gritó: "¡Deténganse! ¡Ayuda! ¡Estoy viva!"

Alcanzó el borde del agua justo a tiempo para ver una pequeña embarcación remontando el río. Se internó en el Miramichi hasta las rodillas. Con las manos en forma de cuenco alrededor de su boca, puso los últimos vestigios de su fuerza en gritos de auxilio.

"¡Giren y vuelvan, malditos! ¡No me dejen aquí para morir!"

Parecía que los hombres de la embarcación planeaban hacer justo eso.

La voz de Jenny vaciló. Los sollozos la sacudieron.

¿Y ahora qué? se burló una vocecilla en el fondo de su mente, la misma que le había preguntado si alguna vez dejaría de huir. La voz de Roderick Douglas.

Si se rendía ahora, ¿quién haría pagar a Douglas por lo que le había hecho a Harris?

"No sé *ahora qué*", gruñó, secándose las lágrimas de la cara. "Pero se me ocurrirá algo".

Al mirar hacia arriba de nuevo, cuadrando sus hombros para enfrentar la próxima crisis, Jenny vio que la embarcación había girado y se dirigía remando de regreso hacia ella.

"¿Escuchaste eso?"

Harris escudriñó la orilla, buscando desesperadamente algún rincón de bosque indemne donde los sobrevivientes pudieran acurrucarse. Aunque no veía ninguno, estaba seguro de haber escuchado una voz pidiendo ayuda. ¿De dónde había venido?

"¡Detengan los remos y déjenme escuchar!" ordenó a los hombres que el Capitán Glendenning le había prestado.

Descansaron mientras Harris se esforzaba por captar cualquier sonido desde la orilla. Todo lo que escuchó fueron las gaviotas planeando en el aire, sus chillidos burlones. Si tan solo pudiera arrojar una red sobre cien o más de esas criaturas, como el héroe de un cuento de Jack que su abuelo le había contado una vez. Lo llevarían en alto para obtener una vista de pájaro de... de lo que quedara por ver.

¿Podría su corazón entumecido resistir recoger el cuerpo quemado de Jenny? ¿O se derretiría, mostrándole que aún tenía profundidades de dolor por explorar?

Durante años había protegido su corazón con un manto protector de hielo, temiendo el dolor que solo el amor podía infligir. Cuanto mayor era el amor, más afilada la espada, más profunda la herida.

Aunque un recubrimiento suficientemente grueso de hielo podía embotar la espada más afilada, seguía siendo vulnerable al cálido calor del sol. Jenny había entrado en su vida como un rayo de sol, derritiendo todas sus defensas, dejándolo al descubierto ante lo insoportable.

¿Se arrepentía de ello? Ni por un minuto.

Harris asintió a los remeros. "Adelante y remen, muchachos. Deben haber sido ilusiones auditivas."

La embarcación comenzó a moverse.

"¿Qué es eso, allá atrás?" Uno de los hombres señaló río abajo.

Harris entrecerró los ojos en esa dirección. "¿El árbol caído, quieres decir?"

"Cerca de eso. Sea lo que sea, se está moviendo."

"Probablemente un ciervo."

"Nunca vi un ciervo de ese color."

Los ojos del joven debían ser mejores que los suyos, ya que Harris no podía distinguir ningún color correctamente. "Acércanos para echar un vistazo entonces."

Mientras remaban más cerca, quedó claro que la figura era humana. Y él o ella se estaba adentrando en el agua para encontrarse con ellos. Los remeros pusieron todo su esfuerzo en cada remada, impulsando la pequeña embarcación, con un empujón bienvenido de la corriente del río.

Era una mujer.

Levantó un brazo fuera del agua, agitándolo. ¿Su manga? ¿De qué color era? ¿El gris-lavanda del brezo?

Al principio, Harris se negó a creerlo, porque la esperanza solo abría la puerta a la desesperación. Finalmente, llegó un momento en el que ya no pudo negar que era Jenny.

Viva.

Entera.

Suya.

Harris se lanzó al Miramichi. Media y esperaba que el éxtasis lo mantuviera a flote y le permitiera caminar sobre el agua.

"¡Harris!"

Al ver su propio asombro reflejado en su rostro, se dio cuenta de que ella también había desesperado por su vida, al igual que él había desesperado por la suya.

"¡Jenny! ¡Oh, Jenny, muchacha!"

Se aferraron el uno al otro y ningún poder del infierno podría haberlos separado. Se besaron y el tiempo se detuvo. Como si viniera de una gran distancia, Harris escuchó a los remeros vitoreando. Luego, por un instante, un rayo de luz solar atravesó las nubes y la persistente neblina de humo.

* * *

Ahogada en pánico, Jenny luchaba por despertarse. Se sentía cálida y eso estaba mal.

La calidez de mantas secas. La calidez de comida caliente en su vientre. Lo más dulce de todo, la calidez del hombre al que amaba, presionado cerca de ella. Seguramente debía de ser algún truco de su mente para seducirla a rendirse al sueño y a la muerte.

Se despertó jadeando en los brazos de Harris.

"Tranquila, Jenny. Estás conmigo, muchacha. Ya pasó."

"¿Harris?" Todo estaba oscuro. "¿Dónde estamos?"

"A bordo del *St. Bride*. ¿No reconoces tu viejo camarote? Es un poco estrecho para dos, pero eso es todo para bien. Estabas tan fría cuando te trajimos aquí que temí que nunca te calentaras."

Entonces ella lo besó, para convencerse a sí misma de que era real. Lo besó profundamente, posesivamente, anhelantemente.

Él respondió de la misma manera.

Los confines ajustados del camarote les daban poco espacio para maniobrar, pero eso no importaba. Sus cuerpos se fundían juntos. Carne rozaba carne, encendiendo un calor elemental. La barca los mecía en un eco seductor del ritmo de apareamiento. Respiraban la humedad del deseo del otro. Ella bebía sus besos embriagadores y él los suyos, potentes y deliciosos como un brebaje de las Highlands.

Sus manos vagaban, asegurándose de que estaban verdaderamente juntos de nuevo, cada uno atrayendo al otro más cerca, como si eso fuera posible.

Ah, pero sí lo era...

Jenny tiró de Harris sobre ella. Un gorjeo de placer y satisfacción brotó de su garganta cuando él la penetró, un reencuentro en el sentido más dulce y personal.

* * *

Había llegado el momento para Harris y Jenny de zarpar, dejando atrás la devastación del Miramichi, como un mal sueño. La perspectiva carcomía a Harris mientras caminaba de un lado a otro en el muelle, envenenando incluso la alegría fresca de su *final feliz* con Jenny.

Había tanto aquí que necesitaba hacerse para enfrentar el inicio del invierno. De lo contrario, el fuego cobraría más víctimas en sus secuelas. Por ahora, los sobrevivientes estaban desenterrando papas asadas de los campos ennegrecidos para sustentarse hasta que llegara la ayuda. Necesitaban construir refugios temporales. Necesitaban distribuir ropa y otros elementos esenciales a aquellos que lo habían perdido todo. Necesitaban atender a los heridos y cavar tumbas.

Sabiendo que necesitarían el tipo de liderazgo que Harris había proporcionado durante el incendio, le pidieron que se quedara.

Harris apretó su abrigo contra el viento amargo.

¿Quedarse? ¿Cómo podía?

Jenny lo amaba. Lo había dicho, lo había mostrado y, al fin, él lo creía. Pero también sabía

lo que Jenny creía sobre el amor, que la adversidad lo mataría tan seguramente como una helada de otoño marchita la rosa más bella del verano. Harris sabía que este sería un invierno de adversidades dolorosas para Miramichi. Seguido por años de lucha y dificultades para reconstruir su asentamiento.

¿Podría soportar ver cómo el amor de Jenny por él se marchitaba y moría en un clima tan severo, convirtiéndose en resentimiento... incluso en odio? ¿Podría soportar ver cómo afectaría la crianza de sus hijos, al igual que la suya y la de Jenny habían sido afectadas?

Pero ¿cómo podría dar la espalda a la gente que lo necesitaba? Gente que lo había acogido en su comunidad. Gente que había enfrentado *sus* miedos para venir en *su* ayuda.

Tan perdido estaba en su perplejidad que apenas notó cómo Jenny se acercaba a su lado, hasta que ella apoyó su cabeza contra su brazo.

"Si tuviera un centavo, te lo ofrecería por tus pensamientos, Harris."

"Sería un mal trato entonces." Sonrió hacia abajo, suavizando el tono melancólico de sus palabras.

"Dudo eso." Ella tomó su mano y lo miró a través de sus pestañas. "¿Quizás hay algo más que podría intercambiarte?"

Esa sugerencia, junto con su mirada de traviesa picardía, hizo temblar sus rodillas. El viento ondeaba su cabello suelto alrededor de ella como un manto de seda castaña. El frío del día había enrojecido sus mejillas a un rosado vibrante. Un hombre sería un tonto si no la siguiera hasta los confines de la tierra, si ella lo atrajera.

"Sé que esta gente tendrá un invierno difícil por delante." No pretendía sonar tan brusco. Pero continuó, aún más brusco. "Me pidieron que me quedara, Jenny. Necesitan a alguien que los lidere, y sé que puedo hacerlo."

Ella abrió la boca para hablar.

Resistiendo el impulso de callarla con un beso, Harris se apresuró. "Sé cómo te sientes, que el amor no puede durar en tiempos difíciles, pero creo que estás equivocada, Jenny. No nos enamoramos en alguna fiesta elegante o cortejando en un salón lujoso. Fue una tormenta la que nos unió. Desde entonces, hemos pasado por el fuego y la inundación y la ira de Roderick Douglas. Te amaré en las buenas y en las malas, en la riqueza y en la pobreza. ¿No puedes amarme así también? Me iré de aquí, si me lo pides, porque significas todo en el mundo para mí. Pero..."

No pudo decir el resto. Si Jenny elegía huir de la adversidad, como lo había hecho tantas veces en el pasado, ¿qué significaba eso para su futuro juntos? No podía prometerle una vida de felicidad perfecta, por mucho que quisiera hacerlo. Si algún día encontraran problemas, como era probable, ¿huiría Jenny de nuevo de ello y de él?

"Oh, Harris..."

Se preparó para escucharla.

"Por supuesto que nos quedaremos, si eso es lo que quieres. Mientras te tenga a ti, nada más importa. Sé que solía pensar que el amor era como una flor de invernadero, y tal vez sea así para algunas personas, pobres almas. Pero me has mostrado otro tipo de amor. Es fuerte y resistente como el brezo. A pesar de todo, es hermoso y dulce... y salvaje. ¿Recuerdas lo que dice en el Buen Libro?: 'A donde tú vayas, yo iré'"

Harris la envolvió en sus brazos, demasiado abrumado para decir algo más que "Jenny. Mi propia Jenny."

Epílogo

Miramichi Gleaner, 1 de octubre de 1850

El Honorable Harris Chisholm y la Señora Chisholm recibirán a sus amigos en la tarde del domingo siete para recibir felicitaciones y buenos deseos con motivo de su vigésimo quinto aniversario de bodas. Nuestro Honorable Miembro desea agradecer a los electores por devolverlo a su cargo en la Asamblea Legislativa para un segundo mandato.

La familia también celebrará una reunión de su círculo feliz ya que el Reverendo Sr. Levi Chisholm, su segundo hijo, está ahora en casa después de haberse graduado recientemente de sus estudios en el seminario en Edimburgo. El hijo mayor, el Sr. Angus, es el eficiente gerente de la operación local de Cunard, mientras que la Srta. Belinda y la Srta. Morag asistirán a la Academia Mount Allison el próximo año. La Señora Chisholm informa que un reciente concierto en el salón para recaudar fondos para una biblioteca pública fue un gran éxito financiero.

Los lectores de edad madura pueden recordar que la feliz pareja se casó en la víspera del Gran Incendio de Miramichi, una conflagración no olvidada pronto en estas tierras. A pesar de un comienzo tan poco auspicioso en su unión, perseveraron a través de numerosas dificultades en esos primeros años para ver cómo su profundo afecto y mutua constancia se cumplían ampliamente.

"El amor no es amor,
Que se altera cuando se encuentra,
O se dobla con el removedor para quitar.
¡Oh, no! es una marca siempre fija,
Que mira las tempestades, y nunca se sacude.
Es la estrella de toda barca errante,
Cuyo valor se desconoce, aunque se tome su estatura..."

Soneto CXVI